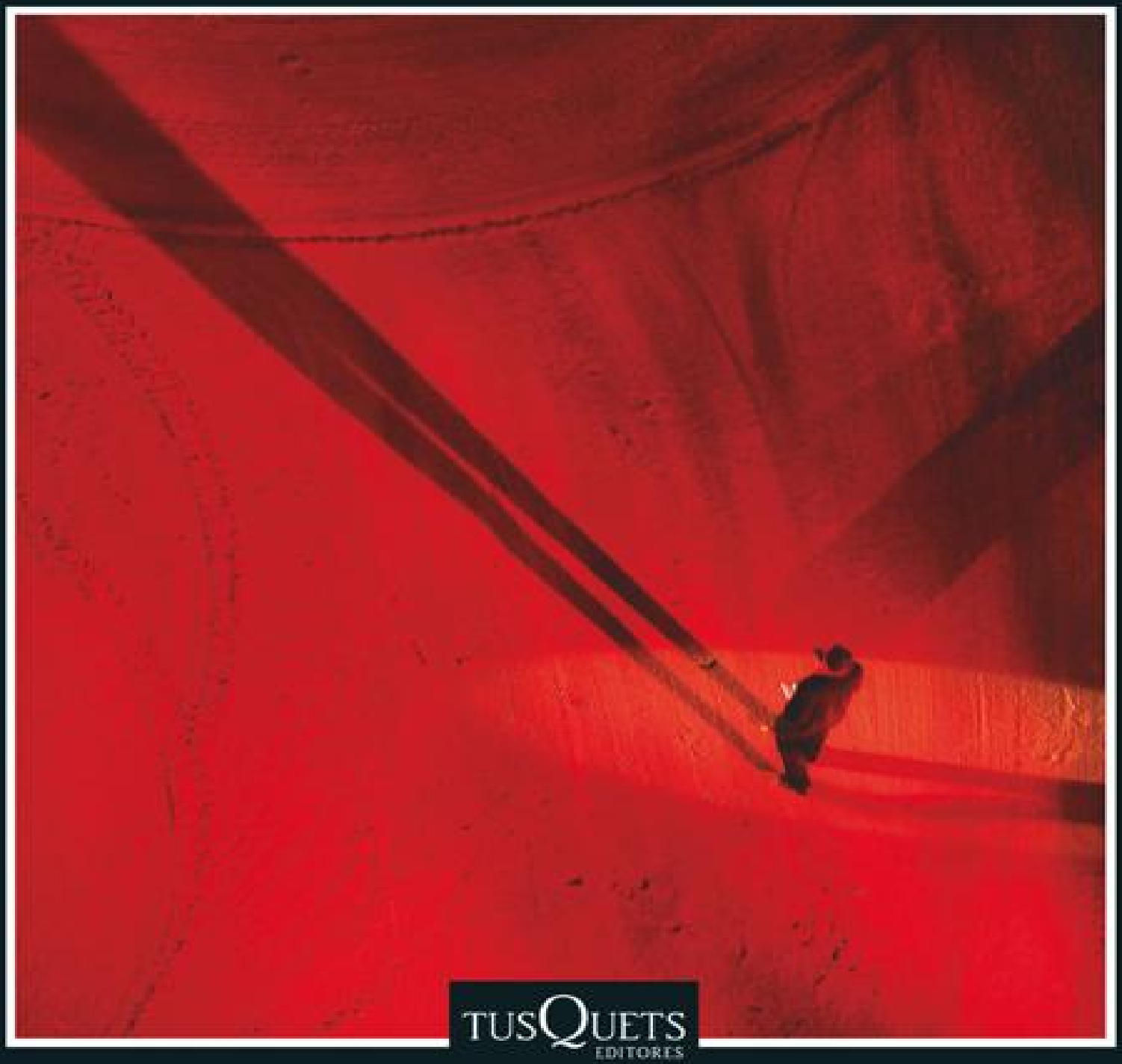
Felipe Agudelo Tenorio

LA COMPAÑÍA DE LAS BESTIAS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

LA COMPAÑÍA DE LAS BESTIAS
FELIPE AGUDELO TENORIO

TUSQUETS
EDITORES

© 2025, Felipe Agudelo Tenorio

Reservados todos los derechos de esta edición para
Editorial Planeta Colombiana S.A.
Calle 73 n.° 7–60, Bogotá (Colombia)
ISBN 13: 978-628-7716-24-7
ISBN 10: 628-7716-24-X
Primera edición (Colombia): julio de 2025
Impresión: xxxxxxxxxxxx xxxxxxxxxxx
Impreso en Colombia — *Printed in Colombia*

Primera edición en formato epub (Colombia): junio de 2025
ISBN: 978-628-7716-25-4
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su trans-misión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Sumario

PRIMERA PARTE
Contrato irresponsable con una niña herida

SEGUNDA PARTE
Una ley escrita dice que todo lo que puede empeorar siempre empeora

TERCERA PARTE
Un laberinto trenzado en un sinfín de laberintos

PRIMERA PARTE
Contrato irresponsable con una niña herida

1.
No solo se extraña aquello que nos hace falta

En las últimas semanas he perdido acceso a mis sueños y al despertar me es imposible recordarlos. Hace días amanezco como si en la noche anterior me hubiese tragado un abismo donde me disuelvo entre los caldos silenciosos de la nada. Pero, como es bien sabido, no soñar es un imposible. Nuestro cerebro está programado para ejecutar una serie de actividades oníricas mientras dormimos. Gracias a ellas selecciona, borra y graba nuestros recuerdos de mayor importancia. Así es como uno descansa de sí mismo y se recupera de los estragos e impresiones de la vigilia. Pero mis sueños se pierden y no atraviesan el amanecer conmigo. Ya que valoro sus mensajes, que eso ocurra me hace sentir como si echara esas horas claves de mi vida a los basureros del olvido. Del vasto panteón de dioses que venero mi preferido es Morfeo, el vástago principal entre el millar de Oniros que, con infatigable concupiscencia, engendraron Hipnos y Nix, la madre noche, según la muy precisa información que nos bajó desde el Olimpo el poeta Ovidio.

Más que juntar mis párpados, forzado por los pesos del cansancio, anhelo una luminosa incursión al paraíso desquiciado de los sueños. Los considero un obsequio anímico, una verdadera tregua del cotidiano vivir, un pasadizo a realidades que no dejan cicatrices. Y no me importa que vengan cargados de imágenes

terribles, incluyan cifradas profecías o escarben hasta lo más hondo en los charcos de mis temores y mis traumas.

Recientemente me reclino sobre la almohada y con inusual facilidad resbalo por un túnel que conduce directo hasta el esfínter del vacío. Horas después despierto y es como si en ese lapso en vez de dormir hubiera estado muerto. La sensación no es nada grata; siento la gravedad oscura de mi cuerpo, vislumbro un desliz en mi funcionamiento neurológico, percibo las señales nerviosas de una advertencia muda y ciega. Siempre he desconfiado de las personas que padecen la enfermedad del no soñar. Tengo encendidas mis alarmas. Ahora debo desconfiar —más aún— de mí mismo.

Pese a que semejante desbarajuste psíquico no tuvo modificación alguna, esa mañana logré salir con un entusiasmo casi juvenil de mi apartamento. Incluso me calcé unos tenis viejos para andar con mayor comodidad. La noche recién se descongelaba y el frígido aire matinal me confortó. Apenas habían transcurrido unas semanas desde que recuperamos nuestra antigua oficina, casi perdida durante los meses que siguieron a los del improductivo encierro que todos sufrimos. Para fortuna mía, Hortensia Montes, mejor nombrada como H, mi hábil y —debo repetirlo— fiel asistente, solucionó el conjunto de problemas en el que anduvimos atascados e hizo los ajustes para que todas las cosas retornaran a su antiguo cauce. Empezando por mí. Gracias a su eficacia pudimos comenzar de nuevo y rescatar nuestro viejo lugar de trabajo. Lo cual es bueno para mí, que soy un animal de costumbres, pero no sé qué tanto para ella, que debe tener mejores opciones laborales que las que yo le ofrezco.

El nudo que ella logró desatar era que llevábamos muchos meses sometidos a la infame tortura de trabajar desde nuestras casas. Experiencia sensorial del todo insatisfactoria para mí. Me gusta pensar, investigar y discutir los casos como sea, pero soy sustancialmente un hombre de terreno, un gato callejero, un investigador de campo, un conversador cara a cara, un pensador paseante, no uno de jaula; además de ser un observador al que le

place contemplar los pormenores de la realidad en vivo y asumiendo los debidos riesgos.

H adquirió la costumbre de visitarme en las mañanas y gracias a eso logramos ponernos de acuerdo en el escaso trabajo que en esos precarios meses nos permitió estar a flote. Y no es que hubieran cesado o siquiera disminuido las violencias y las desapariciones en este país o en esta ciudad siempre mojada y cada vez más sitiada por las distintas vertientes del hampa. Al contrario, el habitual comportamiento canallesco de mis compatriotas no solo mantenía sus acostumbrados estándares de infamia, sino que hacía continuos progresos delictivos.

En estos años la criminalidad se ha expandido como una plaga virulenta por todo el territorio nacional. Las estadísticas oficiales así lo corroboran. La potencia del mal es la única fuerza productiva que progresa y se internacionaliza sin tregua y sin importarle quien gobierne. Múltiples y novedosos emprendimientos delincuenciales no solo han demostrado una gran resiliencia empresarial, sino que se actualizan, se diversifican y adaptan a los requerimientos de los mercados de lo prohibido, dando muestra de una ejemplar versatilidad. Un nuevo modelo de negocios multicriminal se expande a escala global y solo obedece a la ley más básica de la economía: obtener ganancias. No hay más misterio. En este planeta el único dios que permanece vivo es el dinero.

Sin embargo, esta mañana, que dando muestras de una inusual cortesía lumínica exhibió un inmaculado cielo azul bogotanísimo e infrecuente, pisé las calles capitalinas dispuesto a recorrerlas a paso vivo hasta la misma puerta de mi oficina, para así desechar por el camino las tensiones, los presentimientos y las preocupaciones que me asediaban. Como ustedes quizás recuerden, mi despacho se halla ubicado en un vetusto edificio de la gran avenida del Conquistador, y hacia allá me dirigí.

Bajé desde el verdísimo borde de los cerros orientales, humedecidos por el rocío matutino, y me colé entre la neblina grisácea de las atestadas avenidas que engarzan uno y otro extremo de la ciudad. Aun así, el turbio oxígeno mañanero me hizo bien, por

lo que aproveché el paseo para elongar mis músculos, inhalar a pleno pulmón los contaminantes que pululaban en la atmósfera, inventariar los cambios producidos en el entorno urbano y observar, de reojo, las traumáticas secuelas que la vida estampa en los comportamientos de los transeúntes. Aunque lo que más me urgía era pensar en cómo haría para arrancar la etapa que se abría ante nosotros. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? ¿De dónde regresar? ¿Adónde ir?

Recordé que cuando la peste apenas insinuaba los alcances del contagio y no se tenía definido un hasta cuándo, busqué refugio en la casa campestre de Regina, mi querida madre. Como era previsible, no fui el único hijo que recorrió el camino hasta su vereda en el municipio de La Calera. Aislarse en el verdor del campo suena más tolerable que hacerlo entre muros de concreto. Pero al cabo de unas semanas allí, redescubrí que los reputados encantos de la vida familiar no son lo mío. Momentos hubo de grata molicie, aire puro, contacto con la naturaleza, sanos afectos y placeres parentales, por supuesto, pero con el tiempo inevitablemente nos reinstalamos en las viejas rutinas. Por lo que roles y conflictos que creíamos superados volvieron a florecer o a supurar, según como se los evalúe. En toda época y lugar el encierro ha sido, es y será una forma cruel de castigo.

Una vez fui arrastrado a una etapa fraternal belicosa, cargué a la Señorita Mu, mi hermosa gata, y nos regresamos a nuestro apartamento con la cola bien enhiesta. Eso sí, después de obsequiar dos de las tres hermosas crías que poco antes había parido la susodicha, pues aparté una para la dueña del padre, el tal Maqrol. Acepté así que nada contribuye más a la preservación del respeto y los amores que mantener una sana distancia con aquellos con los que nos atan vínculos de sangre. Anoté, para no olvidarlo, que a veces regresamos a los lugares solo para recordar por qué nos fuimos. En mi apartamento no calentaba el fogón de una familia, es cierto, pero una dulce soledad se había instalado en todos los rincones de mi discreto reino.

El aislamiento en solitario restauró mi autonomía. Aunque una vez rodeado de mi propio silencio me dio por revisarme a fondo, con especial saña en los abultados intermedios de mis ocupaciones laborales. Buceando con honestidad en esas procelosas intimidades poco hallé que fuera gratificante para mí. El análisis de mi vida está teñido por los afanes de una lucha perpetua y por un constante mirarme en los múltiples espejos de un horror que se recicla sin parar. Los últimos quince años los he dedicado a buscar personas desaparecidas de manera involuntaria. Soy, por tanto, un visitante asiduo de algunos de los más terribles círculos infernales. Pues, según suele verse, en este mundo los verdugos van al cielo o al limbo de la impunidad. Aunque acepto —sin caer en vanos arrepentimientos— que opté por dicha opción laboral como la única que puede ayudarme en lo que más me importa: la incesante búsqueda de mi desaparecida hermana Amarilis.

Mientras estuve alojado en la hermosa finca de mi madre, salvo ella y su exmarido Markus Archibold IV, menguado apoyo obtuve en mi idea de proseguir con la tarea que ha ocupado mis últimos años. Aunque de parte de ellos dos tal postura es entendible, pues ninguno ha dejado de pensar un solo instante sobre el destino de su adorada hija y a estas alturas yo soy la única esperanza que aún les queda. Lotario Sierra, mi hermano, y Katia Carabalí, mi cuñada, que se hallan entregados a la noble tarea de criar y vigilar a mis dos adoradas sobrinas, las pequeñas formaciones estelares de Andrómeda y Casiopea, perciben las cosas desde otro punto de mira. Mucho menos esperanzador, lo que equivale a decir tallado sobre un fondo crudo e hiperrealista.

"Han pasado ya mucho años", me recordaban entre copa y copa. "Has hecho todo lo que hermanalmente podías". "Lo más sensato es habituarnos a la idea de que nunca vamos a encontrarla, ni sabremos qué pasó con ella". "Tienes que salir de ese túnel oscuro en el que reptas". A más de amarga y dolorosa, esa senda hurgaba en heridas cuya mala cicatrización me lleva a reincidir en duras recriminaciones en mi contra. Tras enfrentarnos en una serie de puntos sensibles me volé sin despedirme. Sin necesidad de armar

alboroto regresé a la apestada urbe apenas despuntó un amanecer. Aproveché que —por fin— se levantaron algunas de las restricciones que impedían la movilidad.

Tal vez —como me dijo una optimista con la que tuve la mala idea de salir un par de noches— mi problema sea que no sé lo que es pensar correctamente y de manera positiva, por lo que el bendito cosmos me la cobra haciéndome repetir malas experiencias. Aun así, lo que sí soy es lo suficientemente loco como para no incumplir un juramento interno. Ni siquiera necesito recordármelo, sé que juré que no pararía nunca de buscar a mi hermana. Eso he hecho. Eso hago. Eso haré. Aunque me digan que rastreo un espejismo, que me dejo azotar por los látigos de una culpa y que lo más sensato sería afrontar los hechos mondos y lirondos, porque así logré buenas cosas en mi vida y en mi trabajo, mi obsesión me hace considerar que todo cuanto hago está viciado por el moho del fracaso. Lo cual es cierto, ya que lo único que estoy dispuesto a aceptar es encontrar a Amarilis o al menos saber qué le pasó y poder ajusticiar a los responsables, cómo no. Y eso que todo esto me lo dicen personas que me tienen cariño, sin meterse de más en las aguas densas de los continuos tropiezos de mi vida amorosa. ¿Cuál?

La verdad es que no logré defenderme de sus cuestionamientos, ni rebatir sus objeciones. Sé que les preocupo, pero ya no sé qué decirles o cómo justificarme. No tengo otro plan de vida, es más, ni siquiera tengo un plan. Me he tragado la hiel de sus verdades en silencio. Sé que ellos también saben que hay dolores que no son pasajeros, que a ratos se ocultan, pero nunca nos dejan de agredir. Pero así soy, una vez empiezo algo lo debo concluir. Soy incapaz de abandonar.

2.
El centro es mi destino

El centro de la capital, por supuesto; no vayan a imaginar otra cosa. Pensamientos así o peor de desorganizados congestionaban los neurotransmisores de mi corteza frontal e inflamaban mi amígdala, mientras me desplazaba a tranco vivo hacia la parte antigua de la ciudad. Y por eso es justo que —en este trecho peatonal de la carrera Séptima en la que esquivo como puedo las trampas de los vendedores de acera— me detenga a confesarles algo que no me enorgullece. Seis meses atrás, en un rapto inexcusable, había dejado de fumar. Una aparente hazaña. Pero, la verdad sea dicha, ese inusitado abuso de mi fuerza de voluntad —tan recomendado, saludable y bien intencionado— no me había proporcionado ningún placer, saber o calma; tampoco beneficio físico o emocional alguno, excepto los nueve kilos adicionales que tengo que trasportar a todas partes y un evidente malhumor que se me ha untado como si se tratara de una mala sombra.

Seguramente ustedes también recibieron duras lecciones. Ojalá no hagan como yo y aprendan de ellas. Por mi parte, yo solo aprendí que el encierro, los miedos, el culto a la obediencia, las vicisitudes económicas y la entrega a distintas inactividades tienen malas consecuencias y, lo que es peor aún, nos llevan a tomar decisiones lamentables. Creo que por eso dejé de fumar. No sé cómo lo hice y ya no recuerdo con qué fin me lo planteé. Como tantas cosas en las que suelo pensar, lo pensé mal. Sin embargo, uno, a veces, tiene la oportunidad de corregir sus extraviados rumbos y dar marcha atrás.

Mientras venía caminando un faro se encendió en mi cabeza y súbitamente comprendí que dejar de fumar había sido un grave error, más aún, una deleznable impostura existencial. Otra cobardía. ¿Qué se puede esperar de un tipo que ni siquiera le puede ser fiel al seguro placer de sus más acentuados vicios? ¿Quién soy yo sin ese humeante gozo? ¿Qué sin ese pequeño, volátil y deletéreo peligro ardiendo entre mis labios? ¿Cómo pretendo siquiera resolver un caso sin que medie la ofrenda de esa noble hoja? Claro que más bajo hubiese podido caer si me hubiera dado por dejar de beber. Pero eso no ocurrió, la manía contemporánea de lo sano tiene sus límites. Por fortuna el querido e infaltable ron cuenta con defensores, publicistas y promotores en cada esquina comercial del planeta.

Bien, bien. Perdonen. Tal vez se pregunten ¿a dónde conduce todo esto? Creo que a justificar mi idea de que el pequeñísimo margen de libertad que aún tenemos los humanos lo debemos proteger al precio que sea. Entonces, ¿qué hacer? Fácil. Detenido junto al semáforo de la avenida diecinueve comprendí que había llegado el minuto de hacerles caso a mis más sinceras apetencias, de proveerle el apoyo químico necesario a mi autoestima y de admitir con benevolencia los errores que cometo. Así que decidí volver a fumar y, de paso, implorarles su perdón a las deidades del humo azul por mi deserción.

Una vez tuve esa pequeña epifanía entré como un bólido a La Mala Hierba, la primera cigarrería que encontré en el camino, y le compré a su amable dueño todos los cartones de Apaches sin filtro que había en el mostrador, más un paquete grande de cajitas de fósforos El Monarca. Pagué con tanto gusto que hubiera dado el triple. Salí de la tabaquería, desempaqué la primera cajetilla, taqué un cigarrillo, hice una cueva con mis manos, rastrillé un cerillo y prendí la mecha. Antes de entregarme al placer olfateé los aromas del tabaco a fondo, con gula. A continuación, le pedí perdón al espíritu de la sagrada planta y me concentré en paladear la primera bocanada. Deliciosa. Aspiré el sacrosanto veneno con las reverencias de quien se reencuentra con un maestro y, sobre todo, de quien se ha reconciliado con un viejo amigo. Y a bordo de una felicidad física

que no sentía en mucho tiempo proseguí mi marcha. Me sentí, otra vez, yo mismo. No una versión mejorada, sino una repetición actualizada de la de siempre. Justo esa a la que, por fortuna, estoy acostumbrado, aunque a ratos le pierda el rastro.

3.
¿Existe una normalidad para que se pueda regresar a ella?

Mientras caminaba y celebraba con inmensas bocanadas mi reenganche con el humo, iba pensando. Lo cual es normal, uno siempre piensa. No existe el silencio mental. Es más, si uno se callara de verdad, no tendría cómo darse cuenta. Sonreí con toda mi dentadura expuesta a la envidia de los demás transeúntes e inhalé y exhalé con tanto entusiasmo que de seguro muchos de ellos sospecharon que fumaba una cosa más sabrosa.

Por lo visto, el retorno de las dosis de nicotina a mis ávidos alveolos pulmonares y de ahí al flujo de mi torrente sanguíneo, reavivó zonas mentales mías que se hallaban en cuarentena e, incluso, mejoró en solo tres cigarrillos y apenas siete cuadras —hay que decirlo: sucias, en situación de abandono y horribles— el estado general de mi alicaído ánimo. Por un momento la inocultable fealdad de Bogotá y el mugrero de una ciudad que parece planeada para castigar, decepcionar y espantar a sus exprimidos contribuyentes, me pareció menos evidente. Aunque lo cierto es que Bogotá es una trampa que en cada cuadra le repite a uno que este no es el mejor sitio para vivir. Para celebrarlo, incineré un nuevo cigarrillo e incluso, contra mis convicciones, le obsequié un puñado de monedas a uno de los muchos pordioseros que de manera amenazante acorralaban a los caminantes.

No solo era el humo lo que me alegraba el ánimo, sino el regreso a nuestra vieja oficina, que H logró recuperar, eso sí, ofreciendo para ello pagar un arriendo mayor. Cosa que de todas maneras fue una suerte. Le he tomado cariño al inmueble. Me gusta su vecindad con la avenida del Conquistador, el verdor de la vista sobre las riberas del dulce río Vicachá, cuya corriente serena pasa por entre esos antiguos robles y nogales que los bogotanos hemos protegido desde tiempos coloniales. Y, sobre todo, reconozco que disfruto de contemplar la sobria belleza de sus puentes, por los que uno accede a las calles primorosas del tiniebloso barrio de La Candelaria.

Llegué con más entusiasmo del que salí de casa, casi que saltando escalones, al tercer piso del edificio. Caminé imbuido de fe por el pasillo y me detuve a observar con cierta delectación las buriladas letras del rótulo de la entrada: Gotardo Reina. Investigador privado. Tras permitirme esa insulsa vanidad abrí la puerta. Sentada en su escritorio, H levantó los ojos por encima del marco de sus gafas y me escaneó.

—¿Volvió a fumar, don Got?

—Eso parece.

—Lo sabía. Le gané la apuesta al maestro Lot.

—Espero que hayas apostado mucho. ¿Cómo va todo, H?

—En calma. Ya terminé de reorganizar archivos y creo que todo está en su punto.

—¿O sea que ya estamos listos?

—Solo falta usted.

Entré a mi despacho. Todo lucía tal como me gusta recordarlo, aunque el aire se veía demasiado nítido. Dentro de una cajetilla bien consumida de Apaches quedará perfecto, vaticiné. Me acerqué a la ventana y la cerré. Entorné las persianas. La tenue penumbra adquirió un color áureo, como si hubieran desparramado en el aire una aromática de manzanilla. Era, por fin, un paisaje íntimo y conocido. Me senté en la silla gerencial que utilizo. Observé el orden de mi escritorio. Las libretas apiladas, los lápices tajados. La tentadora pulcritud de mis ceniceros de cristal tallado. La negrura

del teléfono que aún funciona. Y esperé con convicción. Segundos después, H entró sin avisar y me puso al frente una taza humeante de café. ¿Qué otra compañía ofrecerle que no fuera un Apache? H me miró y yo le regresé la mirada junto con una sonrisa.

—Parece que todo está a punto, don Got.

—Ojalá, H querida.

—Hace un rato me avisaron que, hoy mismo, nos van a consignar el dinero del caso Suárez-Cortina y, además, ayer nos entró el pago de la señora Iriarte. Y, bueno, con eso tendremos más que suficiente para aguantar una buena cantidad de meses.

—Perfecto. Invierte bien ese dinero, H. Tú sabes que yo no sirvo para eso.

—Lo haré y lo pondré al tanto. ¿Necesita que lo ayude en algo más?

—No.

H salió de mi oficina. Saboreé el café. Fumé, por supuesto. Miré con serenidad a mi alrededor y me alegré. Los Suárez-Cortina debieron pagar una fuerte suma de dinero, es muy cierto, pero ni cerca de lo que les hubiera costado si no les ayudo a encontrar a su señora madre, secuestrada y torturada por un miembro díscolo de la misma familia, y de paso a librarse del escándalo social y empresarial que se habría suscitado de publicitarse los escabrosos pormenores del deplorable asunto. Esa es otra historia, muy lucrativa, pero otra.

Sabiendo que esa suma ya estaba próxima a resucitar nuestros saldos bancarios, tuve el pálpito premonitorio de que ese podía ser el preámbulo de la llegada de un caso interesante para mí. Y tuve la corazonada de que eso iba a ocurrir muy pronto. Algo tiene que pasar, me repetí varias veces, como si fuera un mantra.

Tras unos minutos, el silencio que había se resquebrajó. Escuché que H hablaba con alguien, de manera presencial, como se dice ahora. Sonreí. Puede ser, me dije y me froté las palmas. A continuación oí unos discretos golpecitos en mi puerta. Buena señal. Si H estuviera sola, habría abierto sin siquiera preguntar. Contesté

con voz de jefe ocupadísimo: adelante. Opté por poner la mejor cara de investigador privado de mi repertorio y observé que la puerta se abría.

—Lo buscan, don Got.

—Que pase, por favor.

Aunque noté algo inusual en la gesticulación de H, nada intuí. Así que la sorpresa fue total. A mi oficina entró una niña. ¿Una niña? Sí.

—La señorita Cristina Montejo tiene urgencia de hablar con usted.

4.
Es fácil establecer cuándo comenzó algo, no lo es saber dónde puede terminar

La muchachita entró de manera muy resuelta y, sin esperar a que yo se lo pidiera, se sentó frente a mí. Guardó su celular en el bolsillo trasero de su pantalón y dejó su morral en el piso. Más que mirarme intensamente me chuzó con los ojos, en completo silencio. Tal vez yo no era lo que ella esperaba. En todo caso recibí una inspección visual de fiera herida. Una mirada de mujer en una cara de niña. Comprendí que era ella la que me estaba estudiando antes de hablar, así que aproveché para hacer lo propio.

Cristina Montejo es una adolescente menudita, sí, pero sus ademanes y la potencia de su mirada denotan carácter, control de sí misma. Algo que a su edad (unos catorce o quince años, calculo) solo logran quienes han sufrido mucho y ya saben que la vida apalea de continuo. Por lo demás, no mostraba signos de timidez, ni evidenciaba tener prisa. Me observaba con cuidado, sin parpadear siquiera, y actuaba como alguien que se debate con sus dudas acerca del otro y quiere asegurar el paso que va a dar. Observé su buen corte de cabello, una pizca de pestañina azul, la raya que delineaba sus ojos, una bonita nariz en medio de su rostro y unos pequeños aretes en forma de calavera que colgaban de sus orejas.

Su ropa era la usual de una jovencita bogotana de estos tiempos. Una chaquetilla de cuero negro con taches, camiseta rosada de algodón, bluyín desgarrado a la altura de los muslos, botines de cuero oscuro, tipo militar, y una mochila de colores terciada a la altura de su cintura. Tenía las uñas pintadas de negro, no usaba anillos ni pulseras. Un pequeño tatuaje en forma de unicornio adornaba su antebrazo izquierdo. Aunque no soy un experto en los atuendos de esa franja poblacional, no encontré nada extraño en ella; solo me inquietaban la edad, que estuviera sola y su actitud determinada. Mirándola intuí que una serie de eventos darían comienzo apenas ella hablara y me expusiera la razón de su visita. No es ninguna casualidad que ella esté aquí, fue lo que pensé. Algo terrible está pasando. Todo está a punto. La puerta a los abismos se ha vuelto a abrir. Los monstruos están a punto de salir. ¿Será esta niña la pieza que faltaba? ¿Tendré razón?

—¿En qué te puedo servir, Cristina?

—¿Es verdad que usted sí busca mujeres desaparecidas?

—Sí, eso hago.

—Muy bien, quiero contratarlo.

—Empieza por contarme qué te pasa, por favor.

—Necesito que nos ayude a encontrar a mi tía.

—¿Qué le pasó?

—No aparece desde hace una semana. Estoy segura de que se la llevaron.

—¿Quiénes?

—Creo que los mismos que desaparecieron a mi mamá.

—¿Tú mamá también está desaparecida?

—Sí.

—Disculpa. ¿Tú con quién vives? ¿Con tu papá?

—No, yo no tengo de eso. Vivo con mi abuela y ambas vivimos con mi tía Mariana, que fue la que desapareció.

—¿Por qué viniste sola?

—Porque mi abuela es muy terca y no quiso venir. Pero no estoy dispuesta a no hacer nada. Quiero que usted encuentre a mi tía.

—¿En qué trabaja tu tía Mariana?

—Es fotógrafa. Una artista. Pero como en este país el arte no da plata, hasta hace muy poco trabajaba para Medicina Legal como fotógrafa forense.

—¿Ustedes ya denunciaron su desaparición?

—Mi abuela dice que ella puso el denuncio, a las setenta y dos horas. Pero yo sé que eso no sirve para nada. La policía no la va a buscar. Las mujeres desaparecen todos los días. Mi tía es una entre miles. Lo tengo claro porque eso pasó con mi mamá. Desapareció hace once años y nadie la buscó. Por eso necesito su ayuda, doctor Reina.

—Mi nombre es Gotardo y así me gusta que me digan.

—Bien. Quiero saber cuánto cobra usted. Puedo pagarle, Gotardo.

—Antes de hablar de eso, quiero saber cómo supiste de mí y quién te dijo que vinieras a buscarme.

—Nadie me lo dijo. Yo le escuché hablar bien de usted a mi prima Violeta. Y ella no habla bien de ningún hombre. Ella dice que usted es único y que es bueno en lo que hace. Que es un macho asintomático. Por eso me rebusqué sus datos y vine a contratarlo. Ayúdeme, por favor.

5.
Si la montaña no viene hasta ti, tú debes ir a la montaña

Como ustedes supondrán sin mayor dificultad, era muy difícil e inconveniente para mí efectuar un contrato de esa naturaleza con una menor de edad. Pero, aun así, tras oír el relato de lo sucedido con su tía y su madre sentí una pulsión irresistible de ayudarla. La mezcla de su entereza y su desvalimiento me impelían. Dos mujeres desaparecidas, en no aclaradas circunstancias y en el seno de una misma familia, eran un caso capaz de suscitar todo mi interés. Además, la fuerza enunciadora de la pequeña Cristina y los nítidos rastros de preocupación y dolor en ella me habían conmovido. Por esa razón hice lo único que me pareció apropiado, a pesar de su resistencia. Ir con ella a buscar a su abuela, la señora Lorenza Montejo.

Un taxi nos llevó hasta un barrio tradicional del sur de Bogotá, famoso por sus buenas zapaterías y, últimamente, por su muy prendida rumba, el Restrepo. Sobre una de sus concurridas calles nos detuvimos. Exactamente frente al lugar donde labora la abuela. La Tolda de Bilitis, decía el letrero. Y resultó ser un aprestigiado estudio de tatuajes, *boutique* punk y salón de belleza.

—¿Aquí trabaja tu abuela?

—Sí, ella es tatuadora y socia de este negocio.

—Okey, hablemos con ella.

Una mujer semidesnuda, con toda la espalda descubierta y tendida bocabajo sobre una camilla, estaba siendo tatuada con un maravilloso dragón japonés, digno de un jefe prominente de la Yakuza. La muy aplicada tatuadora no levantó la cabeza ni detuvo las máquinas mientras pasamos a su lado. Otras mujeres, con clara pinta de trabajar en el lugar, esperaban sentadas y nos miraron con interés, sonriéndole a la pequeña Cristina. Percibí que estaba entrando a un mundo exclusivamente femenino. Un instante después se nos plantó al frente una mujer que aparentaba unos cincuenta años, alta, flaca y atlética, vestida de negro de los pies a la cabeza, con los brazos y el cuello llenos de muy elaborados tatuajes y el cabello recogido en una cola de caballo cenicienta.

—Cristina, ¿dónde estabas? ¿Quién es este señor?

—Nanita, discutamos en tu tienda, por favor.

Una vez en el interior de la tienda de tatuaje hicimos las presentaciones de rigor. A pesar de que era evidente que no se hallaba a gusto con la situación que de hecho se le presentaba, Lorenza Montejo se atuvo a las leyes infrangibles de la hospitalidad bogotana y me brindó una taza de excelente café. Luego me corroboró la historia que su nieta me había contado, para lo cual agregó nuevos detalles. Y, a pesar de la presencia de esta, no se paró en excesivas contemplaciones para decir la verdad. Al menos de la parte que me relató. Solo de escucharla entendí cuál era la fuente de la que provenía la fuerza de Cristina. Pues, en efecto, la señora narró que once años atrás su hija mayor, Silvana Montejo, había desaparecido. Los pormenores del asunto hicieron que cobrara más interés para mí.

Según su relato, desde muy joven su hija se había metido en el negocio del alquiler corporal. Razón por la que había trabajado en diversos bares, clubes y burdeles de la ciudad. Al decir esto la señora Lorenza no emitió juicio alguno, pero remató diciendo que el problema fue que "andando en esos malos trotes" se topó con el hombre equivocado. Un personaje nefasto que, a más de amante, se convirtió en su proxeneta. Por las fotografías que me mostraron, Silvana Montejo era de una gran belleza. "Para muchas mujeres la

belleza es una puerta a la desgracia", sentenció la madre. En una foto tomada a sus veintiún años, los mismos que tenía cuando desapareció, sostenía en su regazo a una niñita de unos cuatro años, su hija Cristina.

—Puede usted decirme qué fue lo que pasó. ¿O prefiere que conversemos en otra circunstancia, señora Lorenza?

—Podemos conversar aquí, sin problema. No se preocupe por mi nieta que desde hace mucho conoce esta historia al derecho y al revés. Además, lo hago por ella, porque ella lo trajo hasta aquí. Sin mi consentimiento, eso sí. Y una cosa, a menos que quiera que yo le diga señor Reina, no me trate de señora. Me he esforzado toda la vida por no serlo, ni parecerlo.

—Como usted prefiera, Lorenza.

Aclarados ese par de puntos, Lorenza me dijo que solo sabía lo poco que Silvana se dignó contarles antes de irse del país. Decisión que ella, muy entusiasmada, les justificó diciendo que el "chulo ese" le había conseguido a ella y a otras muchachas trabajo de bailarinas en Europa, porque dizque allí sí iban a ganar muchísimo dinero con solo quitarse la ropa en discotecas y clubes exclusivos. Por supuesto, ella y su otra hija le rogaron y le advirtieron; pero, al parecer, Silvana era "muy volada" y no lograron convencerla, ni retenerla. Por lo que sin decirles más hizo su maleta, se despidió de su chinita y se largó para España. Durante un par de meses ella se comunicó con regular frecuencia y siempre les decía que todo estaba bien, que ese país era una mina de oro llena de marranos. Incluso tres veces les envió euros para que le compraran algo a su niñita. Hasta que en una llamada mencionó que la iban a llevar de gira por varios países del este de Europa. No dijo cuáles. Desde entonces no volvieron a saber nada de ella. Nunca más se comunicó. Nada. Desapareció del planeta.

—La buscamos, ¿cómo no? Hicimos todas las gestiones y averiguaciones que pudimos. Pusimos todos los denuncios de rigor aquí y allá. Y nos cansamos de preguntar, de rogar y de esperar. Por eso tratamos de investigar por nuestra cuenta y pedimos ayuda en muchas partes. Hasta le recé, yo que no rezo nunca, al Divino Niño.

Pero no sirvió para nada. Nadie nos dio información. No hubo quién nos colaborara. Hasta el sol de hoy no sabemos qué pasó con mi muchacha.

—Conozco muy bien esa situación y lo lamento mucho por ustedes.

—Por eso fue por lo que la tía Mariana se puso a investigar por su cuenta, Gotardo. Por eso se metió a trabajar en Medicina Legal y a fotografiar muertos.

—¿Alguna vez hablaron con el tipo que contrató a Silvana?

—Sí, yo he tenido que soportar esa desgracia. Lo busqué y lo encaré varias veces. Pero el chulo miserable se hizo el loco y me sostuvo que mi hija se había ido por su cuenta y que él nada sabía ni tenía que ver. Lo cual no es cierto, Gotardo. Él sabía mucho más de lo que me admitió.

—En sus pesquisas, ¿Mariana qué descubrió? ¿Supo ella algo de lo que pasó con su otra hija?

Nieta y abuela intercambiaron una de esas miradas con la que dos personas que se han visto obligadas a repartirse una misma herida acostumbran a apoyarse, pues saben que así se ayudan a soportar los estragos de un mismo dolor. Tras una pausa, la abuela sonrió y tendió su mano y la nieta le entregó la suya.

—Le supliqué a Mariana, en todos los tonos, que por favor no se metiera a investigar. Que dejara las cosas como estaban. Sobra decir que no me hizo caso. Con el tiempo ella se obsesionó. Además, por cuestiones de trabajo empezó a darse cuenta de muchas cosas. Y eso en lugar de asustarla, la encendió.

—¿Qué cree usted que descubrió?

—¿Qué iba a ser? Lo que todo el mundo sabe, Gotardo. Que desde hace muchas décadas existen redes planetarias de trata de personas que operan a lo largo y a lo ancho de nuestro país. Que en esas mafias participan todos los rufianes a los que no les da asco manosear plata sucia, por más ensangrentada que les llegue. Que ese negocio de traficar con personas, y en especial con mujeres, está conectado con todos los demás negocios criminales y que se

sostiene gracias a todas sus redes de corrupción internacional... Es algo que pasa a lo ancho de este mundo… Buscando a su hermana, mi hija, ¿qué otra cosa iba a descubrir, Gotardo? Lo podrida que está la realidad, nada menos. Mariana se dio de narices con su país, con esta Colombia del ensangrentado, endurecido y monetizado corazón.

—Si ustedes quieren, yo puedo ayudarles e investigar por mi cuenta.

—Aprecio su buena disposición, Gotardo. Yo ya se lo había dicho a esta muchachita, pero no me hizo caso. No quiero que nadie más investigue. No voy a permitir que nadie más se meta. No quiero que nos pase algo peor. Piensen usted y mi nieta lo que quieran, pero no pienso hacer nada más. Acepto que perdí. Soy una cobarde. Esto se quedó como está. No revuelva nada, por favor. Deje la vaina así, sumercé...

6.
Los silencios explican muchas cosas

La historia que acababa de escuchar reverberaba en mi cerebro. Se parecía a tantas otras. Es más, a cientos de las que tenía noticia. Para apretarme las tuercas del todo: era demasiado similar a la mía. Sangraba y dolía igual o quizás más. Sin embargo, era obvio que Lorenza Montejo se había guardado algunas fichas y no me lo había contado todo. Eran sus rabiosos silencios los que mejor hablaban por ella. Tal vez la presencia de su nieta la inhibía, pero de seguro era algo más. Ella podía parecer una mujer dura, curtida y fuerte, pero era sobradamente lista y experimentada como para entender que eso no era suficiente escudo para ella ni para nadie. Ante un posible enfrentamiento entre nuestra fuerza y fuerzas hostiles es crucial medir bien las potencias respectivas. Solo un tonto o un desesperado ataca a un enemigo más fuerte. Era evidente que a esa mujer la embargaba un temor y no había que ser un genio para comprender que si por alguien podía temer ella era por la pequeña Cristina. Quien, dicho sea de paso, con mal contenidas lágrimas de furia brillando en el filo de sus ojos, asistió inconforme hasta el final de nuestra entrevista. Y, lamento decirlo, me miró con amarga decepción cuando yo le aseguré a su abuela que no intervendría ni movería un dedo sin su autorización. Al despedirme, la pequeña ni siquiera volteó para escupirme un adiós.

Al pisar la calle descubrí que la mañana no había perdido ni una pizca de su claridad y que los rayos de un sol montañero e inclemente calcinaban sin piedad las calles del mediodía. Era uno de

esos soles atosigantes que los bogotanos sabemos que es presagio de una vespertina lluvia torrencial. Eso significaba que aún faltaba tiempo para que llegara. Así que me alejé de la tienda de tatuajes y paseé un rato por el barrio. Hacía mucho tiempo no incursionaba por ahí. Como todo en la ciudad, este también había cambiado. Observé que los astutos comerciantes del rumbo habían reactivado sus negocios y las calles parecían en ebullición. Bajé por la vieja 17 sur y miré las vitrinas de las marroquinerías, con muy buenas ofertas, hay que decir. Olí el aroma asesino de los cueros. Caminé sin prisa por varias calles. Pasé frente a un par de sus conocidos moteles. Y una cosa nueva que vi fue varios estudios de tatuaje y barberías. No me extrañó, pues son una moda extendida por toda la ciudad. Por supuesto aproveché las magras libertades que ofrece el espacio público para encenderles el penacho a unos cuantos Apaches. Y mientras fumaba a discreción, consentí que me dieran alcance mis pensamientos.

Percibí que viejos y conocidos gallinazos habían vuelto a revolotear en los cielos abiertos de mi mente. Lo que interpreté como una señal de ir por el buen camino, puesto que mis viejos dilemas comenzaban a resucitar. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? ¿Hacerle caso a Lorenza, pasar de agache y olvidarme del asunto? ¿Desencantar a la niña que, con ojos de esperanza, había acudido a mi despacho solicitando mi ayuda? ¿Perder la ocasión de entrometerme en un asunto criminal de tan precisa envergadura? ¿Renunciar a mi esperanza de encontrar alguna pista de Amarilis hurgando en los intríngulis de un caso así? ¿Descartar la cercanía de las fechas de desaparición de Silvana y de mi hermana? Por supuesto que no, ese género de prudencias y claudicaciones no fueron incluidas en mi diseño espiritual. Así sea sin autorización expresa de la doña tendré que investigar. Pero, eso sí, lo haré tanteando con sumo cuidado, pues para mí resulta claro que el aparentemente equilibrado y adusto comportamiento de Lorenza es una fachada para maquillar su miedo. Digo miedo y no paranoia. La inamovible determinación con la que la tatuadora se expresó daba la impresión de provenir de alguien a quien han derrotado, herido y

amenazado más de una vez. Pero lo ocurrido recientemente solo podía tener sentido si Mariana, por alguna razón, se había encaminado bien en sus pesquisas o, más grave aún, se había topado con algo importante.

Hipócritamente, como si no supieran desde el principio adónde iban, mis propios pasos me trasladaron hasta la gran plaza de mercado del barrio. Vale decir que la parte sana de mi instinto me precedió. Una vez allí, casualmente, recordé que era justo el sitio donde podría propinarme uno de los grandes banquetes que la capital ofrece a personas con una conciencia alimentaria similar a la mía. Caminé un rato entre la multitud de canastos y de puestos, solo por el placer de olfatear y mirar. Solo por el gusto de oír el acento vernáculo de las y los marchantes. Me detuve en uno de frutos secos y compré nueces, dátiles y una chuspa de pistachos; excelentes para picar entre comidas. Tras merodear un breve rato, subí al segundo piso. Lo sabía. Era del todo imposible que transitara por ahí sin sentarme en una de las fruterías a comerme sus famosas y deliciosas ensaladas con miel. Ante la vista atónita de la patrona de El Edén Frutal me zampé tres. Como es lo típico, cada una estaba elaborada con diecisiete clases de frutas diferentes y bañada en miel. Una delicia sin igual. Dense una vuelta por ahí y comprobarán que no les miento. Y esa enorme dosis de carbohidratos, vitaminas y fructosa la acompañé con un par de vasos de tonificante jugo de chontaduro, mandarina y borojó. Aunque no tenga previsto cómo sacarles su bien publicitado provecho. Salí feliz, sano y repleto. Solo tres cosas me faltaban para alcanzar la plena satisfacción.

Cinco cuadras después detecté cómo conseguirlas. Así que entré al Jack’s Bar. Un sitio con barra de pie y luces tenues. Allí me tomé un tinto de greca, un vaso de ron Zapatero dieciocho años, en las rocas, y soñé que me fumaba uno o dos cigarrillos. Por unos serenos minutos atisbé las sendas que conducen a la instantánea perfección. Hay momentos en la vida que son así, casi completos.

7.
La lentitud actual de un proceso nada augura sobre la velocidad posterior

Llevaba un par de horas sentado en mi escritorio, fumando a tutiplén, tal como lo haría un viejo capitán en el puente de mando de un velero que ha puesto proa hacia la inmensidad. De forma exacta a como mi meteorólogo interno había anticipado, sobre la tarde bogotana se había desgajado un aguacero granizado del que yo, por muy poco, había alcanzado a salvaguardarme, al descender a la carrera del atestado vagón del Transmilenio que, en otra mala decisión, había tomado para regresar al centro. Logré bajarme justo cuando reventaban contra el asfalto las primeras pepas de hielo, tras una breve pero enfática lucha por zafarme de la masa apeñuscada en el interior del biarticulado, prometiéndome a mí mismo que no me volvería a trepar a uno en lo que me quedara de vida.

Así que ahora, seco e inmóvil, simplemente oía llover. Era una forma zen de purificar mi pensamiento, cálidamente refugiado en mi oficina. Lo que no correspondía a la gran tradición oriental era que ya había consumido otro par de tazas de café, encendido un número inconfesable de cigarrillos, servido una copa de ron y garabateado a placer media libreta de apuntes. Costumbre, esta última, en la que incurro —y recomiendo— para mejorar mi concentración mental cuando me enfrento a un laberinto de enigmas. Lo único que había logrado en claro era anotar cuatro nombres —Lorenza, Silvana,

Mariana y Cristina— y un solo apellido, Montejo. Mas no había atisbado las puertas de ningún Sartori.

En esas prácticas estaba cuando H entró a mi oficina, lista para irse. Como me conoce mejor de lo que me conozco yo, se quedó parada bajo el marco de la puerta, sin querer estropearme el silencio, y aguardó a que yo tomara la iniciativa. Midiendo así si su jefe estaba en un grado de concentración tal que no era aconsejable hablarle. Lo cual no estaba pasando. Mi silencio era una mar en falsa calma, en la que apenas sobreaguaba mi pensamiento. Algo había despuntado en mis adentros, sí, pero aún nada había adquirido consistencia, solo un horizonte de interrogantes se extendía ante mi vista interna.

—¿Ya te vas, H?

—Sí, Julia Milena y yo tenemos clase con el maestro Lot. Y hoy haremos entrenamiento de combate.

—Salúdamelo y cuida bien tu guardia, por favor.

—Lo haré, no se preocupe. ¿Necesita algo más, don Got?

—No.

—¿Ya se decidió a aceptar el caso que nos trajo la niña?

—Sí y no.

—Bueno, mastíquelo bien y me lo explica mañana, una vez lo tenga bien digerido.

Sin decir más, H salió. Como lo oyeron, con esa sobria elegancia de la que suele hacer gala, me había concedido un plazo medido para clarificar mis ideas e informarle mi fallo final. Pero apenas ella cerró la puerta comprendí que me estaba haciendo el interesante, pues la decisión ya estaba tomada. No había posibilidad de que yo me convenciera a mí mismo de no afrontar un reto como ese. Me aproximé a la ventana, evité entretenerme en la geografía de mi propio reflejo sobre los cristales y atisbé a lo lejos para detallar el movimiento vespertino en la avenida. Contemplar el flujo acelerado de las multitudes de solitarios suele calmarme. La lluvia había amainado y solo restaba un velo de gotitas sucias que más que caer flotaban en el aire. La tarde se había ensombrecido y, bajo un mar

de paraguas, los oficinistas y estudiantes de la zona aprovechaban para enrutarse hacia sus casas o sus bares favoritos. Vaya yo a saber qué preferían. Metido en esas brumas mentales estaba cuando golpearon la puerta de la oficina. No esperaba a nadie, sin embargo fui a abrir. Era el portero del edificio, Ángel de Dios Suaza. Me entregó un sobrecito que un mensajero acababa de dejar en portería para mí. Al abrirlo vi una nota. Solo decía: "A las 8 en el bar Bellas Canalla's".

8.
La curiosidad hizo que el gato viviera una vida menos, pero fuera más feliz

Al menos eso quiero creer yo, que he sido una víctima constante de ese impulso vital. ¿Quién me habrá enviado esa escueta nota? ¿Quién? ¿Cómo saberlo sin ir? Y mientras atravesaba las callecitas de La Candelaria, saltando charcos y esquivando alcantarillas que carecían de tapa desde tiempos virreinales, iba pensando en la razón por la cual acudía a ese llamado anónimo. ¿Simple curiosidad? Tal vez. ¿Un pálpito misterioso? Quizás. Aunque la verdad es que soy un tipo fácil de tentar. Caer en la tentación es lo mío. Suelo aceptar las citas a ciegas que la vida me propone, entre otras indecorosas propuestas que recibo. Además, como sufro de fatalismo descreo de las casualidades, por lo que un duendecillo instalado dentro de mí me pronosticaba que esa nota estaría conectada con todo lo que me había ocupado hoy. Buena y mala señal, según se vea. Buena, porque eso significaba que las cosas comenzaban a moverse y eludían las pozas del estancamiento. Mala, porque eso significaba que, sea quien vaya a ser, el citante me tenía bien ubicado.

La noche era fría y una brisa húmeda taladraba hasta los huesos de los paseantes del barrio. Ascendí por la empinada cuesta de una callejuela bien llamada Escalera al Limbo y de lejos divisé el letrero del discreto bar al que había sido convocado. Era evidente que los meses de escasa actividad habían desactivado mis usuales protocolos de seguridad, pues antes de entrar no di un precavido

rodeo, ni revisé las calles, ni le avisé a nadie; es más, nada averigüé acerca del lugar. Simplemente llegué y entré. Resultó ser un pequeño bar de universitarias, oficinistas, empleadas menores del comercio y desempleadas de oficios varios. Pocas mesas ocupadas, todas por mujeres. Auténticas bebedoras de cerveza, clavadas en las pantallas de sus celulares. Gente muy joven, por supuesto. Música acorde con el sitio. No sé si mala, pero no de mi preferencia. Observé a mi alrededor y no vi a nadie conocido o que me hiciera señas. No capté ningún peligro ni señales de rechazo. Me acerqué a la barra y saludé a la muchacha que atendía. Ella me sonrió sin prevención alguna, aunque era obvio que yo estaba fuera de lugar, y sin que se lo solicitara me plantó al frente un tarro de cerveza negra artesanal. Cuando iba a decir algo, ella me habló: me encargaron de decirle que espere un momento, por favor.

Hice caso. Me acomodé y traté de disfrutar la pola artesanal helada, a pesar de que tenía un gusto de fondo a chocolate, pasas y vainilla, como si el cervecero antes de este nuevo emprendimiento se hubiera dedicado a hacer pasteles y sacado de ahí la incongruente idea de fusionar ambas actividades. Imbuido de esperanzas puse atención a los letreros, pero había varios que abiertamente discriminaban a los fumadores y de tajo nos coartaban el libre desarrollo de nuestra personalidad. Una verdadera lástima, pues llevaba la tarde entera recuperando el tiempo perdido en los meses de abstinencia. Apenas llegué a la mitad de la cerveza entró Lorenza Montejo al lugar. Pasó de largo por el medio de las mesas y con una seña pidió dos cervezas y con otra me conminó a que la siguiera. De esa forma me condujo a un patiecito trasero. Allí había una mesa solitaria bajo un frondoso árbol de brevas y como, para alivio mío, era un lugar sin techo comprendí de inmediato que el humo no molestaría a nadie. Ella se sentó y yo hice lo propio. Saqué una cajetilla y le ofrecí. La mujer apresó con gana un cigarrito. Rastrillé un fósforo y le di candela a nuestro vicio. Por fortuna común. Un instante después entró una mesera con dos cervezas rubias, esta vez buenas y refrescantes, tipo Lager. Nos las colocó al frente y salió.

—Es usted confiado, Gotardo. ¿Acude usted a cualquier lugar donde lo citen?

—Suelo hacerlo. Muchas veces es un error. Soy propenso a equivocarme. Pero déjeme decirle que a usted no la esperaba y esa es una muy buena sorpresa para mí.

—Me lo puedo imaginar. Decidí hablar con usted, aunque le aseguro que preferiría no hacerlo. Solo espero que no sea otra de las cosas de las que me voy a arrepentir.

—No me contó toda la historia.

—Le conté lo básico. La historia es esa. No le di todos los detalles, ni se los daré.

—Tampoco me explicó por qué tiene tanto miedo.

—¿Tenía que explicárselo? ¿Por qué va a ser, ah? ¿Hay alguien que no tenga miedo en Colombia? Aquí los criminales campean. Cada rincón de este país es una guarida potencial de hampones y asesinos. Cada esquina puede ser una trampa. Cada persona que se cruza con una por la calle puede ser un enemigo. ¡Claro que tengo miedo, Gotardo! Sería una estúpida si no... Tengo dos hijas desaparecidas. ¡Dos! Mi corazón es una herida abierta. Ellas que eran lo único más o menos bueno que he hecho en esta vida. Y, además, respondo por Cristina, que es mi sol.

Dicho esto, vi cómo una Lorenza temblorosa se bogaba su cerveza, cogía mis cigarrillos, sacaba uno y lo encendía, pese a que tenía uno humeando en el cenicero. Observé todo y esperé a que se calmara.

—¿La están amenazado?

—Desde antes de que desapareciera Mariana... Alguien no quería que ella investigara más y nos lo advirtió con claridad. Yo traté de disuadirla, pero las Montejo provenimos de una raza de mulas. Ella me dijo que no me preocupara, que iba a dejar de hacerlo. No le creí y, por supuesto, ella no lo hizo. No alcancé a tomar medidas, porque todo pasó muy rápido.

—¿Sabe qué es lo que ella investigaba?

—Mafias de trata de personas. Sobre todo de muchachas.

—¿Y sabe qué encontró?

—Nada que a mí me incumba y muchísimas cosas horribles. Yo ya lo investigué a usted. Sé que sabe mucho de ese asunto. Mariana descubrió eso que ya se sabe. Que a diario desaparecen muchachas y que, además, hay tenebrosas redes dedicadas al tráfico de seres humanos —gente que compra y vende personas, nada menos— y que esas telarañas son muy poderosas, aquí y en otros lugares del mundo. Pero, en concreto, qué averiguó, no lo sé. No lo sé, porque no quería saberlo y no le pregunté.

—¿Hay alguien que sí lo sepa?

—A escondidas mías, ella hablaba mucho con Cristina, que es su adoración. Pero no la creo capaz de contarle todos esos horrores a la niña. Solo sé que llevaba meses investigando y que tomó incluso cursos de criminalística. Qué sé yo. Yo no quería saber, tenía miedo y fíjese: tenía razón. En este mundo nadie les hace caso a las madres. ¿Sumercé sí le hace caso a su mamá?

—No.

—¿Lo ve? Siempre he creído que lo que pasó con mi hija Silvana es parte de un entramado mayor. Es algo que rebasa mis fuerzas, Gotardo. Un mal que yo no puedo vencer y que resulta muy peligroso de retar. ¿Me hago entender?

—Completamente. Las mafias que están detrás de eso son las peores de todas. Traficar con personas, ponerles un precio y esclavizarlas es estar en el punto más ruin de la escala humana. De ahí para abajo no hay adónde más descender. De gente así solo se puede esperar lo peor.

—Pienso igual. No vine a hablar con usted para agobiarlo con mis quejas y temores, sino para entregarle algo que quizás no debería darle, pero no sé qué más hacer. Es algo que me quema las manos.

—¿Qué cosa?

—Una copia de la investigación de Mariana. A lo mejor a usted le sirve.

—Me sirve, Lorenza. Esa información puede ayudarme a buscar a su hija y averiguar por dónde se metió.

—No se atreva a darme esperanzas. Soy una mujer realista. Conozco la maldad de este país y por eso creo que mi hija está muerta. Es más, estoy convencida de que mis dos hijas lo están. Por eso mi única preocupación es mi nieta. Así que le pido que, por ningún motivo, vaya usted a involucrarla a ella o a mí.

—Se lo prometo.

—Si quiere investigar, hágalo. Pero por su cuenta y a su riesgo. Porque yo no le voy a pagar ni un centavo. Necesito reunir dinero para pisarme de aquí y terminar de criar a mi nieta.

—La entiendo, Lorenza. Voy a investigar. Lo haré solo para mí. No crea que mi trabajo es un negocio nada más.

—Me alegra saberlo.

—Una pregunta. Usted, sus hijas y su nieta se apellidan Montejo.

—Sí, Montejo y nada más. Pero, a mucho orgullo, no solo nosotras nos apellidamos así. Ese era el apellido de mi madre, el de mi abuela y de ahí para atrás. Hace siglos eliminamos los apellidos de los hombres. Somos matrilineales, como debe ser.

—¿No hay hombres en su familia?

—No, no los hay. Los hombres solo llegan, nos acuestan, nos duelen y, por fortuna, se van. Ni mi hermana ni yo conocimos a los que nos engendraron. Mi madre tampoco tuvo noticias de su padre. Yo he olvidado a los hombres con los que, presuntamente, me preñé de mis hijas. Silvana nunca pudo establecer quién la embarazó y jamás nos importó saberlo. Por eso Cristina no tiene padre, ni falta que le hace. Y Mariana, como es la más inteligente, no ha tenido hijos. Así que somos puras hembras. ¿Qué le parece?

—Me parece bien.

—Los hombres solo son algo duro que se nos mete entre las piernas, nos destroza el corazón y nos despedaza la vida. ¿Qué opina? ¿Le parece demasiado radical?

—No tanto. A mí tampoco me gustan los hombres. Y eso que ninguno me ha destrozado el corazón.

Lorenza más que sonreírme, me enseñó los dientes sin hostilidad por primera vez y me miró a fondo. Una mirada llena de

incredulidad.

—¿Por qué confía en mí, Lorenza?

—¿Quién dijo que confío? Le concedo una oportunidad, nada más. Y lo hago porque se lo oí nombrar a alguien que es dura como yo y su cuento me sembró la duda. ¿Se imagina usted quién es?

—Violeta.

—A ella tampoco la meta en esto, por favor. Créame, es mejor que ella no se entere de nada. Se lo advierto, sería muy peligroso para usted.

—¿Por qué razón?

—Que tenga buena noche, Gotardo. Haga lo que quiera con lo que le voy a dar. Pero, por favor, manténgase alejado de nosotras. Y trate de cuidarse. Únicamente si encuentra el cadáver de mi hija me llama y me cuenta.

Dicho esto, Lorenza se puso de pie, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, se inclinó y depositó dos memorias USB sobre la mesa. En ese momento pude apreciar gran parte del magnífico tatuaje que se extendía sobre todo su pecho. Un rostro de mujer bajaba por todo su esternón y una maraña de serpientes le cubría las clavículas de hombro a hombro: una cabeza de Medusa. Obviamente inspirada en el famoso cuadro de Caravaggio. Ella se dio cuenta de que la observaba, sonrió, pero no dijo nada más. Se tomó el último sorbo de cerveza, estrujó la colilla en el cenicero, me miró en neutro, se dio la vuelta y se fue. Agarré de un zarpazo las memorias, las guardé, prendí un nuevo cigarrillo y la observé salir del patio. Inmediatamente, la mesera regresó con otra cerveza. Se la agradecí y le pedí la cuenta.

—Lorenza dejó canceladas las cervezas. En este bar los hombres tienen prohibido pagar la cuenta.

—Debo venir con más frecuencia.

—Desde que lo invite alguna clienta, venga cuando quiera.

9.
La guarida, el saludo de Mu, la cama propia y los velos del insomnio

Regresé a mi apartamento. ¿Qué otra cosa podía hacer esa noche? Bueno, algunas, pero todas inconvenientes. Así que opté por ajuiciarme. Lo cual fue bueno, pues justo al entrar tuve la sorpresa de que la Señorita Mu saliera a recibirme y en vez de agudos reclamos por mi ausencia me hiciera gráciles carantoñas, tomándose el inusual cuidado de no arañarme. Tras un largo y afectuosísimo intercambio de cariños, topetazos, mordisquitos y ronroneos, sospeché.

—¿Por qué estás tan contenta de verme, Mu?

—Siempre sospechas que tengo dobles intenciones, Got. Deberías dejar afuera el detective cuando regresas a casa.

—No me llames detective, por favor. Dime una cosa, ¿ya comiste?

—No.

—¿La vecina no te dio de comer?

—Myriam está de viaje.

Con esa sola frase comprendí toda la zalamería de Mu. Ella sabía que, por unos días inciertos, dependería de mis cuidados. Algo de menor calidad gastronómica e inseguro para ella, lo sé. Así que ahorré sarcasmos al respecto y procedí a ofrecerle una buena y tranquilizadora cena. Había aceptado que, de vez en cuando, las

gatas necesitan ingerir algo de proteína animal en estado natural, así que destapé una latica que contenía un alimento a base de cadáveres de arenque y se la serví. Mientras la acompañaba a comer, me serví un plato de chucrut, junto con una rebanada de pan de centeno untada de ghee y me lo empujé con un par de tragos de ron puro. Después de ordenar la cocina nos fuimos a dormir.

Lo cual es un vano decir, pues la única que durmió como se debe fue Mu. A mí se me instaló una pensadera que no me dejó cerrar los ojos hasta que no atisbé los peajes del amanecer. En medio de tinieblas, sin poder fumar, pues la presencia de Mu me lo impedía, sorbiéndome apenas una que otra copa, repasé las conversaciones que sostuve con las Montejo. Recapitulé no solo las palabras dichas sino que les pasé revista a los gestos. El lenguaje corporal suele ser muy revelador. ¿Qué concluí? Que Lorenza seguía ocultado cosas y que tenía más miedo del que se esforzaba por controlar. También intuí que la pequeña Cristina sabía más de lo que su abuela creía y que a ella, más que el miedo, la traspasaban la rabia y el dolor, dos máscaras secretas de la necesidad de encontrar seguridad en el amor. Varias veces lamenté la prohibición de hablarle. También recordé que esa interdicción se había extendido a Violeta. ¿Por qué? ¿Ambas la habían mencionado y ahora resulta que no podía hablarle? Habrá que ver hasta dónde me alcanza la obediencia.

Lentamente fui armando el primer laberinto del caso, su borde externo, sus murallas infinitas y sus pasadizos comunicantes. Hice, como siempre, mapas mentales irreales y fragüé hipótesis inverosímiles cuyo fin era anticiparme a cancelar rutas falsas de investigación. Con el método de descartar primero todo lo imposible intenté, por varias horas, desnudar mis intuiciones, desinfectar mis pensamientos y desparasitar mi ignorancia. Sin embargo, no me salté el significativo hecho de que el caso se emparentaba comprometedoramente con el mío y que eso me generaría peligros e incrementaría mi tendencia natural a cometer errores e imprudencias. En realidad, un asunto así debería rechazarlo, por eso que los *abogánsteres* conceptúan como "conflicto de intereses". Mirarme en el dolor de las Montejo sería contemplarme en mis

peores espejos. Fracasar allí equivaldría a robustecer mis fracasos. No obstante, aunque todo eso había que tenerlo claro, no podía engatusarme al punto de no reconocer que justo eso era lo que había suscitado mi inmediata empatía. Era eso lo que había derramado chorros de cortisol y adrenalina en mi organismo, manteniéndome en un estado de alerta general y, por tanto, insomne. Era de ahí que provenía mi resolución de introducirme en esa boca de lobo cuyas fauces se abrían frente a mí. Tampoco deseché la significativa circunstancia de que fuera una niña quien me hubiera pedido ayuda. Si tengo una clara debilidad por atender lo que me solicitan las mujeres, la petición de una niña lastimada rebasa lo que estoy dispuesto a soportar. No creo que les sea difícil entender por qué.

Las nocturnas horas seguían arrastrándose por mi habitación, tardas, inútiles y monótonas. Acorralado en varios puntos ciegos de mis disquisiciones no pude domar el impulso de levantarme a fumar. Mis cautos movimientos despabilaron a Mu.

—*¿Volviste a fumar, Got?*

—Sí. ¿Puedes creerlo? He regresado a mis viejas costumbres.

—*(Risa de gata).*

Fingí no escucharla y salí del cuarto. La Señorita Mu, muy oronda, se desperezó y me siguió. Tomé el rumbo del gélido balcón donde fumo para no contaminar el aire que mi gata respira y ella se dirigió hacia la cocina, seguramente para repelar las sobras que había reservado en su tazón.

Humeando contra un cielo oscuro y mudo proseguí con mis interrogantes. Lo que más roía mi soliloquio interno era no saber hasta dónde habían llegado las investigaciones de Mariana. Y si estas, como era lo más viable, tenían que ver con su reciente desaparición. Y al calificarla como reciente me recordé que eso era ser muy optimista. En un caso así una semana larga es un lapso demasiado contundente y, por lo que avala la estadística, de pésimo pronóstico. En especial porque no se tenían noticias suyas y nadie había dado señas de ella. En una desaparición el peor augurio es el silencio. La única pista eran las advertencias previas que ella misma

había recibido. Era necesario actuar con prontitud. Así Lorenza opinara, con realismo, que ya era demasiado tarde. No obstante, habría que aguantar hasta la mañana y con la invaluable ayuda de H explorar esas memorias, depurarlas y esperar que contuvieran datos de interés y que, sobre todo, nos ayudaran a dar con el paradero de Mariana e identificar a sus captores, pues no me cabía duda de que su desaparición era forzada. Ojalá esté viva, fue lo último que pensé tras cerrar la puerta del balcón.

Mientras atravesaba la sala traduje en mi mente, quizás como una premonición, una línea de los versos de Gottfried Benn, un poeta alemán que le gustaba a mi abuela: "Los dioses sostienen la balanza durante una hora titubeante". Entorné la puerta del balcón y regresé a mi cuarto. Recordé el título del libro del bardo germano, *Morgue*, y temblé. Entré a mi alcoba. Mu dormía con gatuna inocencia. Me tendí a su lado dispuesto a soportar los coletazos de mi insomnio hasta el final. Pero me ocurrió lo que me venía ocurriendo, apenas recliné la cabeza en la almohada y sin que mediara un periodo mínimo de transición me borré, perdí la luz de la conciencia de sopetón. De una sola vez se me silenciaron todos los pensamientos que llevaban horas torturándome. Y es de presumir que me sumí en un sueño abismal, coloreado de una negrura tal que no me dejó extraer ningún recuerdo.

10.
Visita interesada y felicitación sincera, pero tardía

Mientras le recapitulaba de manera exhaustiva los pormenores iniciales del caso, H me miraba sin parpadear. Ella más que atender a cada una de mis palabras, las sopesaba y les quitaba la maleza. Sé que tomaba notas mentales de cuanto yo decía, pero al tiempo que detectaba mis vacíos de razonamiento, mis fallas argumentales, realizaba un listado provisional de todos los huecos informativos que le resultaban evidentes. En una de mis pausas reflexivas la observé y comprendí que, aunque su interés parecía puramente cerebral, las más hondas fibras de su ser se hallaban ya comprometidas. Su mente veloz establecía conexiones que a mí me habría tomado una noche completa de insomnio descubrir. La fuerza de su corazón ya había tomado partido.

H no me interrumpió ni un solo instante y soportó paso a paso el relato del asunto. Sabía que hablarle le procuraba un orden a mi cabeza. Por eso fue muy grato para mí ver que se le iluminaba el rostro cuando le mostré lo que le había dejado como recompensa final: las memorias USB que me había entregado Lorenza Montejo. Las vio y no dijo nada. Pero saltó de su asiento, me las rapó y salió como una flecha hacia su computador.

—Arrancamos tarde, don Got, y ya nos llevan mucha delantera. Esto hay que revisarlo ya. No hay más tiempo que perder.

No esperaba una reacción menor en H y, por supuesto, no había nadie más idóneo para revisar ese material. Ella lo depuraría para mí y me enseñaría todo lo que tuviera relevancia. Pero eso requeriría tiempo. Tiempo, silencio y concentración. Así que salí de mi oficina, pues había otro asunto que me era preciso atender.

Recorrí siete cuadras, esquivando ciclistas, por el sendero peatonal de la avenida del Conquistador y, en esa esquina complicada que da sobre la carrera décima logré capturar un taxi. Me subí y pedí que me llevara al edificio central de la Policía. El conductor, por todo comentario, me observó unos largos segundos por el espejo retrovisor. Si esperaba que yo añadiera algo, lo frustré. Arrancó sin cerrar la boca, pero sin atreverse a preguntar. Por lo que yo aproveché para espiar, en silencio, esa zona de la ciudad a través de la ventanilla. Venía satisfecho de que H hubiese apoyado mi decisión y, en especial, estaba esperanzado por el rumbo concreto que estábamos a punto de tomar. Tal vez ustedes lo malicien con razón, soy un tipo solitario e individualista, un bicho urbano; reconozco haber sido inoculado por el narcisismo propio de la época que me tocó vivir y preferir bastarme a mí mismo. Por tales razones no soy un buen animal de rebaño; pero, a punta de desaciertos, he aprendido que el trabajo en equipo suele dar mejores frutos que atenerme al vicio de resolver todos los problemas solo. Necesitaba colaboración. Sumar fuerzas. Por supuesto que sí. ¿Quién no?

Cuando descendí del automotor amarillo y —debo decirlo, sin problemas ni recargas abusivas en lo que marcaba el taxímetro, quizás porque el conductor conjeturó que yo trabajaba ahí— me paré frente a la entrada de ese edificio que la mayor parte de mis conciudadanos evitan y caí en la cuenta de que yo nunca lo había visitado. Un edificio alto, con un toque de burocrática modernidad e, incluso, lujo institucional, que alberga a las principales direcciones de la Policía colombiana. No crean que no tuve que hacer un gran esfuerzo para convencerme de ir hasta allí, entrar, saludar, pelar mis premolares sin dar muestras de agresividad, presentar mis documentos y solicitarle a la cabo Martínez que le avisara de mi presencia a la capitán Ángela Chitiva, recientemente adscrita a la

unidad especial de lucha contra el crimen organizado. Todo un logro para ella.

Once pisos subió el inmaculado ascensor. En la oficina del fondo a la derecha estaba la nueva capitán, parapetada tras un escritorio, un computador inmenso y un arrume indecente de carpetas. Apenas entré se paró, sonrió y me tendió su mano franca. Con el gesto me indicó una silla. Me senté.

—Es una grata sorpresa verlo por aquí, Gotardo.

—Sé que he debido venir antes a felicitarla por su ascenso, capitán. Pero usted me conoce y sabe que esas cortesías no son de mi estilo.

—Ni falta hace que me lo diga. Y si venció sus prejuicios para venir hasta aquí, estoy segura de que no fue para cumplir rituales sociales.

—No. Tiene razón. Pero antes de que le cuente el motivo de mi visita, dígame cómo está el pequeño Simón.

—Excelente. Gracias por preguntar. Me salió un chiquillo precioso. Al que, afortunadamente, siempre me lo cuida su papá.

—¿Y Silverio cómo está?

—Feliz con el chinito... Ahora sí, dígame de una buena vez, Reina, en qué lío se metió. ¿A quién anda buscando ahora?

Así es ella, siempre lista a pelar la pepa del asunto. Razón por la que, sin perder tiempo, la puse al tanto de la terrible situación de la familia Montejo y le aventuré algunas de mis primeras y raquíticas hipótesis de trabajo. Las cuales, vale decirlo, eran suposiciones obvias que no les repetiré. Aun así la capitán las escuchó hasta que yo terminé de exponerlas. Solo se movió para servir dos tazas de un café cuartelero y como era previsible: bastante horrible.

—Dice usted que la femenina que está desaparecida se llama Mariana Montejo y que ha laborado como fotógrafa en Medicina Legal, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, hay que hacer dos cosas. Una es conseguir copia de la denuncia puesta por la familia. De lo cual me hago cargo yo.

Pero...

—¿Pero…?

—Lo otro es faena de su competencia, Gotardo.

—¿Mía? No le entiendo.

—¿No? Pues a mí me parece muy sintomático que no se le haya ocurrido a usted. La propia para averiguar sobre esa mujer es su amiga...

—¿Mi amiga?

—Sí. La doctora Catalina Blackwell... Ella la tiene que conocer.

—Claro que sí, Ángela. Quién sabe por qué no lo pensé antes.

—Sí, quién sabe, Reina. Háblese con ella y no se preocupe de asuntos pasados, que pese a lo que diga el dicho, nunca nadie ha prendido una hoguera con puras cenizas.

11.
Aparentemente la línea del tiempo lleva una sola dirección. ¿Cierto o falso?

En el universo newtoniano esto parece ser cierto, nada se devuelve. Nada vuelve a ser. Nada ocurre dos veces. No hay regreso. Manzana caída siempre se pudre. La flecha del Tiempo sigue una sola dirección y todos los instantes son únicos. Lo más característico de la vida es su incesante cambio. El pasado ya pasó. Entonces, no había nada que temer. ¿O sí? Además, Ángela Chitiva tenía razón, si con alguien había que conversar era con la prestigiosa patóloga forense, a pesar de haber dejado trunca nuestra vieja historia. Todos los fotógrafos con esa especialidad trabajan o lo han hecho para ella. A pesar de estar convencido de eso caminé, enredado en dudas, muchas cuadras antes de tomar la decisión de hablarle y pedirle que me recibiera en su oficina. Pero cuando ya resuelto metí la mano en mi bolsillo, descubrí que mi celular no estaba allí. No me extrañó, pues suelo olvidarlo. Eso me obligó a tomar un taxi hasta mi oficina, donde H podría solucionarme el problema. Bien. Además, podré lograr que sea ella quien llame a la doctora Blackwell y así la situación se presentará de una manera menos personal. Por si acaso no quedan cenizas, como dice Chitiva, sino brasas.

A pesar de que H estaba totalmente sumergida en su trabajo, cuando le expliqué que había perdido mi celular y que necesitaba

que, por favor, se comunicara con la doctora Blackwell y le solicitara una cita lo más rápida posible, ella giró la cabeza y me clavó la vista. Sentí que, más que mirarme, escudriñaba las sucesivas capas de mi alma y quién sabe qué vislumbró, pues sonrió de oreja a oreja y por un motivo que no compartió.

—Mire, don Got, de su celular no sabría darle razón. A lo mejor usted lo dejó en su apartamento o lo extravió en algún bar o lo echó en la lavadora, como la otra vez. Hace un rato lo llamé y está fuera de servicio. O usted lo dejó apagado o se descargó o habrá que averiguar. En cuanto a la doctora Blackwell, créame cuando le digo que esa llamada le conviene hacerla usted mismo.

—¿Por qué me conviene hacerla? Llámala tú.

—Porque he observado que usted lleva varias semanas insatisfecho con su manera de dormir. Algo le pasa. ¿Demasiada soledad, quizás?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que usted necesita una cura pronta y la doctora Blackwell es perfecta para eso.

—Sigo sin entenderte.

—Háblele y verá que entiende. Ya mismo se la comunico.

H levantó el auricular del teléfono fijo y yo, sin entender aún, me fui a contestar en mi oficina. Apenas llegué al escritorio, H me avisó que la doctora estaba en línea. Me tomé unos segundos en comunicarme, pues se me ocurrió que podía consultarle mi asunto por teléfono y evitarme una ida hasta su oficina. Y quién sabe cuántas cosas más.

—Doctora Blackwell…

Sin que hubiese intentado siquiera librarme del asunto, apenas escuché su voz acepté, con sorprendente facilidad, la inmediata propuesta de Catalina Blackwell de almorzar juntos. Por esa razón, una hora después nos encontramos en La Cartilla de Mao, un conocido restaurante de menús orientales. Idea perfecta, pues ahí encontraría comida para mí, sin que hubiera mediado para eso sacrificio animal alguno. La doctora me estaba esperando en una

mesa arrinconada y, como de costumbre, estaba tan radiante que parecía haber sacado tiempo para pasar por un salón de belleza y que en los meses de no verla sus atractivos se habían incrementado. Aunque no me di chance de verificar de qué modo, pues una sola mirada de más basta para delatar a un hombre. Para fortuna mía, ella aún traía puestas unas Ray Ban oscuras que le ocultaban sus ojos marítimos, de cuyo oleaje yo había dado pruebas —en el pasado, aclaro— de no tener capacidad de resistir. Me le acerqué y nos dimos uno de esos besitos convencionales y prudentes, a manera de saludo ritual, y nos sentamos.

—Tengo muchísima hambre, Gotardo. Tuve una mañana que ni te cuento. Esta madrugada hubo una matazón de pandilleros de tres bandas distintas, en un potrero del barrio Hoyo Lindo y, bueno, tuve que ir a dirigir el levantamiento de los cadáveres. Puros muchachos. Un horror. Y no sabes la clase de heridas que tenían. Últimamente, la guerra que sostienen las bandas por el control de la ciudad les ha hecho aumentar la sevicia de sus ataques.

—Algo he oído, pero con esos datos me parece tener más que suficiente información, Catalina.

—Conozco tu sensibilidad. Evitaré las ilustraciones forenses. No te preocupes. Pidamos y mientras tanto me cuentas qué te pasa y así comprendo qué fue lo que hizo que te aventuraras a verme.

Al final de esa arriesgada frase, Catalina se despojó de los lentes, pestañeó un par de veces, exhibió toda la luminosidad de sus ojos y, sin compasión alguna, los clavó directo en los míos. Un azul más bello que el de cualquier cielo. Hube de hacer un tremendo esfuerzo para cerrar la boca, desviar mi mirada y, con el fin de lograr una pausa estratégica, que además me permitiera obviar la parte final de su comentario, hacerle señas perentorias a una de las meseras para que nos atendiera.

—Pide tú, Gotardo. No quiero elegir. Sorpréndeme, por favor.

—Te recuerdo que soy vegetariano.

—No hay problema. Por hoy ya vi suficientes cadáveres.

—Como quieras.

Ordené, casi de memoria, entradas de alcachofa y espárragos al gratín, empanadas rellenas de cogollos de bambú, una sopa a base de algas, setas y tofu en leche de coco, así como un par de tazones de arroz de jazmín con verduras salteadas en una salsa elaborada con una base de chiles, almendras y ajonjolí. Y, para acompañar, una bebida a base de cúrcuma, pimienta negra, limón y jengibre que es muy tonificante y digestiva.

—¿Comes siempre así?

—Por lo general.

—Con razón siempre te ves tan bien. Me encanta que te mantengas tan sano.

—No creas, así es como encubro mis vicios.

—Bueno, de esos puedes contarme en otra ocasión. Ahora sí, qué querías consultarme.

—Necesito toda la información que tengas sobre una fotógrafa que debes conocer. Se llama Mariana Montejo.

—Conozco a esa muchacha. Hemos trabajado juntas. ¿Por qué la requieres?

—¿Has sabido algo de ella?

—No. Últimamente han reducido el personal de la institución. Ya sabes, el nuevo gobierno quiere recortar gastos y qué mejor que echar gente. Creo que ella salió por eso.

—Según su familia, está desaparecida.

—¿Cómo va a ser? ¿Qué pasó?

—Eso es lo que ando averiguando. Todo indica que tiene que ver con algún tipo de organización criminal, pues ella ha estado investigando...

—¿Investigando qué? Nunca lo supe… Ella no me dijo nada… Solo sé que es una mujer muy dedicada a su trabajo y buena fotógrafa. Incluso una vez a ti te gustaron sus fotos.

—¿En serio? ¿Cuándo las vi?

—En el caso de las muchachas suicidas del Salto del Tequendama. Ella era la fotógrafa que nos acompañó ese día hasta

el Lago de los Muertos.

—Ya la recuerdo. Tienes razón. Cuando vi sus fotos percibí que, a pesar del horror, la mirada de ella buscaba protegerlas. Era una mirada compasiva y respetuosa.

—Así es Mariana. Mira mucho más hondo y más allá de donde miran los demás.

—Espero que esas cualidades no le hayan causado un problema demasiado grande.

—Cuéntamelo todo.

12.
Mi vida sin H sería muy complicada

Se lo dije, con toda sinceridad, apenas la tuve al frente. H no se inmutó. Las suaves cortinas de su ego se encontraban en una posición impenetrable. Solo retiró la vista de la pantalla un microsegundo para barrerme de una ojeada y preguntarme.

—¿Le fue bien con la doctora, don Got?

—Sí, almorzamos delicioso y aceptó hacer averiguaciones por su cuenta, pues no sabía qué era lo que andaba investigando la fotógrafa.

—Perfecto.

—¿Has encontrado algo relevante en esos archivos?

—Déjeme terminar y le cuento todo, pero sí. Hay cosas muy interesantes en estas memorias. Esa mujer tiene una cabeza muy organizada.

—Acaba, entonces, y me cuentas.

—Si quiere, puede mirar algunas de las fotos que seleccioné. Ya se las mandé a su correo.

—¿Son fotos que yo deba mirar o aumentarán mis insomnios?

—Afirmativo a las dos preguntas, jefe.

Claro, así tiene que ser. Es inevitable que si uno se mete a hurgar en los archivos de una fotógrafa termine mirando sus fotos. Y yo temía verlas; sé que abundan las imágenes que hieren. Pese a que no olvidaba que por ser la fotografía forense una rama crucial de la criminalística, esta no solo se dedica a retratar muertos con

violencia. Lo suyo es, también, la topografía de los crímenes, los detalles de las escenas, incluso el registro minucioso de las evidencias físicas. Su trabajo es ser una memoria de los ojos del investigador. No obstante, abrí con cautela la primera carpeta titulada Rastros. Para mi alivio no había en ella lo que yo temía sino una serie de fotos de fachadas de casas de diversos estratos, edificios comunes de vivienda y locales comerciales, en las que se podían ver con claridad las direcciones. Me parecieron lugares aparentemente anodinos y por eso mismo sospechosos. Seguí avanzando con el cursor. Encontré fachadas de bares, de restaurantes, de clubes nocturnos, de hoteles de mala y de muy buena muerte, de tiendas de abarrotes, de casinos de poca monta y de lo que seguramente eran amanecederos mercenarios o burdeles clandestinos. No identifiqué ningún lugar, pero intuí que tendrían lazos en común. Reflexioné en que esas fotos, quizás, permitirían trazar un mapa que posibilitaría entender cómo se conectaban y así establecer a qué zona de la ciudad pertenecían, o de las ciudades. Al deducir eso supe que era algo tan obvio que H ya lo estaría haciendo.

Abrí la segunda carpeta titulada Instituciones. Nuevamente era un estudio de diferentes fachadas. Fotos del edificio de Medicina Legal, de estaciones de policía, de juzgados, clínicas y consultorios médicos, así como de estudios fotográficos, oficinas de pasaporte y bodegas cercanas al aeropuerto El Dorado y otros que no distinguí y me parecieron aeródromos privados. Había también fachadas de la entrada a algunas cárceles, en especial de esa Harvard del hampa que es La Modelo. También había fotos de consulados y embajadas de varios países, México, España, Suiza, Bélgica, Países Bajos, Estados Unidos y Brasil.

Estrujé el cigarrillo contra el cenicero y me detuve a pensar. ¿Por qué? ¿Qué significado tenían? Y, sobre todo, cuál era la pita que enlazaba todo el entramado. Miré despacio. Noté que no había un solo detalle estético que evidenciara la reconocida experticia de la fotógrafa. Eran puras fotos de registro, bien tomadas, bien enfocadas, pero sin alma y sin amor. ¿Por qué? Encendí un nuevo

cigarrillo, invoqué la asistencia de los espíritus del tabaco y les pregunté. Quizás porque Mariana tenía con esos lugares una bronca personal y solo quería coleccionarlos para tenerlos presentes y no tenía la más mínima intención de embellecerlos. Los quería así, tal cual, hiperrealistas en su espontánea feúra arquitectónica. Bien. Por lo visto la mente de la fotógrafa e investigadora gustaba —como gusto yo— de armar rompecabezas para inspirarse. ¿Rompecabezas? Tal vez.

Revisé la tercera carpeta titulada Personajes # 1. Frente a mis ojos desfiló un selecto y heterogéneo grupo. Varios hombres con distintas pintas, unos bien trajeados, como si se tratara de funcionarios, abogados, políticos o hasta hampones con trajes de marca, pues es espinoso diferenciarlos. Había algunos hombres que parecían extranjeros, elegantes y rubios. Los demás en cambio tenían facha de nacionales del común, pudiendo ser desde vecinos, trabajadores y estudiantes a atracadores y sicarios. Difícil a estas alturas saber diferenciar. Resaltaba que un par de ellos lucían uniforme militar y que las fotografías habían sido captadas de lejos y de manera clandestina.

La subcarpeta Personajes # 2 ofrecía otra variopinta muestra de especímenes humanos. Varias mujeres con pinta de haber pasado de dedicarse a labores *non sanctas* en su juventud a tenebrosas en su senectud. Una veintena de niñas prostituyéndose en los callejones aledaños a la zona roja de la gran ciudad, vigiladas por muchachos en moto. Una ráfaga de fotos de un hombre altísimo vestido de gris. Una de una pareja de aspecto tétrico en el interior de un bar. Una docena de hombres parados en esquinas. Varias de una mujer bellísima, con rasgos orientales. Y, oh sorpresa, una serie de Aralia Torrenegra hablando, en un elegante café, con una desconocida para mí.

La subcarpeta # 3, que estaba rotulada como Familiares, traía varias fotos de Lorenza, de Cristina y de Silvana, otra de una mujer con un sorprendente aire de familia y una más de Violeta. Lo extraño es que entre estas estaba la foto de un personaje masculino, de pésimo aspecto y con cara de jamás haber estado interesado en

conseguir amigos. Lo cual me sorprendió, pues Lorenza Montejo me aseguró que en "la familia" los hombres no pintaban.

Estratégicamente H dejó para el final, es decir para cuando yo ya hubiese mascado las carnadas de los anzuelos, la carpeta titulada Víctimas # 1. Otra vez fueron apareciendo retratos de mujeres jóvenes, algunas evidentemente niñas. Estos tenían otro tratamiento fotográfico y resultaba evidente que no los había tomado Mariana, sino que los había copiado de algunos archivos que parecían oficiales. ¿Cuáles? Ni idea. Además, en este punto no se podía saber de qué eran víctimas. Es decir, si estaban o estuvieron desaparecidas o habían muerto o qué.

Finalmente abrí la carpeta que temía, Victimas # 2. Y esta sí se correspondía con lo que yo deseaba evitar. Eran puras fotos de cadáveres, en este caso de ambos sexos. Las primeras eran las típicas fotos de archivo que se hacen en la morgue, luego de que los patólogos han concluido las necropsias. Respiré. Fumé. Bebí café. Destapé una botella de ron… Imposible saber qué cosa distinta a la juventud y la muerte violenta los unía a todos ellos… No obstante, al final de la serie había unas pocas que no se correspondían con el resto. Varias de estas sí eran típicas fotos tomadas en escenas de crimen: once cadáveres masculinos descuartizados en bolsas de basura. Una más de un hombre asesinado a puñaladas, según pude establecer, dado que aún tenía un puñal encajado en su pecho. Y ocho de mujeres jóvenes, tiradas en el piso, semidesnudas, con los cuerpos magullados y con un tiro en medio de la frente. De estas era factible deducir que habían sido tomadas por la misma Mariana. Habrá que ver.

Me detuve. Respiré. Encendí otro Apache. Me serví otro trago de ron de mi botella de combate, Doncella Triste. Me lo tomé de un sorbo. Tosí y respiré. Me volví a sentar y miré la última carpeta: Fosas. Allí aparecían veintiuna fotografías de cinco fosas comunes, en cuyos fondos se veía eso que no me place ver. Restos humanos. Aun así me obligué y las miré un buen rato. Bien. Acabé. Cerré la pantalla. Volví a respirar. Terminé otra copa y la rellené. Esperé unos minutos a que mi mundo interno recobrara la calma. Porque lo que

resultaba innegable es que esa mujer había estado documentando una investigación muy seria. Y el mapa criminal que se insinuaba era muy vasto y comprometedor. Todo apuntaba a que le seguía los pasos a una o a varias grandes organizaciones delictivas.

Humeando en esos pensamientos me interrumpió H. Su rostro develaba que ella había arribado a conclusiones de la misma condición que las mías y que, sensata como es, estaba muy preocupada.

—Don Got, creo que tenemos un campo minado debajo de nuestros tenis.

—Así me lo parece. ¿Ya revisaste todo? ¿Alguna conclusión?

—Puras hipótesis, don Got. Así que es mejor no adelantarnos a especular.

—¿Quieres un trago?

—Sí.

Le llené una copa a tope y me senté a esperar que la benéfica profilaxis del licor hiciera su trabajo en H. Es decir que sosegara un poco su visible inquietud. Pero ella agarró el vaso y se lo bebió de un solo jalón. Luego se levantó y se sirvió de nuevo.

—¿Tan mal ves la cosa?

—En los otros archivos hay nombres y direcciones. También hay fechas. Algunas de varios años atrás. Hay muchas copias de denuncias y de artículos de prensa, tanto colombiana como internacional. Igualmente hay una buena colección de *links* a libros, artículos y documentales sobre redes criminales y trata de personas en todo el mundo, así como varios informes de los distintos fines a los que son destinadas las víctimas. Horrores que no me atrevo a contarle, don Got... Lo que significa que esa Mariana estaba escarbando por todo lado y tenía buen ojo.

—Creo que deberíamos tratar de hacer un mapa con todas las direcciones que tenemos y un listado con todos los nombres que menciona.

—Ya estoy en esas, pero necesito más tiempo para procesarlo todo, pues la mayoría de los archivos están encriptados. Así que, con

su permiso, voy a quedarme toda la noche a trabajar aquí.

—Preferiría que fueras a casa a descansar y que mañana, estando fresca, reanudaras el proceso.

—No voy a lograr dormir hoy, don Got. Este galimatías lo tengo que solucionar o no podré pegar el ojo.

—Te comprendo. Haz lo que quieras, pero no te excedas. Pide algo rico de comer a cuenta de la oficina, por favor.

—Lo haré. Eso sí, recuérdeme mañana que le hable de uno de esos asuntos administrativos que usted odia, pero del que debe estar al tanto.

—Si no hay remedio, te lo recordaré.

13.
Pequeñas sorpresas en una lóbrega esquina bogotana

Dejé a H enfrentada a sus propias obsesiones. Y me otorgué la licencia de darme una larga caminata, con la esperanza de distraer mi cabeza con el bullicio vespertino de las calles. Deambulé sin establecer una ruta específica, pero una parte mía bien que sabía hacia dónde iba. Tanto que, fingiendo que me dejaba llevar por la costumbre, me detuve en la gran licorera Barril sin Fondo, y compré un par de botellas de vino, excelente y caro, para evitarme la vergüenza de aparecer con las manos vacías.

Dos cuadras más adelante constaté que me seguían en una moto. Simulé interesarme en las vitrinas y de súbito doblé por una calle cuyo flujo automovilístico venía en sentido contrario y por donde la motocicleta no podría pasar. Vano intento. Al llegar a la siguiente esquina me estaban esperando. Me tranquilicé un poco cuando establecí que las ocupantes de la moto eran mujeres. Como todos saben, confío en ellas; aunque sepa que es un error subestimarlas en cualquier campo. Aun así decidí dejar de jugar al gato y al ratón, por lo que caminé derecho hasta donde estaban estacionadas. Apenas llegué, la parrillera se quitó el casco y me miró.

—Cristina. ¿Qué haces siguiéndome?

—Seguramente, perder mi tiempo, pues hasta ahora usted me resultó un tipo faltón.

—Tu abuela dijo...

—Mi abuela que se friegue. La que fue a buscarlo y lo contrató fui yo. Así que quiero que me diga en mi cara que usted es igual a los tombos y no va a hacer nada para ayudarme.

La miré. Estaba exaltada. Con toda seguridad había pasado por una crisis, cosa que se evidenciaba en que se había teñido el pelo de rubio nórdico en la parte superior de la cabeza y de rosado Disney en las puntas. Sus ojos despedían chispas. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? ¿Qué decir? ¿Qué no decir? ¿Correr? Para empezar, no me gusta mentirles a las niñas.

—Sí te voy a ayudar.

—¿Cómo?

—Como mejor pueda, Cristina.

—Muy bien, si eso es verdad, usted y yo tenemos que charlar.

—Entremos a ese café y conversemos un momento.

—Muy bien. Mi amiga se quedará a esperar hasta que yo salga.

Miré a la amiga, pero no vi su cara, pues nunca se levantó la visera del casco. Lo único raro que noté fue un logo impreso en su chaqueta: Qks. Así que entré a un famoso café bogotano, el Amo's, a media cuadra de donde estábamos. Nos sentamos a una mesa, pedimos una soda, una gaseosa y un roscón relleno de arequipe, antes de ponernos a conversar. La muchacha me habló acerca de la investigación que hacía su tía, pero no agregó muchos detalles a lo que yo sabía. Tal como había supuesto la abuela, no le habían contado todo. Sin embargo, no resultó una charla inútil, porque me contó que su tía le había dicho que unas parceras suyas le estaban colaborando en la investigación, ya que una de ellas tenía varias amigas desaparecidas y la otra investigaba para una fundación. Como es obvio, le pregunté por los nombres y los datos.

—No sé sus nombres. Solo que a una de ellas le dicen "la Geisha".

—¿Cómo la encuentro?

—Sé que ella tiene un negocio... Un *sex-shop*... Pero no sé dónde queda ni cómo se llama.

—No te preocupes, con esos datos yo lo encontraré.

—¿Cuándo nos vemos, para que me informe cómo va el caso?

—Llama a Hortensia y dale todos tus datos. Cuando yo tenga algo que decirte, te lo haré saber. No me busques más en persona. Y no le digas nada a Lorenza.

—Por supuesto que no, mi abuela se lo cobraría a usted. Y muchas gracias, Gotardo. Tal vez usted sí es el tipo que me contaron.

—Oye, sácame de una duda. ¿Qué parentesco tienes con Violeta y por qué no quieren que hable con ella?

—Ah… Ella es hija de una hermana de mi abuela, pero ellas dos no se quieren mucho. Además de que son muy distintas, algo feo les pasó. A mí, Violeta y su parche de amigas me parecen una chimba. Ella y la tía Mariana sí son buenas primas. Pero no sé por qué cuando se trata de mi mamá y ahora de mi tía, mi abuela no quiere que ella sepa nada y mucho menos que se meta.

—Okey.

—Me voy corriendo. Como me le volé, no quiero que mi abuela me monte la cantaleta más tenaz. Adiós, Gotardo.

Y al irse, no solo me sonrió sino que me mandó un besito con la punta de los dedos. Por un instante me sentí feliz. Y, luego, feliz y preocupado. ¿Entiendes la dimensión del lío en el que te acabas de introducir, moreno?

14.
Devaneos eróticos que quizás no tengan que ver directamente con el caso que se investiga, pero que a corto plazo influirán en el ánimo del investigador

¿Qué pasó tras despedirme de la sonrisa de Cristina y sus terribles ojos de esperanza? ¿Qué ocurrió tras haber cometido la inexcusable imprudencia de aceptar las condiciones impuestas por la niña? Lo primero fue que, irresponsablemente, decidí no pensarlo de más y dejarme llevar por fuerzas que sé que no controlo. Como ya era tarde para arrepentirme, preferí convencerme de que había actuado como aconsejan los sabios, es decir, siguiendo los dictados de mi corazón y asumí que si este se equivocaba de rumbo yo era un hombre irremisiblemente perdido. Para autenticar mi decisión opté por aceptar que, al menos esa noche, mis consejeras principales fueran las hormonas sexuales, dejando en segundo plano las inseguras divagaciones de fuente neuronal, cuyos intrincados cálculos, como acabamos de ver, pueden conducir a decisiones aparentemente racionales que uno, muy presumiblemente, habrá de lamentar. ¿Es confuso? Lo sé. ¿Han llegado a esa disyuntiva? ¿Hormonas vs. neuronas? Apuesto que sí. La ventaja de dichas hormonas es que deciden rápido, saben lo que quieren, son más

confiables, actúan y mandan directamente sobre el cuerpo. En cambio, adentro de la masa cerebral hay infinidad de pliegues, exceso de conexiones sinápticas, flujos eléctricos, innumerables sustancias químicas que deben operar a justa medida, demasiados centros de mando y puestos de control. Además, con las prolongadas abstinencias uno incurre en ahorros de dopamina y cuando ofrece liberarla de nuevo, pide lo de siempre y más.

Exactamente a la hora en que me había comprometido a hacerlo arribé al edificio Los Vigilantes del Cerro y le pedí al portero que anunciara mi visita. Una vez me fue concedido el acceso, subí hasta el piso 36 de la torre D, salí del ascensor y timbré en el 36-03. La puerta se abrió de inmediato y la mismísima Catalina Blackwell me recibió con una exhibición del bellísimo estado de su dentadura y, sin advertencia alguna, con una tanda de besos que casi nos manda al piso. Buena táctica la que tiene la doctora, quien con más conocimiento que yo confía en la importancia de suministrarles los debidos precursores a las hormonas y, por tanto, sabe que no hay que dejar que al otro lo dirijan los amos de su corteza prefrontal. Después de quince minutos de besos, intercambios bacteriales y audaces manoseos logramos sentarnos en su sala, iluminada a media luz.

Los ventanales dejaban ver una maravillosa y extensísima panorámica de la ciudad nocturna. Como siempre, Bogotá vista de lejos resultaba casi bella, casi inocente, como si fuera un cosmos y no un caos lo que la organizaba. Y mientras la anfitriona descorchaba una botella claudiqué del todo y depuse mis últimas defensas, muy menguadas por cierto. Por lo que, con plena conciencia del riesgo, me expuse al hipnótico poder de sus ojos. A sabiendas de que ella lo sabe utilizar como nadie. La miré sin pestañear, casi jadeante. No voy a defenderme o a justificarme, la carne es débil, lo han asegurado, demostrado y repetido todos sus enemigos. Y en especial lo es la mía, a la que jamás he considerado mi enemiga.

Para rematar como se debe el asunto, cuando Catalina se inclinó para entregarme la copa, servida hasta los bordes, permitió que su

blusa se entreabriera y pude ver, porque ella así lo quiso, la sutil pulsación de su torrente sanguíneo bajo la bronceada superficie de las espléndidas dunas de su pecho, tal como el náufrago ve una próxima orilla. Agradecí la exuberancia de su madurez y su exitosa rebeldía contra los desastres del Tiempo. Recibí la copa, la choqué con la de ella. Bebí a fondo. Era vino, sí, pero me supo delicioso. Automáticamente, pues es algo que no premedito, mis manos localizaron mi paquete de cigarrillos, lo abrieron, recostaron uno sobre mi labio inferior y lo encendieron. Catalina bebió con lentitud todo el contenido de su copa y se rio. Parte del poder que ella sabe ejercer sobre mí se debe a que siempre toma el control. Solo hago lo que ella diga y quiera. Estoy en sus manos otra vez, pensé. Da las gracias y si vas a pensar, piensa mañana, por favor, Gotardo.

—Eres un tipo lindo cuando crees que una cortinilla de humo te puede proteger.

—Aunque no lo creas, sí me protege.

Luego tuvimos una charla que tenía como única finalidad adecuar el terreno sobre el que quería rodar Catalina. No recuerdo las frases. No fueron dichas para ser memorizadas. Más que por el contenido, valían por la calidad del aliento que las pronunciaba y las promesas que insinuaban. A veces uno escucha más que sus oídos, a veces uno huele las palabras y se deja embriagar por ellas. Hay voces que nos entran por las orejas y desbaratan cualquier resistencia de nuestra parte. Oírlas es claudicar. Solo recuerdo las sensaciones que la voz de Catalina y sus lentas caricias estratégicas producían en las mezclas y niveles de mi química corporal.

Sin que mediara una transición marcada, pisé la base tres de la entrega, miré hacia *home* y tiré la gorra, dispuesto a correr tras dar el primer batatazo. Una mano experta me detuvo y tomó el control, marcó otro ritmo. Reconocí que era un descanso para mí no tener que desempeñar el papel del seductor, del que inventa las frases precisas, del que adivina y suscita deseos ajenos, del que propone juegos y hace propuestas y promesas. Qué bueno ser la presa del otro. Era una delicia dejarme ir y que fuera ella la encargada de provocar, feromonizar el ambiente, proponer el itinerario carnal,

afanarse en acelerar mis pulsaciones y procurar incrementar el caudal circulatorio en todo mi sistema vascular. Al fin y al cabo, estaba en manos y labios y muslos de una verdadera experta. De alguien que conoce los cuerpos al derecho y al revés, literalmente.

En algún momento, la botella de vino, vacía, rodó sobre el tapete afgano. Un instante después yo no tenía chaqueta, ni camisa, ni pantalones, ni zapatos. Ni vergüenza. Era menos que un hombre y más que un animal: un ángel recién caído que aprende a caminar sin alas. Entre besos y mordiscos, miradas y lametazos, en los interregnos de las caricias más atrevidas y en las comas de las frases sucias pensé que era maravilloso no pensar, soltar el control y ofrecerse como puro objeto a las arbitrariedades del deseo de la otra persona.

Aunque no son mis sitios preferidos para tales faenas, pues lo mío es la amplitud y la comodidad de las *king size,* no estaba en posición de imponer condiciones, en especial porque la doctora Blackwell ya había asumido el rol dominante y disfrutaba de inmovilizarme debajo de ella, de darme indicaciones corporales que yo solo tenía la opción de obedecer. Y no porque su fuerza física fuera mayor que la mía, sino porque su versatilidad erótica sí lo era. Así que me resigné a que el estrecho sofá y las alfombras de la sala fueran nuestra primera arena. Pues, no vamos a negarlo, el sexo es lucha y es ballet. En especial con Catalina. Es un juego que solo se puede ganar cuando la derrota es doble.

Creo que todo hombre que esté en la consentida situación sexual que sea, disfruta el singular proceso hemodinámico con el que el flujo de sangre tibia invade los cuerpos cavernosos y sensibiliza y endurece toda su musculatura pélvica de una forma independiente de su voluntad. En ese momento la angustia masculina se disuelve y da paso, si es que se lo permiten, a su ansia de salir de sí y saltar a la cálida humedad del abismo. El deseo masculino siempre es ser otro, entrar en otra dimensión, volar lejos de sí, transformarse en lo prohibido por el tabú.

Pero Catalina esperaba más que eso, exigía mucho más de mí. Quería hacerme sufrir, oírme suplicar, verme retorcer en los límites

de la sublevación glandular y rogar por pagar con creces algunas de mis deudas, tanto personales como de género. Los juegos que proponía eran crueles, pero deliciosos, no me es posible decir que no. Si algo tiene de sobra la doctora es experiencia, bien fundamentada en un pasado numeroso y riquísimo en disfrutes. Conducirte a rozar ciertos puntos de la anatomía femenina con ciertas puntas de la masculina es un aperitivo sexual de poderosos efectos. Y viceversa. Dejarse guiar por el deseo es recuperar la inocencia y confiar plenamente en la sabiduría orgánica del propio cuerpo. Es dejar de lado la imaginación y abrirse a la plenitud de la sensación. De vez en cuando hay que permitir que nos mande el animal y decapitar al hombre para que pueda regresar el ángel. El deseo busca curarnos y el placer nos sana.

Horas después ambos yacíamos vencidos y extenuados en medio de un revoltijo de sábanas mojadas y plumas. ¡En una cama, por fin! Aunque no recuerdo cómo llegamos hasta ahí. Para cuando volví a levantar los párpados —con los compases de la felicidad aún redoblando en mi carne— los inaugurales tintes del amanecer ya se transparentaban tras los velos del cortinaje de su alcoba. Sentí la total satisfacción de ser yo mismo. El sexo siempre es así, me vuelve bueno y me perdona. De lo único que me arrepiento es de no haber sabido detener el tiempo, de haber permitido que ese deleite desapareciera.

De esa tibia duermevela de divagaciones me extrajo la mano traviesa de mi compañera de cama. Pero era el suyo un lance extemporáneo, yo ya había vuelto a pensar con el cerebro superior, así que le cogí la mano y se la besé antes de apartársela. Ella se resignó.

—¿En qué soñabas anoche, Got?

—¿Soñé?

—Hablaste en sueños. Pedías que te dejaran de perseguir las bestias... ¿Lo recuerdas?

—¿Las bestias? No, no recuerdo nada.

—Te aconsejo que le pares bolas a ese asunto, pues te oías angustiado.

—Lo haré. Dime una cosa, Catalina. ¿Te molestaría que me vaya?

—Al contrario, querido, agradecería que lo hicieras.

Mientras recopilaba mi ropa y me vestía, Catalina me observaba muy tranquila, aunque su pose tenía algo de fiera bien alimentada.

—Permíteme ser indiscreta, Gotardo. Yo veo que tú siempre estás luchando. Explícame, ¿contra qué es que tú luchas en verdad?

—Lucho contra todo.

—Voy a decirte algo que no te va a gustar…

—Dilo.

—Esto no volverá a repetirse.

—¿Me puedes explicar por qué?

—Porque me caes bien. He comprendido que lo que tú buscas, en mí nunca lo vas a encontrar. Y yo quiero que lo encuentres.

—No busco nada.

—Claro que sí lo haces. Pero solo hasta que lo encuentres lo sabrás.

15.
¿Habrá días verdaderamente nuevos?

La calle me recibió con un helaje previsible, incrementado por las huellas que había dejado la humedad nocturna, combinadas con un vientecillo que soplaba como si se hubiera pasado la noche entera afilando cuchillas. No obstante, caminé con gusto. La ciudad apenas estrenaba la magra luz del día, pero como Bogotá es una ciudad madrugadora, ya había una gran actividad en sus avenidas, ya pasaban con sus ojos tristes y en autobuses atestados las multitudes condenadas a trabajo forzado, mientras otros tantos se apretujaban en largas colas a las entradas del metro. Así que ninguno de esos medios de transporte me incitaba a subir. Y qué decir de los muy cotizados cuatrorruedas amarillos, todos pasaban ocupados. Caminar era mi destino y eso hice. Aún era temprano y pese al reciente derroche energético, sentía mis fuerzas renovadas. Dar también es recibir. El sexo revitaliza. Mientras caminaba recordé lo que Catalina había dicho de mis sueños y confirmé mi hipótesis. Sí tengo sueños, pero no los recuerdo, los bloqueo. ¿Bestias? Reflexionando en esto sentí una punzada de hambre feroz y, por confabulación con quien escribe mi destino, en ese instante justo estaba pasando frente a un buen desayunadero bogotano, La Cotorra Tempranera. Sin dudarlo entré, ordené un tazón de changua con doble huevo, cebolla morada, mucho cilantro y caladitos. Lo terminé y pedí una segunda tanda. Y para finalizar me bebí un pocillo de café con un par de pandeyucas recién horneados.

Cuando entré a mi oficina vi que H estaba tendida en el sofá y se hallaba envuelta en la bolsa de plumas que dejamos exprofeso para esas ocasiones. Sin hacer ruido preparé una cafetera completa y cuando el brebaje estuvo listo serví dos tazas y la desperté. No tuve mayores consideraciones, pues me urgía saber las novedades. En compensación le entregué la chuspa con los cinco pandeyucas y el queso pera que le había comprado, pues supuse que la encontraría tal como la hallé.

—Buenos días, H. Te hice café.

—Gracias. Voy a necesitar la jarra completa. Mmm, pandeyucas. ¿Son para mí?

—Sí, todos.

Se los devoró, pues le encantan, y efectivamente se bogó el resto de la jarra de café. Tuve paciencia y esperé a que recobrara un poco de sus fuerzas.

—Veo que tuve razón, don Got.

—¿En qué?

—En que la doctora Blackwell le tenía la lluvia para ese horrible verano por el que usted andaba pasando.

—¿Por qué piensas que estuve con ella?

—Elemental, Watson, porque trae usted la misma ropa de ayer y una cara que no le veía desde hace varios meses.

—No olvides que solo caen lluvias donde hay muchas nubes negras. Pero no te voy a dar detalles.

—Ni falta que me hace. Detalles es lo que yo tengo para contarle. Deme un minuto, voy al baño y nos actualizamos.

Me gusta la luz que se cuela en mi despacho por las mañanas. Es un placer para mí entornar las persianas, observar el ajetreo peatonal y encender un pequeño purito, mientras espero que el nuevo día despliegue el abanico de sus horas. Fumé e hice gráciles volutas con el humo. Sí, lo suelo hacer, en especial porque estaba inquieto por oír el informe de H.

Sentados frente a frente conversamos casi toda la mañana. Discutimos, discernimos, inquirimos y lanzamos hipótesis. Todo nos llevaba a concluir que Mariana Montejo, quién sabe cómo y, al parecer, bien motivada por su comprensible deseo de saber acerca de su hermana, había incursionado en terrenos altamente peligrosos. El punto era saber qué tanto y hasta dónde.

Uniendo pistas, nombres y algunos cabos sueltos inferimos que todas las fotografías tenían que ver con una misma organización. Era evidente que todos los lugares fotografiados tenían relevancia, ninguno se había escogido por azar. Lo mismo las personas. Había razones de peso para que estuvieran agrupadas en esas listas. Todo era un tejido. Al intentar relacionar los nombres de las personas con las fotografías tomadas no logramos establecer un nexo con total certeza, solo sospechas. Al parecer, Mariana había querido armar un rompecabezas que solo ella pudiera aparejar. Pero, como aseveró H, eso no significaba que nosotros no lo pudiéramos resolver. Al menos había mucho paño de donde cortar, aunque hicieran falta tijeras e hilo para coser.

De los personajes la única desconocida que creí identificar, por razones obvias, fue a la mentada Geisha. Aparecía varias veces. Tal como aparecía la fachada de un elegante *sex-shop* en plena zona rosa: Wet Dreams.

—¿Esta es la amiga de Mariana a la que se refería Cristina?

—Eso creo.

—Tremendo mujerón.

Y H no se equivocaba. Las fotos mostraban a una mujer que más que atractiva era una amenaza andante, una bomba sexual que podía explotar en cualquier momento. Y eso que yo vi esas imágenes después de una noche en la que había derrochado todas mis energías pertinentes.

En fin, no hay que distraerse. Varias tareas surgían de nuestra junta y H, con su conocida eficiencia, ya había hecho un primer listado de ellas. La principal era localizar cada uno de los lugares retratados e *in situ* averiguar qué pasaba en cada uno de ellos y qué

uso se les daba; de ser posible había que averiguar quiénes eran sus dueños y qué tipo de clientes los frecuentaban. Lo siguiente era tratar de identificar a las personas enlistadas e intentar establecer de dónde provenían esas fotos y descubrir qué tenían en común. Luego habría que cruzar toda la información reunida y ver qué sacábamos en claro de todo eso y cómo se nos espesaba el caldo.

—Don Got, como el tiempo apremia, para hacer todas esas pesquisas he pensado que vamos a necesitar ayuda. Usted y yo solos nos tardaríamos demasiado.

—¿Qué sugieres?

—Contratar personal efectivo y de mucha confianza para que nos colabore.

—¿Contratar?

—Sí. No me lo ha dicho, pero yo intuyo que usted aceptó este caso de manera gratuita. Y eso me parece bien... Así que, como tenemos muchísimo dinero, podemos conseguir quién nos ayude en ciertas labores de exploración.

—Dos preguntas. ¿Cómo así que muchísimo dinero? Y… ¿en quién estás pensando?

—Como le dije anoche, tenemos que hablar de un asunto administrativo de los que usted detesta.

—¿Cuál?

— Dinero.

—¿Para qué hablar? Dijiste que no me preocupara.

—Es que no le expliqué bien. Lo que pasa es que hay más del que usted piensa. Yo no cobré lo que usted quería, sino el triple. Los Suárez-Cortina nos pagaron setecientos cincuenta millones. Les hice el balance de los millones de dólares que se ahorraron con no haber tenido que pagar el bochornoso secuestro de su señora madre, ni lidiar con los efectos de la mala publicidad y... En fin, los convencí de que contratarnos fue una ganga.

—Eres una genio, H, te felicito. ¿Y a quién dices que podemos contratar?

—He pensado en Violeta y las Mujerciélagas. Ellas, como todos los pobres de este país, la han pasado muy mal últimamente y sé que nos ayudarían con gusto.

—Okey, entiendo tu punto, pero antes de hacerles un contrato debo conversar seriamente con Violeta.

—Ya mismo se la llamo y le cuadro una cita.

—Y tienes razón, vamos a necesitar toda la ayuda posible. Vamos muchos pasos atrás.

16.
Nudos familiares 1

Una tradicional cafetería del barrio Chapinero, que en realidad es un palacio de azúcares, anilinas, harinas y pasteles, es decir una parroquia de carbohidratos, ubicada a uno de los costados de la plazoleta de la iglesia de Lourdes, fue el lugar programado por Violeta para citarnos. A las 6:30 de la tarde, una vez hubiera entregado su turno de mesera, mandó a decir. Considerando que si ponía un pie adentro podría darme un coma diabético, tan solo me asomé y le avisé de mi presencia a través de la vitrina, indicándole que la esperaría afuera. Fue sorpresivo para mí verla en uniforme, cofia y delantal, atendiendo una clientela en la que predominaban las cabecitas canas, y no en una de sus acostumbradas pintas de motociclista punk. Necesidades tiene la vida. La esperé fumando a placer, enfriándome las nalgas en las escaleras del atrio y observando pasar la variada fauna urbana que deambula por ahí. A punto estuve de mandarme a embolar.

—Hola, Gotardo.

—Hola, Violeta.

—Me dijo Hortensia que quiere hablar conmigo... ¿Para qué soy buena?

Y aunque ni yo mismo me lo creo, Violeta se acercó hasta el "macho asintomático" que soy y se empinó para saludarme de cariñoso beso en la mejilla. Despojada de su uniforme de trabajo parecía, otra vez, la muchacha ruda que conozco.

—¿Quieres tomar algo?

—Cervezas y salchichas con papitas.

Nos sentamos en la terraza de un bar que está a la vuelta, con dos tarros de cerveza al frente y sendos Apaches.

—Tengo entre manos un caso tremendo, Violeta. Y me gustaría contar con tu colaboración y la de las Mujerciélagas.

—¿Está buscando alguna mujer desaparecida como siempre?

—Busco una, sí, pero pueden ser muchas.

—Cuente conmigo. Nosotras andamos un poco dispersas. Nos ha tocado rebuscárnosla reduro para sobrevivir.

—Sería un trabajo remunerado. Se les darían viáticos y se les pagaría bien a todas.

—Empezamos ya, si quiere.

—Antes tengo que preguntarte una cosa muy importante y dependiendo de lo que me digas hacemos el trato o no.

—Tengo bien abiertas mis orejas.

—No puedes decirle nada de lo que hablemos a nadie y por ninguna razón. ¿Entendido?

—Entendidísimo, jefe.

—La desaparecida que ando buscando es una pariente tuya, Mariana Montejo.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo así?! ¿Y yo por qué no sabía nada? ¿Qué le pasó a Mariana? ¿Y usted por qué supo?

—Cálmate y te lo explico todo. Me fue a ver Cristina y ella me metió en este asunto.

—¿La peladita?

—Sí. Además, ya hablé con tu tía Lorenza. Y ahí está el lío. Ella me prohibió hablar contigo. ¿Entiendes por qué?

—Sí. La tía me cae muy bien, ella es toda una jefa. Pero hay un problema familiar muy feo atravesado entre nosotras. Y por eso a ella no le gusta que yo me meta en los asuntos privados de ellas. Así ha sido desde que se desapareció mi prima Silvana. Hay temas que ellas y yo nunca tocamos.

—¿Por qué desde ahí?

—¿Qué le contaron?

—Todo.

—¿Por qué cree usted que está desaparecida mi prima Mariana?

—Ella se puso a investigar sobre su hermana y yo creo que comenzó a destapar algo muy turbio. Primero la amenazaron, no se detuvo y hace varios días no se sabe de ella.

—Tenía que ser. Eso es culpa del gen Montejo, que yo también lo tengo, es muy fuerte y no nos deja darnos por vencidas. Yo sí maliciaba que Mariana buscaba información sobre lo que le pudo haber pasado a Silvana. Pero por encima de todo, ellas no confían en mí para contarme de ese lío. De eso no me cuentan nada.

—Explícate, por favor. ¿Qué tienes tú que ver?

—Bueno... Supongo que ellas le hablaron del horrible proxeneta que metió a mi prima Silvana en el negocio internacional. Mejor dicho, el canalla miserable que se la vendió a los tratantes europeos.

—Sí. Ya averigüé que se llama Piter Albeiro Solís, alias "el Mocho".

—Sí, ese es... Bueno, resulta que el maldito Mocho desgraciado viene a ser el mismo tipo que, a mí, la pinche vida desgraciada me puso de papá… Y, para peor, mi mamá con él tuvo la mala idea de romper con la sabia tradición de las Montejo. ¿Puede creer mi mala suerte, Gotardo?

17.
Nudos familiares 2

La larga —y terapéutica— conversación que sostuve con Violeta se quedó atorada en mi cabeza y me incitó a darle repetidas vueltas. Después de oír su fea historia me puse a patear las calles como si fueran las sucias venas de la vida. Un hondo malestar se apoderó de mí. Sentí cómo era que apretaban los lazos parentales y vi cómo ahorcaban a muchas familias. Nada ata tanto como el amor. Sin embargo, también vislumbré que no eran solo la rabia y el odio los que movían a Lorenza Montejo contra su cuñado y padre de Violeta, sino la prudencia. Su padre es un rufián peligroso y más para tenerlo cerca.

No obstante, Violeta es de otra catadura. Ella manifestó un sincero desprecio por su progenitor y me explicó que había cortado todos los vínculos con él. Por esa razón, desde hace mucho no lo ve y ni una sola vez lo ha visitado en la cárcel, donde paga condena por tráfico de menores de edad con fines de explotación sexual. Vaya, vaya, la vida tiene facetas de un humor negro que dan ganas de llorar a carcajadas.

Por lo que conozco de Violeta y sé de su liderazgo sobre las Mujerciélagas, ese colectivo libertario que se dedica a proteger mujeres y muchas veces a vengarlas, sé que ella no me miente. Ella es alguien en quien he confiado y en quien confío. Sin embargo, desconozco qué otros lazos la amarran y cuáles puedan ser las razones puntuales de su tía para mantenerla al margen. A lo mejor

es algo que ni siquiera ella sabe. Habrá que pisar con cuidado en ese terreno.

Pero pese al riesgo asumido, al encender mi tercer cigarrillo al hilo me repetí que había hecho bien en incluirla en mi investigación. Quizás Lorenza no lo aprobaría, pero yo estaba trabajando por mi cuenta. Contratar a las Mujerciélagas y, más que eso, contar con su colaboración era un buen punto para mí. Sabía que H había establecido una buena relación con ellas y las podía controlar llegado el caso. Además, su amistad se había fortalecido desde que varias de ellas se habían inscrito en las clases de artes marciales para mujeres que enseña Lotario. Cosa de la que me enteré esta misma tarde. Bien, otro tanto a favor.

La noche ya cubría por completo la ciudad cuando llegué al galpón que Lotario está convirtiendo en la semilla de una escuela de artes marciales. Lo ha hecho discretamente, cosa que es parte de sus métodos, y más que por iniciativa propia porque distintas personas le han solicitado que les enseñe un poco de lo mucho que sabe el excampeón. Empezó con un puñado de alumnos, pero el emprendimiento ha prosperado. Por ahora es un lugar discreto, sin letreros que lo anuncien y al que solo llegan quienes están informados.

Entré, me senté en un rincón y observé los movimientos finales del entrenamiento. Un grupo mixto de unas quince personas ejecutaba ejercicios de estiramiento, típicos del final de la sesión. Todos, en ropa cómoda, lucían concentrados y transpiraban profusamente. Seña de que el entrenamiento había sido intenso, como le gusta a Lot. Maestro inclemente, si lo sabré yo. Miré el grupo y solo reconocí a Romeo, quien hace mucho trabaja para él y es uno de sus hombres de confianza. Unos cinco minutos después, la clase terminó y todo el alumnado, tras las consabidas reverencias al maestro, corrió a cambiarse. Solo en ese instante Lot, que me había visto desde que entré, volteó a mirarme y se acercó a mí.

—*¿Wie geht es dir, Bruder*?

—*Gut*, Lot, estoy bien. Pero déjame decirte que te ves fantástico como *meister* y, por lo que veo, la cantidad de tus alumnos crece día

a día.

—Es algo que disfruto hacer y, además, me mantiene en forma.

—Vine a buscarte porque necesito hablar contigo.

—Eso fue lo que supuse apenas te vi entrar. No creo que hayas venido hasta aquí solo a echarme piropos o buscando que te dé una clase particular.

—La verdad es que estoy por meterme en más de un problema y quiero consultarlo contigo.

—¿En serio? ¿Problemas? Cuando no, Got. Espera que me cambie y nos vamos.

Minutos después circulábamos en la camioneta de Lot, conducida por Romeo, rumbo al Jewel's Club del centro de la ciudad. Ese bar de entretenimiento para adultos que mi hermano reabrió, tras largas luchas y altibajos, hace ya unos cuantos meses. Para gusto mío, ese es el bar original, pues la sede VIP que alcanzó a abrir en la zona norte de la ciudad quebró durante la época en la que encerraron los rebaños. Él es un luchador y cuantas veces cae a la lona las mismas se levanta.

Estacionamos en la parte trasera del bar y descendimos de la camioneta. Yendo hacia la entrada privada, Lot me detuvo unos instantes.

—Si lo que me vas a consultar es muy complicado, por favor, no digas nada delante de Kat. Ella ha estado muy contenta de que, últimamente, te hayas metido en líos de los que no nos hemos enterado. Y quiero que siga así.

18.
De *Bruder* a *Bruder*: entre copas

No era una hora tan avanzada como para que el negocio estuviese lleno a tutiplén, pero aun así había una clientela escogida y suficiente como para que su dueño sonriera sin disimulo al entrar. La mayoría de las mesas estaban ocupadas y servidas. La canción que el nuevo DJ había puesto a sonar, *Hey*, *sexy Lady*, ejercía su influencia hipnótica sobre los espectadores. Dos preciosas bailarinas que parecían gemelas llegaban al final de su *show* en pasarela y los clientes las observaban extasiados. No era para menos.

Al vernos entrar, la fantástica Zafiro se acercó a saludarnos y, por tanto, descubrí que a lo largo del día mis hormonas habían retornado a sus acostumbrados niveles. Por lo que el besito que me dio me dejó, literalmente, temblando.

—Qué bueno verte por aquí, Got.

—Lo mismo te digo, Zafiro.

—Si después de la charla que tengan necesitas compañía, avísame. Estoy disponible.

—Gracias. Pasaré a verte.

Lot me miró de refilón, pero de una manera hermética, por lo que no deduje qué podía estar pensando y tampoco quise preguntar. Sé que él aprendió a leer las energías corporales y la mía al saludar a Zafiro, "la exótica musa del oriente", tenía una carga más que evidente. Nos abrimos paso entre la clientela y caminamos rumbo a su oficina. Por fortuna para mí solo saludamos de lejos a Kat, que

estaba aposentada en el trono de la registradora; es decir, situada exactamente desde donde puede controlar todo el movimiento del lugar. Vi sus ojos negros posarse sobre mí y escrutarme muy despacio, así que tuve que rehuirlos; lo cual es un error con ella, aunque aguantarle la mirada sea otro. Nada que hacer.

Mi interés en llegar pronto a la oficina de mi hermano respondía a mi urgencia por beber un ron de los que él colecciona y así reunir valor para contarle en qué estaba yo metido y, como siempre, en qué se estaba metiendo él, así aún no lo supiera. Mi premura era reveladora y por eso Lot ya sabía que se le venía algo encima, un problema que así lo quisiese no podría evadir. Así son los lazos que nos unen, fuertes y permanentes. Apenas entramos se dirigió al estante que le sirve de cantina personal, revisó con calma las botellas y se decidió por un ron jamaiquino, Barbarroja, veinticinco años, que por lo visto acababa de comenzar a catar. Sirvió dos copas y me alcanzó la mía. Como de costumbre, nos miramos a los ojos, levantamos la copa al cielo y brindamos en silencio, sin necesidad de comentarios. Ese breve ritual nos centra, pues nos actualiza los acuerdos fraternales a los que hemos llegado sin imposición del otro, sin presiones, simplemente porque ambos hemos aceptado que es parte de nuestro deber kármico en este pedazo de la Tierra.

—¿Otro secuestro, Got?

—No. Esta vez se trata de otro asunto...

—Okey... Soy todo oídos...

Lo he mencionado en otras partes y siempre que puedo, la forma de escuchar de mi *Bruder*, Lotario Sierra, es maravillosa. Él vacía su mente y se concentra en oír a su interlocutor, pero sabe leer todo lo que se oculta detrás de las frases, como si la sola entonación le revelara las estructuras inconscientes sobre las que se construye el relato. Estoy convencido de que eso es así, pero él nunca lo comenta. Entiende, además, que él es alguien en quien puedo descargarme y mostrarle todas mis fallas y temores, por lo que se presta para eso. Así que le relaté todo lo pertinente al caso de las Montejo. Él me escuchó sin pestañear, paladeando a fondo las tres copas que consumimos mientras yo le barajaba los pormenores del

asunto. Abrió mucho los ojos de esmeralda que tiene, pero no hizo preguntas. Eso es típico de él, hasta que no revisa el asunto exhaustivamente no hace preguntas. Nunca habla de más. Yo esperé a que él escanciara la cuarta tanda, pero se quedó pensando, mientras hacía respiraciones profundas y deshacía cada nudo de tensión corporal, para que su mente se pudiera concentrar a plenitud.

—Tienes toda la razón, Got.

—¿En qué?

—En todo. Este es un caso en el que debemos meternos de cabeza. Algo me dice que esta vez vamos a jalar hilos importantes. Creo, como tú, que detrás hay una red multicriminal de talla internacional.

—Me alegra que estés de acuerdo. Pero yo no vine a involucrarte en este lío...

—¿No? ¿Viniste nomás a beberte mi mejor ron y a usarme de oreja?

—Tal cual.

—Tranquilo, *Bruder*, yo sé que te preocupan las advertencias que te ha hecho Kat, pero mi esposa no es tu problema sino el mío. Así que dime, ¿cómo te puedo ayudar?

—Por ahora no lo sé. Apenas estamos abriendo líneas de investigación, pero estoy seguro de que las cosas se van a complicar muy pronto.

—Siempre lo hacen. Todo lo que puede empeorar empeora, reza una ley.

19.
Descenso a submundos irrecomendables

Debo decir que logré salir del Jewel's Club casi indemne, es decir, sin que el estupendo ron se me hubiese trepado a la testa o, peor aún, bajado a partes más sensibles; sin haber involucrado a mi hermano en mi siguiente paso a dar y sin siquiera haberme saludado en persona con mi cuñada Kat, de quien me despedí de lejos y con una sonrisa tan hipócrita en mi rostro que ella debió leerla como si yo llevara subtítulos. También evité aproximarme a la pasarela donde bailaban tres mujeres que parecían recién expulsadas del paraíso. Y, *last but not least*, superé el cálido cerco que me levantó la sonrisa de Zafiro, a quien sí fui a darle mi adiós, pues asumí el riesgo y tengo palabra. Pero ella, con quien llevo una amistad, captó que yo no estaba en la actitud adecuada y me liberó de cualquier tentación. Eso sí tras propinarme un besito buscón que de no ser porque ella lo apagó en el acto, hubiera sido capaz de motivarme a invitarla a una botella y pensar mejor las cosas mañana en la mañana.

No acepté el taxi que ofreció conseguirme el portero del club y me lancé a andar por las calles aledañas al negocio, por lo general hostiles y poco seguras y que, para mayor complicación, en estos tiempos han incrementado sustancialmente sus guarismos de ocurrencia de delitos violentos. No obstante, calculé o quise imaginar mínimo el riesgo y como por lo general disfruto caminar entre las sombras de la ciudad, así sea en sus tramos más aborrecibles,

simplemente encendí un cigarrillo, me calé una gorra de lana y atravesé a paso lento un barrio que no le aconsejo recorrer a nadie ni de día ni de noche.

Sobre la ciudad el cielo había desaparecido tras una colcha de algodones grises capaz de ahogar la luz de todas las estrellas. Y no sobra comentar que las usuales deficiencias en el alumbrado público decoraban la zona con diversos tonos de negrura, de manera que me sentía caminando en uno de esos malos sueños de antes, cuando aún no se habían inventado los sueños de colores.

Hubo que andarlo con precauciones, pero no resultó un camino demasiado largo. Cuatro o cinco cigarrillos casi en línea me bastaron para cruzar esas cuadras mugrosas. Y lo logré sin sobresaltos de ninguna especie, aunque era fácil intuir que entre los pliegues de tantas sombras se ocultaban oscuridades de mayor calado. Pero si me vieron, me dejaron pasar sin problema. No voy a negarlo, es un reflejo tardío, suelo incrementar la prudencia una vez he cometido la imprudencia. Solo que así son los lances de andar por esta ciudad. Uno debe mantenerse alerta y dispuesto a huir a la menor insinuación de un peligro, pero sin dejarse ahuyentar de antemano o no saldría de su casa. Como me digo para animarme: el malo puedo ser yo y los otros tienen que calarme y decidir. A muchos, mi solo color de piel los pone en guardia y los aleja.

¿Por qué incurrí en ese riesgo aparentemente gratuito? Bueno. Porque tenía urgencia de hallar a una persona específica. De quien había recibido una muy precisa y alarmante información. Debido a eso buscaba un sitio de corte clandestino, un verdadero agujero negro en los GPS. Tenía la esperanza de encontrarlo allí, en el puro borde del horizonte de sucesos. Como dije un día atrás, debía reunir un equipo. Así que aproveché que se habían movido, sin siquiera yo buscarlos, ciertos hilos sucios. Y, gracias a estos, había obtenido las señas de que el personaje que yo buscaba se encontraría esta misma noche en un determinado lugar. No en uno cualquiera, sino en uno inexistente.

Portaba un mapa en mi bolsillo para llegar hasta ahí y lo había memorizado previamente. Aunque los mapas de ciertos tramos de la

ciudad no se parezcan en nada a la realidad. Los unos son limpios y claros, no advierten peligros y no huelen; la realidad es todo lo contrario. Luego de corregir un par de veces el rumbo, acerté y me detuve, aún indeciso, a la entrada del último callejón marcado. Era un túnel estrecho y solitario, mala boca de dragón dormido. Aun así, en su fondo se podía distinguir una puerta de metal azul, sobre la que pendía un bombillo perezoso. Eso indicaba que mis datos eran correctos. Tenía que ser allí. Avancé un par de metros pisando con cuidado, como si temiera que el suelo se fuera a hundir. De inmediato percibí que ojos electrónicos me detectaban. Encendí un cigarrillo. Y al llegar ante la discreta entrada golpeé, usando una aldaba de hierro en forma de cabeza de sapo. Medio segundo después apareció un hombrón, fornido e infeliz, a quien le mostré la tarjeta de invitación que me habían proporcionado. Este no solo comprobó su validez, sino que me miró de arriba abajo, desconfiado, antes de pasarme sus manazas por todos los escondrijos de mi cuerpo, con tanta minucia como solo a algunas de mis amantes les he permitido. Hecho esto me dejó pasar. Yo, como de costumbre, andaba limpio.

Una vez adentro, el panorama me resultó inesperado. Más que un bar o un rumbeadero, como lo imaginé, parecía un viejo teatro pobremente iluminado y sin más decoración que la del mugre y los grafitis obscenos en sus paredes. Evidentemente era un lugar montado para el evento de esta noche y que una vez concluido habría que borrar a toda prisa. Por fortuna no sonaba música alguna y solo se oía el tenue rumor de las conversaciones que se adelantaban en las mesas. Al fondo había una barra improvisada y bien surtida, a más de ser de consumo gratuito e ilimitado.

Caminé hasta la mesa que me indicó una acomodadora y pensé que nadie admitiría que un sitio así existe en nuestra linda capital. Tengan la seguridad de que este espacio de apuestas y entretenimiento, de pervertidísimo nivel, no registra en ningún padrón, no paga un centavo en impuestos, aunque mucho se le vaya en sobornos. Hasta hace muy poco yo mismo había desconocido su existencia y si me lo hubiesen preguntado, habría asegurado que esa

era una leyenda urbana o un invento de mentes desquiciadas. Pero las mentes desquiciadas abundan. ¿No me creen? Vean las noticias en la tele, observen el comportamiento de las personas a su alrededor, oigan perorar a los políticos, vayan a las tribunas de un estadio, asómense a un centro comercial en un día de rebajas.

Como tengo costumbre de oler los lugares y mi nariz es fina, de inmediato olfateé que algo en ese ambiente olía mal. Traté de identificar su procedencia. No solo era la mezcla de los efluvios propios de un sótano que había estado meses en total encierro, ni el vaho de los urinarios desaseados, ni las diversas humedades acumuladas en los rincones de ese sótano clandestino; no solo era la natural transpiración de los sudores corporales y la evaporación del aliento de los bebedores de aguardiente y ajenjo; no solo era el mucoso hedor de las narices drogadas; no solo era el perfume barato untado en el escote de las meseras y la hediondez de las braguetas mal cerradas; tampoco era el olor entremezclado de la marihuana, el tabaco y el bazuco. El hedor no provenía del rastro oloroso que dejan al secarse el semen, la pólvora, la sangre, la heroína, los excrementos y las circunstancias de la muerte. Era, simple y llano, el mal olor del dinero arrumado en billetes usados. Al ver el signo pesos flotar en mi cabeza descubrí el origen de la pestilencia. Sobre el escenario habían acomodado una gran caja de plástico transparente, repleta de fajos de euros, dólares y devaluados pesos. Había una fortuna y como tal apestaba.

Inspeccioné mi alrededor, pero no vi a quien yo buscaba. Me senté y prudentemente pedí una cerveza. Encendí un cigarrillo, pues detecté que otros fumaban. Hubiera sido una total incongruencia que en ese espacio algo así fuera prohibido. El humo instaló una burbuja en torno a mí y me apaciguó. Salvo la mesera que me atendió, nadie más se interesó en mí. Ese era uno de los códigos explícitos. Allí todos éramos nadie, seres sin señales particulares. Escruté el ambiente con discreción y cuidado. ¿Será posible? ¿Me habrán informado bien?

¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿A quién espero hallar? Bueno, aprovechando que la persona de mi interés no

se encontraba a la vista, aunque yo estaba convencido de que andaba por ahí, de seguro en un lugar privado, recapitulé el porqué de la decisión de asistir al evento que estaba próximo a ocurrir. Dos días atrás me había interceptado a la salida de mi edificio un muchachito rubio, al que yo conocía de vista, pero con quien nunca había hablado. Sabía que era uno de los amantes preferidos de Yizus Kraist, un gomelito que había salido del clóset directo a sus especializadas garras. El mozalbete lucía asustado y muy nervioso, así que lo escuché con atención. Me explicó que me buscaba para que, por favor, ayudara a Yizus. ¿Por qué? ¿Qué le pasa? Pregunté. Él me contestó que había tenido una crisis emocional, cuya causa él desconocía y no entendía, que súbitamente había cambiado muchísimo y se había involucrado en conductas y juegos muy peligrosos. Más de lo que es normal en él.

—¿Juegos como cuáles?

—Solo si usted mismo los ve, me podrá creer. Ayúdelo, por favor. Me temo que está buscando cómo matarse y lo va a lograr. Yo no puedo hacer nada por él. Se lo ruego, ayúdelo. No sé a quién más acudir.

Tras enjugarse los lagrimones que le serpenteaban por el rostro, inspiró hondo y me soltó una historia tan difícil de creer que se la terminé creyendo. Terminado su relato me entregó un sobre de manila, prendió su magnífica moto BMW Adventure-GS y se largó. Luego de esa charla quedé intrigado. Miré el contenido del sobre y encontré un mapa y una tarjeta de invitación paga. Lo guardé en mi saco y caminé muy pensativo, atrapado por lo que me habían contado. Tengo tratos con Yizus hace años y jamás me he preocupado por su bienestar. Él es de esas personas de las que uno da por descontado que terminarán mal. Sin embargo, el jovencito —a quien se le notaban los amorosos síntomas del primer envergamiento— había logrado pulsar las cuerdas de mi inquietud.

No era un secreto para mí que Yizus sufre de cierto trastorno de personalidad, entre otros más que desconozco. Para mí, él es un catálogo psiquiátrico completo. Pero, aun así, no estoy capacitado para diagnosticar patologías y no gusto de juzgar a mis amigos.

¿Amigos? Me corrijo, tengo una vieja relación con Yizus, pero no somos amigos. Cuando supe de su perturbación psíquica, él me comentó que se la trataba con juicio y que consumía sus medicamentos tal y como se los habían prescrito "eminentes facultativos". Lo oí, pero no le di importancia, aunque sí dudé de su palabra. Algunas veces observé en él rasgos de exaltación y otras veces lo percibí depresivo y con bajones de autoestima. El típico sube y baja de esas dolencias. Pero hasta ahí. No obstante, lo que me contó su atormentado amante encendió mis alarmas. Pocas cuadras después de despedirme del muchacho, víctima de mi compulsión a ayudar, decidí que debía buscarlo y ver qué le ocurría y, si es que en verdad lo requería, tratar de ayudarlo.

Esta rauda determinación se vio robustecida por mi reciente necesidad de contar con su ayuda en el caso que se había instalado entre mis dos sienes. Desde que decidí tomarlo supe que a él lo querría en mi equipo. Por esa razón estoy aquí, esperando que él aparezca y, además, haría mal en ocultarlo, siento una mala curiosidad por saber si es cierto lo que el rubio efebo me contó, pese a que de entrada me pareció inconcebible. Tanto que pensé que podía ser un ardid del que se vale Yizus para que yo lo busque, por razón desconocida. Pues desde hace muchos meses que él y yo no nos vemos, ni nos hablamos, ni yo sé qué ha sido de su vida. Aunque según datos previos, iba por la ruta de las mil maravillas.

20.
¿Tocan fondo los peores fondos?

Tras un trío de cervezas libadas de trencito y media cajetilla de Apaches convertida en un montículo de cenizas, nada reseñable ocurría aún. El ambiente lucía como un video en pausa. Habían llegado más "invitados", pero todos copiaban lo discreto del comportamiento y actuaban como si lo más recomendable fuera no mirarlos. Cultivo el vicio de observar a los demás. Me gusta espiarlos cuando creen que nadie se fija en ellos y, sobre todo, si consideran que están protegidos tras un óptimo camuflaje. No obstante, era difícil hacerlo, la pose hosca y la penumbra dificultaban las cosas. Noté que había pocas mujeres, igual de huidizas. Nadie ofrecía los ojos al contacto. Es más, muchos tenían puestos lentes oscuros a pesar de lo pobre de la iluminación. Aun así detallé con descaro al conjunto de los asistentes, por eso pude colegir que aunque procuraban mostrar un perfil austero —casi todos incurrían en el ridículo pueril de utilizar cachuchas de beisbolista— este no correspondía propiamente al de una banda de muertos de hambre. Al contrario, sin que fuera posible distinguir o importara la procedencia de sus fortunas, era obvio que lo que había era un público pudiente y muy selecto, salpicado de algunos extranjeros. Lo singular era que todos recurrían al disfraz de lo común para aparentar ser otros. ¿Por qué? Quizás no lo capté en toda su complejidad, pero era ostensible que nadie quería ser reconocido y por eso muchos venían solos y se mantenían apartados, como si temieran algún tipo de contagio. Sin embargo, el proceder general

parecía similar al de quienes hacen parte de una secta y se aprestan a participar en un ceremonial litúrgico.

Inmerso estaba en esas prácticas difusas cuando identifiqué a un conocido. Sentado a cinco mesas de distancia de la mía distinguí ciertos rasgos fisionómicos que me permitieron establecer que entre los presentes se encontraba nadie menos que don Gervasio Torrenegra. No me sorprendí del todo y él no dio muestras de haberse percatado de mi presencia, aunque de seguro me tenía detectado. Por un instante me pareció verlo relamerse sus colmillos, que es la manera en que el magnate acostumbra a sonreír, antes de llevarse a los labios uno de los estupendos tabacos que acostumbra. Un halo de riqueza, antipatía, poder y presunción lo rodeaba.

Decidí ignorarlos a todos y recogerme en mi interior, pero unos instantes después y presionado por mi vejiga tuve que ir hasta el baño. Antes de salir de entre los efluvios amoniacales de esas letrinas improvisadas, me alcancé a echar una ojeada en un espejo cuarteado y no me gustó lo que vi. Calculé mental e inútilmente la hora y regresé al salón.

Al retornar a mi mesa me encontré a Yizus sentado. De manera contrastante con el resto de los asistentes se hallaba vestido de punta en blanco. Esa discrepancia me alertó. Lo observé enmudecido y acepté el cigarrillo que me ofrecía. Los encendimos. Fumamos. La normal belleza de Yizus revelaba los vestigios de un gran sufrimiento, hondos surcos de dolor. Pero lo que más llamó mi atención fue una vela de demencia titilando en el fondo de sus pupilas, como un semáforo que pasara caóticamente del verde al rojo. Pensé que quizás sí era cierto lo que el rubio me había contado. Había un cambio en Yizus, un giro ciego. Como si algo fundamental se hubiera quebrado adentro de él o las aspas de la vida misma lo hubiesen tasajeado. En los pozos de su mirada avisté ruinas, estragos, pérdidas irreparables, derrota y aullidos mudos de animal herido. Sin embargo, en la superficie de su mirada solo encontré las marcas de la tristeza, contra las que fulgía el fuego encendido de la locura y la rabia. Me compadecí tanto de él que tuve que hacer un esfuerzo para no abrazarlo. ¿Qué le había ocurrido?

¿Qué, capaz de vencerlo de semejante manera? Sobre todo a él que ya lo ha sufrido todo.

—Apuesto cuádruple contra sencillo que fue el mariconcito rubio el que no solo le pasó el dato sino que me lo empacó para acá. Sí. Solo pudo ser él quien pagó y consiguió su invitación.

—Así es. Anda muy preocupado por usted.

—Pobre tonto. No he debido contarle nada. Tiene un culito muy lindo, pero es un completo idiota. Como casi todos los que nacen ricos. Las cunas de oro suelen atrofiar las neuronas.

—¿Qué está pasando, Yizus? ¿Qué va a pasar esta noche?

—¿Qué le dijeron?

—Una mentira para que yo viniera a buscarlo. Una leyenda urbana...

—¿Le parece de mentira este lugar?

—No, me parece de una verosimilitud horrible.

—Hay situaciones en las que la belleza no tiene ni la más mínima oportunidad.

—Entonces, ¿es cierto?

— Sí... Y le advierto que no vaya a hacer ninguna de las estupideces de las que es capaz. Tiene que respetarme o si cree que no puede aguantar, lárguese ya mismo. No se entrometa. Esta noche es muy importante para mí. Lo define todo. Mucho me costó llegar a este punto y ser aceptado. Mi contrincante es un campeón brasileño que ha derrotado a muchos.

—¿Campeón? ¿Cómo así?

—No le voy a explicar nada, para no desconfigurarle la sorpresa. Sé que no le va a gustar, pero debe reconocer que, aunque le explicaron lo suficiente, si está aquí es por algo. Y no creo que sea amor por mí. Así que le tocó aguantarse. De todos modos me agrada que haya venido, Gotardo. Si mañana el sol aún brilla sobre mi cabeza, se lo agradeceré al de la blonda cabellera.

—¿Qué diablos va a hacer?

—La diablura de jugar. No voy a repetirle lo que ya sabe. Simplemente voy a jugar como siempre lo he querido hacer, a todo o nada.

—No lo haga, Yizus. Es una completa estupidez.

—Claro que lo es, pero aun así voy a hacerla. Alguien como usted, que ha hecho tantas, debería entenderme. Y ya que está aquí hágame un cruce. Apueste todo este dinero por mí. Si llego a ganar cobra y yo le doy el diez por ciento.

—¿Y si pierde?

—Salga corriendo y no mire para atrás.

Yizus me pasó una bolsa de papel con seis grandes fajos encintados de malolientes billetes de cien mil; luego, se puso de pie, le hizo una señal a una mujer gordísima y vestida de cuero, y se subió al escenario. De inmediato la mujer se acercó a mi mesa. Olí con repugnancia la piel de los animales que le disimulaban el temblor de sus lonjas. Pero como yo estaba desconcertado no supe qué hacer. Así que ella misma recogió el dinero, lo contó por encima, lo guardó y a cambio me entregó una ficha, sobre la que anotó una cantidad, treinta millones, un nombre, señor Kraist, y un par de datos, segundo disparo, ronda 2. Luego me miró y tuvo la fingida cortesía de esforzarse por ocultar su imperdonable feúra con la mala imitación de una sonrisa de caridad.

—Tranquilícese, señor. Es normal que los acompañantes del retador se coloquen nerviosos en este momento (*sic*). Le aconsejo que se embuche un trago del fuerte. Si esta es su primera vez, será una experiencia inolvidable. Se lo aseguro. Valdrá la pena.

Los que alguna vez han estado en un lugar como este ya saben lo que ocurrirá a continuación. Ese no era mi caso. Así que observé, como quien asiste a una pesadilla en cámara lenta, que Yizus atravesaba el escenario, descorría una silla y se sentaba a la cabecera de una mesa. Un par de minutos después se sentó en la silla contraria un hombre viejo y enjuto, vestido de blanco hasta los mocasines. Apenas él apareció algunos asistentes lo aplaudieron y chiflaron. Observé con atención su inexpresivo rostro, parecía una

calaca forrada en pergamino, con un par de horacos oscuros en el lugar de los ojos. Ese hombre tiene la mirada de un zombi, pensé. Sin cruzar palabra ambos se estudiaron unos instantes, se hicieron una venia y chocaron sus puños. Noté que el público concentraba al máximo su atención y que algunos acercaban sus asientos al tablado.

Dos mujeres de decoración llegaron hasta la urna y le depositaron más fajos de billetes. Las últimas apuestas. Luego, un hombre vestido de etiqueta y peinado con abundante uso de gel, subió hasta la tarima, se aproximó al par de contendientes (ahora era ya claro para mí que lo eran) y les habló, sin que los demás pudiéramos escuchar lo que les dijo, probablemente instrucciones. Luego sacó del maletín que portaba un revólver cromado y con cacha de nácar que brilló como una joya enferma. Era un Colt Magnum Anaconda .44 de cañón largo. Hoy en día una rareza que solo se ve en las películas viejas. Tras exhibirlo en alto para que todos pudiéramos apreciarlo, recostó el arma sobre un paño verde y paró una bala a medio camino entre los duelistas.

Al no quedarme duda de que la cosa iba en serio intenté pararme, pero de inmediato fui interceptado por la más robusta de las acomodadoras. Amenazante, pero sin brusquedad, me conminó a sentarme y me entregó un vaso, lleno a tope de un estupendo ajenjo negro, de origen checo. La miré desconcertado. Ella me hizo un gesto perentorio y yo muy obediente me lo tomé de un sorbo. Mala idea.

Cuando me repuse, escuché que el maestro de ceremonias hablaba, sin necesidad de micrófonos, ayudado por la buena acústica del galpón. Saludaba a los apostadores presentes, agradecía a los duelistas y felicitaba, en especial, a los patrocinadores anónimos del evento. Después de los aplausos informó que las apuestas estaban ya cerradas. (Supe que Yizus pagaba tres a uno en la primera ronda, ocho a uno en la segunda y doce a uno en la tercera). A continuación explicó la mecánica del asunto y finalizó recordando que estaba prohibido utilizar cámaras e insistió en que una vez concluida la contienda y canceladas las

apuestas ganadoras, todos debíamos salir en parejas y que los organizadores nos agradecían que lo hiciéramos en estricto orden y con rapidez.

Extendí el brazo y reclamé otra dosis completa del licor. Bebí un sorbito y me atreví a mirar a Yizus. Se había amarrado una bandana roja sobre la frente. Semejaba a un tenista *amateur* listo a participar en un torneo de club. En ese instante, él giró la cabeza y me miró, no sé si buscaba mis ojos, pero lo que yo percibí fue un par de paredes de hielo. "El terror nos despoja de las caretas", me dijeron una vez.

Fue entonces cuando las luces se atenuaron, excepto los dos seguidores colocados encima de la mesa. Vi que Yizus, tal como le correspondía al retador, empuñaba el arma, la acariciaba, sonreía, teatralmente la levantaba para que todos la viéramos, la abría, introducía la bala en la recámara, cerraba, retraía el percutor, giraba el tambor con toda la palma abierta de su mano, miraba fijo a los ojos de su oponente y, lentamente, colocaba la boca del cañón sobre su sien derecha. Por un instante el universo mismo se quedó en un silencio tan grande que pensé que Dios iba a despertarse. Nadie respiró. El ajenjo me pateó la boca del estómago. Yizus apretó el gatillo: clic... Un sudor frío comenzó a correrme por la frente. Yizus colocó el arma sobre la mesa, sonrió y respiró. Traté de reaccionar y romper el sortilegio de un espectáculo que me había hipnotizado, pero no logré moverme. En ese momento, el campeón brasileño agarró con calma el revólver, lo alzó y lo prensó contra el alveolo de su paladar, inhaló a fondo y martilló: clic. Expulsé el microlitro de aire que había retenido y escuché cómo todos exhalaban al unísono. Dos tiros vacíos.

Comprendí que las probabilidades de que la próxima ronda terminara en una detonación con toda la carga habían aumentado. Otra de las meseras colocó un nuevo vaso de ajenjo a mi alcance. Sin pensarlo lo bebí. Pasó por mi garganta como agua pura. Yizus, sin dudarlo, volvió a empuñar el Colt, lo dirigió hasta tocar su sien y reclinó un poco la cabeza para asegurar la trayectoria, como de seguro le habían recomendado hacer. No me atreví a mirar. Cerré los

ojos. Apreté las muelas. Mi conciencia se separó de mi carne y flotó en la más absoluta oscuridad, hasta que oí: clic...

Abrí los ojos y quise salir corriendo, pero la paradójica acción del cortisol liberado por los altos niveles del estrés que sufría me habían paralizado. Un nuevo vaso de la oscura absenta se materializó frente a mí. Quise sorberla con lentitud, pero ya perdido el control de mí mismo me la zampé en un solo movimiento. Aun así, sentí ese líquido espeso, anisado y dulzón raspar mi garguero e incendiar mis tripas. Antes de que yo terminara de saborearlo por completo, el oponente brasileño, en un gesto rápido y sin dudas, incrustó el cañón del arma contra el velo de su paladar, miró hacia el techo y se la jugó. He debido cerrar mejor los ojos. Ojalá nunca hubiera ido allí.

21.
Regresar del sueño a la caída de un atardecer azul

Yizus insistió, sin segundas intenciones, aclaro, en pasar conmigo el final de esa noche. Los altibajos de su estado emocional eran tales que no supe negarme. Cuando al fin pudimos salir del galpón aquel, él se hallaba en condición de muñeco de trapo. Su cuerpo parecía haberse deshuesado. La mandíbula le temblaba de forma incontrolable y no acertaba a pronunciar dos frases claras. Balbuceaba. El desenlace del duelo lo había dejado en *shock*. ¿Había transgredido un límite personal y lo había descubierto tarde? No lo sé, pero lo cierto es que se estremecía a cada paso que daba. Varias veces tuve que ayudarlo a restablecer el equilibrio. El estampido del balazo final lo había aturdido. Fuimos los últimos en salir, pues los productores del evento insistieron en pagarle a Yizus lo acordado por su participación y a mí por acertar el pleno de la apuesta hecha con la plata que él me dio.

Tuvimos que esperar largos minutos, pues no éramos los únicos que ajustábamos cuentas. Aunque, a la colombiana, la mayoría había arriesgado su dinero en contra del local. Soportamos el momento ingiriendo sorbos cortos del cálido ajenjo y recostados en posición de hipotenusa contra una pared mohosa. Antes de irnos nos apropiamos de una botella, aseguramos la bolsa con el dinero y nos largamos. Al pisar la calle aún dominaba la noche. Noche oscura. Noche fría. Noche envejecida y sola. Noche bruja. Noche en la que

habíamos visto abrirse la mismísima jeta antropófaga de la señora muerte; aunque desde tres puntos de vista completamente opuestos. Lo cual no es cosa nimia. Pero no tuvimos que recorrer las desangeladas calles que teníamos al frente cargando un bulto de billetes, tal como temí, pues una elegante camioneta fue puesta a nuestra disposición. Recibimos trato de campeón. Al subirnos al vehículo, Yizus solo dijo: a su casa, por favor.

Entramos a mi apartamento. Mu salió trotando a recibirnos, pero en cuanto calibró la vibración existencial de Yizus se detuvo, más que mirarnos nos midió, se le dilataron las pupilas, arqueó el lomo con los pelos erizados, emitió un maullido intraducible y corrió a esconderse. Muy perceptiva. Nos acomodamos en el sofá de la sala. Yizus estaba en un estado cuasi catatónico, mantenía abiertos de par en par los ojos, pero como si mirara una imagen que no desaparecía, que no podía borrar. De resto estaba entumecido, como si le hubieran empañetado las paredes de sus venas. Y la verdad es que yo tampoco estaba en las mejores condiciones anímicas. He presenciado un sinnúmero de cosas pavorosas en mi vida, pero esta me afectó en grado superlativo. No solo el horror de la puesta en escena y su mortífero resultado, sino que no comprendía qué pudo arrastrar a Yizus a cometer semejante insensatez.

Fui hasta la cocina y llené una jarra de agua filtrada, que además gasifiqué. Sin decir palabra nos la bebimos completa. Ninguno de los dos tenía ganas inmediatas de fumar. El silencio se nos impuso por un buen rato. En nuestras mentes las imágenes iban y volvían. Yo había entrecerrado los ojos en el instante exacto del disparo, pero lo que presencié al abrirlos fue espantoso. Tirité al recordarlo. Miré a Yizus y observé con repugnancia que su ropa estaba salpicada de coágulos de sangre y restos sebosos de materia gris. Él lo notó e hizo un gesto de repulsa.

—¿Puedo darme un duchazo?

Veinte minutos después Yizus regresó. Limpio y vestido con una ropa deportiva que le presté. El duchazo lo había reanimado. Parecía haberlo sacado del trance en el que estaba y permitido recobrar algo

de su habitual lucidez. Se sentó. Bebió más agua. Y con pulso tembloroso encendió un cigarrillo.

—¿Está esperando una explicación?

—Sí.

—Se la daré porque se la ganó.

Le metí candela a un cigarrillo y lo miré expectante. Nos estudiamos a través de las pálidas cortinas de humo que fabricaban nuestros soplos. Mientras él pescaba sus palabras, le extraje el corcho a la botella y rellené un vasito de ajenjo para cada uno. Lo ingerimos sin acatar el rito del brindis. Luego de pensarlo un rato, él pareció vencerse a sí mismo y habló. Mejor aún, recitó —con un esfuerzo tal que parecía estarlas vomitando— frases que de a poco me permitieron escarbar en el laberinto malherido de su mente. Lo escuché, incluso lo comprendí, sin por ello aprobarlo, y terminé llorando. Llorando de verdad.

Según lo que logré esclarecer, todo iba bien en la vida de Yizus, quizás por primera vez. Se había apartado de los delitos de los bajos fondos, en los que había crecido, y había escalado con éxito en las perfumadas esferas de los delitos de cuello blanco, a las que era su meta pertenecer. "Di el paso lógico que usted me había pronosticado, ascendí desde los socavones del hampa hasta los salones de la política". Había aprovechado la agresión mundial del virus para concluir de forma exprés sus estudios de abogado. Don Gervasio Torrenegra lo utilizaba cada vez con mayor frecuencia y lo instruía y recompensaba con generosidad. Lo habían integrado al equipo táctico de consejeros políticos de su importante grupo empresarial y allí Yizus había descubierto que la actividad corruptora, conspirativa y proselitista le iba como zarcillo a lóbulo de pirata. "Nací para eso, siempre he sido bueno en mentir y corromper". Incluso le habían prometido llevarlo al Concejo de la ciudad en las próximas elecciones. "No crea que todo lo que hacemos es malo. Es el sistema el que funciona así. Y la ejemplarizante narrativa de un pobre joven huérfano que escala de manera triunfal y sin renegar de su origen, suele funcionar". Además, le habían desinfectado por completo su prontuario judicial.

“Para la Ley soy un ciudadano sin tacha”. En fin, sus ambiciosos planes le marchaban. Encima de todo les había bajado el tono a todos sus vicios, menos al sexo ocasional. “Que no es un vicio, sino un consuelo”. Tiraba discretamente con “perras jovencitas” como el rubio, pero estaba cortejando a una muchachita de la buena sociedad. “Preciosa y buena, como para no hacerle el daño de casarse con ella”. Como es de cajón, le habían explicado que en la política la adquisición de una esposa decente es hacerse a una carta de presentación. “Se han empeñado en reeducarme”. Me dieron ganas de reírme, pero me abstuve.

—Estaba a punto de sentar cabeza, Gotardo. Comenzaba a raspar un sueño que mucho luché para hacer posible. ¿Se imagina lo que todo eso significa para un canalla desechable como soy yo?

—Puedo imaginármelo... Si todo iba así, ¿qué le pasó?

—La vida es envidiosa. Hay dioses que odian la escasa felicidad que los mortales logramos conseguir y fraguan mil ocasiones para destruírnosla. ¿Ha leído a los poetas griegos?

—¿Qué fue eso tan trágico que le ocurrió?

—Mi hermana...

Yizus no alcanzó a modular una sílaba más y se rajó. Se dobló por el medio, como si le hubieran clavado un puñal en el ombligo, y soltó unos sollozos tan profundos que un lobo herido parecía aullarle adentro. Su respiración sonaba como si una tormenta se le hubiera desatado en medio de las costillas. Gruesos chorros de lágrimas surcaban sus mejillas y rodaban hasta anegar su pecho y caer al suelo. Me sorprendí. Jamás imaginé que un hombre como él supiera llorar. Comprendí que estaba sometido a una presión intolerable y que necesitaba descargarse. No me moví. No expresé nada. Solo fui un testigo. Aguardé en calma hasta que se le agotaron todas las lágrimas y se le secaron los berridos. Y, mientras tanto, traté de despejar unas incógnitas y bebí con moderación.

Un rato después, una raya de luminosidad —lacerante y pavorosa — se abrió camino entre los nubarrones de mi conciencia y resolví el enigma. Un solo acontecimiento en este mundo era capaz de dejar a

un resiliente probado, como Yizus, convertido en la piltrafa lacrimosa que tenía al frente. Algo terrible le había ocurrido a su gemela, su adorada y adorable hermana Sabrina. Esa mujercita inocente, preciosa y fragilísima que yo le había ayudado a encontrar hace unos años y que era la única luz encendida de su vida.

Nuestras miradas confluyeron, como si él leyera lo que yo estaba pensando. Entonces los ojos de ambos se nos anegaron de lágrimas y un fantasma azul, bello y delicado, revoloteó en medio de nosotros. Los dos nos colgamos de un vaso de ajenjo y lo bebimos. ¿Ayuda el alcohol en esos casos? Ya veremos. Pero, por si no lo han probado, sepan que ese fantástico licor es de trámite lento, aunque de actuar seguro, y ya comenzaba a hacernos notar sus peculiares efectos: una embriaguez serena y desdoblante en la que uno se ve a sí mismo como si estuviera a la distancia. Como es de rigor, uno bebe primero y hace las cuentas después.

En un vano simulacro de intento de escapar de mi presencia, Yizus caminó hacia el ventanal. Una tenue luminosidad se insinuaba detrás de la grupa renegrida de los cerros. Pronto la noche comenzaría a agonizar entre los rayos irrefrenables de la luz. Sin embargo, había que dar el siguiente paso. Terapéuticamente entendí que debía insistir, apretar el acelerador, presionarlo hasta oírlo verbalizar la verdad y acorralarlo de una buena vez contra las cuerdas de su horrible realidad. Sé que la verdad nos despedaza cuando no somos capaces de enfrentarla.

—Dígame, Yizus... ¿Qué le pasó a la hermosa Sabrina?

—Sabrina murió, Gotardo. (...) Esta es la primera vez que me sale la voz para decirlo. (...) Mi Sabrina, mi ángel, el ser más bello, dulce y bondadoso que ha existido sobre esta mala tierra, murió.

—¿Qué le ocurrió?

—La mató el maldito virus.

—Lo siento muchísimo.

—Esta vida es así. Ella se contagió y rápidamente se puso muy mal. Era frágil. Pagué médicos y estuve junto a ella cada segundo, pero nada le sirvió. Dijeron que había que hospitalizarla y me la

arrancaron de los brazos. Usted sabe cómo fue eso. No me permitieron volver a verla. Me mudé a vivir en la acera frente al hospital. Pero ella murió conectada a un respirador... Sin verme a su lado... Sin estar agarrada de mi mano... Sin oír mis gritos de dolor... Cuando me lo notificaron, me descuarticé en los mil demonios que soy y no he podido volver a armarme... Tres días después me entregaron una cajita llena de cenizas y trocitos de huesos, marcada con su nombre. ¿Eso era todo? ¿Qué somos? No la volví a ver. No pude acompañarla. Se fue sin mí. Sabrina ya no está. No está. No puedo comprenderlo. ¿Por qué ella? ¿Por qué? No voy a aceptarlo nunca.

—Lo lamento de veras, Yizus.

—¿Y sabe que es lo más devastador? Que yo ni siquiera me contagié, aunque hice el intento. Yo, que soy la basura no reciclable de este mundo, nada, el virus me ignoró... Virus no come virus... Sabrina falleció y yo sigo malviviendo. ¡Sigo vivo, carajo! Incluso después de lo de anoche. ¿Entiende usted que lo que yo quería era perder el duelo? Necesitaba que una bala me explotara la cabeza y que todo terminara. Pero gané. ¿Sabe por qué? Porque los dioses quieren que siga sufriendo.

—Tiene que dejar que el tiempo pase.

—Dígame una cosa, Gotardo, ¿usted ha sentido alguna vez verdaderas ganas de morir? ¿Ha deseado con todas sus fuerzas que lo maten? Yo, que las conozco todas, le digo que son las más inmundas ganas que uno puede llegar a sentir.

¿Qué decir? ¿Qué no decir? A veces el silencio es lo único que posee la capacidad de expresar. Mordí mis labios. Sorbí del vaso de ajenjo. Encendí un cigarrillo tras otro y durante un buen rato no musité ni una sola palabra. No la encontré. He padecido el desconsuelo. Aun así, sé que Yizus podía sentir que yo estaba ahí, con él. Conozco la sevicia del dolor. No había más nada que decir. Nos quedamos callados. Quietos. Cada cual braceando en sus caldos sanguíneos, apenas respirando.

Una hora después el sol se posicionó en el cielo e invadió la sala y despercudió la blancura de mis orquídeas, igual que todos los días,

como si nada hubiera cambiado y para el mundo la ausencia de Sabrina no tuviera la menor importancia. Así es la vida, pensé, no reconoce a la muerte, no la ve, le pasa por encima. Yizus había vuelto a llorar. Finalmente el cansancio nos venció. Ya no había combustible disponible. Le ofrecí a Yizus el cuarto de huéspedes. Me suplicó que no. Que no quería estar solo y que, por favor, lo dejara recostarse a mi lado. Lo miré. Me contagié de su desolación. Acepté.

Cuando desperté vi que a través de la ventana de mi habitación brillaba un cielo azul cobalto. Color acerado que cualquiera que haya sido parido en esta ciudad identifica con el cierre del telón en las mejores de sus tardes. No quise mirarlo, de seguro habría un fabuloso atardecer, pero yo no quería atestiguar las bellezas del comienzo del crepúsculo. A mi lado estaba tendida Mu, en minuciosas labores de acicalamiento. Yizus no. Él se había marchado en algún momento. A lo mejor había logrado dormir algunas horas. Ojalá. Sobre mi mesa de noche había un fajo de billetes y una nota: "Gracias. Le dejó su 10%".

—¿Quién era ese pobre señor?

—Eh, un conocido, Mu. Se llama Yizus.

—No me vibró para nada. Te pido que no lo vuelvas a invitar.

—No te preocupes. No lo haré.

—¿Sabes la hora que es y que esta linda gatica aún no ha desayunado, Got?

Reaccioné y me incorporé. Al paso cogí el dinero y lo llevé a airear en el balcón. No quise privarme de contemplar la serena visión de los cerros y sus bosques caramelizados por los últimos lametazos del atardecer, y esta vez sí agradecí, con una reverencia, los bálsamos efímeros de su belleza. Comprendí que lo calmo del día se debía a que las horas de la pasada noche inmunda se habían convertido en las de un sábado cualquiera.

Entré, acaricié a Mu, frotándole la palma de mi mano desde el medio de sus orejas hasta la punta de su impecable cola. A pesar de que estaba hambrienta ronroneó de placer. Soy un experto. Luego

recogí los vasos y los atestados ceniceros de la sala. Y nos fuimos a la cocina, muy interesados en agenciarnos algo de comer.

22.
Ejemplo de autoexplotación, mal llamada responsabilidad laboral

Sentado a la mesa, tras haber recalentado durante treinta minutos y a trescientos grados un molde primoroso de lasaña hecha a base de diversos hongos, frutos de alcaparra, tomates secos y lonjas de berenjena rebozadas en una salsa de cinco quesos y vino blanco que, obviamente, me había reservado en la nevera la señora Trini, quien de seguro le había hecho mantenimiento a mi casa el día anterior, escuché que alguien abría la puerta de entrada. Mu, que había devorado sus croquetas mezcladas con una latita de sardinas, paró las orejas y corrió a mirar. Esperé y vi que H entró como una tromba.

—Disculpe la interrupción, don Got, la portera me aseguró que estaba solo. Me urge hablarle. No pude avisarle porque parece que su celular falleció y su teléfono está cortado.

—No hay problema. No encontré el uno y no pagué el otro. ¿Ya almorzaste?

—Sí, pero esa lasaña se ve deliciosa.

—Siéntate y come conmigo.

—Primero tengo que saludar bien a Mu. Hola, Mu.

—*Miau*.

Como ambas suelen manifestarse el afecto que se profesan a través de un contacto físico profuso, tardaron un buen rato

intercambiando cariñitos, lo que me dio tiempo para servir un nuevo plato y rellenar otra copa de vino. Hecho esto, comimos.

—Mmm. Esto está tan rico, don Got, que le propongo que hablemos cuando nos hayamos raspado todo el molde.

—De acuerdo, H.

Tras el atracón que nos dimos se nos hizo urgente preparar una jarra de café. Así que, cada cual con una taza en la mano, nos sentamos en la sala a conversar.

—Soy todo oídos. ¿Qué tienes que decirme, H?

—Ayer mismo organicé a Violeta y a las Mujerciélagas. Las dividí en combos de trabajo. Les adelanté un dinero y les repartí tareas e instrucciones para que se pusieran en labores de inmediato. Algo me decía que las noches de viernes y sábado son las más propicias para que ellas pisteen algunos de los lugares que tengo detectados y traten de descubrir qué clase de actividades se realizan allí.

—Perfecto.

—Creo que motivé mucho a las muchachas y, por eso, ellas hicieron guardia toda la noche. Grabaron con sus celulares actividades y personajes nada sorprendentes, pero que son o pueden ser de nuestro mayor interés.

—¿Cómo cuáles? Explícate.

—Don Got. Qué pena. ¿De casualidad no tiene algo de postrecito? Usted sabe que yo tengo dos estómagos, uno de sal y otro de dulce. Y tengo que mantenerlos balanceados.

—Sí tengo, pero de pura chiripa. Hace unos días, Andrómeda estuvo de visita. Brazo de reina relleno de helado de vainilla y recubierto con una salsa de chocolate y caramelo, ¿te sirve?

—Suena sensacional.

Una vez satisfechos los altos requerimientos gastronómicos de Hortensia y colmada mi dosis de cafeína, entramos de lleno en materia. Por alguna gracia ni el ajenjo, ni el trasnocho, ni los crudos acontecimientos de unas horas atrás habían dejado una huella infame en mí. Solo un hambre que ya había logrado saciar. Razón por la que el informe de H me encontró adecuadamente receptivo.

Para no ir paso a paso resumiré sus importantes hallazgos. Las Mujerciélagas, que se movilizan en motos y con soltura por los rumbos más bizarros de la ciudad, no habían tenido dificultad en localizar la mayoría de las direcciones que H les había proporcionado. Además de ubicar los sitios habían montado una discreta vigilancia, con lo que habían podido inferir el uso más probable que se les daba a varios de ellos. Aunque aún faltaba por investigar. No obstante, H ya veía un patrón y consideraba que habían recabado datos suficientes para aventurar una hipótesis. Todos los sitios estaban enlazados a una misma red criminal y en cada uno de ellos se adelantaban actividades que engranaban en una bien tramada cadena de ilícitos. Estaban diseminados por varios puntos de la ciudad y, una vez analizados los recorridos, se podía deducir que operaban a todo lo largo y ancho de la urbe, aunque en algún lugar debían de tener un centro de mando, aunque este no fuera físico. Gracias a esa planificada dispersión incrementaban sus niveles de seguridad, diversificaban sus clientelas, ganaban en eficiencia logística y se protegían de la "mala suerte" de un allanamiento policial no pactado o de las sorpresas de un ataque de alguna banda rival que les descoyuntara por completo el esquema organizacional. Además, al fragmentarse de esa manera, si algún sitio quedaba en evidencia, nada lo conectaría con los demás y la estructura resistiría el golpe.

—Son muy hábiles, don Got. Copian el modelo organizativo de las empresas de mensajería, transporte y exportación. Lo que significa que han contratado asesores.

—Tienes razón. Operan con una eficiencia demasiado sospechosa. Deben tener contactos a todo nivel y personal especializado de apoyo.

—Que haya develado todo esto, aumenta mi admiración por el trabajo investigativo de la señorita Mariana Montejo. Ella halló y documentó todos esos vínculos. ¿Quién sabe cómo? Le debió costar muchísimo.

—Estamos frente a una organización multicriminal especializada en delitos y tráficos ilegales de todo lo prohibido. Drogas varias,

contrabando múltiple, tráfico de armas y de personas, en especial de mujeres y, desgraciadamente, de niñas. Además, las pandillas que articula también se dedican a otro tipo de actividades, como el robo, la extorsión, el fleteo y el atraco. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí. No sabemos aún cómo se interconecta todo. Ni quién dirige, pero sí que cuentan con una potente infraestructura de lavado de activos. Hoteles y moteles, clubes nocturnos, casas y apartamentos clandestinos, así como bodegas, una flota diversificada de vehículos, personal muy capacitado y un cuerpo de seguridad altamente peligroso. Y lo que nos falta por saber.

H y yo conversamos hasta muy tarde. Revisamos los videos que habían grabado las Mujerciélagas. Bebimos café en cantidades imprudentes. Y en un momento en el que H me acompañó a fumar en el balcón —pues volví a hacerlo ahí, tras pedirle excusas a Mu por mi desastroso comportamiento de la noche anterior—, ella detectó el fajo de billetes que yo había dejado aireando encima de una maceta con geranios.

—¿Y toda esta plata qué es, don Got? ¿Por qué la tiene tirada aquí? Si llega un ventarrón se le puede volar.

No tuve opción distinta a contarle, con detalles suficientes como para calmar su curiosidad, las peripecias de mi pasada noche, así como las labores terapéuticas que tuve que adelantar hasta bien entrada la mañana. H me escuchó hasta el final, como solo ella es capaz de hacerlo.

—Nunca le he ocultado, don Got, que el señor Kraist no es un hombre que sea de mi gusto. Pero pobrecito.

23.
Sin tiempo que perder, así el mundo se pueda detener

Sin importar que el día en curso fuera domingo, había que continuar juntando las piezas de los rompecabezas. La noche anterior habíamos aclarado puntos importantes de lo investigado por Mariana Montejo, pero no teníamos una sola pista acerca de su paradero, ni una explicación sustentada sobre su desaparición. Para mi fortuna, la capitán Chitiva se encontraba de servicio y, por tanto, activa en la ciudad. Razón por la que pudimos fijar una cita para reunirnos.

Una exclusiva casa de té, en la Zona Rosa de la ciudad, fue el lugar escogido por ella. Elección que me extrañó. Por norma general nuestras reuniones transcurren en cafetines o cervecerías de ínfima categoría, pero al parecer ella ya no necesitaba ocultarse o la maternidad o el ascenso la habían transformado. No obstante, cuando entré al famoso Jardín de Lao Tse, lo que más me sorprendió fue la elegante pinta de la capitán. Estaba de civil, pero con un vestuario tal que parecía una ejecutiva de esas que no se conceden un solo día de descanso y viven acorde a los dictados de la moda.

Afortunadamente yo me había vestido de una manera que no desentonaba del todo. Apenas me acerqué a la mesa que ella ocupaba, la vi pararse, sonreír de oreja a oreja y saludarme con un beso muy cálido y con demasiada confianza. Tal como si actuara, pensé de inmediato, sin confundirme. Me quité las gafas de sol, la miré directo y la escuché susurrarme.

—Estoy en un trabajo encubierto. Así que tráteme con mucho cariño y olvídese de mi nombre y rango. Agendé esta reunión con usted aquí porque me puede servir de tapadera. Eso por si me están vigilando, que es muy probable. Así que siéntese y compórtese como si los dos tuviéramos un *affaire*, por favor.

—Encantado, preciosa.

Me senté a su lado y le agarré la mano, la miré con ojos de bobo, le besé una mejilla y le acomodé con suavidad los mechones que se le esparcían sobre la frente. Ella reaccionó perfecto. Luego pedimos una jarra de té verde y una canastilla con galletas de jazmín, pétalos de rosa y semillas de amapola. De manera fina, muy cortés y no exenta de coquetería, la capitán me sirvió. A continuación procedimos con nuestros respectivos informes.

Entre sonrisas y como si de una aventura se tratara, le relaté todos los avances hechos. También la informé, sin darle detalles, que había logrado incorporar a Yizus al equipo, que, como a todo mundo, a ella no le agrada, aunque se le reconozca su eficiencia para infiltrar los peores submundos. A pesar de que la mente de la capitán parecía estar ocupada en una tarea desconocida para mí, me escuchó con plena atención y sin descuidar su papel de falsa enamorada. Solo cambió un poco y manifestó su preocupación cuando entendió la magnitud del embrollo. Acercándose a mi oreja, como una amante traviesa, me susurró, refiriéndose a Violeta y sus compañeras, que tuviera mucho cuidado con las "anarquistas esas" y que cuando encontrara evidencias pusiera en conocimiento regular de las autoridades todo lo que habíamos descubierto.

No me ocultó que la alegraba que, otra vez, pudiéramos investigar en ese campo específico, pues a ella le place combatir las bandas que se lucran de la esclavización de las mujeres. Pero me dijo que, por el momento, no podría contar con ella en el terreno, debido a la tarea que le había encomendado su general Beltrán, quien también había aprobado su curso de ascenso y recibido su ratificación del Congreso. No obstante, me ofrecía mantener abiertos los canales y agregó que si H le enviaba la información, ella podía hacer que sus subalternas investigaran discretamente. De lo que

habíamos tratado en nuestra última reunión saltó un dato que me produjo desconcierto. Según ella, ningún familiar había puesto un denuncio por la desaparición de Mariana Montejo y las autoridades no estaban informadas del hecho.

—¿Qué cree usted, Reina?

—Que Lorenza Montejo no solo se reservó información, sino que está más asustada de lo que reconoce.

—Es lógico que así sea, Gotardo. Si una madre no pone un denuncio en una situación así, es porque está muy amenazada y sabe o cree que está siendo vigilada. Y tiene razón en preocuparse, pues si esa gente tiene el tamaño que hemos visto, debe tener infiltrados hasta en la misma Policía.

—Es muy posible.

—Lo es. La corrupción es como la materia oscura y está en todas partes. Ahí donde haya plata sucia, siempre habrá una fila de hampones listos a recibirla. Y hampones es lo que sobra en toda Colombia.

Fijadas las nuevas tareas y consumida la jarra del exquisito té verde Biluochun, cultivado a orillas del lago Tai, en China, la capitán me solicitó que me despidiera. Se levantó y me abrazó, luego me miró a los ojos, me acarició el rostro y me dio un besito en los labios. Me pidió que me fuera del salón sin cancelar la cuenta. Eso hice entre sonrisas y miraditas cruzadas, como dos amantes a los que les duele la despedida.

Salí de allí muy intrigado por el asunto en el que estaba metida Chitiva, pero en especial preocupado por la sucinta información recibida. Hice entonces lo que hago por lo general. Acepté los mandatos de mi dromomanía y me lancé a caminar, esperando que mis pasos decidieran por su cuenta la meta del camino. Cincuenta minutos de vagabundeos después, con la mente casi en blanco, entré al apartamento de Lotario. Al abrirme la puerta, una pequeña tromba se lanzó contra mí, así que la atrapé al vuelo y la cubrí de besos.

—Tío Got. Qué milagro que vienes a visitarnos.

—Vine a verte solo a ti, Pequeña Galaxia.

—No te creo.

—¿Tus papás están?

—Sí. Ven te llevo a su cuarto.

Andrómeda me condujo hasta la alcoba matrimonial. Allí estaba mi hermano, con el torso desnudo, cubierto de espuma, sentado en una silla y sometido a la hábil barbera que esgrimía Kat, quien le estaba rapando a ras el cráneo e iba a afeitarle la cara. En torno a ellos orbitaba mi sobrinita Casiopea, que apenas me vio sonrió sin moverse y exigió que fuera a cargarla y saludarla a mordiscos, que es como le gusta. Con ella retorciéndose en mis brazos me acerqué a la pareja.

—Hola, familia. Linda exhibición de calavera vas a dar, Lot.

—*Danke*, *lieber Bruder*.

—¿Qué te trae por aquí un domingo, cuñado?

—El amor y la nostalgia familiar, querida Kat.

—Entonces siéntate y disfrútanos, que pronto terminaremos.

—Mientras terminan, prefiero ir al cuarto de Andrómeda y saludar de una vez a sus muñecas.

Al oírme mi sobrina saltó, aplaudió, atrapó uno de mis dedos y me jaló hasta su habitación. Cuando entramos, solté un silbido de auténtica admiración. Más que la recámara de una niña parecía una tienda de peluches, trapos, tiliches y muñecas.

—¿Todas estas muñecas son tuyas?

—Sí, todas. Y me faltan algunas que espero recibir en mi cumpleaños, que es el mes que viene. Espero que tú te acuerdes, eh.

—Lo tengo grabado en mi mente, Pequeña Galaxia, es imposible olvidarlo.

—Perfecto... ¿Con cuál quieres que juguemos?

—Escoge tú.

Casi una hora tendido en el piso, cambiándole la vestimenta a una docena de muñecas; peinándolas, maquillándolas y dándoles de

comer, me permitió olvidar por completo el estado general del mundo y los acontecimientos recientes, y concentrarme exclusivamente en la intrincada conversación de Andrómeda y en el placer de mirarla jugar. Solo fuimos interrumpidos cuando hizo su entrada la bellísima hija mayor de la Señorita Mu, llamada Crispi, que, según observé, ya había alcanzado la edad adulta. Me conmoví al verla, al mirarme en el azul de unos ojos exactos a los de Mu y al sentir cómo se me acercaba y se dejaba acariciar con unos modos y modales muy conocidos para mí.

—Crispi todavía se acuerda de que tú eres su abuelo.

Nos abrazamos las tres a ronronear. Y tras esa fantástica y amorosa suspensión de la realidad, Lot asomó a la puerta.

—Ya deja en paz a tu pobre tío y tráetelo para la sala, Andrómeda.

La Pequeña Galaxia, Crispi y yo obedecimos las instrucciones del dueño de casa. En la sala estaban Kat y Casiopea, que se tomaba un tetero de leche achocolatada.

—El tío Got sí sabe peinar bien a las muñecas. No como mi papá, mamá.

—Tu tío tiene mucha más experiencia en eso que tu padre. Él ha peinado muchísimas cabelleras.

—¿Verdad, tío Got? ¿Por qué?

—Porque he tenido la inmensa suerte de no casarme.

Kat y yo intercambiamos una mirada juguetona y dejamos la partida en tablas. Durante un largo rato, mientras la tarde clausuraba sus párpados y lo oscuro se instalaba en todos los rincones, dejando a Bogotá sumergida en sombras, estuvimos charlando así, ligeros, sin planes, sin consistencia, permitiendo que la locuaz Andrómeda fijara los temas y animara a que sus adorados padres se burlaran de mí. Tras una hora de dicha familiar, mi cuñada tuvo compasión de mí y dijo, sin dar lugar a protestas, que "a este par de mocosas hay que prepararles su cena y alistarlas para que se acuesten a dormir". Así que tras Andrómeda cubrirme de besos, las

tres se pararon y salieron a ejecutar sus acostumbradas ceremonias nocturnas.

—No te vayas a ir sin despedirte de mí, tío Got.

—Jamás.

Miré a mi hermano. Lucía relajado. El cráneo le brillaba. Más que un maestro de artes marciales y hombre de negocios parecía un jugador profesional de básquetbol.

—Aprovecha que Katia anda de buen humor y cuéntame rápido qué más ha pasado. H me mandó un montón de información a mi correo secreto, pero no he tenido oportunidad de revisarla en paz. Dímelo porque no creo que estés aquí simplemente porque te vapuleó la tristeza de tus domingos de solterón, *Bruder*.

Sonreí, pero dejé su comentario final sin respuesta. Luego le resumí todo lo que habíamos averiguado hasta el momento y le insistí en las numerosas grietas abiertas que veía. Lo hice a palo seco, pues él y Kat hicieron un pacto de no beber en casa y menos delante de las niñas. Y aunque yo no lo había suscrito, por lo visto, el acuerdo me incluía. Una vez señalados los puntos principales mi hermano me preguntó qué iba a necesitar de él.

—Me temo que te voy a pedir que me acompañes a los últimos lugares del mundo donde tú quisieras ir; pero en una situación así, solo puedo confiar en ti, porque ni en mí puedo.

—¿A dónde quieres ir?

—Lee lo que te envió H y lo discutimos mañana en mi oficina, temprano. Sí tú concluyes lo mismo que yo, sabré que estoy bien orientado.

—Está bien. ¿A dónde vas?

—A despedirme de tu familia.

24.
¿Todo porque amanece siendo un lunes?

Tras haber dormido lo estrictamente indispensable y cuando apenas despuntaba la luz de una mañana recién salida de los frigoríficos de la noche y, además, repleta de turbias profecías atmosféricas, un taxi me dejó en la esquina de mi oficina. Creí que sería el primero en llegar, pero me equivoqué. H y Violeta estaban ya reunidas y ambas tenían cara de noticias.

—Buenos días, señoritas.

—Ojalá lo fueran, don Got.

—¿Qué pasa?

—Mejor que le cuente Violeta.

La miré intrigado. Y, sin más, Violeta habló con voz entrecortada. Para molestia conmigo mismo, lo que contó era previsible. Anoche dos de las Mujerciélagas habían sido atacadas por los integrantes de un combo, en inmediaciones de uno de los peligrosos rumbos donde las enviamos a investigar. Para peor, el asunto es que habían recibido una severa paliza, de la que ellas poco pudieron defenderse, ya que eran ocho los motomatones que las interceptaron y quienes no solo las agredieron, armados y en gavilla, sino que les robaron la moto. La violencia había sido tal que fue necesario hospitalizarlas, aunque ambas estaban fuera de peligro.

—Asumimos todos los gastos médicos de ambas, H. Dales lo que requieran para cubrir sus necesidades hasta que estén recuperadas del todo y cómprales una moto nueva.

—Eso mismo había pensado, jefe.

—Gracias, Gotardo. Muy generoso usted. Eso le va a costar sus buenas lucas.

—Plata hay y para eso es para lo único que sirve, para gastarla. No te midas, H.

—Ya mismo me pongo en eso.

—¿Sabemos ya qué combo fue, Violeta?

—Sí, ya los pillamos. Son muy conocidos. Se trata de una pandilla de cobardes, especializados en atacar mujeres en gallada. Les dicen Los Cluecos porque los manda una gallina vieja.

—Bien, ya tendremos oportunidad de tomar cartas en ese asunto.

—Gracias, pero "ese asunto" es cosa nuestra, Gotardo. Nosotras no necesitamos machos, así sean asintomáticos, para que nos defiendan.

—Okey... Como quieras. Háganlo a su modo y si necesitan apoyo avisan. Pero, al hacerlo, antes de tomar venganza deben aclarar si se trató de un atraco fortuito o si fue algo derivado de lo que estamos investigando. ¿Qué más pasó anoche?

Para continuar con más comodidad nos fuimos a sentar a mi oficina y, por fortuna, en ese momento llegó Lotario, quien a pesar de su acostumbrado hieratismo traía cara de preocupación y rastros de haber dormido poco. H y Violeta se pusieron de pie y lo saludaron con respeto de discípulas y yo sonreí y le alcancé la primera taza de café. Luego le explicamos la situación e iniciamos nuestro pequeño conciliábulo.

Según los informes de los distintos grupos de trabajo, la noche del sábado había sido lo suficientemente agitada como para darnos una primera idea de lo que pasaba en varios de los lugares vigilados. Algunos de los bares funcionaban como tales, normalmente. Otros eran burdeles y amanecederos con permiso de funcionamiento; pero

unos cuantos presentaban una actividad muy sospechosa, pues operaban de forma clandestina y no todo el que llegaba era admitido. Por lo que a nuestras investigadoras les fue imposible saber exactamente qué ocurría adentro de ellos.

Sin embargo, el hallazgo que consideramos más relevante de todos lo hizo la misma Violeta, quien tuvo la buena idea de seguir una camioneta Van llena de elegantes mujeres, desde un discreto hotel hasta una mansión en las afueras de la ciudad. Esta resultó ser un lugar bien vigilado y al que no era fácil acceder, aunque tenía la apariencia de ser un club elegante y al que toda la noche vieron llegar hombres bien trajeados en sus respectivas camionetas, muchas blindadas y secundadas por escoltas. Interesante, cómo no. Así que dedujimos que tendríamos que ingeniarnos para averiguar qué pasa ahí. Siempre es bueno apuntar a la cabeza y en esos negocios turbios las cabezas principales suelen estar a la altura del bolsillo. Sigue las rutas del dinero y encontrarás a los verdaderos jefes.

Todo permitía suponer que algunas de las casas y apartamentos que vigilaron solo servían para albergar a los hombres que conformaban los distintos estamentos de la organización criminal, mientras en otros se alojaban las mujeres que trabajaban en la mansión o las que estaban de paso. Estas últimas eran presumiblemente "mujeres de exportación", es decir, aquellas que eran reclutadas para trabajar en otros países. Todo indicaba que eran reunidas en Bogotá, factiblemente para conseguirles o falsificarles documentos como pasaportes, visas y pasajes; además de ser aleccionadas acerca de lo que se esperaba que hicieran en los diversos destinos. Todo lo cual no era nada extraño, pues así funcionan las redes de trata aparentemente no forzada. Lo que llamaba nuestra atención era la magnitud y la variedad de negocios que tenía la organización.

En todos los lugares de rumba que tenían se expendían diversas drogas, tanto las tradicionales como las de último diseño. Las cuales también eran repartidas a domicilio, en edificios elegantes de los más exclusivos barrios de Bogotá. Y aunque la red de repartos

funcionaba de manera tal que quería dar la impresión de ser independiente, formaba parte de la misma organización. Habría sido muy peligroso y prematuro hacer seguimientos de las rutas de microtráfico, además de no ser un asunto de nuestro interés; pero no era difícil deducir que las bodegas que tenían les servían para el almacenamiento y como punto de distribución a los combos encargados de la venta callejera. También fue posible establecer que tenían varios lugares en los que fabricaban drogas sintéticas, en cocinas de pequeña escala, desde donde surtían diversas bandas de distribuidores al detal. Lo que equivale a decir que controlaban toda la cadena productiva.

Según aseguraban las Mujerciélagas, había personal de seguridad en todos esos puntos y con modos de proceder que indicaban coordinación y entrenamiento profesional, a más de portar un armamento de mucho poder. Por lo cual entrar a cualquiera de esos lugares significaría un gran riesgo. Por lo oído en las calles, las bandas comunes de traquetos del montón les tenían "un gran respeto", que es como los pobres malandros definen el miedo que les tienen a sus patrones y se referían a ellos como "La Compañía".

La forma segura y cómoda como se movían por las distintas rutas de lo ilícito, la variedad de los emprendimientos, la diversificada y extensa malla multicriminal, que hasta ahora veíamos tejerse sobre toda la ciudad, como es lógico no tendría la más mínima posibilidad de existir y prosperar si no contara con la complicidad activa de diversas autoridades, así como de empresas y personas que podían operar al descubierto, gracias a sus actividades completamente legales.

Toda esta información era mucho para unos pocos días de investigación. Así que paramos un momento para reabastecernos de café y darnos el tiempo de procesar e interpretar toda la data recibida. Trabajo duro, pues los datos solos no hablan, solo repiten la información que guardan. Añaden, pero no explican nada y hay que procesarlos. La verdad es que apenas si habíamos escarbado y el tamaño y los alcances del presumible enemigo crecían a cada paso dado.

—Todo indica que la tal Compañía es una organización muy poderosa.

—Como quien dice, estamos en la inmunda, maestro Lot.

—Sí y no, Violeta. Pero debemos tener muy presente que a nosotros no nos interesa combatir el crimen. Tenemos bien establecidas nuestras prioridades. Nosotros no estamos interesados en interrumpir o denunciar esos negocios. Si los tenemos en cuenta es para dimensionar contra quién es que nos estamos metiendo. Nada más.

—En eso tiene usted toda la razón, maestro Lot. Lo único que nos interesa es buscar mujeres desaparecidas y rescatarlas.

—Exacto, H. Que esos hampones hagan los negocios sucios que quieran. Eso no es problema nuestro. Nosotros nos mantendremos enfocados en buscar a Mariana y a su hermana. Si por el camino logramos ubicar más mujeres o personas, bienvenida sea nuestra buena suerte.

—Estoy de acuerdo con Lot. Toda esta información nos sirve de marco, pero no debemos perder de vista nuestro objetivo principal.

—Lo que debemos hacer es concentrarnos en los negocios y lugares por los que pasan las mujeres que sacan del país y, sobre todo, en aquellos sitios clandestinos donde sospechemos que utilizan menores o esclavas.

—Exacto, H. Lo demás no será nuestra prioridad. Solo vigilaremos los sitios que les sirven para la trata forzada. Que, a propósito, aún no sabemos bien cómo les funciona.

—Lo más aconsejable es arrancar por arriba y visitar la tal mansión. A ver de qué se trata. Y, una vez allí, intentaremos averiguar, entre las trabajadoras, si conocen o han visto alguna vez a las hermanas Montejo.

—Para entrar ahí necesitaremos un contacto que nos ayude.

—Sé muy bien en quién estás pensando, Got.

25.
Un encuentro con sabor a emboscada y la sospecha de un filón que quizás se podrá explotar más adelante

Concluida nuestra reunión, aclarado el horizonte estratégico y distribuidas las faenas como quien reparte un mazo con las cartas marcadas, nos disolvimos. H y Violeta fueron a visitar a las compañeras atacadas y de paso a conseguirles una moto nueva, así como a informarle al resto de las Mujerciélagas cuáles serían los protocolos por seguir, a más de ponerlas al tanto de las nuevas instrucciones. Lotario fue a resolver algunos asuntos personales y a hacer averiguaciones sobre el lugar que debíamos visitar esa noche. Y yo, por mi lado, me enfrenté a una tarde atiborrada de preocupaciones.

Me quedé a solas en la oficina, rumiando grumosos pensamientos, intentando descifrar los mensajes inscritos en los jeroglíficos del humo, para que así quizás me surgieran ideas, y mordisqueando los restos de un sánduche que habíamos pedido a domicilio, cuya receta no me molestaré en describir con algo más que la palabra desabrido.

Afortunadamente había buen café. Café y cigarritos. Y un montón de datos por revisar, por supuesto. Me puse manos a la obra

y la primera tarea que me impuse fue la de pegar un gran mapa de Bogotá en la pared y marcarle con chinchetas de colores todos los lugares que requerían nuestra atención. Chinchetas rojas donde no sabemos aún qué funciona en ellos, amarillas cuando lo sabemos, pero no son relevantes, y verdes cuando marcan los lugares que debemos priorizar y mantener bajo constante vigilancia. En el proceso surgieron también varios puntos grises que apuntaban a lugares mencionados, pero que aún no habíamos investigado ni catalogado. Para estar seguro de marcar todo ello, imprimí la lista completa de lugares, con sus respectivas direcciones, que había elaborado H. Y luego no fue sino irlos ubicando sobre el mapa.

Tardé al menos dos horas, una jarra de tinto bien cargada y la grata incineración de incontables Apaches, pero lo logré. En total teníamos ubicados unos ochenta puntos. De sur a norte, de occidente a oriente. Ochenta puntitos en ese inmenso y horrendo mar de cemento en que se ha convertido Bogotá. Satisfecho de mi labor, me detuve y los miré. Automáticamente traté —porque eso acostumbra hacer nuestro cerebro— de encontrarles un patrón. Pero tras mirar y mirar no lo descubrí. Solo pude establecer que había unas zonas de la ciudad más congestionadas que otras y que su distribución parecía ser aleatoria, quizás intencionalmente. Pese al caos que veía desparramarse en la pared, un punto de los grises reclamó mi atención. Era uno colocado sobre una de las calles más comerciales de la llamada Zona Rosa. La imagen de una mujer inundó mi mente y pensé que debía ir a visitarla. También me cuestioné la razón por la que, hasta ahora, la habíamos omitido. Ella puede ser una importante rueda y no podemos dejarla suelta.

Decidí no darle más largas al asunto, cerré la oficina y me lancé a la calle. Era apenas media tarde y para solaz de los paseantes las malas señas meteorológicas de la mañana se habían disipado y, contrario a mis iniciales pronósticos, sobre la ciudad se había instalado un efímero y radiante simulacro de verano. Las masas caminaban con soltura, la gente lucía más sana y vivaz, y el poder del sol ejercía su influencia en todos los ánimos. Bogotá es una ciudad que sabe lo que no tiene y no solo agradece las caricias de la

luz, sino cualquier maquillaje que se les haga a los grises de su feúra emparamada.

Esquivando los peatones, bicicletas y patinetas que invadían las aceras e intentando infructuosamente pescar un vehículo amarillo, oí que me pitaban justo al lado. Volteé a mirar y vi un elegante automóvil estacionado. Miré por la ventanilla y me topé con el rostro seco y adusto de don Gervasio Torrenegra. La puerta del carro se abrió y escuché la cascada voz del multimillonario.

—¿A dónde te diriges, Reina? Súbete y te boto por donde quieras.

Lo pensé un segundo, a lo mejor no bien, y me subí. Recordé que no creo en las coincidencias. Para sorpresa mía, el magnate me extendió su garra fría, pecosa y arrugada a manera de saludo. Se la apreté con fuerza y mala intención, pero sus huesos no crujieron como yo esperaba. Luego de mi mal disimulada agresión, lo detallé de arriba abajo y constaté su usual elegancia de cachaco en extinción. Traje de tres piezas, a la medida, hecho en un paño inglés de los llamados Príncipe de Gales, zapatos de gamuza y su magnífico reloj Patek Philippe.

—¿Cómo está usted, don Gervasio?

—Muchísimo más rico que la última vez que tuvimos la mutua mala suerte de encontrarnos, Reina. Gracias por darme la oportunidad de contestar.

—¿A qué se debe esta inesperada coincidencia?

—Como los gallos finos, siempre mostrando espuela. ¿Para qué mal sitio vas?

—A la Zona Rosa.

—Muy bien, para allá vamos.

—¿En este yate con ruedas se puede fumar?

—Por supuesto.

Y acto seguido el ingeniero Torrenegra extrajo del bolsillo de su saco una antigua pitillera de oro sevillano y me ofreció un delicioso tabaquito holandés Henri Wintermans. Lo acepté y permití que me lo encendiera con su impresionante Slim 7 de S. T. Dupont. Al acercar

la llama a mi boca miré arder sus mancornas de oro, en forma de ranita prehispánica y con una chispa de esmeralda atrapada en su boca. (Me hubiera gustado robárselas, junto con el encendedor). Aunados en el disfrute del estupendo tabaco, ambos disfrutamos la primera bocanada. Y yo aproveché la pausa para preguntarme por qué sería que la vida me había puesto ahí. ¿Qué me estará tejiendo el azar? Fumamos unas cuantas cuadras en cómodo silencio, pues sé que el potentado se toma las cosas con calma. Si algo distingue a los poderosos es que nunca se apresuran, siempre se hacen esperar, imponen el ritmo. No en vano son los dueños del tiempo. La premura es la franja temporal destinada a los subordinados. Razón por la que me relajé y, a pesar del flujo aromático de los humos, alcancé a olfatear al anciano y así descubrí que la fragancia que utiliza es la misma que siempre usó mi abuelo Melitón: Roger & Gallet. Una loción vieja, cara y que ya solo los muy viejos se untan. No obstante, la aspiré con devoción, lo cual influyó para que yo bajara mi guardia. Y al parecer, el astuto viejo lo captó, pues se peinó las plumitas blancas de su cabellera con los dedos y me hincó la puntilla azul y acerada de sus ojos antes de empezar a hablar.

—Me preocupa el bienestar de uno de mis empleados, Reina. Y sé que tú tienes una relación muy peculiar con él.

—¿Le preocupa tanto que lo dejó jugarse el pellejo en un juego tonto?

—No suelo intervenir en los asuntos privados de la gente que empleo. Supe de la vaina y tuve curiosidad por ver cómo concluiría el asunto. Por eso fui, pero a diferencia tuya no aposté. Y, a propósito, tampoco vi que hubieras hecho algo por disuadirlo.

—A diferencia suya, yo no sabía qué iba a pasar.

—Permíteme que lo dude. Daba la impresión de que habías ido como amigo, es decir, por si era necesario alguien de confianza para hacerse cargo del cadáver.

—Señor Torrenegra, si este es el propósito de su conversación, ordénele a su conductor que se detenga y yo me apeo de inmediato. No me contrato de niñera de nadie.

—Tan quisquilloso como siempre, Reina. Mi propósito en esta conversación es advertirte que te estás metiendo por un hueco en el que no cabes. Lo cual no me importa qué tan malo te resulte, ala. Pero no quiero que involucres al señor Kraist.

—No sabía que el señor Kraist tenía que pedirle permiso.

—He invertido mucho tiempo en él. Esa noche me di cuenta de que lo aprecio y me alegré de que hubiera salido triunfante. Le veo un futuro promisorio y no me gustaría que se malograra antes de llegar a la meta.

—¿Qué sabe usted del asunto en el que yo ando?

—Poco. Ese campo de actividades no es lo mío.

—Creí que allí donde hay dinero en grande a usted le interesa estar.

—Voy a pasar por alto el mal gusto de tu insinuación, Reina. Y te explico: todo el que hace negocios de cierta magnitud en este planeta se roza necesariamente con el crimen y la corrupción, pero eso no significa que uno forme parte activa. La relación está mediada por el sistema financiero y existe por puro pragmatismo, nada más.

—Si usted lo dice…

—Me importa un bledo si me crees o no. Lo que sí te aseguro es que no sé nada que te sirva. En esas cloacas no tengo necesidad de meterme y creo que tú no deberías hacerlo.

—¿Por qué debo creerle?

—Por puro sentido común, Reina. Esa es una vaina que hasta tú has de tener, ala. La parte mugrienta de los negocios es para gente desesperada, que nació pobre y se levantó a punta de mierda en el tetero. Las personas como yo no necesitamos embadurnarnos de esa porquería. ¿Para qué? Para eso existen un jurgo de guaches baratísimos y dispuestos a todo. Tarde y temprano esas platas terminan llegando a nuestras arcas y eso es lo que cuenta. Además, nos llega la mayor parte y, encima, nos cae casi limpia. ¿Acaso no sabes cómo funciona este país, Reina? ¡Carajo, las pendejadas que a uno le toca explicar!

—¿Cómo sabe usted en qué ando?

—Una pajarita me silbó.

—¿Qué le dijo?

—Que andas husmeando donde no deberías.

—Por qué no me dice claramente a qué se refiere. Es usted muy críptico.

—El buen entendedor es el que siempre se lava las orejas, Reina.

Tras decirme esto el viejo empuñó su tabaquito y se puso a mirar por la ventanilla. Lo percibí molesto y como si dudara en decirme algo más. Decidí no presionarlo. Registré que su antigua silueta de halcón estaba dándole paso a un perfil de buitre decrépito. Sonreí y apachurré la colilla del tabaquito en uno de los ceniceros. Como una auténtica suerte, en esta atorada ciudad, el tráfico fluyó sin interrupción, de manera que muy pronto llegamos al barrio adonde yo me dirigía.

—Creo que por aquí está bien para quedarme, don Gervasio.

—Rodolfo, hazme el favor y bota al pisco este en la próxima esquina.

—Gracias.

—Para que no agotes el escaso cacumen que tienes inventando teorías erradas, lo que te dije lo supe por Aralia.

—¿Su hija? ¿Ella qué tiene que ver?

—Como tú bien sabes, a Aralia le dan culpa sus privilegios de cuna y también se mete en malos sitios y con quien no debe. Tú conoces su sensibilidad y su predilección por las amistades de inferior rango. Ella se busca líos, pero todos saben que yo mismo la protejo. El problema ahora es que es ella la que está preocupada por ti.

—¿En serio? Hace mucho no tengo el gusto de verla.

—Y espero que eso siga así. Pues la verdad, aunque me produzca un tanto de repelús reconocerlo, es que ella quedó agradecida contigo y te agarró cariño. Por eso sé que le dolerían los ovarios si algo malo te pasara, como a mí me disgustaría que algo

irremediable le pasara al señor Kraist, solo por meterse en tus líos. Ahora bájate, reflexiona sobre lo que te dije y hazme caso. Incluso un ricachón abominable como yo no puede ser malo todo el tiempo, Reina. Solo un último consejo: uno debe medir bien el tamaño de sus enemigos y no casar peleas perdidas.

26.
Un *sex-shop* llamado Wet Dreams y la mirada esfíngica de la Geisha

Apenas la vi —y eso que fue una visión a la distancia— chillaron todas mis alarmas interiores y sin siquiera haber superado los fogonazos del primer impacto. La voz de mi sabio interno me advirtió: "Protégete, Gotardo, a esta mujer tienes que olvidarla antes de conocerla, sube la guardia o perderás por nocaut en el primer asalto". Pero, como de costumbre, me lo advertí tarde, ya mermada mi fuerza de reacción y, más que traicionado, regalado por la amplia sonrisa de cachorro que se derramó en mis labios.

Justifico mi debilidad con que apenas entré a la tienda observé que ella giró la cabeza para verme, instintivamente, como si hubiera presentido mi presencia. E inmediato a que sus ojos almendrados se posaran sobre los míos sentí que se cerraba una reja a mis espaldas y que de entrar no tendría escapatoria. Juro que cuando ella caminó directo hacia mí lo hizo en cámara lenta, relamiéndose y lustrándose los colmillos con la punta de la lengua. Atravesó el lugar balanceando con suavidad una cabellera abundante, negrísima y muy lacia que contrastaba de manera perfecta con una tersa piel alabastrina, rival de esas nieves que refulgen en los picos más altos, y, además, contoneándose como si su cuerpo hubiera aprendido a moverse en una escuela de palmeras.

Decir sensual es quedarse corto. Mi ritmo cardíaco se aceleró y tuve que aspirar una gran bocanada de oxígeno para intentar diluir

la gran inyección de adrenalina que comenzó a circular por mi organismo. A un metro de mí detuvo su marcha, se dejó mirar un instante, suficiente, y luego me trinchó en sus pupilas fijas, sin sonreír, hierática. Sentí lo que ha de sentir un gato acorralado por un tigre.

—¿En qué podemos servirle, señor? ¿Necesita una asesoría personal? ¿Busca un regalo o un juguete para su propio disfrute? Puedo mostrarle más de lo que usted puede imaginar.

—Muchas gracias, pero mi único interés es usted.

—Decepciónese de una vez, yo soy lo único que no está a la venta en esta tienda.

—No me malinterprete, por favor. Mi nombre es Gotardo Reina y estoy investigando la desaparición de las hermanas Montejo.

Sorprendida, la Geisha escuchó mis frases y de seguro su química interna se alteró, lo cual heló su semblante. De una ojeada revisó nuestro alrededor para verificar si alguna de las empleadas me había oído. Aproveché para echarle un vistazo rápido al *sex-shop* y noté que era un almacén grande y bien abastecido. La parafernalia usual, por cierto, pero de excelente calidad. Noté que las empleadas miraban con picardía hacia nosotros, como divertidas con que la patrona me atendiera personalmente. Aunque pudo ser algo distinto, pues sé que también tengo mis encantos. Por lo que les sonreí a todas.

—Venga conmigo, señor Reina.

La seguí hasta una pequeña oficina. Ante mí su cabellera brillaba como una cascada tallada en láminas de obsidiana. Apenas entramos cerró la puerta y se volvió hacia mí cargada de hostilidad. La seductora de hace unos instantes se había transformado en una cobra lista al ataque.

—¿Qué sabe usted? ¿Quién le habló de mí?

—Cristina Montejo. La niña anda muy preocupada por su tía. Dijo que usted es su amiga. Revisé los archivos de Mariana y encontré su dirección y sus fotos.

—¿Y usted quién diablos es?

—Un investigador privado. Me dedico a buscar personas desaparecidas.

—¿Cómo sé que no miente? ¿Cómo sé que usted no es más que un timador?

—Ni idea. Puedo darle información sobre mí o si lo prefiere podemos vernos en mi oficina.

—¿Por qué piensa que yo sé algo de Mariana?

—Me lo dice mi intuición femenina y, además, usted ni siquiera preguntó qué pasa con ella. Así que lo sabe.

—No le creo nada. ¿Quién lo mandó a verme? ¿Quieren asustarme?

—No me envió nadie. Vine porque Cristina me pidió ayuda y prometí dársela. Puede hablar con ella y preguntarle. Además, lo que les ocurrió a las Montejo me interesa de manera personal.

—Mejor hablemos en otra parte. ¿Conoce un bar llamado La Ruina de Casanova?

—He pasado por ahí, pero nunca se me ha ocurrido entrar.

—Espéreme allí en una hora. Ahora salga de aquí, por favor.

¿Quién es capaz de desobedecer los mandatos de una emperatriz? Salí, bajo las miradas curiosas de las vendedoras, directo a las calles de la moribunda tarde bogotana.

27.
Un breve paseo ayuda a aplacar el acelerado ritmo del pulso

Aproveché para pasear por la zona, bajar el ritmo de mis pulsaciones y aprovisionarme de mi vicio seco. Luego de la compra, por puro reflejo, busqué mi celular en los bolsillos de mi abrigo, sin suerte, por supuesto, pues hacia días no lo veía. Debo buscarlo. ¿Qué hacer? Por fortuna se les puede encontrar en cada esquina de la zona. Así que le compré minutos a un vendedor callejero y llamé a Lotario. Lo urgí a que nos viéramos en el bar en el que me había citado la colombo-asiática, sin explicarle nada. Al colgar comprendí que lo hice porque necesitaba proveerme de un escudo humano antes de verme de nuevo y cara a cara con ella.

Treinta y cinco minutos después, más dos cigarrillos quemados, entré a la taberna. Desde la entrada no me gustó. Resultó ser un típico negocio pretencioso y caro, para gente ídem. Ni siquiera contaba con un espacio destinado a fumadores. Además, estaba atiborrado de fraudulentos prospectos de casanovas y sus presuntas víctimas. Pobre Giacomo, pensé, que mal uso hacen de tu noble legado. Conseguí una mesa en un rincón apartado y, sin ver la carta, pedí una copa de El Sueño del Caudillo, dieciocho años, ese estupendo ron venezolano que no pasa de moda. Sabía que lo iba a requerir. El impacto de la Geisha aún me trastornaba y yo necesitaba todo menos distraerme en intentar un ligue con una mujer así y, por supuesto, no me sentía capaz de confiar en mí mismo.

Por gracia del buen daimon que a veces me protege, Lotario llegó de manera sincronizada con mi copa. Pedí otra para él. Él sonrió cuando nos avisaron que a cada uno nos traerían dos, pues estábamos en la hora feliz, señores.

—¿Por qué querías verme aquí, Got?

—Acomódate y ya vas a ver.

Lotario se acomodó y yo apenas tuve tiempo de anunciarle que nos íbamos a reunir con una amiga de la fotógrafa que estamos buscando. No obstante lo escueto que fui, él algo sospechoso leyó en mí. Pero tras el veloz escrutinio al que me sometió, no dijo nada. Él es así y siempre observa más de la cuenta. Nos bebimos la primera copa y un instante después observé que sus cejas se arqueaban, su cuerpo se tensaba y sus ojos se clavaban en dirección a la entrada del bar. Por su reacción supe qué veía. Volteé a mirar y vi que, en efecto, observaba sin parpadear a la Geisha, quien se dirigía hacia nuestra mesa perseguida por las miradas de toda la concurrencia. Se había cambiado de atuendo y traía puesto un vestido de seda, color rosa, tan ceñido a sus curvas que parecía tatuado sobre su piel, así como unas sandalias rojas de tacón en punta. Y que, por supuesto, eran la elección perfecta para resaltar las arduas y dolorosas sesiones de gimnasio a las que había sometido su cuerpo, hasta labrar cada uno de sus músculos.

—No me digas que es ella, *Bruder*.

—Sí, ¿qué te parece?

Lotario no me respondió, lo cual lo dijo todo. Y sin mucha sorpresa observé que mientras la Geisha se aproximaba a nuestra mesa la expresión de su rostro, a cada paso, se hacía más tersa, alerta y peligrosa, impactada por la presencia de mi hermano. Es más, gratuitamente le dedicó el preludio de una sonrisa que a mí me había escamoteado.

—Olvidó decirme, señor Reina, que íbamos a tener compañía.

—Discúlpeme. Él es mi hermano, Lotario Sierra, y trabajamos juntos.

—Mucho gusto, Lotario. Me llamó Salomé Kawaguchi, pero todos me dicen Geisha.

—El gusto es mío, Salomé.

Lotario levantó despacio sus ciento noventa y tres centímetros de estatura y le tendió la mano. Más que verla se dejó mirar por la mujer y con toda propiedad le descorrió el asiento. Ella se sentó con la elegancia de quienes acostumbran hacerlo en un trono.

—Ustedes dos me parecen encantadores. Cuando venía hacia aquí tuve la impresión de que eran dos gatos mirándome. Lindos ojos tienen. Pero eso no basta y el asunto que los trae no lo quiero tratar con ustedes, ni con nadie. Vine a exigirles que no me busquen más.

—¿Por qué razón, Salomé? Tenemos entendido que usted es muy amiga de Mariana y debe estar preocupada por su desaparición.

—Claro que lo estoy, Lotario, pero en este momento estoy más preocupada por mí.

—Si sabe algo que nos pueda servir se lo agradeceríamos mucho. Ayúdenos y nosotros podremos ayudarla y protegerla.

Ella miró a Lotario, bella e impertérrita, como una de las famosas muñecas Oyama que una vez le compré en Tokio a mi hermana Amarilis. Él le sostuvo la mirada, inmóvil como la cabeza de un *oba* nigeriano tallada en ébano. Era como ver dos estatuas puestas frente a frente. Mi hermano, por norma general hosco y silencioso, tomó la palabra y comenzó a dar amables explicaciones. Tras las primeras frases que ellos intercambiaron me supe excluido. Lo cual no le dolió demasiado a mi ego, pues me convencí de que lo que había tenido era suerte. "Los hombres que tienen mala suerte con las mujeres no saben la buena suerte que tienen", sentenciaba un viejo amigo. Paladeé mi ron como consuelo y me dediqué a inventariar la forma en que operan la combustión y el intercambio químico entre dos personas que se atraen a primera vista. Vi cómo se les dilataron las pupilas y se les incrementó el brillo de los ojos. Observé la manera en la que se les expandieron las fosas nasales, de forma que ambos se expusieron, sin defensa, a las emanaciones

corporales del otro. (Ganas tuve de tomarles el pulso). Registré la seductora e inconsciente modulación de los tonos vocales, más grave de lo usual el uno, más alto el de la otra, y escuché cómo brotaban las frases de sus sonrientes bocas cargadas de sensualidad y feromonas. Sorbí de mi copa y sonreí para mí mismo, pues a mí nadie me miraba. No era la primera vez que presenciaba el efecto de Lotario en una mujer. Mi sorpresa fue lo mutuo e instantáneo que se había producido. No es frecuente que a uno le sea dado presenciar el instante en el que un par de almas comienzan a chocar, envueltas en dos cuerpos que se les han adelantado con sus hambres terrenales. Por mi lado, me congratulé de haberme librado de semejante tentación, aunque me preocupé por mi *Bruder*. Dicen los expertos que una mujer tarda muchos días en enamorarse de un hombre, si es que lo hace, en cambio el pobre tipo necesita de apenas ocho minutos y cae casi siempre.

Como testigo parcializado de la escena, es comprensible que no me sorprendiera que la actitud de Salomé, la Geisha, se distendiera y decidiera mostrarse más colaborativa. Las hormonas son tiranas y las mujeres las tienen en abundancia. Aunque debo señalar que, a la par de los crepitantes ojos de Lot, mucho contribuyeron las dos copas de Dry Martini que ella se bogó, sin siquiera roer las aceitunas. Dejé que mi hermano guiara la conversación y simplemente me dediqué a escucharlos y a anotar en mi cabeza todo lo que me parecía relevante, fuera pertinente al caso o no. Y, en especial, se me quedaron grabados los únicos nombres que ella no solo soltó, sino que repitió con toda la intención de que les pusiéramos toda la atención del caso.

28.
Datos y vacíos en la historia de una confidente

Concluida la reunión, Romeo, el confiable asistente de Lotario, nos recogió en la puerta del bar. A pesar de nuestro caballeresco ofrecimiento, la Geisha se rehusó a que la lleváramos adonde se dirigía. Al despedirse de nosotros me miró sin gastar fuego y me dio un firme apretón de mano. En cambio, su rostro relumbró cuando se despidió con una venia de Lotario, sin atreverse a tocarlo. Después se le acercó para decirle algo secreto al oído; hecho lo cual se carcajeó como un pájaro nocturno, se dio la vuelta y nos permitió observar lo muy hermosa que es su espalda. Ambos —y todo el que pasaba— la miramos caminar a lo largo de la cuadra entera y únicamente hasta que dobló la esquina fue que salimos del trance, volvimos a respirar y pudimos treparnos a la camioneta.

A lo que nosotros ya sabíamos la Geisha agregó muy poco, solo nos corroboró el dato de que Mariana estaba muy asustada y casi decidida a abandonar la investigación. Al parecer había tenido una entrevista, a solas, con un siniestro y poderoso personaje que la atemorizó por completo, pero del que no compartió sus señas de identidad. Según su relato, convincentemente él le había predicho que buscar a su hermana era un esfuerzo perdido, pues jamás la encontraría. Y le había advertido que averiguar sobre lo que a ella le había pasado "hace tantos años" era "meter el cucharón en una olla que hace mucho habían raspado". Ella le contó a su amiga Salomé

que aceptó parar y seguramente intentó hacerlo, pero "testaruda como es", probablemente siguió adelante bajo cuerda y, por eso, continúo reuniéndose con ciertas personas que también estaban interesadas en indagar en esos asuntos.

—¿Sabe de quiénes se trata?

—Sí. He tratado a dos de ellas personalmente, a Paty La Mandrágora, la famosa *Drag Queen,* y a una estríper estupenda, a quien le dicen Medusa. A las otras dos no las he visto en mi vida. Una es Aralia Torrenegra y la otra es una periodista, Matilde Hinojosa.

El punto es que tras una reunión con ellas cuatro Mariana la citó con suma urgencia, porque necesitaba decirle "algo muy importante"; pero nunca llegó a la cita y a partir de ahí no había vuelto a saber de ella. Solo dos días después de esto un hombre altísimo, cojo y vestido como un ejecutivo entró a su tienda. Ella misma lo atendió; parecía ser un cliente inusual e interesante. Él se desplazó por toda la tienda, miró con calma todos los productos que había en las estanterías y eligió una vulva vibradora, carísima. Pagó su compra en efectivo, pero antes de irse se aproximó a la Geisha y le susurró que sería muy triste que una mujer como ella terminara "asfixiada por alguno de esos juguetes". Cuando le preguntó, el tipo le dijo que no había que buscar a las ovejas perdidas, que por ese camino ella terminaría extraviándose por donde no querría. Luego el hombre salió y, extrañamente, se subió de parrillero a una Harley Davidson que lo estaba aguardando y se largó. Ella sospechaba que podía ser el mismo hombre que había intimidado a Mariana. Anticipándose a nuestras preguntas, la Geisha nos informó que tenía la placa de la moto, pues había quedado grabada por sus cámaras de seguridad y que nos podía dar una copia. Dicho esto, colocó una tarjetica suya encima de la mesa que Lotario prensó de inmediato.

En ese punto exacto del relato, la Geisha revolvió los remanentes de su Dry Martini, los liquidó de un gran sorbo, levantó su mano como quien echa a volar una lechuza blanca y le indicó al hipnotizado mesero que le sirviera otro. Luego miró a Lotario y le preguntó si a él, alguna vez, se le había perdido alguien. Él

palideció. Contestó que sí. ¿Quién?, preguntó ella. Nuestra hermana, dijo Lot, y nunca la hemos encontrado.

—Debe ser terrible para ustedes y lo siento. Algo similar me pasa a mí, tengo cinco amigas que han desaparecido y nunca más las he vuelto a ver. Aunque de todas, Mariana es la única que se perdió por andar buscando.

—¿Y las otras?

—Las otras se aventuraron por un camino pintado de dólares que quién sabe a qué infierno las llevó, pero les resultó uno del que no había escape ni tenía vuelta. Uno muy parecido al que extravió a la hermana de Mariana.

—¿Y ese camino se perdió en Europa del este?

—No, todo apunta a que fue en las arenas de los desiertos mexicanos.

Lotario y yo discutimos sobre lo que nos había contado y nos había callado la Geisha. Podía saber mucho más de lo que decía, pero era muy difícil que se lo pudiéramos sacar a la primera. Así que dependiendo de cómo evolucione la investigación habrá que probar. Por suerte ella, aunque lo había intentado, no nos había cerrado del todo las puertas. No obstante, era claro que su intención principal había sido dirigirnos la atención sobre Aralia Torrenegra. Y yo, por supuesto, reseñé que dos datos de buena fuente sobre ella, en pocas horas, hacían inevitable un encuentro.

—Encárgate tú de hablar con Paty La Man y con la señorita Torrenegra, Got.

—Claro, porque tú prefieres encargarte de hablar con la Geisha, ¿no es así, *Bruder*?

—¿Quieres hacerlo tú? Yo solo quiero revisar los videos del tipo de la Harley.

—Okey… Hazlo tú… *Sei vorsichtig*, Lot.

—¿Cuidado de qué? No veo ningún peligro para mí.

—¿Tú sí sabes por qué los hombres son infieles?

—No sé de qué hablas, Got

—Lo son por una sola razón. Porque están casados.

Lotario ni se inmutó. Miró a lo lejos por entre el parabrisas. La camioneta avanzaba lentamente por una estreñida avenida del norte de Bogotá, esa a la que los optimistas le dicen autopista. Esa tardanza involuntaria nos sirvió para que Lotario me informara lo que había averiguado del sitio al que íbamos. En síntesis, era un lugar de encuentros donde, al parecer, se gestaban y sellaban grandes negocios del bajo mundo, como yo le había profetizado. El sitio operaba como una fachada de recreación, pero era un punto donde se transaban grandes lavados de dineros negros. Parecía tener una gran importancia criminal y, por tanto, aunque era peligroso, era inevitable.

Había que ir porque allí podía estar atado uno de los nudos que a nosotros más nos interesaba jalar y nos era factible suponer que Mariana podía haberlo descubierto de rebote, puesto que ella andaba buscando por otra razón. Ella indagaba por una hermana perdida en los ríos inmundos del tráfico de mujeres, mientras nosotros investigábamos en los pozos infernales que devoran a menores de edad. Aunque las dos búsquedas suelen cruzarse, justo en esos salones en los que se sientan a negociar los pequeños jefes encargados de organizar el funcionamiento práctico del hampa con los emisarios encorbatados de los grandes jefes que operan desde la invisible impunidad de alturas inalcanzables y cuyos nombres jamás se revelan. Múltiples intereses en común los conectan, pues todos forman parte de la gran pirámide multicriminal.

—¿Lograste que nos permitieran entrar?

—Bueno, en realidad no fui yo. H preparó el camino, pero fueron los buenos contactos de tu amigo Yizus los que nos abrieron la puerta. Pese a ser un sitio al que cualquiera con mucho dinero puede ir, se necesita llegar con una recomendación, por supuesto.

—Gracias por hablar con él, sé que no te agrada.

—Todo sea por el caso y porque tengo una corazonada.

—¿Qué te dijo Yizus?

—Míralo, ahí está.

Efectivamente, bajo un puente herrumbroso y en una de las más tétricas esquinas orientales de la autopista Norte, justo a una cuadra de la entrada 2 de la línea 3 del metro subterráneo, y junto a una montaña de bolsas malolientes de basura, estaba parado e inmóvil el señor Kraist, bajo la sombra de un farol oscuro, pues le habían robado la lámpara. Lo miré. Fumaba. Lucía calmado, elegantísimo, brillando con luz propia. Solo un tipo como él, en semejante pinta, se pararía en un sitio así. Cerca de él tres hombres enflaquecidos y andrajosos lo medían, analizándolo; de vez en vez fintaban con hacer algún movimiento y comentaban entre sí, luego se esculcaban entre los trapos de su ropa y se rascaban los sobacos. Pero ninguno se acercaba demasiado; su instinto animal, bien desarrollado en las calles y entre las alcantarillas más tenebrosas, les advertía que era mejor no acercarse a un personaje así, que lo más prudente era aguardar. Romeo detuvo la Range Rover junto a él. Abrí la puerta y Yizus se trepó.

—Gotardo... Justo a tiempo… Esa jauría de ñeros estaba deliberando en cómo atacarme. ¿Cómo la ven? Ya no se puede uno parar seguro en ninguna esquina de Bogotá... Santas noches, Lotario.

Mi hermano le respondió con una mueca antipática, pero Yizus la aceptó con real indiferencia. Yo, en cambio, le di la mano y lo miré a fondo. Parecía haber superado su reciente crisis y recobrado su altanero talante de siempre. Aunque no me le tragué todos los anzuelos, porque sé que tras las más perfectas actuaciones es que la gente suele ocultarse. No le pregunté nada personal y más bien aproveché el tiempo, pues había que explicarle de qué se trataba todo el operativo. Yizus me escuchó y masticó la información, pero no comentó nada al respecto y se concentró en mirar a través de la ventanilla. A él solo le importaba saber que íbamos tras una banda de tratantes y esclavistas.

Veinte minutos después incursionamos en esa zona limítrofe en la que el área urbana se camufla entre los vestigios de la ruralidad. Era una franja oscura, engañosa y elegante, pues se trata de un área donde personas muy pudientes han construido grandes casas y, por

tanto, es poco circulado por personas de a pie. Y lo que más se puede ver transitando son las caravanas de carros de lujo.

No me extrañó que el eficiente Romeo tuviera bien claro adónde se dirigía, pues condujo por ese laberinto de veredas como si fuera un vecino del barrio. Aunque lo más seguro era que lo había googleado previamente en los mapas y que así como tenía trazada una ruta de entrada, de seguro tendría una que incluyera un plan de escape, por si las cosas se nos presentaban de manera complicada.

A mitad de una callejuela de terracería, embutida en un largo túnel de chicalas florecidas, estacionamos frente a una enorme reja cerrada. Al fondo se podían ver las luces de una gran casona, rodeada de vastos jardines. Un par de guardias de seguridad, que sujetaban de sus correas a una pareja de perros pastor alemán, custodiaba la entrada y al vernos llegar abandonaron la caseta de vigilancia y nos evaluaron con interés profesional. Al bajarnos de la camioneta, Yizus se les acercó y se presentó. A su turno se nos acercaron por puro protocolo e hicieron que los perros nos olisquearan. Cuando iban a indicarnos un lugar donde parquear, Lot los calmó diciéndoles que su chofer nos recogería después. Así que le hizo una seña de entendimiento a Romeo y este arrancó.

Atravesamos el jardín, aprovechando la caminata para oler el dulce aroma de los sietecueros florecidos, mientras observábamos el regio espectáculo que nos ofrecía una cúpula celeste en la que refulgían un sinfín de estrellas. Algo ya imposible de ver en la ciudad. Pasamos una rotonda donde había varios carros estacionados, subimos por una amplia escalinata y nos detuvimos a las puertas de la mansión. Ahí otro par de guardias supervisaba el ingreso de los visitantes. Nos detuvimos, sin que nos hicieran preguntas, y tras soportar el usual trámite del manoseo corporal, con el que el dúo de escoltas se reaseguraron de que no viniéramos armados, tocaron una campanilla y la puerta se nos abrió.

29.
¿Perder el tiempo puede ser una forma perversa de ganarlo?

Sin tener una razón válida, esperaba encontrarme con algo tétrico, así que decepcioné las malas expectativas de mi imaginación. Resultó que entramos a una gran casona de lujo, cuyo arquitecto seguramente se inspiró en las grandes mansiones californianas. Estaba amoblada pensando en el confort, pero de acuerdo al gusto de un productor de video clips de reguetón; eso sí, adaptada sin reparar en costos para semejar una especie de discoteca. Era a todas luces una promesa cumplida de rumba y placeres, muy exclusiva y extravagante, quizás, pero en abierto contraste con los huecos perratas que saturan los distintos barrios de Bogotá, una ciudad de vicios y goces baratos. Varias chimeneas de piedra entibiaban el ambiente y grandes troncos de eucalipto chisporroteaban con seco entusiasmo. Nos detuvimos en los mármoles del vestíbulo de entrada y una mesera uniformada, portando una bandeja con tres copas de champaña, se acercó a recibirnos.

—Buenas noches, señor Kraist. Bienvenidos sean, caballeros. Esta copa es una bienvenida de la casa. Síganme, si son tan amables, y los acomodo en un reservado que sea de su elección.

—Gracias.

—Tienen suerte. Esta es una noche de *shows* especiales y todas nuestras chicas están tan solo vestidas de *lingerie*.

Recibimos las largas copas de cristal y con ellas en mano seguimos a la acomodadora hacia una de las mesas, ubicada en un nicho discreto, desde el cual podíamos observar el movimiento del negocio. Al parecer, había lo que suele encontrarse en tales lugares a lo largo del ancho mundo: un buen surtido de tónicos y sustancias enervantes, así como una variada oferta de mujeres guapas y unos cuantos buenosmozos.

Lotario, Yizus y yo intercambiamos un gesto de extrañeza, seguramente pensando lo mismo. Si este lugar era lo que parecía nos habíamos equivocado del todo. Pero, como me debo repetir para no olvidarlo, casi nunca las cosas son lo que parecen y, por lo general, lo normal enmascara lo perverso. Como habíamos caminado hacia la mesa con los modales engreídos de un trío de magnates, fue notorio que nuestra presencia había sido apercibida. Un revoloteo de miradas insinuantes en las mujeres y en algunos mancebos. Había para todos los gustos, cómo no. Un ojo esquivo en la mirada de los otros clientes, competidor y frío. Nos sentamos y de inmediato un mesero, trajeado con el infaltable esmoquin, vino a atendernos.

—Buenas noches, caballeros. Mi nombre es Roger y voy a ser quien los atienda esta noche. ¿Qué desean los señores? ¿Quieren ver la carta de bebidas?

—No. Tráenos la mejor botella de champaña helada que tengan, Roger. Tenemos sed.

—¿Sobrina del Obispo, estaría bien?

—Sí. Estaría perfecto.

Satisfecho de nuestro costoso pedido, el mesero se alejó hacia la barra dando pasitos cortos de pingüino. Por hábito, los tres estudiamos el entorno para hacernos mentalmente un mapa personal del lugar. Al finalizar su copa, Yizus se metió la mano al bolsillo y sacó una cajita de cigarritos Partagás y nos ofreció. Ambos agarramos uno. Deliciosos. Muy comedido el mismo Yizus nos los encendió con un Zippo de oro.

—¿Qué les parece el antro?

Mientras hablábamos varias mujeres, en mínimo uso de ropa interior, desfilaron frente a nosotros. Sonrisas iban y venían. Realmente éramos un trío financieramente prometedor. El mesero llegó con el pedido y lo dispuso sobre la mesa. Nos mostró la etiqueta y preguntó quién quería destaparla. Lotario agarró la botella, se puso de pie, la batió adecuadamente, desenroscó el bozal del tapón y lo empujó de tal forma que el corchó voló varios metros y un escandaloso chorro de espuma saltó con fuerza. Simulando que tal efecto lo animaba nos sirvió con entusiasmo. Brindamos de manera ruidosa y bebimos a fondo blanco. El brebaje estaba helado y sabía bien. No le hacía mayor daño al sabor de los puritos. Nuestra táctica parecía estar en marcha y habíamos logrado llamar más aún la atención. Varias miradas se fijaron en nosotros. Un hombre, con modales de administrador y vestido de traje, se acercó a nuestra mesa.

—¿Se encuentran a gusto, señores? Recuerden que estamos para servirles.

—Dígame una cosa. Nos recomendaron mucho este lugar. Nos dijeron que era muy especial, pero no vemos cuál es la diferencia. Nos parece un lugar igual a otros.

—Nuestra diferencia está en la calidad. Tenemos las mujeres más bellas y complacientes. ¿Qué, en especial, están buscando?

—Muchachas jóvenes, muy, muy jóvenes. En quienes sí valga la pena gastarnos la plata. ¿Me entiende?

—Los entiendo, señores. Pero lo que ven es lo que hay. Y estoy seguro de que pronto encontrarán alguna compañía que sea de su total gusto.

Decepcionados por su respuesta, vimos cómo el tipo se alejaba, mientras nosotros seguíamos bebiendo champaña, como si fuera agua gratuita de la llave. Después de hablar por un citófono, Lotario y yo vimos al hombre desaparecer tras una puerta que había detrás de la barra de la cantina e intercambiamos una mirada de entendimiento. Si era lo que nos habían dicho, seguramente estaría consultando qué hacer con nosotros. O, de lo contrario, habíamos perdido nuestro tiempo al venir. O, quizás, algo extraño e

imprevisible ocurriría. Aprovechamos la pausa y le pedimos al mesero una segunda botella. En ese momento Yizus nos hizo una seña, se paró y fue hacia el baño. Era una buena idea inspeccionar un poco, portarnos con normalidad, quizás aceptar la charla y compañía de alguna de las mujeres. Había unas cincuenta. Ni qué decir que todas de muy diversos atractivos.

Mientras decidíamos qué pasos dar, una bellísima mujer, vestida con corsé, ligueros color carne pálida y altísimos tacones se aproximó a nuestra mesa y muy sonriente saludó a Lotario.

—Don Lotario. Qué gustó verlo por aquí. Sea bienvenido.

—Hola, Jessica. Gracias por la bienvenida. ¿Qué haces por acá?

—Trabajar, ¿qué más?

—Acompáñanos un rato, por favor.

—Yo encantada.

—¿Conoces a mi hermano?

—No, pero sí lo he oído nombrar mucho... Es que yo bailé un tiempo con las Joyas y muchas bailarinas me hablaron de usted, Gotardo.

—Espero que bien.

Ambos sonreímos. Una inesperada conocida podía facilitarnos las cosas. O tal vez no, habrá que esperar. Por eso, mientras Lot hablaba amablemente con ella, aproveché para pensar en qué tanto nos convenía ese encuentro. Por un lado, Jessica ya tenía suficiente información sobre nosotros para identificarnos y, por otro, podía ser alguien que nos explicara cómo funcionaba este negocio, a más que podríamos hacerle otro tipo de preguntas. Como, por ejemplo, si conocía a Mariana o si había visto allí menores de edad.

A su regreso del baño, Yizus nos informó que el lugar le parecía con mucho potencial, pero que no creía que allí pasara nada que fuera de nuestro interés. Nos indicó, además, que había cámaras por doquier. ¿Era posible que nuestra ida allí hubiera sido una movida inútil e incorrecta? Tal vez. Lo único relevante que vimos hasta ese instante fue una nutrida y selecta concurrencia. Había clientes con toda la pinta de ser extranjeros, a tal punto que algunos calzaban

sandalias. Pero eso no era algo inusual en esa clase de lugares, pues Colombia se ha convertido en un lugar importante para cierto tipo de negocios que, por lo general, combinan bien con los buscadores de aventuras sexuales y bizarras. Había también clientes nacionales, tipo políticos y empresarios de mediana monta, con pinta y maneras de crianza de estar apenas estrenando una bonanza muy reciente. En fin, drogas, dinero y sexo: un trío bien difícil de rehusar.

30.
La danza de Medusa

Decidí darme un paseo e inspeccionar el lujoso lupanar, para así evaluarlo con mis propios ojos. Caminé hacia la barra, pasé muy sonriente por el medio de un callejón de mujeres muy escasas de ropa y aproveché para pedir una copa de ron Palo de Bruja, pues el burbujeo de doble Alka-Seltzer de la champaña no es lo mío. Mientras el barman me atendía, observé el entorno. Nada especial, un sitio lleno de trabajadoras sexuales costosas y de hombres con el dinero suficiente para derrochar por sus servicios. Puede no gustarles a muchos, no lo voy a discutir, pero el ancho y ajeno mundo de los ricos está repleto de lugares así.

Mientras me dedicaba a mis labores de vigilancia, un par de hombres se acercaron a la barra y sin modales —y en un pésimo español— pidieron dos botellas de vodka. Exigieron que fueran de marca Beluga. Levanté mis cejas al oírlos y los miré de frente. Me devolvieron la mirada con cierta hostilidad, así que les sonreí sin ser retribuido. Ambos eran rubios, rubicundos, altaneros y estaban embutidos, a la brava, en unos trajes de marca que fracasaban por completo en hacerlos ver elegantes. Cuando hablaron entre sí constaté mi sospecha: eran rusos. Volteé a ver hacia la mesa a la que se dirigieron y allí vi cuatro hombres más, acompañados de sendas mujeres y en plan de fiesta. Observé que el centro de la mesa lo ocupaba un hombre corpulento, calvo, distinguido, con lentes oscuros, un habano largo en sus manos y una mujer a cada costado suyo. Un aura de jefatura y preeminencia lo rodeaba,

aunque era evidente que no era ruso sino de origen asiático. Justo detrás de él, un hombre altísimo, muy elegante, vestido de gris hasta los mocasines, me miraba fijamente y sin transmitir ningún tipo de expresión. Debo tener cuidado con ese hombre, pensé, y para disimular miré a un par de morenas que me sonreían desde el otro extremo de la barra. Sentí la tentación de invitarlas, pero en ese instante, las luces del salón se atenuaron y por los altavoces se nos avisó que daría comienzo a "lo que todos estaban esperando, el *show* de la inigualable y sorprendente Medusa". Al oír el nombre, mis alarmas se encendieron y regresé a mi mesa para alertar a mis compañeros.

Les pedí que pusieran atención a la mujer del espectáculo y me senté a esperarlo. Un momento después, los seguidores de luz iluminaron la escalera y pudimos ver que bajaba, lenta y sensualmente, una mujer envuelta en velos de color pastel. Ella caminó, reclutando a cada paso todas las miradas, y se detuvo en el centro del salón, esperó la música y comenzó su danza. He visto muchas bailarinas y puedo reconocer cuando una se sale de la norma. Esa mujer era una maestra en lo que hacía. Lot y yo intercambiamos una mirada de entendimiento y vi que concordábamos. Y, como nosotros, toda la concurrencia se dejó atrapar por el espectáculo. A medida que la eficaz danza progresaba, los velos que cubrían a la danzarina iban cayendo, diluyendo las capas de espesor que solo la insinuaban y permitiendo que, poco a poco, se transparentara en todo su volumen la impresionante figura que tenía.

Un cuerpo voluptuoso, de áureas proporciones, formateado por la disciplina de la danza, iba exhibiéndose, con lentitud y precisión, ante todos nosotros. No había nadie que permaneciera indiferente. Todos los ojos estaban clavados en ella. "Le dicen la Medusa porque cuando baila todos se convierten en estatuas", recordé que me había dicho la Geisha y vaya sí tenía razón. Hacia el final de la tercera canción, las gasas que la cubrían quedaron desparramadas por la sala. Ahora, ahí estaba ella. Desnuda por completo. Expuesta y, sin embargo, cubierta por el último de los velos. Era uno que no caería:

una serie de bellísimos tatuajes de cuerpo entero la cubrían completamente. Sobre la espalda le brillaba, en fuertes tintas, una cabeza de Medusa coronada de serpientes. Los aplausos y los billetes de propina no se hicieron esperar. Antes de que la mujer se retirara de la sala, me levanté y la intercepté, para evitar que se fuera al camerino o que otro cliente se me adelantara.

—Buenas noches, Medusa. Estupendo su *show*. Es lo mejor que he visto en mucho tiempo. La felicito.

—Gracias, amor.

—¿Me acompañaría a tomarme una copa? Déjeme invitarla, por favor.

—Con todo gusto. Espera me cambio y voy para tu mesa.

Cuando regresé a la mesa nuestra, descubrí que Yizus no había logrado resistir la tentación y había invitado a acompañarlo a un par de lindas mujeres trans. "El mejor de los sexos", según gusta decir. Las saludé. Comprendí que la noche, aunque no resultó como esperábamos, parecía evolucionar conforme a nuestros planes, así que rehusé seguir bebiendo del champán que me ofrecían, pues lo único que valdría la pena seguir buscando era información. Esperé y continué calando a la clientela. Volví a inspeccionar la mesa de los extranjeros y noté que ellos también nos miraban. Lotario conversaba con Jessica y yo estaba seguro de que la sometería a un interrogatorio pertinente. Supuse que Yizus haría lo propio con el par de muchachas elegidas, a pesar de que de seguro iría más allá de las preguntas. Bebí con lentitud mi ron, fumé y observé el lugar hasta que Medusa llegó a mi mesa. Mientras se acercaba y sin poder evitarlo, la miré de arriba abajo: impresionante.

—Siéntate, por favor.

—Gracias.

Le ofrecí de beber y eligió una copa de champán. Así que le indiqué al mesero que nos trajera una nueva botella, para así poder satisfacer las nuevas gargantas incorporadas. La Medusa me observó, muy sonriente, muy profesional.

—Nunca los había visto por aquí.

—Es nuestra primera vez.

—Espero, entonces, que no sea la última.

—¿Tú vienes siempre?

—Vengo a hacer mis *shows* los fines de semana. El resto de los días me dedico a otras cosas. Doy clases de *pole dance*.

—¿Y hace mucho bailas aquí?

—Como dos años.

—¿Quién te hizo los tatuajes?

—Varios maestros, en distintos países. Pero la Medusa es obra de una amiga.

Anoté lo dicho en mis tarjetas de memoria mental y la conversación siguió ese curso normal de las charlas intrascendentes y coquetas, que tienen como fin llegar a un invariable tipo de acuerdo comercial. Una mezcla de mínimo interés real por el otro y flirteos de mala calidad. En fin, un simulacro de seducciones. Yo seguía el juego porque me interesaba abonar el terreno y encontrar la oportunidad de preguntar por aquello que constituía mi verdadero interés. La noche avanzaba sin freno. Nuevos clientes llegaban. Los niveles de alcohol y demás enervantes corrían en la sangre de todos los presentes. Las mujeres se paseaban por todo el lugar, en estudiada actitud depredatoria. Nuevos *shows* se presentaban de continuo. El ambiente era de rumba. Ideal para ocultarse en él.

Medusa interrumpió nuestra charla para que yo pusiera atención al espectáculo que estaba por comenzar. Volteé a mirar. Un típico *show* de "macho man". Es decir, sexo heterosexual en vivo. Un par de mujeres se terminaban de desnudar en una tarima, mientras subía "el Niño de Oro" a hacerles compañía. Este era un joven musculoso y virilmente tan dotado como un actor de porno. Los tres iniciaron el previsible cortejo y gran parte de los clientes y las mujeres se aproximaron a observar.

—¿No quieres verlo en primera fila, Gotardo? El Niño es bueno y las muchachas lo disfrutan a chorros.

—No, Medusa, la verdad es que prefiero hacer otra cosa. ¿Podemos ir a un lugar donde estemos solos?

—Te advierto que no soy una trabajadora sexual. Yo solo bailo, soy una bailarina erótica. Así que no voy a las habitaciones con los clientes, pero…

—¿Pero?

—Tenemos un salón privado donde te puedo hacer un *show* exclusivo. Un baile de silla.

—Me parece perfecto.

Les avisé a mis compañeros que desaparecería un rato con la Medusa. Ellos entendieron mi propósito, aunque de seguro pensaron que era doble. Y ambos dijeron que ellos harían algo parecido, que ya basta de champán. Eso quiso decir que Lotario y Jessica se fueron para una habitación, mientras Yizus hacía lo propio con las dos muchachas trans. Eso significaba que cada cual procedería a hacer las investigaciones que considerara pertinentes. Aunque Yizus —sabiéndose incapaz de contenerse— nos advirtió que si él se demoraba demasiado nos largáramos sin él y que al otro día nos pasaría la información. Agregó con una sonrisa encantadora que "a mí sí me gusta mezclar los negocios y el placer y esta oportunidad no se me presenta todas las noches". Cosa que ni a Lotario ni a mí nos sorprendió.

Tras pagar por el *show* privado en la caja, Medusa y yo nos dirigimos hacia una sala nombrada El Paraíso. Y debo decir que aunque mi propósito era ir a un lugar discreto donde podía hablar a solas con la bailarina, la oferta de un baile exclusivo para mí resultaba una tentación difícil de rehusar. Aun así decidí templarme el freno mientras podía. Apenas entramos al lugar, forrado en terciopelo rojo y con grandes espejos en las cuatro paredes, le dije a Medusa que en realidad no quería un *show* sino hablar con ella de un asunto.

—¿Qué clase de asunto?

—Quiero hablar contigo porque, hoy mismo, me habló de ti Salomé, la Geisha.

—¿Y eso como por qué?

—Ando buscando a Mariana Montejo y a su hermana… Supongo que conoces bien a su mamá… ¿O no fue Lorenza la que te hizo ese maravilloso tatuaje?

SEGUNDA PARTE
Una ley escrita dice que todo lo que puede empeorar siempre empeora

31.
La revisión de errores cometidos está sobrevalorada, hacerla no corrige el pasado y mucho menos garantiza aciertos futuros

Fumaba sin mayores ganancias de placer y sin concederme una pausa, que es lo que hace un pobre fumador cuando está sumido en sus propias reflexiones, todas tardías, y debe evaluar no solo la motivación inconsciente de sus comportamientos, sino enfrentar las secuelas de sus estrategias mal pensadas. Desde muy temprano en nuestras vidas aprendemos que no se puede vivir sin cometer errores, que estamos diseñados para cometerlos. Nos consuelan con el argumento de que así la experiencia se transforma en una maestra que nos posibilita una oportunidad de cambio. Se nos asegura que sin el error no progresaríamos. Lo cual implica la creencia de que los seres humanos progresamos. Pero así esto fuera cierto, constituye un falso atenuante; hay errores de errores. Cometemos fallas garrafales para las que de nada sirve pedir perdón, hacer promesas de cambio, confesarlas a los cuatro vientos o buscarles un remedio. Nada nos salva de las consecuencias. En esas he terminado siendo un experto.

¿Qué diablos pasó que justifique semejante párrafo pesimista y culposo? ¿Será un efecto esperable del guayabo? No, por supuesto. Solo que me da vergüenza contarlo. Aunque trato de ser de aquellos

que consideran que uno no debe ocultar sus deficiencias. Dicen los empiristas que los datos son más elocuentes que los relatos, pero los unos sin los otros carecerían de sentido. Por eso existe la psicología, para tratar de entender qué es lo que hicimos, y su arma más filosa es la llamada introspección, ese cara contra máscara en el ring de nuestra mente.

A pesar de todos los años en los que me he puesto el disfraz de investigador privado, soy consciente de que mi aprendizaje deja mucho que desear. La maldad del mundo siempre me derrota, a cada pasito que doy me saca dos zancadas de delantera. Mi único orgullo es levantarme del polvo cada vez que lo tengo que morder. Lo cual resulta poco, pues no es mi ego lastimado lo que me duele sino lo que les pasa a otros. Esto para decir que el cúmulo de datos que reviso y repaso entre frágiles volutas, pertenezcan al relato que sea, están alineados en mi contra.

Bien. Apachurremos este enésimo cigarrillo, esforcémonos en mantener un correcto grado de lucidez y no servir una sola copa, para poder hacer el balance crudo de lo acontecido la noche en la que visitamos esa mansión de los placeres, guarecida entre el residuo de los últimos bosques que una vez poblaron la antigua y destruida sabana bogotana.

Debo aclarar, porque tendrá relevancia, que la charla que sostuve con Medusa impidió, lamentablemente, que ella llevara a cabo el *show* que me había ofrecido. Como era fácil suponer, apenas ella escuchó mi propósito se asustó, hasta el punto de ponerse tan lívida que le relumbraron los tatuajes, y con un gesto que intentó ser discretísimo me señaló las cámaras que había en el interior del reservado. En lenguaje de señas me dio a entender que no hablaría conmigo de eso y que ella nada sabía. Después alzó la voz, me insultó como si yo la hubiese ofendido y gritó que no bailaría para mí, que pasara por la caja a que me devolvieran el dinero que había pagado. Entendí que actuaba para los ojos de vigilancia. Traté de calmarla, pero fue inútil; se acercó a la puerta y la abrió. No obstante, antes de salir me susurró que ella se encargaría de buscarme. La dejé ir. Comprendí que la sola mención del nombre de

las hermanas Montejo la había hecho entrar en pánico y, seguramente, con razón. La verdad es que yo no esperaba verla a ella ahí, por lo que con muy deleznable optimismo interpreté el encuentro como una señal del destino y mi intento de aprovecharme inmediatamente de la casualidad fue un gran error de cálculo. Es mejor no mezclar champaña y ron cuando uno debe pensar.

Vencido por las circunstancias y recostado en la barra esperé a Lotario. Sin darle mayores explicaciones, apenas él salió de la habitación cancelamos la cuantiosa cuenta y nos fuimos. Sin pensarlo demasiado dejamos atrás y solo a Yizus, tal como él nos lo había pedido. Algo que hemos debido prever como un error. Afuera de la casona nos esperaba el fiel Romeo. Nos subimos a la camioneta y arrancamos. ¿Cómo les fue? Nos preguntó el afable conductor. Y ambos respondimos casi lo mismo: regular. Al igual que a mí, cuando Lotario quiso interrogar más a fondo a Jessica, ella varió por completo su comportamiento con él, se puso muy nerviosa y, casi al borde del llanto, le suplicó que se fuera, que no preguntara nada, que ella nada sabía. Le explicó que allí todas las paredes tenían orejas.

Si algo podíamos sacar en limpio era que en esa casona pasaba algo más turbio de lo que se veía a simple vista y que el par de mujeres sabían o habían visto más de lo que nos habían podido decir. Habíamos revoloteado cerca del blanco, pero sin verlo y sin poderle acertar, pues habíamos apuntado al azar. Al azar que es traicionero y, sobre todo, poco predecible. En vez de con pistas y respuestas habíamos salido del lugar llenos de interrogantes y malas sospechas. A más de tener la sensación de haber dado un paso en falso. Desmenuzamos la situación y concluimos que intentar hablar con las mujeres en ese sitio había sido un error grande. Además, como no teníamos motivos para confiar en ninguna de las dos, comprendimos que si las interrogaban dirían cuanto sabían de nosotros. No era mucho, pero les resultaría suficiente.

¿En qué diablos nos habíamos metido? Me lancé esa pregunta varias veces y tuve la ingrata intuición de que ninguna de las respuestas que podría obtener sería de mi agrado. Una fuerte

impresión de que las circunstancias estaban próximas a rebasarme golpeó en mi cráneo, como si hubiese recibido una pedrada interna.

Por supuesto, tras despedirme de Lotario, yo había pasado el resto de la noche en vela. Una mala sensación, que no mitigaban los antiácidos, hacía que me ardieran las entrañas. La Señorita Mu no daba señas de su consoladora presencia. En completa soledad había dado giros y vueltas en mi cama, además de sostener un combate a pie limpio contra mi edredón. La noche se fue disipando con lentitud, pero no así la oscuridad que me rodeaba. Había tratado de estratificar mis preocupaciones y, sobre todo, me había ocupado en lidiar con una línea completa de malos presentimientos. Haber ido a la mansión no había sido una pérdida de tiempo, como consideré en un principio, sino una jugada ingenua que nos podía haber dejado al descubierto. Recordé, tarde, lo fatal que puede resultar el leer mal las señales y subestimar al enemigo. Miles de batallas se han perdido por esa causa. Entendí que lo más seguro era que nuestra visita no pasaría inadvertida. Además, si había allí algo putrefacto, ellos obtendrían toda la información acerca de nosotros y sin ningún esfuerzo. Una gente así suele estar vacunada contra la casualidad. Y eso no solo nos traerá malas consecuencias. Para acabarla de fregar, aún no me había sido posible comunicarme con Yizus, lo cual podía ser o no ser una mala señal. Con él no es posible estar seguro.

Una mañana gris, coloreada de nieblas sucias, era como se presentaba el día. Tras beberme una jarra de café, le escribí un correo a H y le argumenté que habíamos tenido una mala noche, una salida en falso y que había decidido no ir a la oficina porque necesitaba un tiempo a solas para purgar mi desastre neuronal. Únicamente le pedí que recopilara información acerca de la presencia de mafias extranjeras en nuestro país y la manera como operaban en su linda capital. H captó la turbulencia de mi estado, no hizo preguntas que profundizaran mi desasosiego, no añadió informes que hubieran podido ofuscarme más y tampoco me sugirió rutas de comportamiento sensato. Ella es así, casi perfecta. Solo me contestó que cuando estuviera listo la buscara.

Pasé la mañana revisando los archivos almacenados en mi computador. Repasé las fotos de Mariana y no me sorprendió toparme con el hombre alto que custodiaba al chino y a los rusos. Miré con cuidado las fotos de varios hombres rubios y pensé que se parecían mucho a los que vi. Pero, como se sabe, de noche todos los extranjeros son monos. Intenté darle alguna forma coherente al material y preferí detenerme al puro borde de algunas intuiciones, pues consideré que antes de adelantar conclusiones las debía comprobar.

A lo largo de la mañana le marqué varias veces a Yizus, sin oír otra cosa que su voz de ángel caído en el contestador. Le dejé un mensaje conminándolo a comunicarse conmigo. A mediodía me di un duchazo y me vestí. Para ese momento había fumado muchísimo e ingerido demasiadas tazas de café. No podía seguir así. Debía hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. Se me ocurrió hablar con Aralia Torrenegra. Pero… ¿cómo? Mi teléfono estaba cortado y mi celular había desaparecido días atrás. Entonces, mi memoria soltó un breve relámpago. Busqué entre el canasto de la ropa sucia y lo encontré. No lo había buscado allí, porque todo el tiempo supuse que me lo habían cosquilleado en Transmilenio. Después de cargarlo, la llamé y le pedí que nos viéramos.

32.
Acceso VIP al último piso

El imponente rascacielos que desde hace décadas alberga la sede principal de la Corporación Torrenegra es visible desde muchas cuadras a la redonda y aún conserva su prestigio de ser uno de los escasos íconos arquitectónicos de la ciudad. Eso pese a haber sido erigido cuando el poderoso consorcio apenas despuntaba como una constructora en modo de auge. Contra dicho estatus turístico no ha pesado que una multitud de edificios más recientes lo hayan rodeado, intentando superarlo en diseño, puesto que solo han conseguido derrotarlo en altura. Como cualquier transeúnte bogotano, he caminado bajo su sombra en muchas ocasiones, pero nunca había tenido la oportunidad de visitarlo. Sin embargo y para sorpresa mía, fue allí donde me citó Aralia Torrenegra, pues al parecer ese es ahora su sitio de trabajo.

Atravesé el vestíbulo principal y, luego de pasar por exhaustivos controles, se me concedió acceso al último piso. Lo cual significó que me fue permitido abordar un elegante ascensor privado de puertas de bronce, al que solo el personal debidamente autorizado puede utilizar. Un ascensorista en uniforme, armado y silencioso, me escoltó hasta la cima. Apenas se abrió la puerta, una secretaria —con la paralizada sonrisa de quienes son felices trabajando— me recibió con amabilidad empresarial, incluso tratándome de doctor, y me carreteó hasta la oficina de su jefa. Caminé pisando con cuidado las alfombras y no voy a negar que me impresionaron los lujos del decorado y, sobre todo, la colección pictórica de grandes maestros

colombianos que eran exhibidos a lo largo de sus pasillos, incluida una matrona de Fernando Botero, monumental en varias acepciones.

La señorita Verónica abrió la puerta y me dio paso. Entré a una oficina elegante y de vastas proporciones, y aunque venía mentalmente preparado para nuestro encuentro, no pude evitar que, como me ha ocurrido siempre, al estar frente a Aralia me sintiera deslumbrado. Sé que es algo que no solo me ocurre a mí sino a cualquiera que se le conceda la oportunidad de verla en persona. Ella me esperaba con los brazos cruzados y observando el panorama suroccidental de la ciudad a través de uno de los grandes ventanales de su despacho. Vi en su pose una sombra de tensa preocupación, pero aun así ella encendió una gran sonrisa apenas me vio, vino hacia mí y me abrazó con fuerza. Pude estrecharla entre mis brazos y, de regalo, pude olerla. Además de que aproveché para mirarla. No solo porque su belleza física es magnética, sino por hábito profesional, ya que de un solo vistazo registré algunos cambios en ella. Más que la mujer desconsolada que hace años llegó a contratar mis servicios, estaba plantado frente a quien daba sin esfuerzo la impresión de ser una gran y exitosa ejecutiva que se esmera en cuidar hasta el último detalle su fabulosa presencia.

—Me alegra muchísimo verte, Gotardo querido.

—Igual a mí, Aralia.

—Te preparé una emboscada. Mira quién está ahí.

Volteé y vi a una mujer que me miraba fijamente. Estaba sentada en uno de los estupendos sillones de cuero estilo inglés de la sala de visitas. Supuse que la brevísima información que le había dado a Aralia en mi llamada le había bastado para atar cabos. Aunque no la conocía, colegí de inmediato que solo se podía tratar de Matilde Hinojosa, la muy reputada periodista de la que me había hablado la Geisha, y me acerqué a saludarla. Ella vestía de forma muy relajada, bluyín, suéter blanco de cachemir, tenis y una gabardina azul cielo que le quedaba estupenda. Nos dimos un suave apretón de manos sin quitarnos un instante la vista uno de la otra. Un rostro de mujer fuerte e inteligente. Su sonrisa era un póker de dientes blancos.

—Me da mucho gusto conocerla, Matilde.

—Espero que ese gusto se mantenga. Aralia cuenta maravillas de usted.

—Si le ha contado maravillas mías, por favor, no las crea. No quiero comenzar decepcionándola.

Nuestra anfitriona sirvió tres tazas de un café de aroma exquisito, seguramente de la variedad costarricense conocida como Sidra, las colocó en una bandejita de espejos con remates de oro y se acercó para servirnos. Este último detalle no lo interpreté como una muestra de sencillez de su parte, sino como una prueba de que no quería testigos de nuestra próxima conversación. Luego de atendernos, se sentó frente a nosotros. Me atreví a buscarle el impecable azul de sus ojos, antes de cerrar los míos para degustar el café, haciéndole los debidos honores. Una delicia sin paralelo. Además de que para felicidad mía, en esa oficina se permite fumar. Media taza después, la periodista y yo encendimos el primer cigarrillo, con la venia de nuestra anfitriona.

—Invité a Matilde porque me comentaste que te habían sugerido comunicarte con ella.

— Muy cierto, por lo cual agradezco tu rapidez. Pero como veo que ahora eres una mujer muy ocupada, me recibiste de improviso y mi asunto puede ser pesado, voy a ir al grano.

—No hay tanta prisa, Gotardo. He cambiado un poco en estos años de no vernos. Sé que ya lo has notado. Finalmente me he conciliado con mi padre y he aceptado sus planes para mí. Como puedes ver, he decidido darle la cara a mi destino.

—Me alegro por ti. Solo espero que todo sea para tu bien.

—Lo será, querido amigo. Mi padre está delicado de salud y necesita que yo aprenda a reemplazarlo. Lo único que quiere es retirarse y dedicarse a lo que más le gusta.

—¿Hay algo que le guste más a don Gervasio que hacer dinero?

Ambas mujeres se miraron e intercambiaron un flujo mudo de información del que yo estaba excluido, después de eso sonrieron abiertamente, como si mi soterrada hostilidad hacia el señor padre de la heredera las hubiese divertido y, a la vez, confirmase lo que

ellas previamente habían comentado sobre mí. Las mujeres siempre van al menos dos pasos adelante.

—Sé que él no es tu personaje favorito, pero sí. A estas alturas su máximo placer son las carreras de Fórmula Uno. Quiere dejar de verlas en pantalla y asistir a todas, sentado en los balcones de preferencia.

—Bien por él, Aralia. Todos los viejos añoran recuperar algo de su infancia.

—Tienes razón… Ahora sí, cuéntanos qué pasa.

—No quise decírtelo por celular. Estoy buscando a una mujer que está desaparecida y que sé que ustedes dos conocen: Mariana Montejo.

De nuevo el par de mujeres intercambiaron una mirada de entendimiento y ambas aprovecharon para sorber sus tazas de café, en actitud expectante, pero no sorprendida.

—Me imaginé que de eso se trataba tu interés por reunirnos. La verdad es que supimos que su familia te había buscado para eso, Gotardo. Nos lo dijo Salomé.

—Ya veo… A su vez, ella fue la que me informó que ustedes dos se reunieron con Mariana, poco antes de que desapareciera.

—Así es. Nos encontramos con ella varias veces. Mariana buscó a Matilde, pues supo que ella está escribiendo otro libro sobre la desaparición de mujeres en América Latina y quiso intercambiar información, a más de ofrecerle su colaboración como fotógrafa. Por mi parte, yo me enteré del asunto porque la Fundación Torrenegra está financiando esa investigación y, ahora que la presido, es de mi particular interés que ese libro se publique.

—¿Tienes un interés personal en el asunto, Aralia?

—Sí, pero no es como el tuyo, Gotardo. Digamos que me interesa colaborar en algunas buenas causas.

—¿Pueden decirme qué les compartió Mariana?

Matilde, que había estado muy atenta a nuestra charla, se levantó a traer la jarra para rellenarnos nuestra tazas. Mientras la observaba atravesar la oficina y regresar para servirnos, tuve una

extraña sensación de *déjà vu*, tal como si recordara que la había visto caminar muchas veces y en un sinfín de lugares del mundo. A su turno, ella me miró intensamente —ojos de gacela, pensé— y no supe interpretar bien si aprovechaba la situación para estudiar qué tanto podía confiar en mí o si ella también había percibido la corriente que empezaba a fluir entre los dos. (Quizás ustedes también sepan que cuando dos personas se encuentran, la plena conciencia es la última en llegar a la escena). Finalmente nos sirvió, miró a Aralia, luego a mí, se sentó, le dio una calada a su cigarrillo y un sorbo a su café. Actuó como si hubiera necesitado esa pausa para ordenar sus ideas. Luego me habló.

—Mariana solo buscaba saber qué había pasado con su hermana. Ese era su único propósito. Creemos que investigó demasiado bien. Pero lo que ella no imaginó fue que se toparía con una organización criminal de gran envergadura. Una para la que su hermana era menos que un error contable.

—¿De qué tipo de organización estás hablando, Matilde?

—Digamos que mi investigación en varios países de la región, así como en Europa, África y Asia, me ha llevado a recabar datos que me permiten sostener la hipótesis de que a nivel mundial se está cohesionando una gran organización multicriminal. A eso me refiero…

Mi interés se redobló. Intuí que ella podía estar refiriéndose a la organización que nosotros habíamos comenzado a investigar.

— Explícate más, por favor.

—He reunido un sinnúmero de indicadores que señalan que se está consolidando una gran red criminal de corte trasnacional, empeñada en centralizar y apoderarse de todas las inmensas rentas ilegales que circulan tanto en los bajos fondos y los sótanos más sórdidos del planeta, como en los clubes más exclusivos… Pretende controlar toda esa enorme cuantía de capitales que se obtienen de los diversos narcotráficos, las ventas ilegales de armas, el lavado de riqueza sucia, el flujo continuo de los dineros calientes de la corrupción política, el comercio ilegal de distintos minerales y piedras preciosas y las grandes rentas del contrabando a gran escala. A eso

también le están sumando los flujos de algo que viene en auge… El tráfico, la compraventa y explotación forzada de los seres humanos… Eso entre otros "negocios" menores, pero que también cuentan.

—Okey…

—Esa organización aún no tiene nombre. De ella nadie quiere hablar en voz alta. Es clandestina. En ciertos círculos se la señala de manera escueta y genérica como La Compañía, así, nada más.

—¿Lo que tú has investigado te lleva a pensar que existe una especie de gran compañía que quiere coordinar toda la enorme economía criminal del mundo?

—Nada menos, Gotardo. No es una teoría conspirativa, es un hecho comprobado. Además de que es un paso esperable en ese y en cualquier tipo de negocios. Es el resultado, ni más ni menos, de funcionar igual a como lo hacen todos los grandes negocios en un mundo capitalista hipermercantilizado.

—Me parece una hipótesis interesante.

—Lo que Matilde te dice es que las organizaciones del crimen están dando un salto organizativo obvio y siguen los pasos de expansión que dan todas las grandes empresas; es decir, las que buscan un dominio monopólico de los mercados que son de su interés.

—¿Quién está detrás de todo esto?

—Los nombres son imposibles de saber. El modelo gerencial pareciera estructurarse como una pirámide en la que ni siquiera los que están arriba conocen a todos los que son. Todas las grandes mafias del mundo han aprendido que tener una sola cabeza es una falla enorme. Pero yo diría que la respuesta correcta a tu pregunta es… ¿quién no?

—Aclárame el asunto, por favor.

—De todos esos negocios ganan muchos, sobre todo el sistema financiero, que funge como la gran lavandería mundial; los grandes grupos económicos, que necesitan de inversores como sea, aunque sean anónimos y turbios; las industrias, que operan más allá de los bordes de lo permitido; los políticos de alto y bajo nivel, que son los

mendigos de la corrupción; los militares de mucho rango y los más altos funcionarios de todos los Estados en todas las ramas del poder. No hay país en esta Tierra que funcione sin la sal de la corrupción. Así que la gran mesa del mundo está servida y cada cual se sirve de lo que le ponen a su alcance.

—Digamos que soy capaz de entender todo eso que me dices y que lo acepto y te creo. ¿Qué tiene que ver Mariana Montejo con eso?

—Todo y nada. Mariana simplemente se les aproximó y procedieron contra ella.

—¿Qué descubrió?

—En ese gran proyecto de coordinación están involucrados políticos, mafiosos y hombres de negocios que habitan en las mansiones y los *penthouses* más escondidos del mundo. Todas las grandes mafias están siendo subordinadas en el proyecto, y por esa vía quieren controlar, directa e indirectamente, el accionar de todas las pequeñas mafias que crecen, digamos, de manera espontánea. A esa gente le interesan todos los negocios ilegales, pues la riqueza que entre todos acumulan, aunque es formidable, no les basta. Las economías de lo prohibido han crecido tanto, y sus proyecciones futuras son tan buenas, que sus cabezas han elaborado un plan para integrar, de arriba hacia abajo, todo el universo de lo criminal; aunque las pequeñas bandas callejeras y sus rufianes de poca monta ni siquiera sepan que forman parte, ni entiendan para qué son usados.

—Gotardo, Matilde quiere decirte con eso que en el proyecto de crear una especie de corporación internacional del crimen, Colombia es una pieza importante. Aportamos experiencia criminal y sicaria, a más que las grandes riquezas ilegales que se producen y extraen de aquí terminan en las arcas de los grandes socios de esa organización. Lo que se queda aquí es una parte, grande para el tamaño de nuestra economía, aunque es apenas un diez por ciento de la ganancia final.

—Lo que Aralia dice es cierto, Gotardo. Lo que ha cambiado ahora es que las organizaciones colombianas entendieron que no

tienen ninguna autonomía y que deben obedecer lo que dictaminen los verdaderos capos. Los hampones de aquí ya no pueden actuar ni negociar por su cuenta, son una pieza del engranaje. Por eso se ven extranjeros de muchos países pululando.

—Okey… y supongo que Mariana descubrió todo eso.

—No, no todo, pero les tocó un eslabón débil de la cadena. Y, como se sabe, no importa el tamaño de la fiera, a ninguna le gusta que le pisen la cola.

—¿Qué cola pisó ella?

—Uno de los negocios que ha crecido en todo el mundo es el del tráfico de personas. Han reactivado la esclavitud; hoy en día millones de personas la padecen. Y entre estas está la esclavitud sexual. A ese negocio Colombia aporta centenares de mujeres y de niñas, principalmente, pues hombres y niños también se compran y se venden.

—¿Quieren decirme que Mariana desenredó esa madeja?

—Investigando en nuestro patio se topó con que las redes de trata, los narcotráficos, la minería ilegal, la corrupción política y empresarial, el paramilitarismo, las guerrillas, el contrabando, el robo organizado, el secuestro, la extorsión y todo el etcétera que se te ocurra están ligados por arriba y dirigidos desde afuera del país. Están constituyendo un contrapoder mafioso al que algunos le dicen La Compañía. Una ONU del hampa, si me entiendes. Aunque te repito que ellos no se llaman así. No quieren tener rostro. Les gusta actuar como seres invisibles. Pero, en realidad, son las peores bestias. No sé decirles de otra manera.

—Okey, creo que las sigo.

—Mariana se estrelló contra una pared infranqueable. Y es que cuando cualquiera jala uno de los hilos de la criminalidad… descubre que estos hilos comienzan a subir y a trepar por el tejido social, lo cual puede comprometer toda la cadena. Por eso, esa gente está decidida a cortar cualquier aproximación a la verdad, apenas alguien pisa una de las colas.

—¿Quieren decir que si alguien le pisa la cola al ratón el que ruge es el león?

—Sí.

—¿Ustedes creen que Mariana está muerta?

—Sí, Gotardo. Eso es lo más probable. Nosotras le advertimos que el enemigo era demasiado poderoso y que no podía ser retado de frente. Le dijimos que de descubrirla sería despiadado. Ella no estaba combatiendo contra una de esas bandas de idiotas, estrenando moto, que surten drogas de mala calidad a los miserables de los barrios más pobres. Que es tal como han convenido todos los involucrados en que el problema sea retratado en los medios de comunicación. Que, por cierto, también están clavados y esnifando en medio del negocio.

—Entiendo. Somos manipulados. Sé que es muy importante denunciarlo. Pero yo no tengo ningún interés en combatir contra el mundo criminal. Ese no es mi problema. Mi deseo es ayudar a quien me lo pide. Y, en este momento, yo solo pienso en Mariana. Todavía tengo la esperanza de encontrarla. Su madre y su sobrina la esperan.

—La encontrarás, Gotardo.

—¿Qué quieres decir, Matilde?

—Según el *modus operandi* de esos canallas, les conviene hacerla aparecer muy pronto. Encubrirán su asesinato haciendo que parezca consecuencia de otras causas. Incluso, si es necesario, las autoridades encontrarán un culpable que corrobore esa historia.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque tú la estás buscando. Eres un hombre solo, pero tienes conexiones y una historia detrás. Y eso a esos criminales no les pasará desapercibido. Incluso les conviene. Asumo que te permitirán encontrar su cadáver, para ver si te contentas con eso. Te lo digo porque ya lo he visto suceder en otras partes. Estuve investigando en México, allí las madres de miles de mujeres desaparecidas están organizadas y presionan. A veces les dan pistas y encuentran los

cadáveres de sus hijas e hijos, pero muy pocas veces dan con los asesinos.

—¿Tienen alguna idea de dónde puedo buscarla? ¿Por dónde indagar?

—Hurga entre las bandas urbanas de menor perfil e investiga entre sus sicarios más jóvenes y baratos. Nadie de un nivel alto necesita involucrarse en algo así. Seguramente habrán contratado a unos pobres diablos para que se hicieran cargo y sin que supieran de qué se trataba.

33.
La hipótesis de las cabezas de Hidra

Dos horas después, aturdido por una información que yo intuía cierta, aunque no me sentía capaz de contrastarla a fondo, regresé a patear el duro espinazo de las calles. Una horda de personas con el aspecto grisáceo de los empleados recién expulsados de sus oficinas zumbaba a mi alrededor, como cuando alguien pedrea un avispero. Apenas asomaban las puntas negras de la noche y un viento emparamado soplaba sus agujas heladas sin la menor misericordia. Caminé a contravía de las ráfagas y del flujo de la marea humana. Lo hice a paso largo y con las manos embutidas en mi gabán. Traía la cabeza revuelta por lo que Matilde y Aralia me habían dicho. La explicación que me dieron fue veraz, didáctica y detallada, pero a mí solo me importaba lo esencial.

Según lo que Aralia está aprendiendo al lado de su padre, los tiempos están cambiado en el mundo entero y el hambre de riqueza que hay en el ambiente no está dispuesta a despreciar ningún bocado, no le da asco no aprovechar cualquier oportunidad. El dios dinero se erige en todos los altares y el que no lo consiga por montones se quedará atrás. Los vínculos reales y morales entre los negocios lícitos y los ilícitos han borrado sus fronteras y sellado sus alianzas. Todo está permitido, con la sola condición de que produzca ganancias. Mientras gran parte de la sociedad intenta o simula percibir sus ingresos de una manera legal, otros se aprovechan de los que solo tienen la opción de conseguirlos en las actividades propias de la ilegalidad. Y, por supuesto, a pesar de que eso ha

hecho crecer la grieta que separa ambos mundos, el puente mágico del dinero los une. Ya nadie es capaz de decirle que no a una fuerte suma de dinero, sin importar su procedencia y así venga chorreando hematomas coagulados.

La noche había vuelto a instalarse, muy puntual, y se aprestaba a tomar posesión de las siguientes horas. Una llovizna menuda e insistente empezaba a desgajarse y el asfalto de las calles relumbraba debido a los reflejos de las luces de los carros que raudos pasaban. Ante la segura perspectiva de ensoparse, todo el mundo se daba prisa por arribar a una guarida. Atravesé el viejo parque de mi barrio, resguardándome un poco de los enormes goterones que caían gracias a las frondosas hojas de los yarumos y me encaminé hacia mi casa. Tenía hambre, frío, cansancio, rabia y la sombra de una gran desolación instalada en el centro de mi conciencia. Debía llegar pronto, comer, dormir y esperar que la llegada de un nuevo día me restaurara los bríos para insistir en mi búsqueda y, según lo que podía prever, para sumar una más a mi colección de derrotas. La única incógnita por despejar era el tamaño que tendría. ¿Cómo luchar cuando se sabe que se va a perder?

Aproveché el empinado ascenso de las últimas cuadras para repensar en la reunión y revisar con qué información se había quedado mi cerebro. Lo cierto es que todo lo que me habían contado era digno de la mayor atención, sí, pero a mí no me interesa entender cómo funciona el mundo. La razón de esto es que sé que funciona mal y que el mundo no me gusta, lo considero territorio enemigo, una causa perdida. Por esto, mis propósitos son otros y mis objetivos son a menor escala. Me interesan más el abismo y el dolor instalados en el alma de la humanidad. Siempre me inquieta saber quién es el otro y por qué sufre o quién es este que dice yo, como si fuera cierto que lo resiste todo.

Sé que es aconsejable que tome en cuenta toda la información y, sobre todo, que evalúe la calidad de las alertas recibidas. Pero sean cuales sean los riesgos, no puedo negar que a mí lo único que me interesa es dar con el paradero de Mariana. Quiero saber qué le

pasó a una sola persona en este mundo y poder ayudarla, nada más.

Por mi cuenta he llegado a considerar, por lo que todos vemos cada día, que el verdadero modelo de negocios de la criminalidad no es la pirámide sino la Hidra, esa criatura mitológica —hija de deidades muertas— con la testa cubierta de serpientes que si se cortan se duplican. Así es el mal, así es el hampa; por cada jefecito que cae surgen dos más, por cada asesino muerto nace una docena. Sin embargo, como en el mito, esa cabeza está atada a un solo cuello. Un cuello que se hace fuerte porque se mantiene invisible y, por tanto, casi imposible de cortar.

Caminé despacio y meditabundo, arropado en humos, intranquilo y justamente pesimista. Como habrán notado, la comprensión de la economía no es lo mío. Pero, aun así, las conclusiones que se desprendían de la lección gratuita que me había dado Aralia no podía dejarlas de lado. Lo que ella me recordó, simplemente, era que el mundo criminal y el mundo legal están cruzados y que, gracias a ese cruce, ambos se enriquecen, se utilizan y fortalecen. Su complicidad es la razón por la que ambos lados de la balanza están condenados a colaborar entre sí y a multiplicar su peligrosidad, pues para este mundo la existencia del crimen es necesaria, a más de que a los que ejercen el poder fingir que luchan contra el mal les facilita, justifica y permite perfeccionar el control social de las masas.

Antes de llegar a mi edificio hice una parada en la tienda de la esquina, saludé a doña Maru, la amable vecina que atiende, y le compré una libra de café, dos docenas de huevos de codorniz, un litro de leche de almendras y, cómo no, un cartón de cigarrillos, pues casi me los acabé en la oficina de Aralia. Pagué, di las buenas noches y salí.

El cielo arriba de mi cabeza se había ensombrecido por completo. Una tormenta anunciaba de manera escandalosa su próxima presencia. Tras los cerros resplandecían las primeras descargas eléctricas de los rayos y por toda la Sabana retumbaba una estampida de truenos.

34.
Uno intenta dormir, a pesar de saber que el mundo jamás duerme

¿Buscas la luz y tienes miedo de arder? Esa pregunta me la hicieron hace muchos años, a orillas del río Ganges, en Varanasi, India, mientras asistía a la ceremonia de cremación del cadáver de la madre de mi amiga y maestra Priya Kumari. Aunque era una noche iluminada por la media luna de un verano tranquilo y transparente, los olores que transportaba el aire me resultaban inquietantes y no los atenuaban los inciensos ni la abundante leña de sándalo que alimentaba la pira funeraria. Las brasas de la gran hoguera refulgían en medio de la suavidad de la penumbra y me era imposible olvidar que en ella se quemaba la envoltura carnal de su madre, ataviada en un sudario rojo, escogido expresamente para esa ocasión. No obstante, Priya lucía en paz y sonreía. Su mirada transmitía una fuerte confianza. Las cenizas tendrían la fortuna enorme de ser arrastradas por la corriente eterna del sagrado río y esto le auguraba a su madre un buen renacimiento, un buen karma o quizás la liberación de la gran rueda. Sin embargo, después de oír el terrible estallido del cráneo, la escena me llenó de una gran tristeza. Carezco de fe. Además, el punto débil mío era que llevaba varios años sin visitar Colombia, sin ver a Regina, mi preciosa madre. ¿Buscando qué? No lo sabía. En esa época fui un buscador que solo supo qué buscaba cuando perdía lo que había encontrado. Estando distraído por los reconcomios de esa íntima nostalgia fue que Priya me hizo la

pregunta. Y yo le respondí, sin pensarlo, con otra pregunta: "¿Quién es el que arde?". Mi maestra abrió mucho los ojos y los clavó en los míos hasta arrinconarme en mi interior; luego, juntó las palmas de sus manos, decoradas con henna, sobre el pecho y me hizo una profunda reverencia. Por supuesto, yo todavía sigo sin entender qué motivó su respuesta.

Tendido sobre mi cama sentía un cansancio doloroso. Más que dormir, quería salirme un rato de este mundo. Descansar de ser Gotardo y solo ser ese tipo fugaz que en los sueños me suplanta. Pero el dormir profundo me evadía. Cabeceaba, apenas percibía unas siluetas de cuño onírico, que no lograba retener o estructurar, me despertaba. Calculaba el tiempo, habría transcurrido media hora a lo sumo. No había descansado. Me parecía oír el crujido de la máquina del mundo, su ruido blanco, su avance indetenible triturándolo todo.

Y, claro, así tenía que ocurrir. Poco antes de que clareara el amanecer y solo unos minutos después de haber logrado quedarme dormido, chilló mi celular. Había olvidado apagarlo. Maldije con furia y a la vez que sentí el claro impulso de contestar. Lo hice. Una voz desconocida me habló.

—Vea, negro de mierda, deje de meter las ñatas en asuntos que no son de su incumbencia. No joda más. Es la última advertencia. Y si quiere ver de qué le hablamos venga a recoger a su amigo.

—¿Cuál amigo?

— ¿Cuál va a ser, pendejo? ¿Cuántos amigos tiene perdidos?

—¿Adónde quieren que vaya?

No era lo más aconsejable de hacer, lo reconozco. Seguir, así nomás, las instrucciones de una voz anónima y agresiva no era algo que diera pruebas de mi lucidez, es cierto. Pero no tenía otra alternativa. Por fortuna tuve una idea que resultó brillante. Llamé a Romeo, el colaborador de mi hermano. Me contestó amable, como siempre, y accedió a recogerme y acompañarme, sin preguntarle antes a Lotario. Así que brinqué de la cama, pasé por el baño y me

lavé la cara como si tratara de borrármela. Luego de vestirme, salí y esperé.

Las instrucciones que me habían dado era que fuera a un motel llamado Cama Buena, en una avenida que cruza a Soacha, ciudad aledaña a la capital. No fue difícil encontrarlo. Más lo fue convencer al administrador de que nos abriera la habitación indicada. Accedió a la berraca, pues nuestras amenazas de llamar a las autoridades le resultaron convincentes. Al abrir encontramos a Yizus, tendido sobre una cama ensangrentada. Su estado era lamentable, pero estaba vivo. Vivo y seminconsciente. El encargado del lugar se asustó y nos rogó no llamar a la policía. A cambio nos consiguió un supuesto médico que llegó en pocos minutos y revisó a Yizus. Su diagnóstico fue que le habían dado "una muñequera tenaz" y que parecía drogado. No consideró que estuviera en gran peligro. Le hizo un curetaje básico y le inyectó un medicamento para "bajarle la traba". Concluyó diciendo que apenas se despabilara estaría bien, aunque muy adolorido y un poco desorientado, pero nada más grave. Que solo necesitaba reposo durante un par de días y "cuidar mejor con quién se enrumba".

35.
El tiempo jamás elude los malos recodos

Romeo me ayudó a recostar a Yizus en mi cuarto de huéspedes y yo, que he recibido tantas palizas, me puse en la tarea de ayudarlo a recobrarse. Luego lo dejé descansar y aproveché para hablar con Lotario y ponerlo al tanto de lo sucedido. Después decidí bañarme y prepararme para un día que intuía me traería un rosario de sorpresas. Sé que a la vida le gustan las rachas. También fui a la cocina y recalenté un caldo de miso, le agregué un puñado de algas, setas, soya, láminas de jengibre, cebolleta picada y cuadritos de tofu asados. Me serví un par de tazones y le llevé uno al paciente.

Cuando entré a la habitación encontré a Yizus ya despierto; incluso se había incorporado un poco y recibió con agrado la sopa que le ofrecí. Eso sí, se la tomó despacio porque tenía los labios reventados.

—Ahora sí, cuénteme qué carajos le pasó.

—Casi todas fueron malas vainas, Gotardo. Entré a la *suite* que me dieron dispuesto a la felicidad con el par de muchachas esas y allí nos armamos una rumba como tenía que ser. Mejor no le doy detalles, porque le puede dar envidia… Unas dos horas después, cuando los tres estábamos tomándonos un descanso, entraron unos tipos a la habitación, pistolas en mano, y con muy malos modales echaron a las muchachas y me arrastraron hasta un sótano con aspecto de mazmorra.

—No he debido dejarlo solo, Yizus.

—Fue mi culpa. No se azote con eso. Fui yo el que no percibió ningún peligro. Estaba cegado por las ganas y no me quería perder la oportunidad de hacer ese trío.

—Como lo conozco, le entiendo el punto. ¿Y los tipos esos qué querían?

—Interrogarme de muy mala manera. Me preguntaron qué hacíamos ahí, qué buscábamos y, en especial, quiénes eran ustedes. Al parecer las mujeres con las que usted y Lotario estuvieron rumbeando los pusieron sobre alerta.

—Claro, ellas se asustaron en cuanto mencionamos a Mariana Montejo y nos hicieron ir de ahí.

—Esa mala suerte no la tuve yo, porque nada de eso les pregunté al par de bellezas que se encamaron conmigo. Es más, casi que me olvidé a qué habíamos ido.

—¿Usted qué les dijo a los tipos que lo interrogaron?

—Verdades, ¿qué más? No tenía alternativa. Esos manes iban en serio. Así que les dije muchas cosas, aunque eran cosas que ya sabían. En síntesis, que ustedes estaban buscando a Mariana Montejo y que eran quienes son, un investigador privado y su hermano, un empresario de los placeres de la noche.

—¿Se contentaron con eso?

—Claro que no, Gotardo. El interrogatorio lo conducía un tipo muy alto y elegante, con ínfulas de gran jefe, pero no lo era. Era un segundón.

—Creo que lo vi, estaba sentado en una mesa con los rusos.

—Sí, era ese. También preguntaron cosas que yo no sabía y no podía contestar. Y esa parte fue dura.

—Me lo imagino y lo siento.

—En un momento pensé que me iban a matar; así que me jugué un lance fino y les dije para quién trabajo. Y que si algo muy malo me pasaba, ese señor tomaría cartas en el asunto.

—¿Y cómo lo tomaron?

—El tipo alto se mosqueó, paró la vaina y salió de inmediato. De seguro hizo una consulta. Después de eso regresó y le ordenó al par de gorilas que me botaran lejos de ahí. Y me advirtió que era la última vez que quería vérselas conmigo. Así que me zurraron un poco más, me inyectaron una droga y me sacaron de ahí, en andas, como si estuviera borracho. Me subieron a un carro y recuerdo muy poco, hasta que usted llegó a rescatarme… Así que solo me queda decir: gracias.

La conversación con Yizus incrementó mis preocupaciones, había varios cabos por atar. Si él había logrado salir vivo del asunto, yo no estaba seguro que hubiera sido igual para Lotario o para mí. Trataba de ver completo el panorama, mientras me paseaba nervioso y fumando, por supuesto, en el balcón de la sala. Estaba esperando que Yizus se bañara y arreglara cuando sonó mi celular. Fue y no fue una sorpresa escuchar la voz molida de don Gervasio Torrenegra.

—Hablarle claro a un pisco terco como usted no sirve para un carajo, Reina. Le hago dos amables advertencias y usted se las pasa por debajo de las criadillas.

—¿Quién habla?

—Hazte el tarugo. Te prohibí involucrar a mi empleado y hablar con mi hija. Y no es sino que te lo diga y ya vas derecho a desobedecerme. Dile al señor Kraist que se comunique conmigo. Espero que su tozudez, señor Reina, no le traiga problemas sino a usted.

Apenas el viejo oligarca terminó su perorata y colgó, Yizus llegó hasta la sala listo para irse. Le conté de la llamada, no hizo comentarios y se despidió de mí.

Una vez me quedé solo pasó lo que había de pasar. Escuché el timbre y un segundo después entró H, muy alterada.

—Don Got, qué bueno que lo encuentro.

—¿Qué pasa, H?

—Acabo de hablar con Violeta. Las Mujerciélagas han estado muy ocupadas con todo lo que les he encargado.

—¿Descubrieron algo importante?

—Sí parece. Bueno, yo me atreví a pedirles que ofrecieran por ahí una buena recompensa por información sobre la señorita Mariana. Y al parecer la cosa resultó. Dicen que consiguieron una pista, que no es muy segura, eso sí. Pero que creen que pinta bien.

—¿De qué se trata?

—Los integrantes de una banda de pelados dicen que por la plata ofrecida nos pueden dar información.

—Muy bien, hay que hablar con ellos.

—Violeta dice que son muy peligrosos y que solo aceptan hablar con usted en su territorio.

—Eso es algo esperable. No hay problema, voy donde digan y hablo con ellos.

—Lo supuse. Violeta misma lo va a llevar. Usted tiene que entregarles los quince millones que ofrecí y no pueden ir con más gente, ni avisarle a la policía, porque se pierden.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Le traje el billete y vine a recogerlo para llevarlo donde Violeta lo está esperando.

36.
La banda del Pequeño Mundo

Con mucha cautela, para no tener que nombrar el miedo, Violeta y yo arribamos a lo que quizás alguna vez fue una especie de galpón, por decirle de alguna manera a esa edificación destartalada, ubicada en la más irrecomendable intersección de varias de las peores calles de un barrio del sur de la ciudad, al que los habitantes de la calle le dicen Sanber. Para el que tiene la mala suerte de conocerlo y más aún para el que no, es un territorio agreste, incontrolable y asaz peligroso. Pocos pasearían por gusto en medio de esa geografía. Únicamente los elegidos por la desgracia lo frecuentan.

Habíamos estacionado la moto de Violeta en un parqueadero alejado varias cuadras, desde donde nos adentramos hasta el duro corazón del barrio. Una vez pisamos sus calles no había vuelta atrás. Atravesamos, simulando calma, la vía principal de acceso, que serpentea a la manera de un túnel deteriorado al extremo, cariado de charcos y baches, además de sucio hasta producir náuseas.

A lo largo de la calle había decenas de personas adormecidas, recostadas contra los muros, caídas sobre los andenes o caminando como zombis sin rumbo, en medio de una gran cantidad de perros flacos que nos miraban pasar sin gruñir y sin mover la cola. Todos tenían el aspecto de haber acabado de consumir tóxicos de alta potencia, hasta los perros. Las opacas miradas de quienes sí estaban en condiciones de percatarse de nuestra presencia se posaron sobre nosotros, extrañados de vernos, pero nadie se nos acercó o nos dijo algo. Por la simple razón de que los centinelas estaban avisados. Los

que la conocen saben que esa calle es una de las entradas a los muchos infiernos sin salida que incuba la ciudad.

Mi guía, que al parecer bien sabía hacia dónde nos dirigíamos, caminó sin preocuparse de mirar a los costados y sin desviarse hasta un portón corroído por el óxido y colado de agujeros de bala. Antes de que Violeta pudiera golpear, este se abrió. Un par de muchachos en bermudas, encapuchados y armados con cuchillos nos hicieron pasar y nos indicaron por señas que los siguiéramos. La bodega estaba en penumbra y se ramificaba en un verdadero laberinto de habitáculos separados por paredes de latas, cartones, ladrillos mal colocados y telas roídas. Caminamos por un corredor con habitaciones en ruinas, a lado y lado, donde había personas caídas e inmóviles, con jeringas clavadas en sus venas e iluminadas por velas y candiles hechos con latas de conserva y querosén. Era como cruzar por un pabellón de condenados cuya única salvación es que no se les demore la muerte. Un sitio terminal. Atravesamos el lugar hasta dar con un patio lleno de escombros, excrementos y túmulos de basuras indescriptibles. De ahí salimos a un callejón donde estaba estacionada una camioneta Ford, con un par de ocupantes a bordo. Me alarmé y pregunté qué pasaba. Solo nos dijeron que todos debíamos subirnos "a la nave", puesto que la cita que teníamos era en otro lugar.

—¿Qué lugar?

—Es que ustedes dos ya tienen apartado el tiquete para tripear hasta el Pequeño Mundo. Pocas pintas tienen la elegancia de ser invitados allá.

—¿Por qué allá?

—No ve, papá, que allí está la *ofis* de la Pequeña Lulú y como ella es la mera jefatura de este parche, ustedes no tienen de otra que negociar donde a ella se le dé la gana.

Como eso no estaba convenido de antemano miré a Violeta y ella me hizo una señal de que aceptábamos ir o cancelábamos el asunto. Que yo decidía. Resolví no gastar nervios en pensarlo demasiado y nos subimos a la camioneta. Una vez el vehículo estuvo en movimiento, los muchachos metieron nuestras cabezas en bolsas de

lona y nos explicaron que lo hacían así porque era mejor para nosotros no saber dónde quedaba el Pequeño Mundo.

Transcurrida lo que me pareció una hora y luego de dar muchas vueltas nos detuvimos. La camioneta pitó en clave, tres veces, dos y tres más. Tras unos instantes escuchamos el estruendo producido por la apertura de una pesada puerta de metal. ¿Dónde estábamos? Ni idea. Supuse que nos habían llevado fuera de la ciudad.

Cuando nos bajaron del vehículo y nos quitaron las capuchas descubrimos que estábamos en el patio de lo que parecía haber sido una fábrica enorme. Al parecer una vieja cementera en ruinas, evidentemente abandonada desde hacía mucho tiempo, y custodiada por una cantera escarbada con odio en las faldas de una gran montaña. Observé su derruida arquitectura y sus altísimas chimeneas que me hicieron pensar en paisajes de películas posapocalípticas. Detallé que sobre las cornisas de los techos se desplazaban con discreción unas siluetas vigilantes. Pero el lugar, que parecía una antigua fortaleza, no daba la impresión de albergar a nadie. No se oía ningún ruido y no se percibía ningún movimiento. Ni siquiera los que nos llevaron se dejaron ver los rostros. Pronto entenderíamos por qué.

Uno de los muchachos al que todos le decían Tarrofeo nos indicó que lo siguiéramos, mientras los otros procedían a ocultar la camioneta. Entramos a la vieja fábrica. Estaba llena de máquinas arrumadas y parcialmente desmanteladas, así como de diversos cachivaches en estado de total desuso. Todo estaba recubierto de una espesa capa de polvo gris que no parecía haberse removido en años. Rápidamente nos condujeron hacia el fondo, donde había un montacargas, al que nos hicieron trepar. Las rejas de la puerta se cerraron y descendimos al menos tres niveles en casi completa oscuridad. Cuando el aparato se detuvo nos llevamos una sorpresa. Era como si nos hubiesen transportado a un mundo subterráneo, dispuesto como una pequeña aldehuela, con sus callejones, sus placitas y fachadas tras las que parecía haber habitaciones, pero que tenían sus puertas y ventanas bien cerradas. Para mi asombro, contaba con faroles de alumbrado y su iluminación, aunque no

intensa, era suficiente. En ese momento tampoco vimos a nadie, si se exceptúa a una pandilla de gatos de diversas razas que nos miraron pasar sin concedernos la menor importancia y sin dejar de acicalarse. Verlos me relajó, pues tiendo a confiar en los lugares donde los gatos permiten que los humanos vivan. Durante algunos minutos anduvimos entre largos pasillos, diseñados para perder a quien se atreviera a entrar en ellos, hasta llegar a un portón de madera que Tarrofeo golpeó. Un par de muchachitas, con el rostro cubierto por paliacates mexicanos, nos abrieron. Ambas estaban armadas con carabinas turcas Hatsan, modelo Carnivore. Una de ellas nos indicó, con la punta del cañón, que camináramos tras ella y la otra se ubicó a nuestra espalda.

El paisaje cambió y nos adentramos en una estancia vasta, limpia, con ventanales de cristal que daban a un patio, amoblada con muchas sillas y mesas de plástico desparramadas en desorden. Imaginé que debía ser el sitio de reuniones de la banda. Lo cual elevó mis alertas, pues indicaba que allí adentro podía haber mucha más gente de la prevista. Al fondo del salón había una puerta de metal pintada con una gran calavera y tras esta estaba la mentada *ofis* de la jefa. La cruzamos sin problema y las muchachas nos indicaron que nos sentáramos en una especie de sala de recepción. Ellas se quedaron en guardia, custodiando la puerta y a nosotros.

Como pueden suponer, Violeta y yo estábamos desconcertados y sin saber en qué y con quiénes nos habíamos metido. Un instante después se abrió otra puerta y entró una muchacha muy alta, con la cara descubierta y el cabello teñido de azul, nos detalló un instante y, luego, nos indicó que podíamos entrar. Y resultó cierto que lo que la jefa tenía allí era una oficina. El piso estaba entapetado, había lámparas y una sala confortable, a más de un escritorio con varios computadores encendidos. Adentro había cuatro muchachos más. Ninguno nos ocultaba su rostro y lo exhibían con un orgullo fiero y retador, pues lo tenían cubierto de diversos tatuajes, a semejanza de los pandilleros de la mara salvatrucha. Estaban armados con pistolas Glock G19 y SIG Sauer P226, ambas difíciles de conseguir y muy

caras. Y su actitud era la de quienes conforman una guardia personal. Nos miraron fijo, pero en silencio.

Un momento después entró una muchacha de unos veinte años, a lo sumo, vestida con ropa militar de camuflaje y una pistola Walther, calibre 22, al cinto. Esta era de baja estatura, pero muy fornida, la mitad de su cráneo estaba rapado y tatuado con signos tribales. Se movía despacio y su sola actitud exhalaba no solo un aura de liderazgo, sino de extrema peligrosidad. Apenas la vi tuve la certeza de que de alguien así se podía esperar todo lo terrible. Observé que los otros muchachos la miraban con una devoción tal que supe que obedecerían sin chistar cualquier cosa que ella les ordenara. ¿Dónde y con quién diablos estamos? Vi que Violeta me observaba con preocupación. Esperé inmóvil hasta que la jefa habló.

—Todo el que me ve la cara me llama la Pequeña Lulú. No me gusta el apodo, pero ya me acostumbré. Soy la que manda aquí, soy la perra *number one*. Por razones que no les diré los mandé traer hasta aquí, pero si quieren salir enteritos, deben cumplirme con lo que prometieron. Usted debe ser la Violeta de las Mujerciélagas y usted, Gotardo Reina, el buscador de mujeres perdidas.

—Así es. Y tranquila, que sí le trajimos el billete que acordamos por la información, Lulú.

—Bien por ustedes. Pero no les di permiso de llegar hasta aquí solo por ese billete, sino porque debo transmitirles un mensaje y, además, quiero que ustedes me regalen una información.

—La escuchamos…Y nos parece justo que nos pregunte, nosotros también buscamos información.

—Primero suelten los quince paquetes. Ya saben, plata en mano…

La Pequeña Lulú no terminó la conocida frase, pues todos sus secuaces se rieron con el estruendo exagerado y típico de quienes celebran las bromas de alguien a quien temen. A mi señal, Violeta se quitó la mochila que cargaba y se la pasó a la jefa. Esta la agarró y se la dio a la que parecía ser la principal de sus escoltas. La

muchacha de pelo azul la abrió y se puso a contar el dinero. Esperamos hasta que ella le hizo la señal de que estaba completo.

—Bien. El boleto de entrada está pagado. Ahora sí digan, ¿qué quieren saber?

—Queremos saber todo lo que sepan de una mujer llamada Mariana Montejo.

—Todo lo que sabemos es demasiado para decírselo por esa pichurria de plata. Pero trato es trato. Aquí, en el Pequeño Mundo, sabemos de esa mujer por una razón. Nosotras la secuestramos y la matamos. Se nos ordenó que lo hiciéramos, se nos pagó y la mandamos de viaje al otro lado.

Aunque sospechaba que esa sería la respuesta más probable no esperaba una confesión tan directa, así que tuve que hacer un esfuerzo por controlar la rabia que me produjo y aparentar calma. Le busqué los ojos a Violeta, solo para apoyarme en ellos. Y cuando regresé la vista al grupo pude percibir la tensión de la manada, todos alertas a mi reacción. Dispuestos a caer sobre mí al primer error que yo cometiera.

—¿Quién les encargó ese asesinato?

—Si lo supiera, ¿cree que se lo diría, así nomás? Solo hablamos con intermediarios. Uno de sus perros nos buscó y nos lo propuso. Dijo que la gente de arriba confiaba en nosotros.

—¿La gente de arriba?

—Sí, usted sabe, siempre hay gente arriba de uno, gonorrea.

—¿Ustedes quiénes son?

—Somos lo que ven y algo más. No somos un combo simplemente, somos una familia de huérfanos. No conocemos madre ni padre. A las putas viejas que nos parieron, que ninguno sabe o recuerda quiénes son, les echaron ese mal polvo a la brava en una calle cualquiera. Ellas nos tuvieron en cualquier esquina y nos abandonaron en el primer potrero o contenedor de basura que se les cruzó. No hemos debido hacerlo, pero sobrevivimos. Somos hijas e hijos de las calles y de nadie más. Allí hemos crecido. Hacemos lo que sea necesario para sobrevivir. Andamos en las calles y de seguro

moriremos en las calles. ¿A usted por qué le interesa quiénes somos?

—Porque todos ustedes son muy jóvenes y nunca había visto una banda así.

—Tiene razón, señor Gotardo, nosotros somos niñitos especiales.

Un coro de risas acompañó a lo dicho por la Pequeña Lulú. No obstante, la risa distendió el ambiente y por un instante los vi como un simple grupo de adolescentes malcriados.

—La ley de las calles nos unió. Las calles son la nueva selva. Tuvimos que impedir que nos siguieran pisoteando los cabrones más viejos. La pura verdad es que nos mamamos de ser sus pirobos y sus putas de a gratis. No nos dio la gana seguir siendo sus pinches esclavos de mierda. Por eso decidimos hacer nuestro parche y que tuvieran que respetarnos.

—Por lo que veo, ustedes formaron una banda de puros pelados.

—Sí, somos una plaga de culicagados… Solo nosotros nos mandamos a nosotros… Trabajamos para otros, pero nadie nos puede joder así nomás. Nos hemos hecho un hueco y un nombre…

—¿Y los que los contratan para qué los utilizan, Lulú?

—Vea este gonorrea lo que se le ocurre preguntar… ¿ah? ¿A qué nos dedicamos los que no tenemos nada ni somos nadie? Hacemos lo que nos dejan hacer… Aprendimos a mentir y a robar desde chiquitos; aprendimos a campanear y a traficar drogas desde chiquitos; aprendimos a putear, a dar el culo y a mamar vergas desde chiquitos; aprendimos a matar y a torturar desde chiquitos. De esa escuela venimos. Antes solo para eso nos buscaban en las calles. Es lo único que el mundo nos enseñó, era lo único que querían de nosotros. Pensaban que nada más sabíamos ni queríamos hacer. Pero nos hemos ganado un poco de libertad y respeto. Nos parchamos, pillamos este lugar, nos lo tomamos y aquí nos organizamos. Aquí vienen a parar los pobres huevones que son como nosotros y nos ha ido bien. Ya somos más de cuarenta y seguimos contando.

—Como quien dice, se ganaron el derecho a hacer una banda.

—Sí. Ahora hacemos eso para lo que nacimos. Robamos, matamos, traficamos, negociamos y puteamos, pero lo hacemos cuando se nos da la gana y a la tarifa que nos pegue la gana. Y si algún malparido nos quiere joder, nos lo quebramos o nos quiebra. Como todas las mil bandas de esta puta ciudad, nosotras ya conseguimos permiso de trabajar para una de las grandes, para las de los hombres invisibles. Así nos hemos hecho respetar. ¿Qué le parece?

—Me parece que ahora están metidas en una organización. ¿Parte de lo que hacen es matar por encargo?

—Claro, aquí hacemos esa vuelta. Y le soplo que nuestros sicarios más chimbas son las peladas. Como la flaca *Blue*, aquí presente, mucho cuidado con ella. ¿Sabe por qué? Porque la gente es muy pendeja y se confía en que las cucas no hacen daño.

—Dígame una cosa, Lulú. ¿Una de esas peladas fue la que asesinó a Mariana?

—Una de esas, no. Lo hice yo misma. Las mágicas venían de lo más alto y no podía haber fallas. Tenía que ser así. Con eso compramos el boleto de entrada a un buen negocio.

—¿Cómo pasó lo de Mariana?

— Igual que siempre. Con la *Blue* le hicimos la inteligencia y ¡zas!, la secuestramos. Fue muy tirado, esa mujer no se cuidaba. Y después se la dimos a quien nos pagó la vuelta. Creímos que eso era todo. Por eso hicimos un *after* y celebramos. Pero una semana después nos la devolvieron. La pobre vieja esa ya venía muy mal. Esos manes habían hecho con ella todo lo que se les había ocurrido. Estaba herida, pero era una perra brava y todavía mordía. Me cayó bien. Ojalá no me hubiera tocado zamparle su pepazo.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Porque nos dieron un paquete de lucas y la orden de quebrarla y multiplicarla por cero. Entonces tocaba. Usted entiende. A eso ya no le podíamos decir que nones. Así que yo misma me encargué, por seguridad y porque no quise que la hembra sufriera más. Me dio

pena por ella y le pegué un tiro limpio en la frente. Luego de eso la mandé enterrar.

—¿Puede decirme dónde?

—Sisas… Para eso me soltó los paquetes, ¿o no?

—Quiero saber dónde está enterrada.

—La *Blue* le va a entregar un mapa para llegar al sitio y allí la va a encontrar. Pero, antes de eso, le tengo que pasar a usted las palabras mágicas exactas que le mandan y, además, quiero que me responda unas preguntas, señor Gotardo.

37.
Mundo asqueroso

Como es fácil de imaginar, la Pequeña Lulú no me lo dijo todo, pero tampoco me mintió por completo. La verdad siempre es un fragmento, una mezcla, otro género de duda. Gracias al mapa y a las muy precisas indicaciones que me suministraron, la Policía pudo encontrar el cadáver de Mariana Montejo.

Apenas nos sacaron del Pequeño Mundo y nos soltaron, me comuniqué con la capitán Chitiva y le di parte de la situación. Copié la información y se la envié en un wasap. Esa búsqueda no era de mi incumbencia. Era un asunto para las autoridades pertinentes. Hecho esto me fui a mi oficina y me senté a esperar. Sabía que pasaría un buen rato hasta que armaran el operativo para ir hasta el sitio que me habían revelado y, de estar en lo cierto, comenzar con el levantamiento. Por lo que sabía, el cuerpo estaba enterrado en una de las riberas del río Bogotá, allí donde ya se ha transformado en una cloaca flotante de espumas mefíticas y todo el líquido que corre es agua muerta. Lo cual es afortunado. Lo digo porque, por alguna razón, su asesina eligió "no encostalarla, como de costumbre, llenarla de piedras y tirarla al río, donde nadie la encontraría". Como me comentó después Chitiva.

Al llegar a mi oficina, le hice un resumen de la situación a H y me encerré en mi despacho a mirar el mapa del caso que seguía pegado en la pared. Me hice mil preguntas sin respuesta. Me distraje en revisarlo, solo para no pensar en Mariana y en todo lo que le habían hecho. No podría avisarle a su familia hasta no estar seguro. Solo

miré el cartograma, ingerí café y fumé. Sin embargo, por culpa del hábito, repasé en mi cabeza el encuentro con ese combo de muchachos huérfanos, como son muchos de los integrantes de todas las pandillas del mundo. "No sabemos hacer otra cosa y no queremos", me había dicho Lulú, esa homicida precoz a la que la voz no le tembló para decirme que ella misma había asesinado a Mariana. Y lo hizo sin siquiera quitarme de encima unos ojos oscuros y opacos que decían que ella no había sido su primera víctima, ni sería la última. Recordé la cruel sonrisa de satisfacción que desfiguraba los labios de la flaca *Blue,* mientras escuchaba el relato de su complicidad y, por un instante, sentí compasión por ella. Aun así no intenté siquiera imaginar cuántos horrores habrían debido de sucederle para convertirla en una experimentada sicaria de unos dieciséis años, si mucho.

De lo que Lulú me contó y de lo que me interrogó me quedaron dos preocupaciones principales. Aunque había muchas otras que deseché por el camino. Una de esas me concernía claramente, pues la pequeña jefa fue directa al decirme que me daba esa información solo porque "los del piso de arriba" le habían ordenado que me la diera y de paso me advirtiera que me conformara con el cadáver si no quería terminar igual. Además, agregó que me pedían que me fuera de vacaciones a la playa, a la finca que tiene su papá.

Quienes habían torturado y ordenado el homicidio de Mariana Montejo habían actuado tal como me lo pronosticó Matilde Hinojosa. Y como ya habían averiguado mucho de mí, esa frase constituía, nada menos, que una amenaza directa y letal.

Lo otro que me quedó repicando fue que Lulú me dijo que ahora los iban a encargar de un negocio mucho más grande, uno que estaba dando mucho billete, pues los gringos no hacían más que pedirlo. "Usted sabe que ese país de monos no funciona si no están bien pepiados o chuteados". No quiso explicarse más, pero se le salió que les estaban enseñando a prepararlo y que ya habían comprado la receta. Eso me hizo pensar en una sola cosa: fentanilo. Esa droga asesina que los carteles mexicanos y gringos venden como dulces en todas las grandes y pequeñas ciudades de los

Estados Unidos y que ha matado adictos por centenares de miles y los ha enriquecido por cientos de millones. No me dio más pistas, pero me pareció obvio que la cosa iba por ahí.

La otra cosa en la que fue clara, pues respondía a una pregunta plena que le hice, es que también tenían su parte en el negocio de trata de personas. "A veces nos piden una peladita o un peladito y se los conseguimos… A la buena o a la mala; pero se les tiene". Aunque, eso sí, aseguró que ese negocio no les gustaba mucho, les traía malos recuerdos. "Pero, qué se le va a hacer, en este puto mundo nadie hace lo que le gusta sino lo que toca".

Esa espera, diluida en humos y cafeína, me agravó el mal sabor de boca y me introdujo en una fase de inestabilidad espiritual. No pude evitar hacer los balances de este mundo inmundo y el resultado fue totalmente negativo. Era una verdad inocultable que las más de trescientas bandas delincuenciales que poco a poco se van apoderando de Bogotá están conformadas por jóvenes y niños en un alto porcentaje. No solo en esta ciudad, sino en todas las otras, cada vez disminuye más la edad de los sicarios y pandilleros. "Aprendió a matar a los once años", eso dijo con orgullo Lulú de la chica a la que le dicen *Blue*… "Le dio chumbimba al perro que se hacía pasar por su papa".

38.
Cuando se avizora lo peor, a nadie lo sorprende que termine llegando

Cuando uno se somete a una espera con visos apremiantes —así sea la de algo terrible—, el andar de los relojes se torna perezoso; uno voltea y los mira creyendo que ya deberían haber transcurrido un par de horas y los malditos solo se han adelantado unos cuantos minutos. Para no ceder a la angustia que me carcomía y encontrar un poco de calma, llamé a Lotario y lo informé escuetamente, sin permitirle hacer preguntas ni darme consejos. Medio cigarrillo después concebí una idea mejor y llamé a Matilde. Abandonó una reunión para contestarme. Le conté que ella había tenido toda la razón y que tal como me lo pronosticó, Mariana había sido asesinada por sicarios y yo había dado con su cadáver; aunque no le narré los pormenores de la pesquisa, ni que había conocido a sus asesinas. En un arranque de sinceridad le dije que me sentía devastado, puesto que hasta el final anhelé otro resultado. Le confesé que lo peor para mí no era el fracaso, sino que tendría que darle la noticia a su madre y a su sobrina. Ella, que también se afectó por la noticia, trató de consolarme un poco y me ofreció su compañía. Le agradecí y le dije que aún no sabía cuánto más tendría que esperar. Pero que más tarde le avisaría.

Una vez colgué acepté que todas esas divagaciones de trasfondo pesimista y oscuro, en las que había incurrido la tarde entera, más que una consecuencia lógica de lo que había pasado, eran una

estrategia de preparación psicológica a lo que estaba muy próximo a vivir. Como han explicado eminentes neurocientíficos, una de las más notables funciones que tiene nuestro cerebro es su capacidad de anticipar. Reunimos unos cuantos datos y podemos prever un resultado. Así que cuando H abrió la puerta y me dijo que la capitán Chitiva quería hablar conmigo por la línea fija, sentí que me deslizaba hasta tocar un fondo cenagoso y que el horror me conminaba a otro cara a cara.

Contesté la llamada, oí la voz seca de Chitiva, tal como si me hablara desde otro planeta, y dije que sí, que si ella me lo pedía ya mismo iría para allá. ¿Qué otra cosa podía decirle? "Encontraron el cadáver de la fotógrafa, Reina, sería bueno que viniera a mirar todo el desastre que destapamos, gracias a los datos que usted me dio". Colgué, inspiré hondo un aire que se licuaba negándose a entrar por mis narices, y por un instante la visión se me borró. No quería ir, no quería ver, ni siquiera sentía las fuerzas necesarias para saber. Pese a todo ello, iría, miraría, oiría y sabría. Solo logré pararme de la silla gracias al gran esfuerzo con el que abusé de mi voluntad. H, que me observaba y todo lo sabe de mí, se acercó y me abrazó.

—Ningún taxi lo va a querer llevar hasta allá, don Got. Así que no nos queda de otra. Tiene que dejar que yo lo lleve en mi moto. Además, no creo que sea bueno que esté solo.

—No quiero que tú veas ese horror, H.

—Le prometo que no voy a mirar.

Dicen los topógrafos que el viejo río Bogotá mide unos trescientos ochenta kilómetros. En su recorrido recibe catorce ríos afluentes, en distintos estados de impureza, y tiene la mala suerte de pasar por cuarenta y siete municipios, donde sus más de diez millones de habitantes le lanzan todos sus desechos, desperdicios e inmundicias, hasta el punto de que al llegar a la cuenca media, justo allí donde desemboca el Juan Amarillo, el Bogotá se transforma en un río cadavérico que no contiene ningún tipo de vida macrobiótica y es un puro flujo de venenos. No extraña entonces que muchos lo utilicen como camposanto, puesto que esa utilización de los ríos constituye una inveterada costumbre nacional.

No diré exactamente el punto al que fui convocado. Era una ribera muy fangosa, alejada de los últimos barrios y cubierta por una copiosa vegetación de matorrales nativos, en especial de campanos, musgo y colchones de pobre. La tarde había superado su inicial lentitud y se apresuraba a sumergirse en la oscuridad. Lo primero que notamos al llegar fue la presencia de todo un destacamento de policías, detectives y perros, así como de técnicos forenses en arduas labores de excavación. El tamaño del operativo me desconcertó. La pestilencia que flotaba en el aire me anticipó la respuesta: un solo cadáver no hedería con tanta potencia. Sin embargo, solo hasta que hablé con Chitiva entendí la razón. El mapa que me había dado la Pequeña Lulú no conducía hacia una tumba, sino hasta un gran cementerio donde localizaron, gracias al olfato de perros entrenados, nueve cadáveres más.

—Gotardo, tiene que decirnos cómo obtuvo esta información.

—Quienes me la dieron solo me explicaron que encontraría el cadáver de Mariana Montejo, nada más. Para mí esto es una sorpresa. De saberlo, le habría avisado.

—Le creo. Ahí está la mujer que usted buscaba. La doctora Blackwell ya la identificó.

—Entonces, ¿para qué hacerme venir? No tengo estómago para ver esto.

—Lo sé. Pero me pareció muy importante que usted entendiera la dimensión del hallazgo. ¿Sabe qué están opinando los forenses?

—Ni idea.

—Que esto parece ser el cementerio personal de un asesino en serie. De lo que han visto por encima, hay cuerpos que al parecer llevan varios años enterrados.

—Qué horror.

—Reina, tiene que colaborar con nosotros. Esto es demasiado grande y muy pronto se va a saber. Va a tener que darnos una buena explicación de cómo obtuvo esta información.

—Eso lo entiendo, Chitiva. A mí me llegó un sobre a mi oficina y allí estaban el mapa y los datos. Antes me habían llamado y dicho

que lo enviarían y que así podría hallar el cadáver de la mujer que yo estaba buscando.

—Mire, Gotardo. Yo no nací ayer y sé que se está guardando información. Así que le aconsejo que nos diga toda la verdad y así no obstruya nuestra investigación.

—Si me acuerdo de algo más se los diré, pero básicamente esa es la verdad.

H y yo, por supuesto, no nos habíamos acercado a las fosas. Solo vimos, a prudente distancia, que acomodaban y fotografiaban los restos. Casi todos eran puros esqueletos ennegrecidos por el barro y vaya a saber qué más. Lo cual era más que suficiente espectáculo para mí y para ella. Encima de semejante horror, lo que no vimos sí lo olimos. Uno de esos olores capaces de dar una lección que uno jamás olvida.

Chitiva, por su parte y comprensiblemente alterada por la magnitud del hallazgo, querría presionarme para que yo le diera información acerca de mi fuente. No sabía cuán peligroso resultaba eso para mí. Podría hablar, más adelante, con ella, pero no quería hacerlo en un interrogatorio policial. Por fortuna interrumpió nuestra charla la mismísima Catalina Blackwell.

—Buenas noches, señor Reina.

—No le veo lo buenas, doctora Blackwell.

—Yo tampoco. Por ahora le puedo confirmar que uno de los cuerpos es, sin duda alguna, el de Mariana Montejo. Yo misma la reconocí, llevaba muy poco tiempo enterrada.

—La entiendo, doctora. Gracias por confirmármelo.

—Aquí va a ser necesario hacer un levantamiento de todos estos cadáveres de manera muy meticulosa. Pero como el de Mariana es el más reciente y ya está identificada, voy a enviarlo lo más pronto posible a la morgue y yo misma me voy a encargar de hacerle la necropsia.

—Le voy a agradecer su celeridad, doctora… Cuando su familia se entere van a querer verla.

—Lo puedo imaginar. Voy a hacer cuanto esté en mis manos por apurar el proceso y por presentar su cuerpo de la mejor manera posible. Se lo prometo.

Dicho esto, la doctora se alejó de nosotros y continuó con su trabajo. Al voltearme pude ver que los técnicos introducían un cuerpo en una gran bolsa negra. Algo me dijo que era el de Mariana. Sentí la mano de H apretar la mía.

—Capitán, tengo una pregunta.

—¿Cuál, Reina?

—¿Puedo avisarle a Lorenza Montejo que encontramos el cadáver de su hija?

—Sí, puede hacerlo. Y no lo envidio en esa tarea, Gotardo.

—Sé que no.

—Váyase ahora, pero sepa que lo llamaremos a testificar muy pronto.

—Gracias y hasta luego, Ángela.

—Cuídese muchísimo, Gotardo… Y no crea que no sé por qué se lo recomiendo. Esto que vemos pinta muy mal y usted anda parado en medio.

—Me cuidaré.

H y yo nos alejamos de ese horrendo lugar, buscando un sitio donde poder respirar sin asco y caminamos de prisa hasta donde habíamos estacionado la Bugatti. Como si estuviera hecha de un fango espeso, la oscuridad parecía estarse derramando por toda la ciudad, cuya inocente silueta veíamos chisporrotear a lo lejos como un espejismo.

—Ahora, ¿adónde vamos, jefe?

—Al último lugar del mundo al que yo quisiera ir.

39.
Mensajeros que nadie quisiera recibir en su casa

H, siempre H, tenía a mano la dirección de la casa de las Montejo. Estaba en un conjunto residencial compuesto por una veintena de casitas iguales, de los que abundan en toda la ciudad. A pesar de que llegar sin aviso previo y a esa hora sería de por sí un motivo de alarma para ellas, no encontré una opción distinta a la de presentarme en la portería del conjunto y pedirle al guardia que, por favor, le avisara a la señora Lorenza que necesitaba hablar con ella. Afortunadamente, H no solo me había llevado hasta allí, sino que había decidido no abandonarme.

Nomás pisar la entrada de la casa me encontré de frente con la madre de la víctima, quien impulsada por una mala sospecha se había apresurado a recibirnos. Con la puerta apenas entreabierta, Lorenza se nos quedó mirando fijamente y sin que yo tuviera oportunidad de decir una sola palabra, comprendió que algo terrible había pasado. "Búsqueme solo si encuentra el cadáver de mi hija", me había dicho, quizás premonitoria. Vi cómo sus ojos se anegaron de lágrimas, su cuerpo se le dobló como si le hubieran pateado el vientre y su rostro se le desfiguró en una mueca de dolor que en un instante la convirtió en una anciana y que yo jamás podré olvidar. Como si quisiera huir de nosotros, los portadores de la pésima noticia, se giró y entró a la casa, tambaleante, como si estuviera a punto de caerse. Instintivamente la seguimos e intentamos

acercarnos a ella, pero nos rehuyó con el gesto. De su boca no salían palabras sino gemidos de animal herido, los cuales fueron creciendo hasta convertirse en un aullido de rabia y de dolor.

—¿Qué pasa, abuela? ¿Qué pasa?

Cristina entró a la sala, vestida con una piyama verde trébol, con los audífonos de su tableta aún puestos, y miró con terror a Lorenza. Al instante se percató de mi presencia y volteó a mirarme, mejor aún, me clavó unos ojos que me suplicaban que yo le dijera algo capaz de cambiar la realidad del mundo. Ante mi silencio, soltó la tableta, cayó de rodillas, palideció y se quedó estupefacta. Me acerqué a ella y la abracé.

—¿Qué pasó, Gotardo? Dígame, ¿qué pasa?

—Encontramos a tu tía Mariana…

—¿Entonces?

—La encontramos muerta, Cristina… La asesinaron… Lo siento con todo mi corazón.

¿Alguno de ustedes ha tenido entre sus brazos a una paloma agonizante?

40.
Antes de la tempestad conviene buscar refugio

Buscar el cobijo de un refugio y mejor, de ser posible, varios. Uno por cada desgracia que se avecina. Eso es lo que muchos hacemos cuando el mundo acaba de agredirnos y tenemos que seguir andando, a pesar de llevar la herida abierta y el dolor pulsando; cuando se debe continuar cargado con el peso de lo que se nos ha vuelto un pasado inconmovible y cuyas consecuencias estamos lejos de superar.

Marcadas por el reloj de la desgracia transcurrieron dos horas, largas y lentas. Las requerimos para sosegar los ánimos de Lorenza y de Cristina, para convencerlas de que nada obtendrían con ir a Medicina Legal a estas horas, que tendrían que esperar a que las llamaran. Ciento veinte minutos, contados de a uno sus sesenta segundos, en las que el durísimo interrogatorio que padecí —la terrible cadena de cómos, quiénes y porqués— me arrinconó, obligándome a ofrecer unas pseudorrespuestas que mal disimulaban la verdad y a caer en unos silencios sin posibilidad de máscara que la gritaban. La verdad aún no podía ser nombrada. Todos sabemos que la verdad tiene un gran prestigio, pero puede doler y lastimar; a veces no libera, sino que encadena. Por eso creí que debía dosificarla.

H y yo acompañamos a ese par de mujeres, más que de testigos, como intrusos. Lo hicimos hasta que Lorenza, agotada de llorar, nos

pidió que, por favor, nos fuéramos. Justo antes de irme, la pequeña Cristina salió de su dolido letargo y saltó hacia mí, con los ojos enrojecidos como si se le hubieran llagado, se refregó los mocos y las lágrimas con las mangas de la piyama y temblando de pies a cabeza me miró directo para espetarme el reclamo que en su corazón se había gestado para mí.

—Señor Gotardo Reina, le pedí que encontrara a mi tía, no que me la encontrara muerta. Yo quería que me la encontrara viva… ¡Viva!

No pude encontrar entre todas las palabras una sola que me sirviera. No la había. Con mi silencio reconocí el derecho a la rabia que tenía la pequeña y acepté la parte que me correspondía. Además de haberle fallado, debía aceptar que yo también formo parte de ese mundo que la ha herido. Lorenza la retuvo, la estrechó en sus brazos de abuela y nos indicó que nos fuéramos, que necesitaban estar solas. Nos fuimos. A fin de cuentas, cada una de ellas es el más sólido refugio de la otra.

Al salir de esa casa, H y yo caminamos, apabullados y en silencio hasta el parqueadero de visitantes. Y justo en ese tramo, sonó mi celular. Lo miré pensando que podían ser Chitiva o Catalina Blackwell para adelantarme una noticia. Pero no, era la voz de Matilde Hinojosa. Sí, era ella. Ella, en el momento más adecuado, cuando yo, que comenzaba a trastabillar en los bordes de un abismo, necesitaba que me tendieran una red para no destrozarme contra el fondo.

—Muy mal, Matilde… Vengo de hablar con la familia de Mariana y ya te supondrás.

—…

—Está bien. Acepto… Nos vemos allá.

H se acomodó sus anteojos y me miró en modo neutro, es decir, entendiendo más cosas de mí de las que yo comprendo de mí mismo. Ella también mostraba signos de estar fatigada, como yo, de fracasar en producir consuelo. Para ella, esta noche había sido una incursión a lo que de nefasto tiene la vida.

—¿Dónde se va a encontrar con la señorita Matilde, don Got?

Veinte minutos después me bajé de su moto, le entregué el casco de copiloto, la abracé, la besé en la frente y le agradecí por existir. Luego me di la vuelta y atravesé la puerta del bar Mandrágora's, que por alguna gracia no estaba repleto de clientela. Así se llama el nuevo negocio que Paty La Man y su novia, Cleopatra Ruiz, acaban de inaugurar en un callejón promiscuo del inclusivo barrio Chapinero, pues durante la pasada epidemia tuvieron que cerrar el que tenían en La Candelaria. Otro cambio es que ahora, a más de amantes, son socias.

Me dirigí a saludar a las anfitrionas que atendían detrás de la barra y disfruté la balsámica luz que sobre mí derramaron sus sonrisas.

—Bienvenido, Gotardo. Nos hubieras avisado que venías y habríamos conseguido alguien que atendiera la cantina para poder hacerte compañía.

—Gracias, Cleo.

—No creas, amor, que si vino sin prepararnos es porque tiene asegurada su compañía. ¿O me equivoco, Got?

—Jamás. Tú eres infalible, Paty.

—¿Quién es la afortunada?

—Ella. La que está sentada ahí.

—Uy, no nos digas que ya le echaste la red a Matilde.

—No, no… Es una cuestión de trabajo.

—Por algo se empieza. Ve y acompáñala. Ya mismo te servimos, que se nota a dos kilómetros que necesitas bogarte como media botella de ron.

Por detalles así es que me gusta beber donde soy conocido. Les hice la debida reverencia y fui a saludar a Matilde, quien ya se había percatado de mi presencia. Así que en el camino a su mesa me gané una gran sonrisa de consolación de su parte. Las mujeres tienen ese don, no más ven caminar a un pobre hombre y no necesitan que se les diga algo para que entiendan que lo acaban de apalear hasta los huesos. Me senté junto a ella y al mirarla tuve una grata sensación

para la que no me sentía preparado y que de seguro estaba inventándome debido a mi estado emocional. Sentí que llegaba a casa, que entraba en un refugio.

Sin recurrir a preámbulos, ella me pidió que se lo contara todo, que no escatimara en detalles, pues notaba que el peso de los hechos me estaba doblando. Así que le narré los pormenores de las horas recién vividas y mientras lo hacía, amparado en el brillo de sus ojos alertas, ingerí, cómo evitarlo, una tras otra, todas las copas que pude de ese exquisito ron, Mil Muertes de Policarpa, que es el sello distintivo de la casa. En medio de nuestra charla, Paty La Man se acercó a conversar con nosotros y también prestó su oreja amiga. Como me conoce, entendió que varias cuerdas de mi psiquis se habían destemplado y, como siempre, me ofreció su apoyo. Las horas pasaron, ¿cuántas?, no sé, solo recuerdo que, antes de treparme a un taxi, Matilde le decía a Paty:

—No te preocupes por él, Paty. Yo me hago cargo de cuidarlo. No hay problema.

—Casi nunca da problemas cuando llega a ese estado. Cuídalo, Matilde.

41.
¿Dónde estoy?

Exactamente eso fue lo que, por pura lógica, me cuestioné al abrir los ojos, recién expulsado de los paisajes de un sueño que se desvaneció al contacto con la primera luz que se colaba entre las persianas. Por fortuna, no registré ningún indicio del esperado malestar de la mañana posterior a un exceso nocturno. Me froté los ojos e intenté incorporarme, pero me encontré muy bien acomodado dentro de un futón Shiki de algodón orgánico y, además, cubierto por un edredón de plumas de ganso. Miré a mi alrededor y no reconocí el sitio. Era la sala de un apartamento desconocido e influido expresamente por la arquitectura de interiores japonesa. No me alteré demasiado por ese hecho, pues varias veces he despertado en lugares ajenos. Lo que sí me angustió fue el pozo que se instaló en mi memoria cuando me pregunté cómo había llegado hasta ahí. Pero los subibajas de ese desbarajuste neuronal duraron poco, pues las persianas se abrieron de par en par y los rayos plenos del sol me dieron en el rostro, mientras escuchaba el cálido saludo de Matilde.

—Buenos días, Gotardo. Ya casi tengo listo el desayuno, así que ve al baño. Si te es posible, mejora esa cara que tienes y te espero en el comedor.

Obedecí las claras instrucciones de la voz, sin siquiera arriesgarme a mirarla. La laguna mental me seguía inquietando, la conocida culpa posalcohólica. Varias veces en las que el amigo ron me ha dejado en piloto automático, he dicho frases, tomado

decisiones o realizado actos de los cuales ha sido menester presentar excusas, retractarme o reparar. Sentí un pinchazo de preocupación, ya que la confianza en mí mismo tiene límites, para qué voy a negarlo. Así que busqué un baño y, haciendo buches y tallándome la cara con agua fría, traté de responder ese cúmulo de interrogantes con el que nos torturamos quienes solemos pasar por dicha circunstancia.

El chorro helado en mi cabeza restauró los soportes de los puentes al archivo principal de mis recuerdos y decidí que podía confiar en ellos. Rememoré apartes de mi conversación en el bar y la manera en la que bebí sin pausa. No recordé ningún comportamiento inadecuado. No obstante, faltaba una larga secuencia que explicaba mi llegada hasta ese apartamento. Y las lagunas siempre son significativas, tal como ha querido mi psicoanalista que yo reconozca. Unos golpecitos a la puerta me sacaron de mi introspectiva actividad.

—¿Estás bien?

Salí del baño con la sonrisa de oreja a oreja que solo muestra alguien que tiene la memoria limpia y no se siente culpable de nada grave. Pero esta se me congeló cuando vi a Matilde frente a mí. Estaba vestida con un kimono azul Malibú, estampado con flores de girasol, iba descalza y con el cabello humedecido y suelto, como si acabara de bañarse. Olía a hierbas, frutas y flores tropicales. Y, para alivio mío, me sonreía sin ninguna restricción. Lo cual incrementó mi confianza en mi buen comportamiento. Hasta que la sonrisa franca de una mujer no lo exculpa a uno, los hombres no deben confiar en su propio juicio, digo yo.

Luego del breve saludo, me explicó por qué había decidido traerme hasta su casa: "No estabas en buenas condiciones, dado el elevado índice de alcohol que de seguro marcaba tu sangre", y "me dio pena dejarte solo en ese agujero emocional con el que andabas lidiando".

—Te agradezco muchísimo tu solidaridad y me excuso por todas las molestias que te causé.

—No te preocupes por eso, para mí conversar contigo en ese estado sin censura en el que estabas fue una gran experiencia. Vamos a desayunar.

No pasé por alto que su frase tenía sus bemoles, pero decidí dejar la cosas en penumbra y nos dirigimos al pequeño comedor. La mesa, acorde al estilo de la decoración, era baja y de madera, con cojines en lugar de sillas y en las que había que sentarse a la oriental. Sobre ella estaba una jarra de porcelana con jugo de toronja; una serie de bandejitas con papayitas hawaianas, mangos dulces cortados en rodajas y kiwis pelados. El centro lo ocupaba una muy occidental cafetera de prometedor aroma. Había canastas con panes. Platicos con ghee, quesos de cabra y mermeladas de arándanos y uchuva. Una delicia. Sin embargo, también estaban dispuestas un par de cacerolas de hierro donde había huevos revueltos con tocino y salchicha.

—Siéntate y te sirvo. Hago los mejores huevos pericos del país.

¿Se han preguntado alguna vez por qué todo no puede ser perfecto? En especial, cuando uno es quien estropea la calculada perfección del momento. Me senté con las piernas cruzadas y tras recibir el vaso de jugo, le di un sorbo grande, sediento. Con eso conquisté la debida pausa y me atreví a manifestar mis inconvenientes gastronómicos.

—Gracias, Matilde. No dudo de que están deliciosos, pero no me sirvas a mí.

—¿Por qué?

—Soy vegetariano.

—¿En serio? Vaya. No tienes pinta de eso. Pero con mucho gusto te preparo otros.

—No te molestes. Con lo que veo es más que suficiente.

—Siendo así, comamos, que estoy muerta de hambre.

Pasado el difícil trance de las divergencias alimentarias, ambos nos dedicamos a dar cuenta de lo que había en las bandejas. Y me encantó comprobar que Matilde se lo había tomado bien, pues con gran entusiasmo se devoró los huevos que había en las dos

cacerolas. Sonreí abiertamente. Me encantan las mujeres que tienen buen apetito, confío en ellas. Además, uno de mis pequeños goces eróticos es observar a una mujer que me atrae cuando come. Lo considero una especie de tráiler de cómo degusta los demás placeres.

—Apenas acabemos de desayunar tengo que salir, Got. Le ofrecí a un periódico un artículo sobre la muerte de Mariana y todo lo que hay detrás. Quieren hablar conmigo.

—Me parece bien. Lo único que te pido es que no me nombres.

—No te preocupes. Te citaré sin hacerlo. Sé que ya tienes encima demasiada presión y peligros.

—¿Sabes que no te conté todo lo que sé?

—Lo intuyo. A pesar de que el ron te soltó la lengua, te guardaste muy bien de decirme la identidad de los asesinos y otros datos interesantes.

—Me alivia saberlo. Simplemente, no puedo decirlo. Al menos por ahora.

—Solo escribiré que, según mis fuentes, Mariana presuntamente fue asesinada por los sicarios de una pandilla de poco calibre, pero que seguramente le estaban haciendo el trabajo sucio a una organización criminal que está por encima de ellos. ¿Te parece?

Asentí, sin estar seguro de todas las implicaciones de mi respuesta, porque tenía la boca llena y justo en ese momento timbró mi celular. Me excusé y fui a contestarlo. Era H para decirme que a la capitán Chitiva le urgía verme. Decidí hacerle frente a lo inevitable y le pedí a H que le informara que en una hora estaría en su oficina. Regresé al comedor, le expliqué la situación a Matilde, le agradecí de nuevo por su apoyo y terminé mi desayuno.

42.
¿Cooperar o no cooperar?

Interrogado por una general llena de condecoraciones y teniendo de testigo a su más eficiente capitán, sentado en una oficina demasiado oficial para mis estándares y tras haber ingerido una taza de café que no aceptaría ni un preso, me era muy difícil resolver qué rumbo tomar. ¿Qué declarar? ¿Qué no declarar? ¿O cuánto declarar? He ahí la tercera pata de mi trilema. Agravado, sobre todo, porque yo no sabía qué tanta información manejaban las dos eficaces oficiales y eso sin contar que Ángela Chitiva me conoce lo suficiente como para reconocer cuando miento. ¿Tenía, en verdad, necesidad de mentirles? Mientras las oía dar sus datos, exponer sus hipótesis y urdir la trampa de su interrogatorio, solo por ganar un poco de tiempo pedí otro poco de ese café. Un solo trago de esa pócima me ayudó a decidirme por la vía sabia, la vía intermedia.

—Señor Reina, lo que requerimos es muy simple. Solo queremos que nos explique cómo, gracias a quién y por qué razón usted se enteró de que el cadáver de la fotógrafa estaba enterrado en ese espantoso cementerio clandestino, junto a nueve víctimas más.

—Ya les dije lo que sé. Lorenza Montejo me solicitó ayuda y yo me dediqué a buscar a su hija. Tuve la buena idea de dejar un mensaje entre los miembros de algunas de las pandillas más reputadas, ofreciendo que les pagaría por información. Así que alguien me contactó, me explicó qué datos tenía, no quiso entrevistarse conmigo, pero aceptó dejarme un sobre con el mapa en la portería de mi oficina. Hecho eso, recogió el dinero de la

recompensa y se fue sin que yo lo identificara. Leí el mensaje, consideré veraz lo que decía y, para comprobarlo, se lo pasé a la capitán. En ninguna parte lo mencionaba y, por eso, yo no tenía idea de que allí iban a encontrar más cadáveres.

—Respuesta hábil y aparentemente detallada, pero muy frágil como tal, señor Reina.

—Lo sé, general Beltrán, pero es cierta.

—Mire, Gotardo. Sé que si usted se resiste tanto a revelarnos sus fuentes es porque piensa que usted o alguien más puede ponerse en alto riesgo.

—No, es solo que no sé nada más, capitán. Además, he decidido alejarme y cerrar ese caso. Encontré un cadáver, cuando yo buscaba a una mujer viva. Desde mi punto de vista, eso es un rotundo fracaso. Yo no aclaro homicidios por mi cuenta, tampoco persigo asesinos. Los odio, pero no me dedico a capturarlos, ni siquiera por una recompensa. La investigación de esos crímenes es responsabilidad de ustedes.

—¿Sabe qué piensa la doctora Blackwell del patrón que muestran esos homicidios?

—No he hablado con ella.

—Debería. Ella quedó muy preocupada.

—¿Por qué razón?

—Por las evidencias forenses recabadas por su equipo tiene razones científicas para considerar que detrás de todos esos crímenes hay un único asesino en serie y no la delincuencia organizada. Y usted bien sabe que la doctora es una eminencia en su profesión.

—¿Les explicó por qué piensa eso?

—Aún no han terminado el informe, pero lo cree por la manera metódica en que fueron cometidos esos homicidios. Según ella, han podido perfilar no solo un mismo *modus operandi,* sino el elaborado ritual psicopático de alguien que odia a las mujeres. Con una sola excepción: el caso de Mariana. No solo las muchas torturas recibidas por ella corresponden a otro patrón de sadismo, sino que la causa

de su fallecimiento fue el balazo que recibió en la frente. Un tiro de cerca, hecho con un arma calibre 22. En los demás casos la muerte fue provocada por alguna forma de tortura, incluida la asfixia.

—O sea que, solo en ese caso, el asesino cambió su procedimiento habitual.

—Veo que nos entiende, señor Reina. Y usted debe saber que los asesinos seriales, por lo general, solo alteran sus métodos cuando evolucionan y psicológicamente se están convirtiendo en seres mucho más peligrosos.

—O cuando se enfrentan a un imprevisto que no corresponde a sus planes.

—Así es.

—Comprendo su preocupación, general. Pero no tengo nada que decir al respecto.

—¿No? El problema que a usted le atañe aquí, señor Reina, es que si la doctora tiene la razón, también cambian las hipótesis y las líneas investigativas.

—¿En qué sentido?

—Gracias a sus informes, nosotros estábamos considerando el caso bajo la hipótesis de que la desaparición de la fotógrafa se debía a la peligrosa investigación que ella estaba realizando. Lo cual nos apuntaba directo a las mafias de tratantes de personas.

—Aún pienso que es así, Chitiva. No cuento con las pruebas, pero estoy convencido de que esas mafias están detrás del asesinato de Mariana.

—¿Y si no es así? ¿Lo ha pensado? ¿Si se dio una terrible coincidencia y Mariana dio un paso equivocado y cayó en manos de un asesino serial de mujeres? Las otras nueve tumbas son de femeninas, Gotardo. A primera vista el equipo forense estableció que son mujeres jóvenes y que fueron espantosamente torturadas. Eso indica que tenemos suelto a un peligroso psicópata que las odia.

43.
Nada más difícil de traicionar que los malos hábitos bien constituidos

Logré salir cuasi indemne de las dependencias policiales, pero con la molesta sensación de que las dos expertas investigadoras no habían creído mi raquítica versión de los hechos y, encima, de que yo les había mentido muy mal. La seca mirada que me echó Chitiva al despedirme lo decía. Esto me dio que pensar. No podía evitar el sospechar de mí mismo, pues la verdad sea dicha, cuando quiero mentir lo hago perfecto; lo sé hacer con convicción, sin dudas y sin culpa.

Era la sana alerta en que se mantiene mi guardián interno lo que no me había permitido decirles la verdad. No solo pesaban mis justificados resabios de desconfianza en cualquier autoridad (nada personal con ellas dos, a quienes aprecio en toda su valía), sino la prudencia. Aún crepitaban en las paredes de mi cerebro las muy precisas amenazas que me había hecho y transmitido la Pequeña Lulú. Sobre todo, su explícita advertencia de que no hablara de lo sucedido con nadie y que me olvidara de seguir por los caminos que había destapado Mariana Montejo, so pena de que algo atroz me podría ocurrir a mí y, sobre todo, a mis seres más queridos. Por esa razón, en mi deficiente testimonio había sembrado un rastro de baches sabiendo que Chitiva sospecharía de mí, intuiría mis razones y, lista como es, se mantendría vigilante.

A todas estas, sorteaba el tráfico callejero, como cualquiera puede suponer, estremecido por esas inquietantes reflexiones. Fumaba a dos manos y sin mayores pausas. Caminaba con mayor celeridad a la que acostumbro y parlamentaba en voz baja conmigo mismo, sin importarme lo que pudieran pensar el resto de los peatones. Los amplios andenes de la avenida del Conquistador estaban saturados por hordas de empleados recién salidos de sus celdas de trabajo con el único propósito de que restituyeran lo necesario de sus fuerzas, en esa enervante hora que se les concede para ello. Así que, a pesar de haber querido detenerme a tomar un par de copas en algún lugar propicio, como el Café Saint Moritz, decidí seguir hasta mi oficina. Aunque también temía el interrogatorio al que me sometería H cuando le contara acerca de mis novísimas e intempestivas decisiones.

Por gracia de alguna casualidad favorable a mí —ya era hora—, sobre el escritorio de mi colaboradora había una nota que decía que había salido a hacer una diligencia y a almorzar. Por esa razón pude ampararme en un tiempo de soledad y de silencio, dos o tres copitas de ron, una jarra de buen café e incontables rompepechos, como una fórmula personal que intentaba poner en orden mi cabeza. La aceleración de los acontecimientos de las últimas horas no me había concedido una pausa y estos requerían de una minuciosa revisión.

Me recliné cuan largo soy en mi silla giratoria y me dediqué a las tareas ya descritas. Logré concentrarme, a tal punto que no supe cuántas horas gasté, ni en qué momento H regresó a la oficina. Cuando volví en mí, la tarde bruscamente ya mostraba sus primeras mermas de luz. Pero, a pesar de mi aplicado esfuerzo de concentración, no había logrado clarificar ninguna de mis incógnitas primordiales. Sospechaba que había subvaluado más de una pieza y dejado varios senderos sin inspeccionar a fondo. Sobre todo, aún no comprendía por qué esas mafias me habían dado un trato preferencial y, además, cedido a mi solicitud, cuando a Mariana su intrusión le había costado la vida. Tuve la desagradable sensación de que una sombra poderosa se movía tras de mí y que yo era un

juguete en sus manos. Necesité una última copa de ron para espantarla.

Pese al montón de deficiencias anotadas, había vislumbrado una única puerta de salida. Nada menos que una obvia ruta de escape, una manera de alejarme de la situación en la que desde hace quince años me encuentro atrapado. Pude afrontar una verdad de a puño, a la que hace años me resisto, y que gritaba que mi propia vida era la que me pesaba en demasía. Entreví un camino que me tentaba con fuerza, aunque intuía que seguirlo tampoco solucionaría mis malestares. Tendría que cargarlos conmigo. La pura verdad era que siempre había querido ser capaz de vivir la vida solo por vivirla, sin propósito distinto a no picar el anzuelo de las metas. Me animé con esa promesa interior de liberación y, en consecuencia, tomé una determinación que ha mucho venía esquivando, pero que ahora estaba resuelto a llevar a cabo. Esas horas sirvieron para afirmarme en una idea: estaba en una encrucijada y debía apartarme, renunciar, cambiar mi vida de arriba abajo y, sobre todo, de adentro para afuera. Tenía, como dicen ahora, que reinventarme.

Para llevar a cabo este propósito, lo primero que debía hacer era conversar con H. confrontar su opinión y obtener su aprobación. Iba a llamarla, pero ella, que suele estar en sintonía conmigo, abrió la puerta y me hizo una pregunta que confirmaba mi apreciación.

—¿Necesita hablar conmigo, don Got?

—Sí, pasa y siéntate, querida Hortensia.

—Uf, usted es igualito a mi mamá, cuando me dice Hortensia es que la cosa está frondia.

—He decidido algo y tú eres la primera que debe saberlo.

—Lo escucho.

Aguardé a que ella se sentara. Respiré con métodos de yogui, varias veces. Inspiré hondo, retuve el aire unos segundos y lo exhalé despacio, tal como recomiendan avanzados maestros. Necesitaba domar mi bullicio neuronal y lograr claridad para expresarme.

—He decidido renunciar, H.

—No le entiendo, don Got. ¿Renunciar a qué?

—A todo. A esta vida. A este trabajo. A esta oficina. A esta ciudad. A este país y, sobre todo, al Gotardo que ha galopado adelante de mí todos estos años. No doy más, H. ¿Me entiendes?

Solté la retahíla de corrido. Con tono de total convencimiento y sintiendo un aire de emancipación personal al decirlo en voz alta, al ser capaz de decírselo a H. Ella se acomodó los lentes con el dedo índice y me miró en silencio, unos segundos, sin sorpresa y absolutamente inexpresiva.

—Lo entiendo muy bien, don Got. Comprendo que usted esté cansado de todo esto. Lo que usted busca y hace no es nada fácil. Y, además, es evidente que su vida personal ha alcanzado un punto en que no le es satisfactoria.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Solo que si usted quiere mandar todo al carajo, yo no me opongo. Hágalo. Luche por su bienestar y no se preocupe por mí.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Adelante. Solamente diga qué quiere que yo haga y lo hago.

—Bueno, si es así, quiero que empieces por cerrar esta oficina. Avísale a nuestro arrendador. Paga todas las deudas que tenemos. Haz un balance en nuestras cuentas y ya.

—¿Ya?

—Bueno, hay que informarles a las Mujerciélagas que el caso está cerrado, agradecerles su ayuda y pagarles lo que les prometimos.

—No hay problema. De eso me encargo yo.

—Solo quiero hablar una vez más con Violeta.

—Anotado, jefe.

—Y no te preocupes por ti. El dinero que quede en las cuentas nos lo repartiremos por igual. Por fortuna es suficiente para jalar un rato, mientras descubres qué quieres hacer. ¿Te parece?

—Sí, don Got.

—Ok, hazlo y tenme al tanto, por favor.

—Lo haré. Y no se angustie por mí porque usted siempre será mi maestro preferido.

44.
¿Qué respuesta busca el que mucho pregunta?

Salí de la oficina esperando sentirme ligero, como todo aquel que se ha quitado un peso de encima. La reacción de H ante mi decisión me había tranquilizado parcialmente. Quizás esperaba una resistencia inicial mucho más fuerte de su parte y repleta de preguntas. Pero no fue así. En todo caso habrá que ver, a lo mejor reacciona más tarde. Sin embargo, como todo el que ha tomado la drástica resolución de darle un giro a su existencia, sentí el impulso de confrontarla con mis seres más cercanos. ¿Y quién más próximo a mí que mi hermano Lotario?

Encontré a Romeo en la puerta de lo que parecía ser, cada vez más, una academia de artes marciales. Incluso habían pintado e iluminado la fachada del lugar, aunque aún no se le veía ningún letrero que la anunciara. Tras saludarnos me indicó que el maestro estaba adentro. Noté algo de duda en su mirada.

—¿Qué pasa, Romeo?

—El maestro está, pero ocupado.

—¿Tiene alumnos? ¿Está dando clase?

—Está en una cesión privada.

—¿Te dijo que nadie debía pasar?

—No, no dijo nada.

Antes de entrar al salón de entrenamiento tuve un pálpito. Me olí que algo raro podía estar pasando. ¿Qué? Me detuve sin hacer ruido y pegué mi oreja a la puerta, pero solo logré captar las exclamaciones y ruidos propios de un combate. Con cuidado abrí y, en efecto, dos personas se batían sobre un *ring* de tatamis. Eran Lot y la Geisha, nada menos.

No me sorprendió del todo la presencia de la mujer, sino la gran forma en que luchaba. Ella estaba vestida con una camiseta roja sin mangas y unos *shorts* muy ceñidos, tenía puestos unos guantes *muay thai* de boxeo; además, iba descalza y traía el cabello recogido en una trenza. Lot solo usaba un viejo pantalón de algodón y sus guantes. Al momento de verlos, giraban en una especie de danza en torno al otro, en plena guardia de estudio. Parecían exhaustos y sudaban de manera profusa; sus pieles y el contorno de todos sus músculos les brillaban. El contraste en el color de las pieles ofrecía una hermosa visión. Ambos se miraban atentamente a los ojos y se les notaba la tensión en sus cuerpos. Me acerqué de más y eso hizo que Lot desviara su mirada para verme. Fue un error de su parte. La Geisha no desaprovechó la oportunidad y atacó a fondo. Hábilmente realizó una perfecta finta de engaño, simuló lanzar una patada a la zona media del cuerpo de Lot, buscando impactar su plexo solar; pero, como era previsible, este reaccionó por puro reflejo y armó una guardia media para repelerla. Con gran velocidad ella completó el lance y, sorpresivamente, cambió de blanco, mientras aún se sostenía en el aire, y sin compasión alguna pateó el rostro de su rival con el duro empeine de su pie izquierdo, abriendo el campo para un remate letal que dejó marcado y sin puntuar. Era un ataque maestro, pese a que yo le colaboré en su distracción. No pude menos que aplaudir. Así que los dos se detuvieron, se miraron a los ojos y se concedieron una reverencia mutua.

—¿A qué debo el gusto de que interrumpas nuestro entrenamiento, *Bruder*?

—Por lo que vi, hice bien en interrumpir. Estabas a punto de recibir una paliza.

La Geisha sonrió al escuchar mi comentario y, por un instante, pasó sus ojos por los míos. Algo dentro de mí tembló. Su blanca piel empapada en sudor y todo su cuerpo transmitían una imagen de potencia. Sin dar muestras de haber registrado mi broma, Lot caminó hasta una banca, recogió un par de toallas y regresó a nuestro lado. Le ofreció una a su contrincante y se secó el rostro con la otra.

—Si no han terminado con la clase, puedo sentarme a verlos y esperar.

—Gotardo, tu hermano no me estaba dando clase, ni enseñando nada nuevo, simplemente estábamos practicando.

—Es verdad, Got. Salomé ya lo sabe todo.

—No imaginé que fueras una experta en artes marciales.

—Mi padre y mi abuelo me entrenaron. Después he tenido otros maestros.

—Se nota que te enseñaron bien.

—¿No quieres probar qué tan buena luchadora es ella?

—No, Lot, no vengo preparado. Además, no soy ni siquiera un discípulo.

Ambos se rieron de mí, me hicieron el debido *bullying* y con vengativa complicidad me retaron psicológicamente hasta acorralarme. Vale decir que utilizaron la estrategia inversa a la aconsejada por Sun Tzu, el teórico chino de la guerra, pues como enemigo no me dejaron salida distinta a la de luchar. De esa forma y sin habérmelo buscado, resulté atrapado en una red triple. De un lado, Lot me cobraba la inesperada interrupción, Salomé se sentía halagada por el reto y yo, allá dentro de mí, sin ser consciente aún, cumplía el anhelo secreto de que me dieran una buena tunda. Como comprendí después.

Tras unos minutos de estar sometido a esa presión, bajé la cabeza y simplemente acepté. Me descalcé y me deshice de las prendas de vestir que sobraban. Luego me calcé unos guantes, simulé realizar un par de estiramientos, troté en puntas y me planté en el centro del imaginario *ring*, pues solo estaban colocadas sobre

el piso dieciséis tatamis y nada de cuerdas. Una vez parado allí respiré intentando concentrarme y esperé a que la Geisha retornara al cuadrilátero y se ubicara frente a mí. No devolvió la sonrisa que le hice y me lanzó una mirada de aviso, mal oculta entre las diminutas rendijas que entreabrían sus párpados. Respiró y me hizo la consabida reverencia. Apenas me incliné para responder a su saludo tuve la interna convicción de que había metido la pata al dejarme provocar. Pero ya era tarde. Ella elevó la guardia, se deslizó con la elegancia de una fiera en torno a mí y realizó un ataque de tanteo, hecho de engañosas fintas. Con relativa facilidad logré bloquear su primera tanda de patadas y desviar la andanada de puños que apuntó contra mi cara. Ese intercambio me bastó para sentir no solo su potencia, sino una rabia contenida adentro de ella que buscaba salida. Por alguna razón, esa mujer necesitaba activar la adrenalina de la lucha. Yo, sin pensarlo mucho, aproveché una fisura en su defensa y contraataqué. Como hace rato no entreno, mi desplazamiento resultó más rápido y potente de lo que podría haber previsto y mi brazo izquierdo barrió su defensa, que era precaria, pues por lo visto ella me subestimaba, y mi rodilla derecha encontró el camino libre hasta la boca de su estómago. El golpe le sacó el aire, la dobló y la empujó hacia atrás. Pese a eso, cuando se desestabilizó intentó patearme en mi más sensible vértice. Por fortuna yo bloqueé su patada con mi pie y de respuesta le lancé un puñetazo perfecto que se estrelló contra su cara. Preocupado, me contuve e hice un amago machista de que podíamos parar. Ella ni siquiera se palpó la sangre que escurría de sus labios. Simplemente, entrecerró los ojos, recompuso su guardia, tensó todo su cuerpo y avanzó hacia mí. Retrocedí para aumentar distancias y miré por el rabillo del ojo a Lot, quien lucía impávido, sin emoción o intención de pararnos. Y, de ahí en adelante, todos mis esfuerzos por parar y responder al arsenal de puños, patadas, codazos y rodillazos que me lanzó, con gran tino, resultaron de poca efectividad. Me protegí cuanto pude, pero resulté vencido y vapuleado, a más que ella cobró en sangre mía la sangre suya. Cuando Lot detuvo el combate solo había un vencedor. ¿Debo decir cuál?

Apenas acompasé mi respiración y recobré la totalidad de mi visión, me incorporé, hice la venía, recogí mi ropa y busqué el baño. Allí me enjuagué la sangre y me revisé los golpes recibidos, de los cuales mi orgullo me impide su relato. Bueno, me dije en el espejo, otra pelea perdida. Y eso que no es de las peores que he perdido. Me vestí y salí. Solo Lot me esperaba en el salón.

—Salomé tuvo que irse. Dijo que te da la revancha cuando quieras. Pero comentó que es mejor que entrenes, pues se nota que estás muy fuera de forma y te sobran unos kilos.

—No he debido aceptarle el reto.

—Peleaste muy mal. Quisiste atacarla y has debido concentrarte en tu defensa para minimizar tus daños. Eso fue porque de entrada cometiste el error de no evaluar correctamente la evidente superioridad de tu contrincante. Espero que la zurra que te dio te sirva de enseñanza.

—Que así sea. Siempre puedo aprender de mis errores.

—¿De qué quieres hablarme con tanta urgencia, *Bruder*?

—Tomé una decisión muy importante y necesito tu opinión y tu consejo.

—¿Crees que tu decisión ya está tomada?

—Sí.

—Entonces, te puedo dar mi opinión, pero en ese caso te sobra mi consejo. Ya sabes, si la pregunta que tienes está bien hecha es porque tú mismo puedes encontrar la respuesta.

—Gracias por recordármelo, gran senséi.

45.
A veces siento que la realidad me persigue

Después de escucharme, Lotario me dejó en la esquina de mi cuadra y, apenas me bajé, aceleró su camioneta a toda máquina. No quise indagar los motivos de su urgencia y preferí no suponerlos, ya que no quiso responderme cuando le pregunté si veía con frecuencia a la Geisha.

Espero, eso sí, que haberme confesado con él pueda servirme. El solo ser escuchado nos aclara las nieblas que están detrás del pensamiento. Pero eso lo dirá el futuro y allí todavía no he llegado. En todo caso, cuando le comuniqué mi decisión, respondió que podía contar con él y, como de paso, comentó que hace rato notaba que mi trabajo me estaba destrozando, pues estaba inmerso "en una labor para Sísifo". Después de un caso venía otro, ya que siempre, cada día y a cada hora, alguna persona estaba siendo violentada o desaparecida. También subrayó que creía que yo había hecho mucho, pero que nunca iba a arreglar un mundo que estaba hecho así, no por un error sino de acuerdo con un plan. Bueno, esa fue, más o menos, su opinión. Lo que a mí me confortaba es que aprobó el núcleo puro de mi decisión.

A pesar de la pelea perdida y los golpes encajados, venía de un humor más o menos aceptable, para no contar que en el fondo de mí aún no lograba balancear los pros y contras que más me incordiaban. ¿Esto o aquello? ¿Más o menos? ¿Ya o cuándo?

Distraído en las operaciones de esa contabilidad interior solo me percaté, cuando lo tuve enfrente, del elegante automóvil que estaba parqueado en la entrada al edificio. Nada menos que un Bentley Mulsanne, gris perla, que es un carro fabricado exclusivamente para que lo conduzca un chofer uniformado.

La única persona que conozco que se puede dar el lujo de montar en una máquina así es don Gervasio Torrenegra. Por eso me extrañé, pero no me sorprendí, cuando se abrió la puerta y se bajó un Yizus vestido con terno azul oscuro, camisa blanca y corbata. Serísimo y sin decir nada, se paró a un lado y me indicó que me asomara. Adentro estaba quien yo había previsto. Al verme, el viejo ricachón amagó una sonrisa e hizo el notable esfuerzo de pelar toda su caja dental, solo para simular que no me ordenaba a invitarlo a entrar a mi casa, pues "estoy dispuesto a embucharme alguno de esos whiskies baratos que tú tomas".

No pude eludir la autoinvitación del magnate y los invité a subir. Al entrar, el ingeniero Torrenegra se quitó su magnífico abrigo de vicuña, color camel, bajo el cual traía puesto un suéter de *baby cashmere* que le hacía juego a sus mocasines *summer walk*. Como de costumbre, lucía en su muñeca uno de los Patek Philippe de su colección, esta vez un *Golden Ellipse*. A pesar de su lujosa elegancia, al verlo despojado de su acostumbrada pinta de poder sospeché que se había vestido así, de manera informal, solo porque tenía pensado entrar a mi humilde casa y que lo que quería conversarme resultaba importante para él.

Patrón y empleado se sentaron en la sala mientras yo rebuscaba la mejor botella de ron de mi discreta cava. Dispuesto a no tolerar comentarios humillantes esa noche, pues ya había tenido una ración más que suficiente de derrotas, sofoqué un bufido de alegría cuando encontré, intacta, una botella de Rhum Clement, 1952, regalo que me hizo mi amiga Florence Dubucq cuando estuvimos buceando en Martinica, y que yo había escondido a la espera de una ocasión que la ameritara, pero que bien me serviría para desinfectarle la boca al engreído oligarca.

—Lo lamento, don Gervasio, pero en mi casa no se bebe ese trago para jubilados que es el whisky, sino el ron.

—Desde que sea una vaina potable te lo acepto, Reina. Y déjame decirte que me alegro de conocer tu casa. Creí que malvivías en un cuchitril. Y perdona la franqueza.

—Todos somos víctimas de nuestros prejuicios, don Gervasio.

Le extraje el corcho a la botella, serví a tope tres vasitos y los repartí. Luego me senté, saqué una caja de habanos, Cohiba Behike, y les ofrecí a mis huéspedes. Todos brindamos con el gesto. Paladeamos el ron, sin defraudarnos. Y les dimos candela a los tabacos.

—Y bien, ¿a qué debo el discutible honor de este allanamiento?

—Bájale al tono, que vengo en son de paz, Reina. Eso sí, lo hago solo porque me convencieron de que necesitas educarte. Por eso acepté darte una lección, de la que espero sepas sacar algún provecho.

—Diga usted, don Gervasio. Parece que esta es mi noche de lecciones.

—Traje al señor Kraist no como testigo, sino porque a él también le va a servir lo que te voy a explicar. Aunque él me ha demostrado que la calle enseña mucho truco.

Miré a Yizus. Estaba serísimo. Parecía otro. Su normal altanería se había disuelto por completo en una canina actitud de admiración y obediencia hacia el macho alfa de su nueva manada. Era evidente que el ingeniero Torrenegra estaba domando —o comprando— su irredenta alma de perdido. Quién sabe a qué precio y para qué fines. Intrigado, pero con mis defensas arriba, me alisté para escuchar lo que el vetusto ricachón tenía que decirme, pues intuí que tal cosa solo era explicable si, por la razón que fuera, su hija Aralia lo había obligado a hacerlo.

No les repetiré todo lo que a bien tuvo que explicarme y a lo que yo traté de prestarle toda mi atención. Fue un discurso pragmático, extenso y detallado. Al punto que, copa tras copa, consumimos por completo la estupenda botella de ron. En medio de la disertación del

millonario apareció Mu, se sentó a observarnos bajo el marco de la puerta a la terraza, olfateó y tras unos cuantos segundos se alejó, muy de seguro debido a la humareda que exhalábamos. Acabada la clase magistral nos despedimos y, por un brevísimo momento, capté una suave corriente de cordialidad en las maneras de don Gervasio Torrenegra, pero es muy posible que lo estuviera interpretando mal.

Una vez el par salió de mi apartamento, abrí las ventanas con el fin de ventilar y con la esperanza de que Mu volviera a visitarme. Escurrí en un vasito las últimas gotas de licor y me senté dispuesto a revisar todos los temas que rondaban por mi cabeza. Estando apenas en los preliminares del asunto, recibí un mensaje de H avisándome que, al mediodía siguiente, se realizaría el funeral de Mariana. Otra cosa más en qué pensar.

Priorizando mis urgencias repasé los argumentos que sustentaban mi acuciosa determinación de retirarme. Analicé las actitudes y comentarios de H y de Lotario. Luego, reconté la lista de motivos que había elaborado para justificarme. En ese proceso volví a percibir fallas, inconsistencias y agujeros negros. No me extrañó, pues así funciona mi mente. Pese a ello, decidí reafirmarme en mi propósito: cambiaría de vida, así fuera para peor. Necesitaba un cambio, sí, no triunfar en algo. Por último, recordé los apartes de la charla del magnate que habían anclado en mi memoria y que yo consideraba eran la motivación de esta, pues como siempre Torrenegra había disertado sin ir directamente al punto, sino apenas circunvalándolo. Esa es una parte de sus técnicas de liderazgo, no decir nada claro sino obligarlo a uno a descubrir qué era lo que en realidad había querido decir.

Sintiendo ya los asedios de la fatiga acumulada y para nada repuesto de las secuelas anatómicas de mi combate con la Geisha, decidí que lo que más me convenía era tenderme en mi cama y, cómodamente cobijado, dedicarme a repensar el asunto.

En una muy sucinta síntesis de lo que entendí, puedo decir que el viejo quiso darme una comprimida lección de economía y política ,válida para los tiempos actuales, pero aplicada a una industria

específica y la evolución de sus mercados, la del hampa, que él definió como "una corporación transnacional multicriminal".

Don Gervasio consideraba que esta debía analizarse con similares parámetros a los que se usan con cualquiera de las otras, pues "las leyes que rigen las actividades de la mafia han inspirado muchas veces y otras son puras copias de las leyes del capitalismo". Lo que equivale a decir que la mafia, como cualquier rama industrial, se organiza racionalmente con el único fin de producir riqueza; aunque sus cuotas de reparto sean transadas de acuerdo con las capacidades de violencia que tienen los socios y los rivales. "Como en el mundo primitivo. Todos matan el venado, pero los más fuertes comen más y apartan para sí las mejores partes".

Además, lo que consideraba más relevante en ese contexto era que, según esas leyes económicas, los únicos que sobreviven son los más competentes y estos tienen el deber de canibalizar a los más chicos, puesto que la inercia de todo gran negocio obliga a su concentración en muy pocas manos.

—Es que a la gente le encanta y la tranquiliza la organización piramidal y, por eso, en todas partes los mediocres suplican jefes únicos.

Hizo un paréntesis para paladear el estupendo ron que bebía a cuenta mía y para indagar con la mirada una señal de que yo le estaba entendiendo. Me mantuve impertérrito. Entonces el viejo continuó. Añadió, dándole importancia, que todas las industrias que existen en este planeta están subordinadas por y para el mismo sistema, que es el que las engloba y determina. "Del pulsar del sistema nadie escapa, pues solo ofrece una salida: la desaparición". Por esa ruta pasó a explicar que, hoy en día, el gran negocio criminal ya ha alcanzado la etapa superior y, por ende, tiende a su mundialización y a su concentración.

—¿Entiendes lo que digo, vergajo? Espero que Aralia tenga razón y tú sí tengas mollera suficiente… Ahora sírveme otra mincha de ese ron que está buenísimo, aunque por su culpa mañana me asesine la gastritis.

Por supuesto que estoy seguro de no haber logrado entenderlo a cabalidad. Aralia sobrestima mi mollera. Creo que algo de ese corte me lo habían querido explicar ella y Matilde. Tal vez creyó que dicho por la boca autorizada de Torrenegra me calaría mejor. No se me escapaba que, para efectos prácticos de mi particular interés, esa teoría explicaba que el mundo de la criminalidad no solo se ha tecnificado, diversificado, racionalizado e internacionalizado, sino que está incorporado, con gran éxito, a todo el andamiaje productivo del sistema, pues "el sistema es un ente amoral y no puede desperdiciar ningún incremento de riqueza, sea cual sea su origen".

—Para que el sistema acabe con la corrupción tiene que suicidarse, pues el sistema es el fruto óptimo de la corrupción misma.

Bueno, bueno, sé que es algo intrincado, pero lo creo cierto. Sin embargo, como conclusión íntima y explicación de por qué el millonario se tomó la molestia de intentar ilustrarme en el campo de los grandes negocios, solo se me ocurre que quiso permitirme dimensionar al enemigo contra el que he luchado durante tantos años y explicarme por qué no tengo la más mínima posibilidad.

—Las fronteras entre el bien y el mal solo existen en las mentes ingenuas, Reina. Son los intereses que imperan en el mundo los que se las inventan. Por eso las trazan y las borran a su entero acomodo. Un día lo bueno es malo y al otro, viceversa. ¿No te has dado cuenta, ala?

Como comenté, no entendí todo lo que el experto en creación y manejo de riqueza me decía, pero sí capté que, de fondo, me prevenía acerca de no pisar terrenos que rebasan mis recursos físicos y mentales. Como quien dice, me aconsejaba acostumbrarme al hecho de que el mal siempre gana la partida. Me estiré bajo las cobijas y viendo danzar grotescos demonios en el teatro de mi mente, el ansia física de dormir me fue ganando. Justo antes de que el sueño me derrotara por completo, pensé que todo eso a mí ya no tenía que importarme, pues había decidido dejar de lado toda actividad, huir y apartarme del trajinar del cochino mundo. No obstante, una de sus frases me quedó sonando.

—No lo olvides, Reina. Los que mandan en el mundo criminal actual son los mismos que comandan todos los otros negocios del mundo. Para eso tienen a los políticos, que solo son sus perros de presa.

46.
Trajeado de azabache desde la suela de los zapatos hasta la corona del sombrero

Créanlo, en esa luctuosa y apropiada pinta me hice presente, poco antes del mediodía, en la entrada a esa iglesia emblemática, Nuestra Señora de la Valvanera, que es el principal templo religioso de ese antiguo barrio obrero bogotano que carga con el nombre de un presidente nada proletario, Restrepo. Ya que, quizás lo recuerden, allí vive, sufre y labora la familia Montejo.

E inesperadamente llegué más temprano de lo que acostumbro, pues la ceremonia estaba programada para una hora después. No obstante, mi suerte se compuso. Apenas pasaron unos cinco minutos vi llegar a Matilde Hinojosa. La observé bajarse de una camioneta de color blanco kumis, que es el que está de moda en las plataformas. Vestía una chaqueta de terciopelo negro, pantalones del mismo color, blusa gris plata, sombrero tipo *pillbox* y unas gafas oscuras, Louis Vuitton, que aunque le tapaban sus ojos le sentaban de maravilla. Disfruté verla caminar hasta mí. Tanto que me alegré de haber llegado temprano.

—Hola, Gotardo. ¿Siempre eres así de puntual?

—No, hoy cometí un acierto involuntario.

Matilde sonrió. El clima de mi alma se entibió. De inmediato le propuse que nos diéramos un paseo por el barrio y aprovecháramos

el rato para ponernos al tanto de los últimos eventos. Entre otros datos que me dio, me contó que fue gracias a la influencia de Aralia Torrenegra que se había logrado realizar el funeral con tanta diligencia y que, además, ella había insistido en sufragar todos los gastos. Lo cual le agradecí en silencio. Caminamos y fumamos, pero solo hablamos lo indispensable. El ánimo que traíamos no era el más locuaz. Lo ocurrido con Mariana nos secaba la lengua. Así que dejamos que la conversación se disolviera en los lagos de un silencio acompañado que, aunque suele ser inusual, nos resultaba placentero.

Cuando regresamos a la iglesia ya se había congregado una nutrida multitud en las escaleras del atrio. Identifiqué al primer vistazo la presencia inconfundible de Aralia, quien conversaba con la Geisha. Estaban también varias mujeres jóvenes, en quienes creí reconocer a las trabajadoras de la tienda de tatuajes de Lorenza. Cerca de ellas me pareció ver a Medusa, la bailarina. También hacía parte del gentío una copiosa delegación de las Mujerciélagas, encabezada por Violeta, en su calidad de prima. Un poco más allá estaba Chitiva, en uniforme de gala, hablando con la doctora Catalina Blackwell y algunos de sus colegas. Unos minutos después llegó H, acompañada de Julia Milena, su encantadora novia. No faltaban, por supuesto, representantes de los medios informativos, micrófono y celular en mano, tratando de obtener espeluznantes y lacrimosas entrevistas. Lo cual era previsible, dado que las noticias en torno al crimen "de la bella fotógrafa" y del macabro hallazgo que lo rodeaba habían abarrotado las primeras páginas de los periódicos y saturado las principales franjas de todos los noticieros. Además de los ya señalados, había un buen número de personas desconocidas para mí.

Apreciando la cuantía de los presentes y sintiendo ninguna gana de saludar y entablar conversaciones, preferí no incorporarme al tumulto. Me mantuve apartado (fumando, como maliciarán) y permití que Matilde fuera sola a besar a sus conocidos. Por deformación profesional aproveché para inventariar rostros entre la masa y detectar gente que a mi parecer luciera sospechosa. Debo

decir que no solo había varios sino varias. El hecho es que mi usual alerta paranoica me tenía convencido de que era muy factible que hubieran mandado a vigilar el entierro. Y como siempre que uno piensa mal acierta, descubrí a un personaje ya visto que hizo que un corrientazo recorriera mi columna vertebral. Muy cerca de la puerta estaba ese hombre alto y bien vestido que observé, noches atrás, bebiendo vodka en compañía de los rusos y que, según la descripción de Yizus, dirigió su brutal interrogatorio. Él no me estaba mirando, permanecía recostado a un muro, con dos hombres de aspecto criollo y gansteril, custodiándolo a lado y lado. Reaccioné y alcancé a señalárselo a H para que lo mirara. Él lo notó de inmediato, pero como si solo hubiera ido a cerciorarse de que yo lo viera, con medida calma se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y me miró de frente unos instantes; luego, se dio la vuelta, caminó hasta la calle y se subió a una camioneta blindada y de alta gama. ¿A quién o a quiénes buscaba intimidar? ¿Qué vigilaba? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué había dejado claro que quería ser visto por mí?

Solo alcancé a tomar nota mental del hecho ya que de manera casi simultánea se estacionó un taxi del que descendieron Lorenza Montejo, una mujer que a juzgar por el parecido físico solo podía ser su hermana y, por ende, la madre de Violeta, así como la pequeña Cristina. Las tres estaban ataviadas de luto riguroso. Detrás de ellas arribó el coche fúnebre que contenía el féretro.

Como es costumbre ritual, todos los asistentes se aproximaron al baúl del carro e hicieron un callejón para que por allí pasara el cortejo y se distribuyeran los abrazos de pésame. Me aproximé con discreción, saludé de lejos y con una leve inclinación de cabeza a Lorenza. Pero esta, al verme, me hizo un gesto para que me acercara. Fui hasta donde estaba ella. La saludé de mano y le reiteré mis condolencias. Vi que aunque Lorenza estaba herida, mantenía esa estampa de firmeza y valor que suele acompañar a los dolientes en el transcurso de los funerales de sus personas queridas. A continuación, intenté saludar a Cristina, pero esta no me lo permitió; como si no quisiera ensuciarse los ojos al mirarme me dio la espalda y corrió a estrecharse en los brazos abiertos de Violeta. Las observé

con tristeza, lloraban juntas, como válida táctica de consuelo mutuo. Cuando estaban por descargar el ataúd, Lorenza me pidió que les ayudara a cargarlo y a transportarlo al interior de la iglesia. Conmovido acepté, me quité el sombrero y me ubiqué adelante, en el puesto que me indicaron. No fue una sorpresa para mí que los demás cargueros fueran mujeres.

47.
¿Llegarán a huir de lo que huyen los que huyen?

Ante la perspectiva que se me abre creo que no resulta recomendable soslayar el hecho de que hay huidas de huidas. No todas pesan lo mismo, ni son iguales, ni responden a causas similares. Todos los continentes del mundo están atestados de personas que se ven forzadas, sienten, quieren o concluyen que no cuentan con opción distinta a la de huir. Todos los mapas de la Tierra están surcados por el trazo de multitudes errantes y sangrantes que escapan de un peligro externo y también por el de otros grupos que lo hacen debido a un peligro interior. Los hay que escapan de una confluencia adversa de ambos tipos de amenazas. Desterrados, desplazados, perseguidos, amenazados, violentados, torturados, desesperados, excluidos, derrotados, hambrientos, ilusos, aventureros, malheridos, oportunistas, irresponsables, culpables, valientes y cobardes de toda laya suelen transitar por caminos paralelos a lo largo del ancho y ajeno mundo buscando un refugio y otro comienzo. Algunos llegan muy lejos, otros no pasan de la esquina. Unos se salvan, otros se pierden. Unos encuentran, otros se arruinan. Unos logran irse para siempre, otros van y regresan. Muchos mueren en el puro intento. Se puede opinar a favor o en contra, pero la sola posibilidad de huir ofrece esperanza. No obstante, huir y dejarlo todo atrás es difícil. Todo el que huye sabe que ha perdido algo importante, incluso una parte importante

de sí mismo. Si uno lo observa bien, comprende que de ninguna huida hay regreso. El que se va y el que vuelve nunca son el mismo.

Concluidas las ceremonias fúnebres, tanto la triste misa como el horrible entierro, que se llevó a cabo en el cementerio Matatrigres del sur capitalino, donde tuvo que ser sepultada Mariana, pues a pesar de los ruegos de su madre no se le permitió cremarla, debido a que era una víctima de homicidio y sus restos son considerados evidencia judicial, salí junto con H, Julia Milena y Matilde directo a La Trenza de la Guaricha, una deliciosa chichería cercana. Teníamos hambre, cansancio, sed y tristezas; así que, para recobrar fuerzas, nos bebimos un par de totumados de chicha de maíz y de arroz antes de despedirnos. Me sentía lastimado porque, ni por un instante, la pequeña Cristina aceptó que me le acercara. A cada intento mío me rehuyó implacablemente.

H y su novia se fueron por su lado, en moto, y Matilde y yo paramos un taxi. Fuimos hasta mi apartamento, pues ella insistió en conocerlo. Y aunque su compañía era un bálsamo para mí, un regalo inmerecido, mi estado anímico se rehusaba a levantar.

El resto de la tarde conversamos de temas dispersos, situación que aproveché para observarla con calma. Acepté que no podía mentirme más y tratar de convencerme de que ella no me atraía de manera muy profunda. Llevaba mucho tiempo en estricta y grata soltería, alternada con breves noches de coquetería placentera e intrascendente, y no me sentía preparado para una mujer como ella. Por esa razón mi comportamiento era prudente, aún a riesgo de que me sintiera distante y por tal interpretara incorrectamente mi actitud. Además, tenía claro que si había decidido abandonarlo todo e irme lejos no podía iniciar un romance con una mujer como ella. Matilde no era alguien que solo estuviera buscando una aventura. Y esto lo digo porque captaba las señales sutiles que su inconsciente me enviaba, los debidos permisos, la luminosidad de su mirada, los tímidos contactos y las barreras que me levantaba. Todo lo notaba, pero fingía no llevar registro. No obstante, Matilde, que atendía los movimientos míos, se mostraba tranquila y fresca. Era una mujer en pleno dominio de sí. Obviamente había vivido una buena parte de su

vida y sabía muy bien lo que quería y lo que no. Y de seguro no tenía en sus planes nada parecido a un tipo como yo, al que además desconocía. Por mi parte, y luego de mis últimos desastres amorosos, había decidido incrementar mis niveles de cautela. Y eso que Matilde era, a todas luces y tras cada minuto, un gran peligro, una promesa y una hermosa tentación.

—A ratos te quedas lelo y me haces sentir que, por momentos, no estás aquí.

—Lo siento, a veces ni siquiera soy capaz de saber en dónde estoy.

—¿Qué tanto piensas tú, Gotardo?

Sentados, a media luz, en el viejo sofá de mi sala, minutos después de que Matilde elogiara —con toda la razón— mi colección de orquídeas, tomándonos una copa de un buen vino de Borgoña, *Côte de Nuits*, y mientras dejábamos transcurrir el tiempo suficiente para que el horno recalentara la comida que, por fortuna, me había dejado preparada la señora Trini, tuve que intentar responder a esa pregunta. ¿Qué pienso?

—En demasiadas cosas, Matilde. No sabría por dónde empezar. Hay mil cosas revoloteando en mi cabeza. Me siento varado en un punto crucial de mi vida y trato de reflexionar en los pasos que voy a dar. Intento minimizar los errores que, de todas formas, cometeré.

—Ya veo… Crees que tu vida va a cambiar…

—Al menos voy a intentar que sea así.

—Bien… Si tú lo quieres, puedes contarme lo que sea. No temas aburrirme.

Algo en su mirada me llenó de confianza y le relaté por qué había tomado la decisión de dejar el trabajo que venía haciendo. Le confesé que no sabía qué iba a hacer ni qué rumbo podría tomar mi vida. Le conté que había mandado cerrar mi oficina y que deseaba, antes de emprender un largo viaje por ciertos lugares a los que quería volver, irme un tiempo para la costa caribeña, a visitar a mi tía Lola, la mejor mujer del mundo, y a la familia que tengo allá.

—Y después de bañarte el mugre en el mar, ¿qué planes tienes?

—Treparme a un barco de bandera extranjera e irme lejos. Tan lejos que ni siquiera el nombre de Colombia sea conocido…

—Tú lo que quieres es irte para otro planeta, Gotardo.

Sonreí, dándole la razón, pensando que ojalá se pudiera. Matilde se acercó y me palmeó con suavidad el brazo. Sentí que su contacto me ayudaba a aligerar mi carga. Permanecimos unos minutos en silencio. Y, luego, por puro automatismo, nos miramos directo a la niña de los ojos y sentí que ambos podíamos, de quererlo sin temor, arrancarnos las máscaras y ser auténticos. Por un instante sentí el impulso de acercarme más a ella, buscar su abrazo, quizás sus labios, pero no fui capaz de concederme ese permiso; pisé los frenos, mantuve la distancia, deshice el contacto visual y me agarré de la copa como si se tratara de un escudo. Y aunque ella no decía nada y solo se bebía su vino, saboreando cada sorbo, tuve la certeza de que Matilde registraba todas mis maniobras internas.

Vacié mi copa y volví a mirarla. Sonreía, se había quitado los zapatos y con toda la confianza había subido los pies al sofá. Lo único con lo que pude protegerme de su belleza fue agarrando la botella y rellenando las dos copas. Matilde continuaba sonriendo, divertida, como si fuera capaz de leerme. Y estoy seguro de que así era. Por suerte para mí, súbitamente apareció la Señorita Mu, entró a la sala de manera decidida y sin siquiera saludarme o tantear el terreno saltó al regazo de Matilde, la olisqueó, se le acomodó como si tuviera con ella una ya ganada familiaridad y comenzó a frotársele. Al sentirla, los dientes de Matilde brillaron más aún.

— ¿Quién es esta belleza?

—*Got, dile a esta belleza cómo se llama esta belleza, por favor.*

—Ella es la Señorita Mu. Pero le gusta que le digan Mu.

—Hola, Mu. Eres la gata más divina...

—*Miau.*

Ambas se miraron un largo instante. Las manos de Matilde peinaron con suavidad la suavísima pelambre de Mu y la muy descarada, de inmediato y sin vergüenza, se lanzó a ronronear a todo volumen.

48.
Estampa cotidiana de un comienzo de día

Después de cenarnos un pírex donde aromaban unos estupendos canelones —hechos en una base de tomates frescos y secos, hongos, espinacas, piñones y semillas de calabaza, gratinados con quesos de cabra y de oveja— que en mucho contribuyeron al entusiasmo con el que fondeamos la botella del borgoña, el cansancio acumulado a lo largo del día nos fue apagando las luces. Le ofrecí a Matilde acompañarla hasta su apartamento, pero ella se estiró, bostezó y me dijo no, gracias, prefiero verte lavar la loza y quedarme a dormir contigo. ¿Te molesta?

Lavamos copas, platos y demás enseres. Apagamos la luz de la sala y después fuimos a mi alcoba. Rebusqué en mi clóset y le presté una de mis sudaderas nuevas. Ella se cambió en el baño, igual que yo. Luego, nos arropamos en mi cama, sin otro propósito o intención que el de dormir acompañados y sin estorbarnos. Tan fue así que Mu, contenta y silenciosa como pocas veces, se acomodó en el medio de nosotros. Buenas noches, Matilde, dije, y apagué la luz.

Un sueño harto reparador, que me mantuvo en las profundidades más silenciosas del inconsciente durante todo el curso de la noche, me llevó a las orillas de un nuevo día. Abrí los ojos y noté la ausencia de mi compañera nocturna. Pero oí un ruido inconfundible y comprendí que se estaba duchando. Me levanté y fui hasta la cocina. Preparé café y en vano indagué si había en mi alacena algo

que ofrecerle a mi invitada. ¿Hace cuánto no se hace un mercado decente en esta casa? Solo encontré galletas de soda. Por fortuna en la nevera había ghee, un ceniciento queso de cabra para untar y un pote con mermelada de cáscaras de naranja.

—¿Cómo dormiste, Got?

—Como si fuera una criatura inocente, ¿y tú?

—Soñé contigo.

—Lo siento. Una pesadilla, supongo.

—No pienso contarte nada. Más bien dime, ¿qué vas a ofrecerme?

—Un café buenísimo, galletas y algo para untar. Discúlpame, pero no tengo más.

—Eso es ideal para mí. Algo rápido y ligero, porque debo irme pronto.

Y así fue. Desayunamos con calma y conversamos de trivialidades. De todas maneras, la luminosidad que Matilde le agregaba a la claridad que invadía mi comedor no me pasó desapercibida. Las personas especiales siempre aportan una luz.

Luego del último sorbo de café, ella miró su celular y se levantó dispuesta a irse.

—Me voy, Got, mi taxi está por llegar. Muchas gracias por todo.

—Nada de eso. Si a alguien hay que agradecerle es a ti.

—¿Qué planes tienes?

—No tengo ninguno. Ya veré.

—Despídeme de Mu.

—Lo haré. Ella siempre me abandona al amanecer.

—Feliz vida de gata.

—Te llamo más tarde a ver en qué andas, Matilde.

—Hazlo, pero esta misma noche vuelo a Nueva York, voy a asistir a una conferencia.

—Entonces, que tengas el mejor de los viajes.

Besitos dobles de mejilla y un par de sonrisas, mirándonos a los ojos, sellaron nuestra despedida. La vi salir, cerré la puerta y tuve la mala sensación de que, quizás, no había salido de mi casa sino de mi vida. Y como soy un experto en mujeres que se van, solo espero que tanta práctica me proteja.

49.
Tantas vueltas que da la vida y acaba uno en la casa de su madre

Bajé al estacionamiento del edificio y, sorprendentemente, logré prender mi carro sin problema, pues casi no lo utilizo. De ahí salí directo a casa de mi madre. ¿Con quién sino con ella debo parlamentar mis asuntos? Conduje por la avenida Circunvalar, poco congestionada, y cuadras más adelante tomé la estrecha carretera que conduce a La Calera. En un punto vi a Bogotá, allá, a lo lejos, extendiéndose como una metástasis de tumores de cemento, satisfecha de su insaciable autofagia. El aire era frío, pero estaba limpio, casi dulce; el cielo se veía totalmente azul, sin mancha de nubes y, para rematar, fluía el tráfico y había pocos ciclistas dejando sus pulmones en la cuesta. Buenas señales. Utilicé el tiempo para terminar de repasar lo que le iba a argumentar a mi amada progenitora, pues con ella y su mente germana hay que estar siempre preparado. Paré en un mercado del camino y le compré fresas y un enorme ramo de girasoles. Llevaba una botella de ron jamaiquino para Mark. ¿Qué más se puede pedir?

Estacioné a un lado de la casa y fui a buscarla. La Gran Mater se hallaba, junto con Mark, alimentando a sus gallinas ponedoras. Ambos vestían overoles anaranjados, cachuchas y botas de caucho. Los miré un instante, sin que advirtieran mi presencia. Los años vividos se les notaban en la lentitud de sus movimientos, pero aun así ellos mantenían al día gran parte de los trabajos que requería la

pequeña granja. Fueron los perros los que me descubrieron y delataron a punta de un concierto de ladridos. Mark y Regina voltearon a verme y sonrieron. Los tres nos dirigimos a la casa. Allí nos saludamos y les entregué los presentes que les había traído.

—¿Flores a mí que vivo rodeada de ellas, Got?

—Lo sé, pero no tienes sembrados girasoles, Gran Mater.

—Yo sí no me quejo de lo mío, *son*. *Thanks for the rum*.

Ese había sido mi movimiento de apertura, simular que estaba allí por casualidad. Pero una mujer que lo conoce a uno desde antes de nacer no se deja desorientar con falsas pistas. Como el mal hijo que soy, la adoro, pero la visito poco. Así que cuando voy a verla, ella sospecha que me pasa algo. Noté, al instante, su mirada escrutadora de madre y sus ojos clavados en mí. Los enfrenté sin parpadear, ya que sabía que no tendría escapatoria.

—Viniste a hablar con nosotros así nomás o es que tienes algo importante que decirnos. ¿Me equivoco, mi *kleinkind* Gothar?

Cuando Regina me llama "mi pequeño niño", en alemán, es porque ya captó turbulencias en mi estado emocional y así me indica que no solo está dispuesta a escucharme sino que ya intuyó algo de lo que traigo incrustado entre pecho y espalda. Como todas, mi madre es adivina.

—No te equivocas. Debo hablar con ustedes dos.

—*Sieht für mich gut aus*… Vamos a la cocina y nos preparamos una olla de café.

Me senté en la mesa de centro mientras Regina acomodaba las flores en un jarrón y Mark preparaba el café, tarea que él siempre comienza por molerlo. Los observé. Amo a ese par de viejos estupendos. ¿Cómo decirles lo que tengo que decirles? Una vez tuvieron todo listo nos sentamos frente a frente y le dimos el primer sorbo al excelente café.

—Muy bien… Dinos de una vez qué pasa, Gothar, sabes que detesto el suspenso.

—¿Supiste algo de tu hermana Amaralis? ¿Tienes alguna noticia de mi niña?

—No, Mark, no es eso y lo siento. Sigo sin saber nada.

—¿Entonces?

—Tomé una decisión. Ya no aguanto más. No puedo seguir buscando personas desaparecidas y enfrentándome cada día al dolor de las familias. He decidido abandonar ese trabajo. Quiero cerrar la oficina e irme de viaje, irme lejos y aceptar que he fracasado.

—¿Quieres decir, *son*, que no vas a buscar más a tu hermana?

—Siempre estaré pendiente, pero no puedo más…

Los ojos de los que amamos y nos aman son peligrosos, conocen los caminos a lo más profundo de nosotros y tienen detectada nuestra mayor debilidad. Una sola mirada de ellos basta para destrozarnos. Vi esos ojos brillar, agrandarse y opacarse al apuntar al centro de mi ser. Desconcertados, alertas y detenidos a duras penas en las puertas de la decepción.

—¿Qué pasó que te llevó a tomar esta decisión, Gothar?

Ya estaba ahí, ya había pronunciado las frases que me condenaban a responderles. Tuve que contarles acerca de los acontecimientos de los últimos días, para tratar de explicarles cómo me había sentido. Les narré la terrible historia de Mariana y su hermana, así como la reacción de su pequeña sobrina. Y, además, tuve que explayarme en recordarles que no era solo eso, que eran quince años de búsquedas, de meterme en los peores huecos del país y en las alcantarillas del mundo. Años de mirar debajo de las costras. Y, además, que tenía la sensación de que mientras más empeño ponía, peor resultaban las cosas.

Me extendí en los casos que no logré terminar bien y en cada detalle de mis fracasos. Encima de todo, les describí cómo el fenómeno crecía, pues las redes de traficantes de personas se habían fortificado y expandido gracias a sus alianzas con grandes mafias criminales. Les dije que entendía que había que luchar contra eso, pero que yo era un hombre solo y había llegado al límite de mis escasas fuerzas.

En un momento de la charla, luego de tratar de esforzarse en convencerme de cambiar mi opinión, Mark no resistió más y me

clavó sus ojos azules con una intensidad con la que nunca me había mirado, una lágrima transparente recorrió los surcos de sus mejillas. Luego, se levantó de la mesa y en un silencio que me hería salió de la casa. Sentí que una pesada losa me caía encima. Traté de llamarlo.

—Déjalo, Gothar. Él siempre tiene que caminar sus pensamientos, pues aquí no tiene el mar para conversarle.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento por ustedes. Sé lo mucho que han sufrido y que los dos han depositado todas sus esperanzas en mí.

—¿Tu decisión tiene que ver con que te convenciste de que ya nunca sabremos qué pasó con tu hermana? ¿Es eso? ¿Supiste que está muerta y no quieres contármelo? *Bitten sprechen Sie,* Gothar.

—No, no es eso. No es que no quiera hablar. Es que de Amarilis no he sabido nada, sigo igual a como comencé, es decir, peor.

—Tú sabes que el único deseo grande que aún tiene mi alma es que Mark y yo sepamos algo de mi niña antes de morirnos.

Dicho esto, la Gran Mater subió a su habitación y se encerró. La dejé. Sé que ella acostumbra a recostar sus pensamientos. Me quedé sentado en esa cocina, atacándome, sintiendo vergüenza de mí mismo, odiando al mundo y destrozado por la reacción de ellos. Lo único que yo les había podido dar en esta vida era un rayito de esperanza y ahora ese rayito se les había apagado.

Me mantuve casi inmóvil, sin ánimos siquiera de pararme. La noche fue llegando, casi subrepticia, y una suave tiniebla se posesionó de toda la casa. Yo había fumado y bebido café, pero no había tocado el ron. Era de Mark. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer?

Pensé que no era bueno, para ninguno de los tres, que me fuera para Bogotá. Necesitaba que ambos entendieran mi posición y el dolor que mi fracaso me producía. No quería que apoyaran mi decisión, sino que entendieran qué me llevaba a tomarla. Decidí quedarme a pasar la noche, quizás al otro día podría conversar con ellos con más tranquilidad.

Subí a mi habitación de siempre. Me quité las botas y me recosté en la cama, sin desvestirme. Dejé que mi pensamiento vagara sin control y sin metas, simplemente porque no podía apagarlo. Tampoco quise prender la luz. Sumergido en la oscuridad vi desfilar por mi mente mil recuerdos y mil temores. En algún momento oí cuando Mark regresó a la casa y se encerró en su cuarto. A ratos oí la seca tos de mi madre, sus pasos por la habitación, su agitación insomne.

Estoy seguro de que nadie logró dormir esa noche. Y un poco antes del alba, cuando apenas la claridad se insinuaba, Regina entró al cuarto, envuelta en una de sus ruanas y se sentó junto a mí.

—Lo he estado pensando, Gothar. He dividido mi corazón en partes. Cuando una madre sabe que uno de sus hijos está en un peligro grave se preocupa menos por los otros hijos. Eso me ha pasado a mí. Cada día, cada hora y segundo de mi vida pienso en mi Amarilis, ruego por verla, por saber de ella. Nada la saca de mi pensamiento. Y por eso los descuido a ustedes dos y a mis nietas.

—Eso no es cierto, mamá, eres una madre magnífica y tus nietas te adoran.

—Sí, lo es… Por eso quiero decirte que debes hacer lo que sientas que debes hacer con tu vida. Aún te queda mucho por vivir. Si necesitas cambiar, cambia. Si requieres irte muy lejos, vete. Perdóname por toda la carga que te hemos puesto encima.

—No digas eso. Tu carga y la de Mark son mi carga y la de Lot. Todos estamos juntos en eso.

—Lo sé… Ahora, cuéntame bien qué te pasó en el último caso. Por lo que vi en las noticias, no han encontrado a los asesinos de esa mujer.

—Ese no es el problema, mamá. Yo no buscaba a los asesinos. La buscaba a ella y no solo la quería encontrar viva, sino que se lo había prometido a una niña.

—Muy bien, te entiendo. Dime cómo pasó todo.

50.
Cuéntales tus planes a los dioses y escucha cómo se burlan de ti

Una vez instalada la radiante luz del nuevo amanecer sobre ese verdísimo trozo de la Tierra, y un tanto reconfortados por la muy intensa conversación que tuvimos, Regina y yo bajamos a la cocina a preparar un desayuno. Hacía muchas horas que no probábamos bocado alguno. Mi madre trabajó durante décadas como enfermera especializada en pacientes terminales; sabe oír, sabe preguntar, sabe callar, entiende los miedos y es diestra en interpretar sin molestar. Para hablar con ella tuve que responder, ahondar, ser veraz y autoanalizarme. Pese a toda la sinceridad con la que le hablé y le respondí, ella no me explicó a qué conclusiones arribó. Al final guardó silencio, me abrazó y me besó. Yo la sentí mucho más tranquila. Quizás yo haya quedado deshecho e inseguro, pero a ella oírme la tranquilizó y su tranquilidad era lo que yo buscaba.

Hicimos café, huevos pochados y asamos arepas rellenas de queso. Tras tanto hablar conquistamos un buen silencio, por lo que me sentí autorizado a interpretarlo como una aprobación de parte suya. Aun así, algo me hacía buena falta. Temía que Mark se mantuviera en sus trece y no saliera de su cuarto para desayunar con nosotros. Pero lo hizo. Entró a la cocina, nos dijo *good morning*, no aceptó comer, pues, según expresó, no tenía apetito y primero que nada quería ir a darles de comer a los animales. Luego de decir esto, se paró frente a mí, me pasó sus manos grandes y callosas por

toda la cabeza, se agachó y me miró a los ojos, con una honda tristeza, pero sin rastros de resentimiento. Como le ocurre siempre, su nobleza le ganó. Respiró junto a mi rostro y me dijo que si requería de un lugar para irme a descansar antes de irme lejos, su casa de San Andrés estaba lista a recibirme.

—*You are a child to me, Got, and I love you… I just want you to be okay.*

—Y tú eres un padre para mí, Mark, y te adoro. Y yo, también, solo quiero que tú estés bien.

—*I'll never be okay anymore, son.*

Dicho esto salió. Regina nos miró en silencio. ¿Quién puede cargar el peso que otro debe llevar sobre sí? No se puede, así haya pesos que se puedan repartir. Desayuné con lentitud, sintiendo que a pesar de todo lo que les había dicho, ellos aún mantendrían viva su esperanza en mí.

Una vez acabamos de comer, mi madre y yo salimos al corredor delantero de la casa dispuestos a fumar a dúo. Nos sentamos en las mecedoras. Saqué una cajetilla de Apaches y le ofrecí. Ella dudó unos instantes, pues le parecen demasiado fuertes, pero aceptó. Encendí su cigarrillo y luego el mío. Los dos alcanzamos a inspirar una buena bocanada y cuando la estábamos soltando, vimos dos motocicletas entrar a la propiedad. Ambos nos pusimos de pie para ver mejor. En una de ellas venía H y en la otra venían Violeta y nadie menos que Lorenza Montejo.

Mi corazón saltó en mi pecho, supe que si llegaban hasta allí y a esa hora ningún buen motivo las podría haber traído. Regina me miró, tal vez ella sentía lo mismo que yo, que se avecinaba una desgracia. Aguardamos hasta que las tres mujeres se bajaron de las motos, se quitaron los cascos y se acercaron a nosotros. Me bastó ver el rictus preocupado de sus rostros para reafirmarme en que no podían ser buenas las noticias que traían. Volteé a ver a Regina. Fumaba con calma como si, por alguna razón, ella supiera que lo que esas tres mujeres venían a decirme destruiría mis planes y confirmaría que existe un destino del que no podemos huir.

—Buenos días, doña Regina, disculpe que lleguemos sin avisar.

—No te disculpes, Hortensia, aquí siempre y a cualquier hora eres bienvenida.

Lorenza Montejo nos miró, le hizo una venía a mi madre. Su rostro evidenciaba una máxima tensión. Luego, se acercó hasta mí , pasó sus manos por mis mejillas, me miró y se agachó para abrazarse a mis rodillas.

—Gotardo, se lo suplico, ayúdeme, por lo que más quiera en este mundo… Mi Cristina… Mi pequeña desapareció y estoy segura de que ellos la tienen… Sé que esa gente secuestró a mi nietecita… Ayúdenos, por favor… Ayúdenos.

TERCERA PARTE
Un laberinto trenzado en un sinfín de laberintos

51.
¿Las circunstancias proponen y el carácter dispone?

Ese es un cuestionamiento que lleva a conclusiones de corte tautológico, lo sé. Cuando lo inevitable nos agarra del pescuezo —u otra parte— ninguna fuerza de voluntad o de renuncia es capaz de liberarnos. Las circunstancias elevan una cerca en torno a nosotros y comprimen las posibilidades de acción a una sola. Ese es el efecto túnel. Destino y carácter se trenzan en un mismo nudo. El punto es que lo circunstancial predomina y de nada vale que tratemos de cambiarlo o, más erróneo aún, de negarlo. En esta vida hay momentos que ni siquiera nos plantean una pobre encrucijada. En ellos no hay opción distinta a la de recorrer el camino hasta el final del pasadizo, sin saber si al cruzarlo hallaremos una luz o tan solo caeremos en una mayor oscuridad.

¿Me atreveré a decirle a Lorenza que no voy a ayudarle y que me sostendré en el propósito que me he trazado? ¿Qué tanto se puede elegir cuando solo hay un sendero que tomar? ¿Es que a la necesidad y al azar los conmueven las decisiones que tomamos? ¿Acaso nos rige la voluntad propia y no la fuerza cósmica que nos arrastra a su arbitrio?

Como era de preverse, mi madre, solidaria y conmovida, al oír las razones de la inesperada visita las invitó a entrar a su casa. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Las cuatro mujeres y yo. Sentí mi corazón temblar como un diente de león vapuleado por

la brisa. Regina preparó una nueva jarra de café, asó varias arepas, partió queso, fritó unos huevos y todo lo repartió sin preguntar, intuyendo que ninguna había desayunado. H y Violeta comieron lo suyo. Lorenza apenas se sorbió la taza de café. Pero las cortesías de ese pequeño ritual humano nos permitieron un respiro.

Solo cuando Lorenza logró reunir un tanto de calma —para lo que mucho ayudó el recio apoyo de Regina, la comunicación de madre a madre, el inmediato empatizar de dos mujeres marcadas por una desgracia similar— fue que pudo contarnos que la pequeña Cristina, "terca como buena mula Montejo", se había empeñado en investigar, por su cuenta y a riesgo suyo, acerca de quiénes estaban detrás de las muertes de su madre y de su tía.

Al principio su abuela le aflojó la rienda. Creyó que se trataba de la bravuconada típica de una adolescente y que no podría llegar muy lejos. Además, no lo pensó bien, según reconoció, distraída como estaba por el venenoso coctel de su dolor, sus culpas y su rabia. Mas la cosa no era así; como suele ser usual, subestimó a la adolescente. Cuando conversó con ella no sabía que Cristina ya le llevaba una considerable delantera. Es más, se enteró de que, incluso, desde antes de pactar conmigo, la pequeña llevaba quién sabe cuánto tiempo indagando por su cuenta y escarbando a pie en los peores rumbos de la ciudad, donde había podido localizar y entrevistarse con viejas amigas de su madre, excompañeras de trabajo. Al parecer, en compañía de una amiga suya habían visitado burdeles, bares de mala catadura, hospitales y espacios urbanos harto peligrosos. También le dijo que había logrado abrir, leer y copiar los archivos de Mariana.

En ese punto del relato, a Lorenza le flaquearon las fuerzas y tuvo que buscar un respiro. Pausa que aprovechó Violeta para aclarar que ella no sabía nada de eso, "porque su tía y sus primas le tenían desconfianza por ser hija del tipo ese", pero que en el entierro de Mariana, Cristina se le acercó, le pidió hablar y quiso saber qué tanto sabía ella acerca del negocio de la trata y de cómo operan las redes de captación. Por la precisión de sus preguntas, Violeta dedujo que la niña había investigado a su modo y sospechó que para

hacerlo había contado con ayuda. Por lo que logró averiguar, Cristina tenía mucha cercanía con unas muchachitas que intentaban conformar una banda de barrio y se hacían llamar las Qks. Antes de venir a buscarme, Violeta ya les había pedido a las Mujerciélagas que las buscaran y las interrogaran acerca de lo que sabían de Cristina.

Lorenza aprovechó para mostrar la breve carta que le dejó su nieta, pidiéndole perdón por preocuparla y explicándole que había hecho contacto con "alguien" que buscaba mujeres muy jóvenes, ofreciendo a cambio mucho dinero y viajes. La pequeña explicaba que había aceptado ir a una entrevista porque quería infiltrarlos y conocerlos desde adentro. Remataba diciendo: "Nanita, no te angusties por mí que yo ya sé cuidarme muy bien".

El contenido de la carta oscureció la luz de la cocina, ensombreció los rostros de quienes la escuchamos e hizo que a Regina se le escurrieran las lágrimas. De todo lo que informaron solo se podía deducir que la pequeña Cristina se había metido de cabeza en la cueva de la bestia. Sin embargo, lo más alarmante de cuanto contó la abuela fue que, antes de que ella pudiera enterarse de la desaparición de su nieta, recibió una llamada. Una voz de mujer le habló y le dijo "Abuela, quédese quietecita como estatua, si no quiere derramar más lágrimas y tener que organizar más entierros, hasta que nos comuniquemos otra vez".

En ese punto del relato Lorenza se quebró y, de inmediato, halló refugio en los brazos de Regina.

Lo que yo tenía hasta ese momento eran unos pocos datos, pero eran más que suficientes para impulsarme a actuar. Era claro que todo apuntaba en una sola dirección. Adentro de mí sobrevino un cambio de ánimo y sentí que debía hacer algo, ya mismo y sin consideraciones conmigo. En ese instante decidí, jurándomelo, que al precio que fuera encontraría a Cristina y la regresaría con su abuela. Lo demás era volver a la oficina, analizar la información con calma y diseñar una estrategia. Un abanico de pistas se desplegaba frente a mí y alguna de ellas me tendría que abrir la puerta correcta, pues si algo ya sabía era por dónde debía buscar. En este punto era

obligatorio, por supuesto, hablar honestamente con la capitán Ángela Chitiva y contarle todo lo que sabía, sin escatimarle ni uno solo de los datos que teníamos.

Por otro lado, había que garantizar la seguridad de Lorenza. Por motivos que todos comprenderán, no era factible que permaneciera sola en su casa. Lo cual era tan obvio que no tuve necesidad de pedírselo a Regina. Ella espontáneamente le ofreció su casa y, es más, le rogó que se quedara. En ese trance estábamos cuando Mark regresó de sus tareas. Así que, tras presentarlo, lo pusimos al tanto de la situación. Él le ofreció su apoyo a Lorenza y la terminó de convencer de quedarse con ellos.

Una vez resuelto esto decidimos partir de inmediato. Teníamos mucho por hacer y poco tiempo que desperdiciar. Salimos de la casa y nos preparamos para treparnos a las motos. Intercambié una mirada muda con mi madre, pues no había nada que pudiéramos decir. A Lorenza tan solo la miré a los ojos, pero no quise acercármele y hacerle promesas. Creo que ella captó que yo haría todo lo que estuviera a mi alcance. Antes de arrancar, Mark se acercó hasta mí, me abrazó con fuerza y me besó.

—Lo siento mucho por ti, Lot. De veras. A la *fucking life* no le importan las decisiones que uno toma. Ella es la que manda, tú lo sabes bien… *Take care of yourself a lot, dear son.*

52.
Para conservar viejas alianzas hay que hablar claro

La capitán Ángela Chitiva se mostró más serena y comprensiva de lo que era esperable al escuchar mi franca confesión de que le había mentido en casi todo y que, para colmo, le había escamoteado lo más relevante y grave de la información. Vale decir que yo tenía claros indicios acerca de quiénes habían asesinado a Mariana Montejo y, consecuentemente, a las otras nueve mujeres.

Sentada en mi oficina, sin su acostumbrado uniforme, me miró parpadeando con extrema lentitud, como si estuviera perpleja, y escuchó mi relato con toda la atención. Hizo preguntas, pero no les intercaló ningún regaño. Mujer muy hábil, sabía que en ese momento eso era un gasto inútil. Me dio a entender que comprendía lo que yo había hecho cuando le expuse los motivos a los que respondía mi reprobable actitud.

Librado ese obstáculo, las cartas de lado y lado se fueron destapando. La capitán me explicó que tenían adelantada una investigación que no solo les había costado meses de trabajo, sino que los había obligado a asumir grandes riesgos y sacrificios personales. Esa es la manera que tienen de operar, lo sé. Deben seguir durante meses o años las actividades de una estructura criminal bien identificada, infiltrarla si es posible, establecer sus alcances y observarla actuar hasta no haber recabado las evidencias irrefutables que les permitan solicitar el respaldo del aparato judicial.

Solo así podrán obtener las debidas órdenes y proceder a efectuar las capturas y arrestos necesarios, con el fin de estar seguros de poder desarticular, acusar, procesar y condenar a los criminales. Es un camino lento y arriesgado, muchas veces frustrante.

También me contó acerca del diagnóstico delincuencial al que habían llegado. Era en mucho similar al que yo me estaba formando. Preocupada comentó que durante y después de la llamada pandemia todas las organizaciones criminales habían mutado, no solo en Colombia sino en casi todo el mundo. Por esta razón, ahora no se luchaba contra las organizaciones de un solo país, sino contra una pujante estructura multinacional y multicriminal. Una especie de enjambre que estaba esforzándose por controlar todo el conjunto de actividades delictivas a escala planetaria. Y, según sus investigaciones, esa gran corporación criminal había estudiado, perfeccionado y expandido el antiguo modelo mafioso de negocios y no se conformaba con menos que de participar en todo lo ilegal.

Según Chitiva, era como si hubieran recogido la vasta y milenaria experiencia de las distintas organizaciones criminales. De donde extrajeron la simple lección de que si querían sobrevivir tenían que crecer. Para ello lo que más les convenía era fagocitar, cooptar, coordinar y utilizar para sus fines el accionar criminal no solo de las grandes mafias, que ya negociaban y se coordinaban entre sí, sino el de las miles de bandas y pandillas dedicadas a los delitos de menor escala y que prosperaban como consecuencia del deterioro en la calidad de vida de las inmensas clases populares urbanas que las élites habían abandonado a su suerte.

Chitiva hizo una pausa para beber café y continuó diciendo que estas bandas se estaban propagando "como hongos" en todos los países donde los grandes carteles detectaban una oportunidad de expandir sus negocios más lucrativos. El punto es que habían detectado que a la desarticulación de estas pandillas solo les faltaba un empujón y, sobre todo, la debida dirección. Como muestra de esta tendencia, la capitán mencionó el modelo más exitoso: las más de mil seiscientas cincuenta pandillas estadounidenses que ya se han articulado con los carteles mexicanos, en casi todas las grandes

ciudades de los Estados Unidos, y son las que dominan la distribución al por menor en el más grande y pujante de los mercados de drogas del mundo. Entre otros muy rentables delitos.

Chitiva aseguró, con desaliento, que en estos tiempos, las pequeñas bandas que quieran sobrevivir deben acatar órdenes, realizar funciones muy precisas y aceptar accionar solo en los campos que les delimiten, a cambio de que se les permita cierta libertad para actuar en las actividades criminales que ya les eran propias y una participación en las de mayor calado. A su vez, esta estrategia les permite a los grandes carteles usufructuar una porción de las ganancias en toda la cadena de negocios criminales y no solo en las de mayores rendimientos. De esta forma se apropian de un porcentaje del producto obtenido en robos varios, extorsiones, secuestros, tráficos diversos, microtráfico de sustancias, contrabando de armas, lavado de dineros, falsificación de billetes, alquiler de sicarios y trata de personas, con énfasis en la esclavización de mujeres. Con esa maniobra, la corporación o cartel los ata al proveerles de lo necesario y completarles el entrenamiento básico para funcionar a un nivel más alto, subordinándolos así y convirtiéndolos en una simple franquicia. A consecuencia de la debilidad, la incompetencia y la complicidad de los Estados, lo que se está gestando es un gran organismo del mal, cuyas pequeñas células no conocen el cerebro que las dirige. Y las bandas que no se integran al sistema fracasan o son mandadas a eliminar por otras bandas rivales que actúan con la esperanza de canibalizarlas.

Todo lo cual es un plan muy astuto, pues no solo raspan grandes capitales que estaban en la periferia de sus actividades más comunes, sino que consiguen socios estúpidos y baratos que con su ruidoso actuar cumplen una función de distracción que les es fundamental. La multiplicación de los actos de esta delincuencia menor consigue ofender, distraer y atemorizar al grueso del público, logra entrabar a las autoridades judiciales y desvía a la Policía de su tarea de perseguir a las cabezas de los grandes negocios, investigar sus sistemas de lavado y sus gigantescas redes de corrupción. Gracias a lo cual los verdaderos capos se lucran desde la invisibilidad

y estas banditas se transforman en "una Hidra, multicéfala, a la que no le importa qué cabeza se le corte porque el cuerpo vivo de la bestia la reemplaza de inmediato".

Esa gran corporación criminal, que está agrupando a las mafias más grandes del planeta, aprendió de los políticos a soltar en las barriadas miserables de todas las ciudades del país y del continente sumas grandes de dinero, vehículos y aparatos de comunicación. Además de enseñarles a crear cadenas de suministro y distribución. A más de a montar laboratorios de drogas. Y eso sin contar con que dota de armas a los pandilleros. Gracias a esta estrategia, poco a poco y exitosamente, han logrado crear un problema de seguridad ciudadana, puesto que apuntan a afectar la vida cotidiana de las personas corrientes, lo que las induce a la protesta y obliga a los gobiernos a dirigir recursos para atenderlas so pena de perder a sus votantes. Y por si fuera poco, la criminalidad así desatada les sirve para manipular a los medios y hacer que aborden esa problemática dentro de su típica e inicua narrativa amarillista y sensacionalista que más que informar, oculta la raíz del problema, pues lo traslada al inmenso mundo de la pobreza y la marginalidad, como si este fuera su causa y allí estuviera su justificación.

—Entender todo ese entramado me es difícil, Ángela. Lo que yo sí veo, y perdóneme que se lo diga así, es que la lucha que adelantan contra la criminalidad no se puede ni siquiera clasificar como un fracaso, tal como algunos aseguran, sino que es un perverso simulacro de lucha, una pura apariencia, una estrategia de encubrimiento.

—¿Por qué lo cree, Gotardo?

—Nómbreme un solo gobierno del mundo que haya demostrado tener un verdadero interés en ser eficaz y lograr que esas economías ilegales desaparezcan. Nunca y en ninguna parte han atacado el problema por donde se origina, es decir por su cúspide. El mal se desparrama desde arriba y solo fingen combatirlo atacando lo que está abajo.

Apenas solté semejante parrafada sentí un escozor de arrepentimiento. Se lo acababa de soltar a una mujer valiente e

incorruptible que se jugaba su vida todos los días combatiendo el crimen. Ella me miró con tristeza y no hizo ningún comentario.

Repartí nuevas dosis de café y traté de pensar a mi conveniencia; es decir, no buscando entender toda la problemática sino la porción que me correspondía. Lo que Chitiva desmenuzó me hacía pensar en la tal Compañía de la que me habían advertido Aralia y Matilde. La Compañía de las Bestias, como le decía en mi fuero interno. Esta organización era la cabeza de playa colombiana de la gran Corporación mundial del crimen que estaba en marcha y el tráfico de personas, en especial de mujeres y niñas, era uno de los muchos negocios que formaba parte de todo su armazón. Eso, además, es lo que explica por qué los métodos de explotación sexual se han vuelto cada vez más brutales y codiciosos. Siguen un modelo criminal que germinó en la pura violencia y han terminado por producir una forma nueva y espantosa de esclavitudes. Los dueños de clubes y burdeles están siendo desplazados o cooptados por mafias que se apoyan en la fuerza de las guardias de psicópatas que les sirven. Por la única razón de que ese tráfico es un gran negocio y no lo pueden dejar suelto.

Le expresé a Chitiva que creía entender, al menos, una parte de sus tesis y que, por supuesto, comprendía que tenían un gran problema entre manos; pero que en lo que a mí respecta, todo esto se podía resumir en que una pequeña banda delincuencial bogotana, al servicio de una organización mayor y muy peligrosa, había ejecutado la orden de asesinar a Mariana y, presuntamente, a las otras nueve mujeres.

Poniendo nuestros pies en tierra entendimos que si habían permitido que yo hiciera contacto con la banda del Pequeño Mundo, justo después de mi torpe visita a la mansión, era porque las dos ramas estaban conectadas. Además, la jefa de esa banda me había dicho que se habían encargado de asesinarla porque las investigaciones de Mariana habían molestado "a los de arriba, a los invisibles". También le comenté que por lo que había visto en persona y lo que encontré en las memorias de la fotógrafa, ya había deducido que tenía al frente a una organización internacional donde

había metidos rusos, serbios, chinos, mexicanos, venezolanos, brasileños, albaneses, sirios y quién sabe qué clase de bestias más. Y le comenté que me resultaba evidente que todas las organizaciones colombianas se estaban convirtiendo en sus sirvientes.

En ese punto y sin hacerme más acotaciones, Chitiva se interesó por el mapa que yo había pegado en la pared y me pidió una explicación. Sonrió, con irónica suavidad, mientras le revelaba cómo era que comunicaban todos esos puntos de colores.

—Iba bien encaminado, Gotardo. Reconozco partes de un patrón mayor en ese mapa suyo. Pero si usted viera los mapas que nosotros tenemos, se iría de espaldas… Imagínese que tenemos identificadas, localizadas e interrelacionadas más de doscientas setenta pandillas multicriminales, que operan en todas las localidades de Bogotá, y sabemos que no hemos censado todas las que hay. Y ni le pinto la metástasis que se está propagando en toda Colombia.

—Entiendo que el problema de ustedes es mucho más grande que el mío, Chitiva. Pero yo no puedo ayudarla en eso. Usted lo sabe. En cambio, yo sí necesito que usted me ayude en una cosa.

—¿Una sola, Gotardo? No le creo, usted siempre arranca por ahí y terminamos metidos en un lío enorme.

—Lo único que necesito es su ayuda para encontrar a una niña que está en garras de esas bestias. Necesito encontrar a Cristina Montejo. Nada más y nada menos.

—¿Sabe usted que su familia ni siquiera ha puesto una denuncia por su desaparición y posible rapto?

—No, pero lo supongo. Su abuela está aterrorizada. Nadie las ha protegido nunca. Y ella ya ha perdido a sus dos hijas. Una desaparecida y la otra asesinada por buscarla.

—Está bien, eso lo entiendo, Reina. ¿Qué ayuda quiere?

—Necesito toda la información que tienen sobre la banda del Pequeño Mundo y sus integrantes. Ayúdeme a localizar su guarida.

Estoy convencido de que tienen a Cristina o que al menos saben qué pasa con ella. Solo deme eso, Chitiva, lo demás corre por mi cuenta.

—Me mete usted en un problema. Llevamos muchísimos meses investigando y recogiendo evidencias de algo más relevante que esa banda. No podemos darnos el lujo de echar por la borda todo ese esfuerzo con una intervención precoz que los ponga en alerta, solo porque usted tiene una corazonada.

—Por su respuesta deduzco que sí tiene la información que ando buscando.

—Correcto. Esa es una banda pequeña y nueva. Sabemos que la integran jóvenes desadaptados. No son nuestro punto de mira principal. Lo es descubrir a la organización para la cual trabajan y que aún no hemos identificado plenamente. Sabemos que esa banda ya no actúa solo por su cuenta, aunque es una parte mínima del engranaje.

—La Pequeña Lulú me dijo que están a punto de integrarse a un negocio nuevo y mucho más grande. Dijo que es el futuro…

—¿La Pequeña Lulú?

—Así le dicen a la muchacha que comanda esa pandilla. Es la misma que me confesó que le dio un balazo en la frente a Mariana. Portaba una Walther, calibre 22. ¿Le dice algo?

—¡Y usted me escondió esa información, Reina! Y encima me pide que le ayude.

—Me amenazaron, Chitiva. Tienen información mía y de los míos. No podía arriesgarme. Encontré el cadáver y creí que mi asunto pararía ahí. Tan es así que yo pensaba dejarlo todo e irme lejos.

—Okey… No vamos a discutir ahora. Entiendo su punto.

—Esos muchachos me llevaron encapuchado hasta su guarida secreta. Eso es algo que sigo sin entender. No había necesidad de llevarme ahí, pero por alguna razón querían que yo la viera. El caso es que me pareció impresionante, Ángela. Construyeron una pequeña aldehuela debajo de una cementera en ruinas, pegada a una vieja cantera y, según creo, en las goteras de Bogotá.

—Creo saber de qué sitio me está hablando. Los hemos seguido hasta un lugar así, pero aún no sabemos qué hacen adentro. No podemos meternos sin delatarnos.

—Tal vez les interese saber que están planeando montar allí unas cocinas para elaborar pastillas a base de fentanilo, coca, heroína y otras porquerías. Parece que no solo las quieren exportar, sino que piensan comerciarlas aquí.

—¿Eso también se lo contó Lulú?

—Sí, quiso presumir. Me dio la impresión de que sueñan con formar parte de algo grande.

—Le creo. Sabemos que algo así está pasando. Los millones de adictos gringos demandan cada vez más esas drogas y su consumo tiende a extenderse por todo el mundo. Resulta que esas pepas son más fáciles de fabricar y de transportar que las otras drogas. Con muy pocos kilos hacen millones de dosis. No solo son más baratas y fáciles de traficar, sino que son más rentables. Que ahora les estén vendiendo la receta y consiguiéndoles los precursores que llegan de la China o de Siria a las pequeñas bandas es algo que hace un tiempo hemos comenzado a ver. Esa fue la fórmula que usaron para inundar a los gringos y satisfacer su demanda.

—Muy bien, Ángela. ¿Se da cuenta de que ya encontramos un enemigo en común?

—Es usted un tipo incorregible… Solo le digo una cosa y es que si le llego a dar el dato que me pide es solo porque hay una niña de por medio y usted sabe cómo me duele eso.

—Lo sé, Ángela, lo sé… Solo dígame dónde queda esa guarida. No tengo tiempo de buscarla por mi cuenta y allí es adonde necesito ir, antes de que sea tarde.

—Otra cosita… Cómo se le ocurre que va a meterse ahí, Reina… Usted está loco.

—Sí, lo estoy. Desde hace mucho tiempo.

53.
Antes de moverse hay que saber cómo y adónde

Por razones que nos son desconocidas, el tiempo suele ponerse a la enemiga de todo aquel que debe hacer algo que le es de suma importancia. Se acelera cuando se requiere que su transcurso sea lento y se retarda cuando sería necesario que fluyera a tope.

Justo era eso lo que me hacía padecer, mientras intentaba en vano reflexionar con coherencia, paseándome de una pared a la otra de mi oficina. Siete pasos de ida y siete de vuelta. Obligado a agotar todo el largo de la espera. Sabía adónde debía ir, pero no tenía idea de su ubicación y tampoco era el momento de dar vueltas en falso. Tras mucho rogarle, Ángela Chitiva aceptó que —quizás— podría decírmelo; pero fue clara en que antes de pasarme esa información tenía que dar parte del asunto y consultarlo con su general Beltrán. Además de la demora, eso significaba que existía una alta posibilidad de que su oficial superior le dijera que no, que le recordara que un civil como yo no podía actuar por su cuenta y mucho menos poner en riesgo una operación de gran envergadura. Entendí a mi amiga, pero me desesperó la corrección de su actitud. ¿Solo podía esperar?

Bueno, no solo, por supuesto, había tareas que hacer y decisiones que tomar. Fui hasta el escritorio de H y le pedí que llamara a Lotario y lo citara a una reunión. También que se comunicara con Violeta y la presionara para que interrogaran a la

amiga de Cristina. Y, finalmente, le solicité que me escuchara y me diera su opinión acerca de la reunión que acababa de sostener con Chitiva.

—Primero le cuadro las citas y voy a su oficina para que me cuente todo, don Got.

Esperé sentado, fumándome el enésimo cigarrillo del día, sin cuyo frágil consuelo el padre Tiempo me habría aplastado. Un par de minutos después, H me comunicó que Lotario y Violeta ya estaban en camino. Hecho esto se sentó con la plena disposición de escucharme. Así que le relaté lo que habíamos discutido. Lo hice bajo el convencimiento de que H entendería la complejidad del embrollo con una percepción mayor a la mía. No obstante, solo hizo algunas inclinaciones de cabeza, todas aprobatorias, y unas preguntas muy puntuales. Al finalizar le comenté que creía que Chitiva no obtendría la aprobación de la general Beltrán y que sin esa información yo estaba atado de pies y manos.

—Don Got, ¿puede describirme bien el lugar que estamos buscando?

—Por supuesto, es una antigua fábrica de cemento abandonada hace años, queda al pie de una cantera explotada hasta convertir la montaña en un peladero y creo que está como a una hora y pico de la ciudad. ¿Te sirve?

—Déjeme ver qué puedo averiguar y le cuento.

En el instante en el que H salió de mi oficina timbró mi celular. Era Matilde. Un poco de luz en el fragor de mi vida. Sonreí para mí mismo y contesté. Ella habló con mucho afán, porque estaba a punto de entrar a una reunión y dijo que, de pronto, había sentido la imperiosa necesidad de saber cómo estaba yo. Le resumí la situación. Ella se aterró cuando supo lo de Cristina y trató de animarme. Su solo intento me acarició la autoestima, pero no me sacó del pozo. Le prometí que la mantendría al tanto de lo que pasaba. Le deseé éxitos en su reunión y nos despedimos. Colgué y mi hermano Lotario entró.

Con Lotario tuve que repetir toda la historia desde el principio y deshilvanar la madeja de mis preocupaciones. Además, le relaté despacio mi visita a Regina y a Mark, por supuesto, y cómo era que mis nuevos planes habían cambiado de súbito.

—¿Entonces, la Gran Mater no te contó?

—¿Qué cosa?

—Ay, Got… De seguro te vio tan agobiado que prefirió no cargarte con más.

—¿Cargarme con más qué?

—Regina está enferma. Últimamente se ha sentido muy mal. Como por fortuna está con el doctor Markus, a él no se le han escapado los síntomas, por lo que la obligó a consultar un especialista y la llevó a hacerse los exámenes que le mandaron.

—¿Un especialista… por qué razón?

—Como nuestra madre no te lo dijo, yo te voy a decir la verdad. Ambos sospechan que puede tratarse de un cáncer, pero están a la espera de los resultados.

—No, Lot. Dime, por favor, que eso no es verdad.

Lotario no respondió a mi ruego. No hacía falta. Su silencio tenía la suficiente elocuencia. Sentí un mazazo que estremecía hasta la última fibra de mi ser. Que algo malo le llegue a ocurrir a Regina es más de lo que puedo soportar. Me insulté a mí mismo por haber pasado la noche entera junto a ella, hablando sin parar de mis problemas y ni por un instante le pregunté cómo estaba ella. A más que en mi egoísmo ni siquiera le noté nada extraño.

—Don Got, qué pena que los interrumpa, pero creo que se lo tengo.

—No entiendo, H, ¿qué tienes?

—Creo que logré ubicar el sitio que usted está buscando. Encontré unas fotos de un lugar como el que describe. Tiene que verlas para confirmarlo.

54.
¿Cómo me gusta que me lleguen los problemas? Como los amores: uno por uno

Sin haber empezado a asimilar la pésima noticia que me acababa de dar Lotario, nos situamos junto a la pantalla del computador de H. Y sí, efectivamente, allí estaban las fotos del lugar que yo estaba buscando. La vieja fábrica de Cementos La Cruz.

—¿Ese es el lugar, *Bruder*?

—Sí, Lot. Ese es.

—Estoy buscando los planos de esa fábrica, pues nos pueden servir para detectar puntos débiles por donde atacar. Además, voy a escanear un mapa aéreo del lugar.

—Muy bien pensado, H. Búscalos y, sobre todo, fíjate si le encuentras distintas entradas.

—Me dedico a eso.

Lotario y yo regresamos a mi oficina. Serví café y acordamos prioridades. El tiempo, al darse cuenta del cambio en nuestras necesidades, empezó a correr de otra manera. Ahora no había lugar para una pausa u otros pensamientos, era necesario planear cómo entrar a ese lugar y, sobre todo, cómo someter a la Pequeña Lulú. Lo único que vislumbrábamos a favor era el incierto factor sorpresa. Lo demás era una sumatoria de desventajas. Tras analizarlo, concluimos en que nuestra principal deficiencia era que no

podríamos conformar un adecuado y numeroso grupo de asalto para enfrentarnos a esa banda. Ya le había dicho que creía que podía tener muchos integrantes y, además, que me constaba que algunos portaban un armamento poderoso.

Lotario afirmó que podía reunir un pequeño grupo de confianza y, una vez H nos completara los informes del lugar, podríamos diseñar una operación sorpresa. Una que tendríamos que dirigirla directo contra la cabeza de la serpiente, es decir contra la Pequeña Lulú. Así es mi hermano, siempre encuentra vetas de luz en medio de lo más oscuro. Tampoco quiso quedarse sentado a esperar, sino que se paró dispuesto a conseguir toda la ayuda necesaria y a alistar "los materiales" que considerara pertinentes.

Al salir se cruzó con Violeta y con Tifany, que traían noticias para mí. Las Mujerciélagas habían contactado a las Qks y habían interrogado a fondo a Alondra, la amiga de Cristina. Tras convencerla de que iban en serio, esta les había confirmado que sí, que Cristina vivía obsesionada con lo que les había ocurrido a "sus madres", pues consideraba a su tía como otra mamá. Alondra la había acompañado a varios "sitios nocturnos de mala fama" y allí habían logrado hacer contacto con algunas mujeres que habían conocido a Silvana. Contó que se les habían presentado diciendo que estaban buscando trabajo.

No obstante, de algunos de esos sitios las habían echado porque no pudieron probar que eran mayores de edad. Hasta que en uno de ellos les habían aconsejado que, si de verdad todavía eran virgencitas, negociaran con doña Lady, "pues sus cucas valían muchas lucas". Les explicaron, sin ambages, que se trataba de una cucha dedicada a reclutar muchachas que quisieran incursionar en los mundos de la prostitución. Ellas la buscaron y Cristina conversó con ella. Alondra solo la vio esa vez, pero no habló con ella porque la señora le dio miedo. Sin embargo, creía que luego del asesinato de la tía, su amiga la había vuelto a contactar. Más allá de eso no sabía.

—¿Les dijo dónde contactaron a la proxeneta?

—Sí. En un club llamado Pekadora's. Queda en la zona de tolerancia del centro de la ciudad.

—Muy bien. Te agradezco mucho esos datos, Violeta. Voy a darme una vuelta por allá. De pronto logro pillar a doña Lady.

—Uy, si va a ir por allá, tiene que mantener prendidas todas las lámparas, Gotardo. Ese rumbo no es ninguna elegancia. Las tribus lo han marcado como territorio de guerra y no es para nada fresco colarse ahí. ¿Sí me copia?

—Te copio. Pero es una pista sólida y debo seguirla. No puedo dejar cabos sueltos.

—Si quiere, nosotras podemos pistearlo hasta allá y así asegurarnos de que usted salga entero. Al fin y al cabo, es mi primita a la que usted está buscando.

Mientras pensaba qué tan conveniente era arriesgar a esas mujeres sonó mi celular. Era Regina. Mi corazón de mal hijo se retorció en mi pecho y contesté.

—Madre, ¿estás bien?

—Sí, Gothar, lo estoy. ¿Por qué preguntas? Si te llamo es porque Lorenza recibió una llamada horrible y está demasiado alterada como para hablarte.

—¿Qué clase de llamada?

—Un hombre le dijo que si quería rescatar a su nieta les debía entregar unas fotos que tomó su hija Mariana.

—¿Fotos?

—Sí. Ella dice que te dio copia de todos los archivos que tenía.

—¿Le explicaron qué fotos eran?

—No. Pero, le machacaron en que querían todas las fotos… Todas… Aunque hicieron énfasis en las de una gran reunión que hubo hace dos meses en una mansión. ¿Has visto algo así en las fotos?

—Tal vez, voy a buscar con H. Dime, ¿quedaron de llamarla de nuevo?

—Sí, le dieron plazo hasta mañana en la noche. Pero ella está muy desesperada y solo repite que tú tienes todo. La amenazaron horrible…

—¿Con hacer qué?

—Le dijeron que la niña, por ahora, estaba bien. Que aún estaba intacta y que muchos compradores estaban interesados en ella y que si no quería que la subastaran afuera del país tenía que conseguirles esas fotos.

—Dile a Lorenza que me hago cargo de todo y que yo mismo voy y las entrego.

—*Sehr gut, lieb* Gothar.

—Dime una cosa, mamá… ¿Estás bien?

Regina no respondió. Fiel a su costumbre, colgó antes de que se pudiera dar una despedida entre nosotros. Ella las evita, las considera de pésimo agüero. Así que una nueva preocupación se enconó en mi mente. ¿Qué fotos eran las que buscaban? ¿Cuál reunión? ¿Por qué eran tan importantes? ¿Era eso lo que no les había querido entregar Mariana y le había costado la vida? ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer?

Por lo pronto debía moverme. Tenía que ir a buscar a doña Lady. Debía dejar en manos de Lotario el plan de ataque a la banda del Pequeño Mundo. Y en las de H lo de revisar los archivos de Mariana y ver si localizábamos las fotografías que le estaban pidiendo a Lorenza. De todos modos, tenía que aprovechar que esa llamada nos había abierto un compás de espera hasta el día siguiente. Además, si el rapto de Cristina se debía a que querían ese material fotográfico significaba que ella estaba cerca, seguramente bien escondida y, por el momento, a salvo.

55.
Con cuál pie pisar para no atorarlo en una trampa

Según informan algunos medios de alta circulación, el muy venéreo y tradicional barrio bogotano que alberga el mayor número de prostíbulos, bares, antros, billares, moteles, casinos, residencias de paso, ollas de venta de estupefacientes, huecos de vicio y demás servicios conexos al espectro completo de la rumba no sana, en los últimos meses se ha visto envuelto en una bestial guerra de bandas. Dicen que se trata de una confrontación violenta entre pandillas de delincuentes que han migrado, en busca de mejores horizontes, desde un país vecino, Venezuela, y las anquilosadas estructuras del hampa autóctona que dominaban la zona desde décadas atrás.

Lo que está en sangrienta marcha es una lucha territorial para hacerse con el control del microtráfico de drogas y demás actividades criminales de menor monta que, progresivamente, amenaza con convertir a esa zona roja urbana en unas cuantas cuadras desoladas en otro portal bogotano a los infiernos, tan solo frecuentado por una nueva raza de zombis. Los diversos negocios y los centenares de trabajadoras callejeras que aún deambulan por sus calles, ahora tienen que acoplarse a los tiempos que corren o tendrán que migrar a otras zonas similares de la urbe, aunque estas tampoco les garanticen un mínimo de seguridad.

Para llegar intacto y evitar infortunados contratiempos, llegué a bordo de un taxi hasta las puertas del Club Pekadora’s. Al poner un

pie en los andenes me alertó que el publicitado combate que se libra en sus calles aledañas no pareciera haberlo afectado. Su alta fachada de vidrio y baldosines lucía impecable y con todos sus anuncios de neón encendidos. En su entrada estaban los habituales porteros, dispuestos a manosear a la clientela. Estos apenas si me miraron, por lo que entré sin padecer ultrajes corporales.

El club resultó ser un bailadero amplio, decorado tal como era de esperarse y lleno de mesas, con una gran pista de baile en el medio, y del todo dentro de lo corriente. Por supuesto, estaba iluminado con luces de colores cambiantes y tenía sus paredes forradas de espejos, sobre las que colgaban grandes televisores, sintonizados en canales de películas porno que ningún cliente miraba.

Había una treintena de mujeres escasamente desvestidas deambulando por el lugar o clavadas en las pantallas de sus celulares, a la espera de los primeros clientes, ya que aún era muy temprano. Sentados alrededor de algunas mesas unos cuantos hombres bebían y, presumiblemente, negociaban con las trabajadoras. La música era lo esperable: monótona, horrible y ruidosa. Me senté, buscando mantenerme orientado hacia la puerta, y cuando el mesero llegó a atenderme le pedí una cerveza y le pregunté directamente si doña Lady se encontraba en el lugar. Me contestó que, como siempre, estaba tras la barra y la señaló. Le agradecí y le dije que luego de tomarme la cerveza iría a saludarla. El hombre me ofreció presentarme a una de las chicas del lugar "que están hechas con la mejor plastilina de este rumbo". No le entendí, pero le contesté que yo mismo la elegiría. El hombre se alejó y yo volteé a inspeccionar la barra. Allí estaba doña Lady. Una rubia platinada y robusta, rebosante de bótox y maquillaje, adornada con muchos collares de fantasía y, vista de lejos, de una edad imprecisa, es decir entre los cuarenta y los sesenta años, a pesar de sus ínfulas de cuchibarbie plástica.

Esperé a que me sirvieran la pola y aproveché para hacer una inspección ocular del lugar. No porque intentara descubrir algo diferente a lo habitual, sino para localizar vías de escape o advertir sutiles señales de peligro. Varias mujeres desfilaron frente a mi mesa

procurando que yo las viera y ojalá las invitara a acompañarme. Les sonreí y las dejé pasar.

Luego de tomarme la cerveza me acerqué a la barra. Saludé a la señora y tras felicitarla por su club le pregunté, en voz baja y misteriosa, que si podía hablar con ella en privado, ya que quería consultarle un asunto delicado. La mujer me escuchó sin inmutarse y me miró de arriba para abajo, sopesándome, probablemente acostumbrada a oír todo tipo de proposiciones. Cerró la caja y sin pensarlo mucho me invitó a seguirla a su oficina. Una vez allí le dije, sin rodeos, que estaba buscando una menor de edad y que tenía varios testigos de que ella había estado en ese club y conversado con ella. Solo sonrió tras escucharme.

—Eso es cosa de todos mis benditos días. Ya ni siquiera recuerdo con cuantas señoritas hablé ayer. Por aquí pasan montones de muchachas y todas hablan conmigo, señor… ¿Cómo me dijo que se llama usted?

—Gotardo Reina.

—¿Es usted policía?

—No, señora, soy un investigador privado.

—Muy bien, señor Gotardo. ¿Cómo espera que le ayude?

—Para empezar, mirando una fotografía de la muchacha que busco.

Le pasé una fotografía de Cristina y estuve atento a su reacción. Debo decir que doña Lady la miró concienzudamente. Luego se alisó unas cuantos mechones de su cabellera, aspiró nasalmente un gran bocado de aire, volteó para enfocarme mejor, pensó, chasqueó la lengua un par de veces, adelantó hacía mí unos senos gelatinosos y de tan excesivo volumen que rebosaban el borde de su escote y, finalmente, resopló con fuerza.

—La recuerdo. Estuvo por acá. Una pollita. Estaba buscando trabajo. No le pude colaborar porque no cumplía con la edad.

—Muy bien. Voy a ser muy directo. Tengo información de que usted recluta jóvenes para trabajar en otros clubes, para fiestas de clientes especiales y para viajar afuera del país.

—Como le dije. A diario pasan por aquí muchísimas mujeres suplicando que les consiga trabajo. Eso lo sabe mucha gente y por eso me las solicitan. Cuando veo que ellas me pueden servir las ayudo y así ellas me ayudan a mí… Todas ganamos. ¿Me hago entender?

—Sabemos que Cristina vino a verla hace muy poco. ¿Qué quería?

—Lo que quieren todas, ganar plata acostadas. ¿Qué más?

—Esa muchachita está desaparecida, Lady. Mucha gente la está buscando. Si no aparece, estoy seguro de que la policía vendrá a conversar con usted. Dígame qué sabe y si usted me ayuda, yo le ayudo… ¿Me hago entender?

—Déjeme hacer una llamadita y veo de qué me entero… Espéreme afuera, por favor.

La segunda cerveza me supo mejor que la primera, aunque me produjo ganas de fumar. Deseo imposible de satisfacer en ese sitio. ¿Pueden creer? Utilicé ese tiempo en repasar el lugar. Vi entrar a algunos clientes, sentarse, pedir algo de tomar. Observé a las mujeres circular a su alrededor. Sonrisas que van. Sonrisas que no se regresan. Nada extraño. La normal rutina del cortejo mercenario. Unos minutos después, doña Lady llegó hasta mi mesa y se sentó.

—Hice una averiguación, señor Reina, y consulté con unos contactos. Yo no le puedo decir mucho, porque no sé nada. Pero encontré a alguien que tiene interés de hablar con usted.

—¿Quién?

—Ya lo verá usted mismo. Le mandó decir que lo espere y que en quince minutos estará aquí. Así que hágale caso. Si quiere beber algo, pídalo y si quiere compañía, le siento a una de mis mejores muchachas. Para que no se sienta solito.

—No hace falta. Esperaré.

Doña Lady regresó a su puesto tras la barra y habló confidencialmente con los meseros. A partir de ese momento percibí que todos me observaban de reojo. Sin haberla pedido, el mesero me sirvió una tercera cerveza. Pero las mujeres del lugar, que

conocen bien los códigos de la noche, captaron que algo anormal pasaba conmigo y, muy precavidas, no volvieron a acercarse. Saqué mi celular y sin disimularlo tomé unas fotos del lugar. Luego llamé a H y a Lotario. Los puse al tanto de lo que estaba haciendo. Ambos me informaron que estaban trabajando en lo que se les había encargado y me pidieron que me reportara cada media hora. Les mandé las fotos, un par de besitos y colgué.

56.
El hombre del traje color rata

Transcurrieron los minutos suficientes para que yo ingiriera por completo el contenido de la lata de cerveza y al lugar entró alguien que reconocí al primer vistazo. Un hombre muy alto y flaco, elegante, con gafas oscuras, vestido de dos piezas, color gris rata, y con una característica cojera que le hacía bambolearse y rastrillar contra el suelo uno de sus zapatos. A lado y lado suyo se dejaron ver un par de fornidos escoltas. El tipo vino directo hacia mi mesa y se sentó. En sus manos traía un maletín de cuero. Registré que sus guardaespaldas se apostaban cerca de la puerta en actitud de perros vigilantes.

—Buenas noches, señor Reina.

—¿Por qué será que no me sorprende verlo? Es la tercera vez que me lo encuentro sin buscarlo. ¿Cree usted en las coincidencias?

—No. Todo ocurre por necesidad. Pero, lo más conveniente para usted, es que no haga esa ni ningún otro tipo de cuentas. Solo vine a hacerle una muy buena propuesta.

—Estoy buscando información acerca de una menor de edad que está desaparecida y probablemente raptada. ¿Su buena propuesta tiene que ver con eso?

—Me mandaron a entrevistarlo solo porque hay una persona muy interesada en usted.

—¿En mí? ¿Por qué?

—Solo le puedo decir que se trata de alguien a quien le preocupa su bienestar y el de los suyos, señor Reina.

—Eso no me suena a una buena propuesta sino a una amenaza.

—Puede sonarle así, pero no es más que un buen chance para usted.

—¿Qué tienen que ver ustedes con la desaparición de la niña Cristina Montejo?

—La única respuesta que estoy autorizado a darle es esta.

Dicho eso, el hombre colocó sobre la mesa el maletín que portaba, destrabó los cerrojos y lo abrió. Después levantó un poco la tapa. Vi que contenía varios fajos de billetes de cien dólares. La moneda de todos los crímenes. Me sorprendí, solo porque no entendí de qué iba la cosa. ¿Comprarme para qué? ¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Qué es esto?

—En ese maletín hay doscientos mil dólares recién planchados. Son para usted.

—¿A cambio de qué? ¿Qué quieren de mí? Eso no resuelve nada. Yo solo acepto que me entreguen a esa niña. La quiero de vuelta.

—Mire, señor Reina, no se complique la vida. Lo único que quieren de usted es que agarre esa plata y se vaya lejos de Colombia por un buen tiempo. Nos han dicho que le gusta viajar. Coja ese dinero y olvídese de todo.

—Su propuesta no me interesa.

—Entendemos que le preocupa la seguridad de alguien. Pues bien, le mandan decir que esa alguien aparecerá, sana y salva, en cuanto entreguen lo que se les pidió a cambio. Ese es todo el lío. Ahora, tome el maletín y lárguese.

—Ya le dije que no voy a aceptar ese dinero. Voy a seguir buscando. Voy a revolver cielo y tierra hasta encontrar a esa niña. Dígale a quien sea que no aceptaré nada menos.

—No sea estúpido, señor Reina. Le están ofreciendo una salida. Usted ni siquiera entiende contra qué se está metiendo.

—Supe que quieren unas fotos a cambio. Dígales a sus patrones que yo mismo se las voy a entregar.

—¿Sí? Creemos que usted no solo no las tiene, sino que ni siquiera las ha visto. Y lo mejor para su tranquilidad es que nunca las vea. Coja esos paquetes de verdes y esfúmese. Cuando alguien, que no sea usted, entregue esas fotos, la niña que tanto le preocupa estará a salvo.

—¿De qué tienen tanto miedo?

—¿Miedo? Deje las cosas así. Hágalo por su bien y por el de su gente.

—No. Entréguenme a la niña y me olvido de todo.

—Usted no entiende. Ya es muy tarde para olvidar. Lo mejor es que no se embarre más.

Seguramente yo no estaba razonando bien. Demasiadas emociones y sensaciones me invadían. Ese cruce de energías trababa mi cerebro. Todo lo que estaba pasando me indicaba que iba por buen camino y que Cristina estaba cerca. Pero, de otra parte, percibía la boca abierta de una trampa. No comprendía la razón de semejante intento de soborno. ¿Qué peligro representaba yo para que quisieran quitarme del medio? ¿Qué sabía yo que aún no sabía que sabía? ¿Cuántas cosas estaba pasando por alto? ¿Qué había en esas fotos? Decidí levantarme de la mesa e irme. El hombre del traje gris me miró con desprecio.

—Si sale de aquí, sin aceptar la propuesta, se va a arrepentir, señor Reina.

—Eso no me preocupa... Soy un experto en arrepentimientos.

Una vez de pie, giré y me dispuse a intentar salir. Como impulsados por un resorte el dúo de esbirros se atravesaron obstaculizando mi ruta de salida. Su mirada era fría y decidida, su actitud corporal era la de un experimentado par de rompehuesos. Traté de idear al vuelo la manera de esquivarlos y realizar una efectiva maniobra de escape. Pero ambos me tenían bien medido. Hice mis cálculos y comprendí que si ellos no lo permitían, no lograría salir ileso. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? No había tiempo

para pensar. Así que aun sabiendo que todo presagiaba una nueva derrota me dispuse a luchar. ¿Heroísmo o simple estupidez? No alcancé a obtener la respuesta. No fue necesario. El cojo renqueó, de mala gana y con mirada turbia, llegó hasta donde estábamos y les hizo una seña de mando para que me dejaran pasar. El par de tipos, bien amaestrados, obedecieron sin chistar.

Aproveché que se me abría esa brecha para salir del bar. Apenas pisé la calle respiré a doble chorro el aire nefasto e impuro de ese barrio rodeado de tinieblas que hedía a carne de perro frita, humos de diésel quemado y burbujeo de charcos regurgitados por una cañería. El flujo de transeúntes se había incrementado. La noche había despegado. El tráfico inundaba las calles. En cada esquina una mujer con poca ropa y sobrepeso se ofertaba. Caminé y me sentí desorientado. Tras avanzar unos cuantos metros miré tras de mí. Nadie me seguía. Crucé la calle y atravesé por el medio de un grupo semidesnudo de travestis. Llegué a una esquina, doblé. Y en ese instante tres motociclistas me rodearon, cortándome el paso. Mi corazón saltó, como le ocurriría a cualquiera de los habitantes de esta ciudad ante una situación así. Entonces, uno de los motociclistas se levantó la visera para que le viera el rostro y me ofreció un casco. Eran Violeta y sus compañeras, quienes se habían impuesto la obligación de cuidarme.

—Súbase, Gotardo, que nosotras lo sacamos sano de aquí.

57.
Cómplices o conspiradores

Dos horas después, subalimentados por cuatro pizzas (una vegetariana) y amontonados en la sala de mi apartamento estábamos todos los que éramos y seríamos. Apenas un puñado. Lotario había reclutado tres aliados de su más alta confianza, un curtido chofer, llamado Braulio, el fiel Romeo y mi viejo conocido Luchito, el gigantón que "lucha como nadie lucha", como le gusta recalcar a mi *Bruder*. Además de ellos estaban H, Violeta y Tifany. Un pequeño grupo, es cierto, pero muy decidido.

Sobre la mesa del comedor, H había extendido un plano detallado de la antigua cementera y un mapa ampliado de las vías de acceso. También había conseguido varias fotografías, algunas de sus buenos tiempos y otras de la ruina reciente. Todo esto nos había permitido formarnos una idea del lugar y ubicar sus puntos más débiles. Llegar y entrar no parecía constituir el mayor de los problemas. Otra cosa sería una vez lográramos introducirnos a los corredores de la aldehuela subterránea.

Por la sola agitación que se percibía en el ambiente, cualquiera que pudiese vernos entendería que habíamos tomado la decisión de actuar esta misma noche. Lo habíamos hecho tras evaluar tres informes importantes. Uno de ellos nos lo había transmitido Violeta. Las Mujerciélagas habían removido sus contactos entre ciertas pandillas y, discretamente, se habían enterado de que la mayoría de los integrantes de la banda del Pequeño Mundo tenía la costumbre de abandonar su guarida y salir a patrullar apenas caía la noche. Lo

cual se debía a que habían sido autorizados a distribuir "las nuevas drogas de diseño" en ciertas esquinas de varios barrios de la ciudad y, en especial, en la cercanía de algunas universidades que tienen horarios nocturnos. Para nosotros, esa era una buena noticia, ya que se equilibraban nuestras fuerzas y, de ser cierta, significaba que la aldehuela no estaría tan vigilada, ni se encontrarían adentro muchos de sus integrantes. Las compañeras de Violeta también reportaron que en las calles aseguraban que ya casi nunca se veía a la Pequeña Lulú "haciendo vueltas", sino a sus compinches. Por lo que era de presumir que la jefa se hallaba ocupada en actividades más importantes.

Lo segundo que tuvimos que considerar fue la llamada que me hizo la capitán Ángela Chitiva, para confirmarme que su general Beltrán no había autorizado que se me diera ninguna información. Por lo que me aconsejaba "de la manera más comedida" que me hiciera al margen y mejor convenciera a la señora Lorenza de poner un denuncio, pues sin dicho requisito las autoridades no podían proceder. Su llamada era algo que esperaba. Por suerte ya no necesitaba la ayuda de Chitiva, aunque no podía decírselo. Pero como nos conocemos bien, resultó difícil para ambos confiar en el otro plenamente. Yo temía que ella no creyera que yo estaba resignado a obedecer, como le había dicho, y se curara en salud ordenando una vigilancia policial cerca de la cementera para impedir mi acceso; ya que era muy probable que maliciara que yo podía haber localizado la guarida por mi cuenta, dado el conocimiento que tenía acerca de las múltiples habilidades de H. Razón por la que la capitán era capaz de conjeturar que yo intentaría actuar a pesar de todo. Ya otras veces habíamos pasado por tironeos similares. Me despedí de ella mintiéndole sin recato y creo que ella me respondió sin tragarse ni una sola línea de mi ardid.

La tercera cuestión que pesó fue el contenido de un sobre que un mensajero en bicicleta dejó en la portería de mi oficina. Adentro había una breve nota a mano que decía: "No he creído conveniente buscarlo, Gotardo. Me preocupa verlo y convertirlo en estatua de piedra. Busque rápido y hondo allí donde se reduce el mundo". Frase

en clave mitológica que equivalía a una firma y me reafirmaba en la intuición que yo tenía acerca de dónde podían tener secuestrada a la pequeña Cristina. Solo podía ser Medusa.

Estas tres informaciones nos conminaban a movilizarnos con premura. Aunque, para mí, el punto de inflexión era que H no había encontrado fotografías de ninguna reunión especial en la mansión, entre los archivos de Mariana. Lo cual significaba que, en cuestión de horas, la respuesta que se les tendría que dar a los secuestradores de Cristina sería negativa y los riesgos sobre la integridad de la niña aumentarían.

Como si nos faltara en qué más pensar, no podíamos desestimar el peligro extra que representaba mi reunión con el hombre del traje gris. Era obvio que este contaba con todos los recursos para vigilarme de cerca, si es que desde días atrás no lo estaba haciendo. En mi cabeza aún no lograba descifrar la razón de su insólita y enigmática propuesta. Con hampones de ese nivel resultaba incomprensible que intentaran apartarme del camino con un puñado de dólares, cuando más barato y seguro les sería gastarse un par de onzas de plomo.

Sin embargo, la más apremiante consideración la aportó Lotario al sostener que ningún viento soplaría a favor nuestro si esperábamos más. Al contrario, cada minuto perdido podía activar los distintos obstáculos que teníamos a la vista y, además, hacer que dilapidáramos el factor de la sorpresa. También argumentó que dadas las consideraciones tácticas del golpe a dar, lo más práctico y eficiente sería diseñar un plan sencillo y de fácil ejecución.

Tras una corta y democrática deliberación se decidió que solo cuatro de nosotros iríamos hasta el lugar y que lo haríamos a bordo de una camioneta conducida por Braulio, quien nos dejaría en la entrada de dos caminos diferentes, ya que estos nos ofrecían dos puntos de acceso a la cementera. En un grupo irían Lotario y Romeo; en el otro, Lucho y yo. Poco, pero no había más. Braulio nos esperaría en el lugar de encuentro y, además, se mantendría en vigilancia permanente. Aceptamos que Violeta, junto con varias de sus compañeras, circularan “casualmente” por el perímetro exterior

de la zona, en plan de campaneras, y que se mantuvieran atentas a cualquier movimiento extraño. En especial al súbito regreso de miembros de la banda o a la aparición de patrullas de la policía. Por su parte H, a disgusto de que la dejáramos por fuera de la acción física, aceptó encargarse de coordinar todos los equipos a través de los celulares, y una vez nos introdujéramos en la aldehuela, si llegaba a ser estrictamente necesario, usando los equipos de radio.

El otro punto que tuvimos que discutir fue el del tipo de armas que íbamos a llevar. Como es bien sabido, no soy un hombre que guste de ellas. Sé disparar y lo he hecho de manera deportiva, pero dispararle a un ser de carne y hueso no va conmigo. No obstante, entendía que pedirles a los demás que entráramos sin armamento era una soberana insensatez. Lotario, a quien le pareció que movernos con armas largas por la ciudad y en inmediaciones de la cementera era muy arriesgado, se decidió por proveernos de pistolas automáticas Smith &Wesson M&P, 9 mm, dotadas con un cargador de diecisiete proyectiles. No quise averiguar cómo ni dónde las había obtenido, pero me rehusé a portar una y a cambio decidí apostar por mi vieja y confiable Beretta 92, que me traía buenos recuerdos. A este armamento mi hermano agregó sendos cuchillos de asalto, cuerdas de escalar, cuatro binoculares Binox 4k de visión nocturna, seis radios bidireccionales de largo alcance y cuatro chalecos blindados para quienes íbamos a incursionar en el Pequeño Mundo.

Cuando todos nos hubimos vestido de manera apropiada, memorizado el plan y nuestra parte en él, y ya estando a punto de salir, H se acercó para desearme "la mejor de las suertes", me miró con ojos preocupados tras sus lentes y me hizo la terrible pregunta que estaba revoloteando en su cerebro siempre alerta.

—Don Got, ¿ha pensado usted qué pasaría si la niña Cristina no se encuentra en ese lugar?

58.
La transparencia nocturna parecía ser aliada nuestra

Apenas nuestros sincronizados relojes marcaron la una en punto, dimos inicio a la operación. Braulio encendió la camioneta, condujo desde el discreto garaje donde nos ocultábamos, atravesó un tramo muy conocido del norte de la ciudad y, finalmente, se adentró por las estrechas callejuelas que suben hasta lo alto de un viejo barrio obrero, vecino de los vestigios de la antigua cementera. Inicialmente trepó por las calles ubicadas en el costado norte, por fortuna desoladas, pues los habitantes saben del peligro que conlleva recorrerlas a esa hora. Su soledad era una ventaja para nosotros, que requeríamos llamar al mínimo la atención. Ya que otro de los inconvenientes que temíamos era toparnos con los integrantes de las cuadrillas de atracadores que ejercen control de tránsito a lo largo de esos cerros. No obstante, nadie se nos atravesó. Llegados al punto convenido, dejamos a Lotario y a Romeo, para que continuaran a pie el último tramo hacia la entrada norte, cuyas paredes tendrían que escalar. A continuación, viramos hacia el lado sur de la fábrica y una vez llegamos a la esquina elegida, Luchito y yo nos bajamos de la camioneta.

Era una insólita noche bogotana. El cielo estaba tan claro que parecía querer hablarnos. De ser así, ¿quién escucharía su mensaje? Todo el calor del día había sido diluido por una suave brisa que soplaba con constancia. Apenas si corría, en lo más lejano del

horizonte, un desperdigado rebaño de nubes blanquecinas. La luna era una uña de plata. Arriba parpadeaban las estrellas y allá, abajo, refulgían las incontables luces de la ciudad, desparramándose. La comba del firmamento era perceptible gracias a esa inusual transparencia atmosférica. ¿Qué quería la noche que yo viera?

Mientras nos alejábamos de las últimas casitas del barrio y recorríamos la vieja calzada que conducía a la entrada principal de la ruinosa cementera, tuve la sensación de que todo cuanto veía formaba parte de un entramado irreal; como si hubiese abierto los ojos a mitad de un sueño y sin despertarme continuara caminando. A pesar de su gran tamaño, Luchito se movía con presteza, diez pasos delante de mí, cuidándome.

Una vez conquistamos la cima de la última loma nos fue posible divisar la monumental y fantasmagórica silueta fabril. No oíamos ruido alguno. No veíamos luces. No detectábamos indicios de ninguna presencia, ni siquiera la de perros. La calma que percibíamos nos parecía demasiado silenciosa. Por prudencia no hablábamos entre nosotros y nos entendíamos por señas. Sin embargo, en nuestro andar pudimos observar muchas huellas frescas en el barro seco del camino. Prueba de que por esos caminos polvorientos recientemente habían circulado diversos vehículos. Dichos rastros eran la única señal visible de vida.

Unos veinte metros antes de la entrada nos refugiamos bajo un pequeño arbusto, mano de oso, que milagrosamente había sobrevivido. Nos acuclillamos junto a su tronco y esperamos el mensaje de texto que nos debía enviar Lotario. Miré el reloj. Según el plan habíamos gastado tres minutos menos de lo previsto. Respiré hondo y exhalé una columna de vaho. La sola imagen me hizo enfrentar con mis deseos de encender un cigarrillo. Comprendí que Lotario había tenido razón cuando me obligó a dejarlos. Si los tuviera habría encendido uno, a pesar de los peligros. Mientras esperábamos, Luchito utilizó los binoculares infrarrojos para inspeccionar la fachada, las cornisas de los techos, las desvencijadas chimeneas y, sobre todo, el gran portón que tendríamos que forzar o saltar.

Una vibración en el celular de mi compañero nos alertó. Ambos leímos el mensaje de Lotario. "Adelante. Fase C. En 10 minutos la siguiente comunicación". No había vuelta atrás y reanudamos la marcha. Ambos comprimimos las correas de los chalecos y nos aseguramos los gorros de lana que cubrían nuestras cabezas. Si alguien nos llegara a ver, solo distinguiría dos sombras que se mimetizaban con la oscuridad.

Llegamos hasta el portón metálico. Volteé a mirar el camino recorrido y no vi nada preocupante, solo una boca oscura y solitaria. Me recosté contra los barrotes de la verja lateral y esperé hasta que Luchito, que es un cerrajero experto, abrió los candados que la aseguraban. Apenas lo logró me hizo una señal y empujó la portezuela —procurando no hacer ningún ruido—el espacio suficiente como para meter de lado el cuerpo. Cuando entramos volvió a colocar los candados en su sitio.

Mientras caminaba miré hacia la edificación y reconocí el sitio, sus siete naves principales. Era allí donde había estado la otra vez. Un tétrico paisaje poshumano, un recuerdo del futuro. Sabía hacia dónde dirigirme, cuál era la puerta para entrar a cierta parte de la fábrica. Sin embargo, vi que Luchito me conminaba a esperar. Miró el reloj y me sonrió. De seguro íbamos conforme al plan. Luego de un par de minutos la pantalla de su celular se encendió. Leímos el texto. "¿Librado el obstáculo?". Luchito tecleó un okey. "Adelante. Fase D. Pisar con cuidado".

Avanzamos con rapidez y sigilo hasta pegar nuestras espaldas a uno de los muros laterales. Allí nos detuvimos y Luchito revisó con atención todo el perímetro. Nada se oía. Nada se veía. Así que reiniciamos nuestra marcha hacia la puerta. Una vez estuvimos frente a ella, Luchito sacó su pistola, le atornilló el silenciador, cortó el cartucho, se puso en posición de tirador, apuntó hacia el interior y esperó hasta que yo hiciera mi parte. Alisté mi Beretta y con cuidado agarré la manija, no estaba asegurada, así que la roté con facilidad y empujé con delicadeza. La puerta se deslizó con un leve chirrido. Esperé. Al otro lado solo nos esperaba una gran oscuridad. Ambos entramos conservando la posición de tiro, hombro contra hombro.

Cerramos la puerta y aguardamos hasta que nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra, pues no era prudente encender nuestras linternas. Apenas nuestros corazones se calmaron, comenzamos a caminar, casi a tientas, evitando tropezar contra los restos de maquinaria abandonada: el cargador de cisternas, un par de mezcladoras destartaladas, algunos filtros, ollas, restos de rieles, carritos de transporte y trozos de tuberías. A cada paso teníamos que cuidarnos de no chocar contra un sinfín de canecas, bultos, cables y cachivaches tirados por ahí.

La escenografía de desolación que habían conservado funcionaba bien. Nadie habría supuesto que el lugar estaba habitado. Respirar se me hizo difícil. Noté que la calidad del aire se había vuelto grumosa. No solo era arduo ver, sino que a cada inhalación se nos colaba el irritante aroma del polvillo calcáreo, el olor de los metales oxidados y los mohos del encierro. Atravesamos ese vasto primer galpón, de triple altura, directo hasta donde yo recordaba que estaba la siguiente puerta. Hábilmente, Luchito la abrió con sus ganzúas. Al entrar encendí mi linterna un breve instante y tras el fogonazo la apagué. Aún nada veíamos. Nada se dejaba oír.

Llegamos sin problema hasta el montacargas por el que yo había descendido días atrás y lo revisamos. Unos ventanales rotos nos regalaban un poco de luminosidad. El motor estaba apagado, pero el chasis que lo recubre estaba tibio, lo que indicaba un uso reciente. Nos asomamos a la boca del conducto. Los engrasados cables de acero estaban tensos y allá, abajo, percibimos el débil resplandor de una luz mandarina. La cabina de pasajeros estaba detenida y asegurada en el piso de abajo. Señal de que debía haber personas.

Por supuesto, desde un comienzo habíamos previsto que utilizar el montacargas para bajar no sería recomendable ni posible. Descansamos un poco y miramos los relojes. Gracias a los viejos planos de la fábrica —que H había encontrado en los archivos históricos de la ciudad— nos enteramos de que existía otra forma de bajar, una vieja escalera de escape.

Un minuto después oímos un ruido de pasos a nuestras espaldas. Apuntamos por instinto, no porque hiciera falta. Eran Lotario y

Romeo. Nos indicaron que tampoco se habían encontrado con nadie y que la otra ala de la ruina estaba solitaria.

59.
Pasadizos plagados de gatos

Nuestro descenso hasta la planta baja resultó un ejercicio fastidioso. La destartalada escalerilla de metal estaba inmersa en la tiniebla. Eso nos obligaba a adivinar los escalones al tanteo. Además, varios tramos de su estructura estaban flojos y, por tanto, era potencialmente ruidosa y resbalosa. Tuvimos que pisar un peldaño tras otro, extremando la cautela. Solo oíamos el resoplar de nuestras respiraciones. Por eso sentimos un alivio al pisar una firme losa de cemento. Dos metros más adelante captamos un suave resplandor ambarino. Habíamos llegado hasta una de las entradas a la aldehuela. Estábamos en las puras tripas del Pequeño Mundo.

Nuevamente, Luchito abrió la discreta puerta de acceso que tenía un viejo letrero de prohibido el paso. Me asomé a escudriñar. Solo distinguí el serpentear de los sinuosos callejones, débilmente iluminados. Pero no había nadie a la vista. Hice la señal de que todo estaba bien y empezamos a caminar. Eso sí, llevando las pistolas preparadas. Según lo planeado debíamos tratar de llegar de manera directa hasta la llamada *ofis* de Lulú, quien era nuestro objetivo principal. Con ella en nuestro poder controlaríamos al resto de su tropa.

Unos noventa metros más adelante nos topamos con una encrucijada. Allí la callejuela se bifurcaba. Convinimos que cada grupo avanzara por uno de los lados. Por lo que yo recordaba, era muy probable que alguno de esos caminos nos condujera adonde queríamos.

Antes de dividirnos, Lot y yo cruzamos una mirada. Sonreí, agradecido de la suerte que estábamos teniendo. Todo indicaba que había poco personal adentro y que lograríamos realizar el ataque definitivo por sorpresa. Pero de pronto la cara de Lot cambió y vi signos de alerta. Giré lo más rápido que pude, apuntando con mi Beretta. Frente a nosotros una gran manada de cautelosos gatos nos observaba, con ojos curiosos y maullando por lo bajo.

Respiramos aliviados y continuamos nuestro avance hasta llegar a la puerta de metal que daba entrada al gran salón de reuniones de la banda. Allí descubrimos que ambas rutas conducían al mismo sitio. Así que esperamos a Lotario y a Romeo antes de entrar.

Apenas abrimos la puerta los gatos fueron los primeros en entrar. Nos encontramos con que el salón estaba vacío. Por las claraboyas del techo se colaba el tenue resplandor de la noche y formaba un lago de luz que nos proveía de la suficiente claridad. No había lámparas encendidas. Sobre las mesas había botellas de aguardiente, latas de cerveza, colillas, cubiertos de plástico, cajas de cartón, bolsas de papel y restos de una comilona que los gatos atacaron. Seguramente, antes de irse a traquetear por Bogotá, los integrantes de la pandilla habían organizado una pequeña juerga.

Nos desplazamos con cuidado, tensos y con todos los sentidos en alerta. El tiempo pasaba y lo que más me incordiaba era no captar ningún ruido. ¿Sería posible que no hubiera nadie allí? ¿Habrían salido todos sin dejar a alguien de vigilancia? ¿Qué pasaba? Temblé al pensarlo. Las malas derivaciones de la última pregunta de H resonaron en mi cabeza. ¿Y si no lograba encontrar a Lulú? ¿Y si Cristina no estaba allí? ¿Y si mi inmenso deseo de encontrarla me había hecho desfigurar la realidad y acomodarla a mi conveniencia? ¿Y si todo lo que yo intuía estaba errado? Como es costumbre mía, flaqueó mi confianza en la correcta interpretación de los datos que me proporciono a mí mismo.

Detenido ante la puerta de madera que, según dictaba mi memoria, conducía a la sala de recepción de la *ofis* de la gran jefa, le supliqué al gran espíritu universal no haberme equivocado. Como mi hermano percibió que algo me turbaba, colocó su mano en mi

espalda y me indicó que me apartara. Luchito se aproximó a la puerta, pegó su oreja y escuchó. Hizo señal de que no se oía nada y nos señaló el piso. Una firme raya de luz se filtraba través de una rendija. Nos entendimos en silencio, Lotario se plantó en posición de tiro, apuntando al frente. Romeo se acuclilló, cubriéndole la espalda desde ese ángulo. Y yo me situé detrás, sellando la triada.

Luchito manipuló la chapa con cuidado y como no estaba asegurada le giró. Acto seguido tomó impulso y con un movimiento veloz, derivado de su experticia, pateó la puerta y se apartó. Esta se abrió de par en par. Sin dar pausa, Lotario saltó adentro y, como es diestro, avanzó por el flanco derecho, dando paso a que el zurdo Romeo se introdujera por el izquierdo. Luego entré yo, justo por el medio de ambos, mientras Luchito se retrasaba para cubrirnos.

—Quietos…No se les ocurra moverse… Levanten esas manos ya.

Las voces de mando de Lotario y, sobre todo, la actitud profesional de los cuatro pistoleros que les apuntaban, tomaron por sorpresa a la Pequeña Lulú y a dos de sus escoltas. El llamado Tarrofeo y la peligrosa muchacha a la que le dicen *Blue*.

Los tres se hallaban reunidos alrededor de una mesa larga, totalmente concentrados en sus asuntos. No habían oído nada porque cada cual tenía puestos unos audífonos. Además, estaban fumando bazuco y bebiendo cervezas mientras contaban, a mano y a punta de saliva, un enorme montón de billetes arrugados. Además de que pesaban en una balanza miles de pastillas de colores, antes de empacarlas en bolsitas de plástico. Larga era la tarea que les interrumpimos.

60.
¿Reirá de último el que quede vivo?

Ten cuidado, esto ha resultado demasiado fácil, Gotardo, no te confíes. Eso me advirtió una muy reconocible voz que permanece lúcida en las profundidades de mi mente. Desde hace mucho tiempo sé que un ser muy sabio mora en el piso más alto de nuestra conciencia cotidiana. Eso que algunos místicos llaman el Yo superior. He tenido mil pruebas de su existencia, me he beneficiado de sus muchos aciertos y, atrapado en múltiples peligros, he sobrevivido gracias a su previsión. Aun así, la mayor parte de las veces no lo atiendo, no le pregunto, desconfío y no le creo.

Tal vez por eso, no me extrañó advertir en mis compañeros un cierto desconcierto por la higiénica eficacia del golpe dado. En tirante silencio miré a Lulú, apuntándole al centro de su pecho, mientras Romeo y Lucho cacheaban, desarmaban, desconectaban de sus audífonos y ataban con esposas de plástico las muñecas de su par de escoltas, atentamente vigilados por Lotario. No solo la advertencia de mi voz interna, sino la actitud del trío me causaba una fastidiosa intranquilidad. La mirada de Lulú era rabiosa, pero en dominio de sí, como una fiera acorralada, más no derrotada. Tarrofeo no lograba disimular una mirada despreciativa hacia nosotros. Y la muchacha a la que le dicen *Blue* no me quitaba sus ojos enloquecidos de encima, como si se aprestara, de un momento a otro, a saltarme al cuello e hincarme sus afilados colmillos.

Apenas el trío estuvo maniatado, Luchito y Romeo procedieron a inspeccionar el lugar. Entraron por la puerta pintada con la gran

calavera hacia la *ofis* de Lulú. No hallaron nada de qué preocuparnos y regresaron. Hecho eso, Lotario les ordenó que salieran a vigilar, "no vaya a ser la de malas y nos caigan". Además, les pidió que intentaran reportarse con los equipos que teníamos afuera. Una vez puesto en marcha nuestro plan de seguridad inmediata, guardé mi pistola en su cartuchera y me le acerqué a Lulú.

—¿Dónde tienen a la niña, Lulú? Dígamelo de una vez. No perdamos tiempo.

—¿Cuál niña, Gotardo? No sé qué mierda se habrá fumado, pero no sé de qué me ladra, gonorrea.

La miré a los ojos e intuí que ocultaba algo o que mentía. Tal vez ambas cosas. A pesar de su desfavorable situación, no había descendido un centímetro del ápice de su altanería. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? Sentí una oleada de ira y unas ganas terribles de abofetearla, más aún, de molerla a golpes. Pero ni siquiera tuve que contenerme, algo así estaba lejos de lo que yo me permitía hacer. Modifiqué la estrategia y opté por arriesgarme a otro tipo de lance con *Blue*. Me le arrimé de súbito, saqué mi cuchillo, lo exhibí con mirada de psicópata y se lo coloqué sobre su aorta.

—¿Y tú qué dices, *Blue*? ¿Dónde está la niña? O voy a tener que cortarte.

—No sé de qué mocosa habla… Aquí de eso no queda… A mí puede hacerme lo que quiera, papacito. Y lo mejor es que me haga lo que a mí me gustaría que me hiciera... ¿Sabe qué es?

La observé. No encontré en su expresión ningún signo de fingimiento. Comprendí que era uno de esos seres incapaces de sentir temor o culpa. Incluso parecía estarse gozando la situación. Tal vez mi actuación no fuera la más convincente, pero esa muchacha no era alguien normal. Sus ojos chispeaban en frío, como antorchas reflejadas en espejos de hielo. Por el flujo de su respiración era posible inferir que estaba excitada sexualmente. Cuando bajé el cuchillo se rio, cabeceó para apartarse un mechón de su cabello y se relamió los labios antes de decirme:

—Lo que a mí me gustaría es que usted me violara. ¿Quiere violarme, señor? Fíjese que si me la clava bien duro le cuento todo lo que sumercé quiera.

Alcancé a levantar la mano, dispuesto a darle un bofetón y acallarle la carcajada. Pero Lotario atenazó mi brazo en el aire.

—Déjala, Got. No tenemos tiempo para domar esa fiera.

—¿Qué se te ocurre?

Lotario no adelantó qué pensaba hacer. Sin soltar pista alguna se le echó encima a Tarrofeo y le propinó un pechazo que lo desestabilizó. Le sacaba una cabeza de altura. Vi temblar al bandido. Un instante después y sin aviso alguno, Lotario le golpeó con toda su fuerza el pabellón de las dos orejas, utilizando toda la palma abierta de sus manos. Un golpe técnico, doloroso y rapidísimo que a todos sorprendió. El pobre tipejo, boquiabierto, gimió, se dobló y se le aflojaron las rodillas. Antes de que cayera al piso, Lotario lo atrapó de las solapas de la chompa de cuero y lo alzó sosteniéndolo en vilo medio metro arriba del suelo. Tras un momento en que lo dejó sentir su fuerza, lo colocó despacio sobre el piso y lo miró de cerca y en silencio. Daba la impresión de que lo iba a tundir. Sin embargo, como si de repente modificara su intención, dio un paso hacia atrás, desenfundó la pistola y teatralmente le enroscó el silenciador. Observé a Tarrofeo, palidecía como quien está a punto de desmoronarse; sus labios modulaban, pero la voz no le salía. Aterrado volteó a mirar a Lulú, como implorando su ayuda, pero la jefa solo levantó los hombros, indicándole que se las arreglara solo. Comprendí que esa era una buena oportunidad. Mi hermano es un experto en leer a las personas, en olfatearles su temor y detectarles su falla principal. Era claro que ese muchacho era la pieza más fácil de pelar. Tan era así que Lotario ni siquiera se molestó en preguntarle nada. Cortó cartucho y le encajó el cañón entre las cejas. Ni siquiera levantó la voz, solo le susurró: voy a contar hasta tres, pedazo de mierda.

—Uno.

—No, no me mate, por favor… Está en la bodega de atrás… La culicagada que buscan está escondida en la bodega de atrás.

61.
Se puede caer sin siquiera haber estado arriba

Amordazamos con cinta y atamos de pies y manos a Tarrofeo y a la tal *Blue.* Interrogamos a Lulú y esta, resignada y furiosa, nos confirmó lo revelado por su escolta, a quien de paso pateó con rabia e insultó por ser un cobarde.

Esperanzados por saber que Cristina estaba cerca, decidimos ir a buscarla de inmediato. Salimos y nos aventuramos por los callejones. Utilizamos a Lulú como escudo humano, a quien Lotario le mantenía su pistola pegada a la base del cráneo. Según ella nos dijo, en la bodega solo había un par de muchachas de guardia, pues el resto de la banda había salido a mercadear un surtido de pepas nuevas que les acababan de llegar.

Creer en lo que nos dice alguien siempre es una decisión que involucra riesgos. Así que nos introdujimos por esas callejuelas con mucha precaución. No obstante, le dejamos claro a Lulú que nuestro único objetivo era llevarnos a Cristina, sana y salva. Que lo que ellos hicieran o no hicieran, fabricaran o inventaran, vendieran o robaran, no era de nuestro particular interés.

—Solo tiene que ordenarles a sus muchachas que nos entreguen a la niña y ya. Asunto resuelto. Apenas la tengamos en nuestro poder nos vamos sin darles más problemas.

—¿Por qué debo creerle?

—Porque es lo único que puede hacer.

—¿Y si mis parceras se embejucan y les da por dárselas de muy tesas?

—Malo para usted y peor para ellas.

El último pasadizo nos llevó hasta una escalera de cemento que conducía a la parte trasera de la fábrica. Allí su enorme mole colindaba con las ciclópeas cicatrices que la explotación de la cantera había inscrito en las faldas de la montaña. Nos asomamos y vimos una gran explanada, en torno a la cual se alineaban un conjunto de viejos galpones y antiguas bodegas en avanzado deterioro. No se percibían movimientos y no escuchábamos ningún ruido. De mala gana, Lulú nos señaló la única ventana iluminada. Era una pequeña bodega que se encontraba cruzando el gran patio y nos dijo que ahí era donde tenían a la niña.

Bueno, bueno. El plan iba como debía. Solo teníamos que ir hasta allá, hacer que Lulú les ordenara abrir y rescatar a Cristina. Tomamos la precaución de avanzar en formación de cuña. Lotario adelante, controlando a la pequeña jefa. Seis pasos más atrás iba yo, cuidándole la espalda. Y abiertos, a nuestros costados, andaban Luchito y Romeo. Repentinamente, estando a mitad de la explanada, escuchamos el chisporroteo clásico de una llamada por uno de nuestros radios. ¿Qué pasaba? Todos afuera sabían que no podían utilizarlos, sino en un caso de extrema urgencia. Lotario se detuvo y agarró su radio.

—¿Qué pasa, Hortensia?

—Salgan ya mismo de ahí… Repito… Salgan… Llegó la artillería pesada… No se detengan, corran sin parar.

Antes de que pudiéramos reaccionar de alguna forma, se abrió de par en par la puerta de la bodega y de ella salió la pequeña Cristina, amordazada y con los brazos en alto. Detrás de ella, sujetándola de un hombro, caminaba el hombre siempre vestido de gris. Le apuntaba directo a la cabeza con un poderoso revólver Taurus Raging Hunter. Tras él asomaron las dos pandilleras y brotaron tres de sus escoltas, armados con sendas y relucientes subametralladoras del último modelo de Indumil.

—¿Qué hacemos, Got?

—Rendirnos, Lot. ¿Qué más? Tienen a la Cristina a tiro y no podemos armar una balacera que vamos a perder. Mucho menos estando ella de por medio.

Era tan irrebatible la situación que, en un gesto unánime, los cuatro levantamos los brazos y nos quedamos quietos. Los escoltas nos rodearon de inmediato, apuntándonos casi a quemarropa. O sea, con cero posibilidad de errar. Conocíamos la rutina. Con extrema lentitud y con los dedos lejos del gatillo colocamos nuestras pistolas en el suelo, luego las pateamos hacia adelante y, sin que nos lo ordenaran, nos hincamos entrelazando los dedos por detrás de nuestras nucas. En esa posición nos despojaron de los aparatos de comunicación, nos terminaron de desarmar y nos obligaron a entregarles los chalecos antibalas. Satisfecho, el hombre del traje gris se nos acercó. Traía apresada a Cristina de un brazo. La pequeña me miraba, llorando a mares, aterrorizada y avergonzada a la vez. Yo le sonreí. Sinceramente me alegré de ver que estaba bien, a pesar de la situación. Finalmente era lo que más me importaba.

—Señor Reina, nos volvemos a encontrar.

—La quinta vez y sin necesidad de hacer cita. ¿Será cosa del destino?

—Me temo que este encuentro va a resultar muy malo para usted. Es más, no creo que volvamos a tener otro. Le conseguí una oportunidad y mire con las que me sale.

—Esto todavía no se ha terminado, señor de traje gris… Tenemos gente afuera.

—Tenían, querrá decir. Créame cuando le digo que ya no hay nadie afuera que pueda hacer algo por ustedes. Y como nos han informado que ustedes siempre trabajan sin ayuda de las autoridades, sabemos que están solos. A menos que hayan cambiado sus métodos. Pero no parece…

—Hay cosas que solo cambian a la fuerza y, a veces, ni eso. Eso lo terminarán por aprender unos cobardes como ustedes, que secuestran niñas y matan mujeres.

—Me gustaría discutirlo más a fondo. Pero resulta que no tengo tiempo de conversar. Me voy a llevar a la niña, este lugar ya no es seguro. Y respecto a ustedes… me temo que ese será un problema que dejaremos resuelto de una vez…

Mientras el hombre del terno gris hablaba, entraron Tarrofeo, un pistolero y la chica peligrosa. Al mismo tiempo, uno de los matones procedió a soltar a la Pequeña Lulú. El tipo agarró uno de los cuchillos que nos habían quitado y le cortó de un tajo brusco las esposas. Una vez liberada, Lulú se sobó las muñecas, nos miró con sonrisa triunfal y se aproximó al señor del traje gris para agradecerle. Sin advertencia de ningún tipo, este le cruzó el rostro con una violenta bofetada que la tiró al piso.

—Estúpida, más tarde me encargaré de ustedes. Si no llegamos nosotros, ustedes estarían perdidas.

La mirada de Lulú era una mezcolanza de ferocidad y sorpresa. De seguro hacía ya mucho que nadie la trataba así. Sentada en el suelo se sobó la marca enrojecida que le quedó estampada en su mejilla y se limpió con los dedos el hilillo de sangre que le escurría de los labios reventados, pero no protestó. Ante la mirada displicente del señor del traje gris se puso de pie y le bajó la cabeza en señal de que aceptaba la reprimenda. Sin dar muestras de interesarse más en ella, el hombre jaló del brazo a Cristina y escupió una orden a sus esbirros.

—Encierren ya mismo a estos tipos. Átenlos bien. No les quiten los dos ojos de encima. Vigílenlos con un dedo puesto en el gatillo. Si alguno medio intenta algo, masácrenlos a todos… Y esperen hasta que les dé instrucciones.

62.
Colgados sobre nidos de roedores hambrientos

El asquerosísimo cuarto donde nos ataron y colgaron de una viga traversa a Lotario y a mí pudo haber sido, en tiempos pretéritos, un pañol de acopio de víveres y enseres. Hoy en día estaba repleto de ratas, saturado de espesas telarañas y cubierto de montículos de polvo y excremento. Al encenderse la luz de un par de focos amarillentos, pudimos ver decenas de ratas que trotaban encima de las vigas, chillaban, huían en estampida y asomaban por todos los rincones. Nuestra presencia había trastornado la calma territorial a la que estaban habituadas y reaccionaban ante la posible amenaza a sus nidos.

Por suerte, salvo las rudezas propias del amarre, no habíamos sufrido más vejámenes. No obstante, a ambos nos inquietaba que nos hubieran puesto aparte de Romeo y de Luchito, a quienes habían amordazado y amarrado a un par de columnas de concreto. No habíamos tenido tiempo para analizarlo, pero nos rondaba lo que el hombre de gris había dicho acerca de los compañeros que nos esperaban afuera. No parecía un cañazo ni un alarde y lo más factible es que los hubieran sorprendido. ¿Qué les habían hecho?

Nuestros guardias nos vigilaban sin dirigirnos la palabra y escasamente nos miraban. Se mantenían cerca de la puerta y fumaban sin parar. De lo que conversaban solo nos llegaban las colas del rumor. No les preocupaba que habláramos entre nosotros.

—¿Se te ocurre algo, Lot?

—No, *Bruder*. Nada. Solamente podemos esperar sin desesperar.

—Lo siento mucho.

—¿Qué sientes?

—Haberte metido en esto.

—Tú no me metiste.

—He debido suponer que me tenían vigilado y se anticiparían a nuestros movimientos.

—No pienses en lo que no es. Mejor ponte alerta por si tenemos alguna oportunidad.

Calculo que no estuvimos colgados más de cinco minutos hasta que entraron a visitarnos Lulú y la maléfica muchacha a la que le dicen *Blue*.

—¿Qué se siente, Gotardo, perder así, cuando sumercé creía que estaba coronando?

—¿Usted si entiende lo jodidas que están, Lulú?

—Jodidos están ustedes. ¿O no ve?

—Ustedes se volvieron una banda desechable para esta gente. Este lugar está quemado. Ustedes se chamuscaron con el encargo. Las estaban probando y la embarraron. Las van a dejar fuera del negocio.

—¿Y qué? Toda la vida hemos estado afuera de todo. Estamos acostumbradas a lo peor… Ya veremos qué otro mal nos ponemos a hacer. Los que ya no sirven pa' ni mierda son ustedes.

—Ustedes no son más que un par de asesinas baratas… Unas feminicidas… Unas asquerosas asesinas de mujeres.

—¿Y a este qué le dio? Somos sicarias y mercenarias, sí, pero acostamos gente en el hueco solo por dos razones. Porque nos pasan el billetico o porque nos tocó defender nuestro pellejo. ¿Sí pilla?

—¿Entonces dígame, cuánto billetico les pasaron por ahorcar a esas nueve mujeres y enterrarlas en un lodazal?

—¿Cuáles mujeres? ¿De qué habla? ¿Se le tostaron los cables o qué? Ya no sé ni cuál es su cuento.

Colgado y todo me llevé una sorpresa. La Pequeña Lulú reaccionó honestamente a mi acusación. Volteé a mirar a *Blue*. Vi sus ojos brillar de intenso placer al escuchar lo que yo le había preguntado a su jefa. Y tuve la certeza de que la asesina en serie, la asesina patológica era ella y solo ella.

—¿No sabe cuál es el cuento, Pequeña Lulú? Hablo de nueve cadáveres, a los que la policía les sigue la pista. ¿Sabe o no sabe de ellos?

—Por qué voy a saber. Salvo a la fotógrafa, los demás muñecos se los dimos a los carretilleros para que los tiraran en las calles. Así los enemigos se enteran…

—¿Y usted, *Blue*, qué dice? ¿Acaso no fue usted la que torturó y asesinó a esas mujeres?

La muchacha de cabellos teñidos de azul se enderezó como una cobra, abrió los ojos cuanto pudo y me miró con total inocencia. La Pequeña Lulú volteó a verla y ella le hizo un gesto perfecto de que no tenía ni idea de lo que yo decía y que me había vuelto loco. Comprendí que la noticia no había llegado hasta ellas.

—El problema, Gotardo, es que usted le trae sus malas ganas a la *Blue* y eso le da un colocón bien *crazy*. Pero, sepa algo, a esta chimbita, la única lengua que le canta las mágicas es la mía. Así que deje de meternos cizaña, porque de ese charco nada va a pescar.

Unos ruidos en la puerta cortaron nuestra muy interesante conversación. El hombre del traje gris había regresado, venía solo. Durante un momento habló con dos de sus hombres, era evidente que repartía órdenes. Observé que ambos asentían, tiraban al piso las colillas y las pisaban. Acto seguido voltearon a mirarnos y destrabaron el seguro de sus armas. Algo siniestro se podía captar en sus maneras de moverse. Ambos se habían puesto la máscara pétrea de los que se han decidido a matar. El par de gatilleros caminó hasta situarse a unos tres metros de Romeo y Luchito. Los demás se apostaron en la puerta. El hombre vestido de gris se nos

acercó y se plantó frente a nosotros. La Pequeña Lulú y la asesina a la que le dicen *Blue* se colocaron dos pasos detrás de él.

—Créame que habría preferido otro final para usted y para su hermano, señor Reina. Pero no pude hacer nada. La decisión final no está en mis manos. Se han puesto en juego muchas cosas. Cosas que usted ni siquiera ha entrevisto, pero a las cuales ustedes pueden poner en riesgo. Y a nuestra organización no le gusta asumir ningún riesgo innecesario. Estamos a medio camino de un proyecto muy grande y costoso. Entiéndame, no es nada personal, es cuestión de proteger los intereses del negocio.

—¿ Y qué tiene que ver Cristina en todo esto?

—Nada… Ella solo tiene un valor de intercambio… Queremos las fotografías.

—Yo revisé los archivos de la fotógrafa. Allí no hay nada de lo que ustedes piden.

—Señor Reina, nosotros también revisamos esos archivos. La fotógrafa nos los dio.

—¿Por qué la mataron, entonces?

—Gajes del oficio…

—Usted simula ser un hombre de negocios, pero no es más que un asesino.

—¿Cuál es la diferencia?

—…

—Voy a ir a la pepa del asunto, Gotardo. Sabemos que las fotos que ella tomó no están en esos archivos… Por eso usted no las ha visto… Las que estamos buscando son fotos a la antigua, tomadas con rollo e impresas en papel. Y son esas las que tienen que aparecer por el bien de esa niña.

—¿Qué importancia tienen?

—Mucha. Pero eso no se lo voy a decir. En todo caso, a usted eso ya no le debería importar.

—¿Por qué? ¿Qué nos van a hacer?

—He recibido la orden de matarlos. Y la vamos a cumplir. Solo que…

—¿Solo que qué?

—Que Lulú y la muñeca peliazul pidieron encargarse personalmente de usted y de su hermano.

De seguro la noche era cada vez más fría y ese helaje se debía sentir peor aún en la siniestra humedad de esas bodegas inmundas. Sin embargo, un cálido río de sudor se deslizó por mi piel. Un nudo de nervios se apretó en mi estómago y canceló el paso de la voz en mi garganta. Miré a Lotario. Permanecía serio e impasible, concentrado en respirar.

—No digas nada, *Bruder*. No les vayas a dar el gusto de oírte rogar.

—Lothar… yo…

Un par de disparos, casi simultáneos, anularon el resto de mi frase. Lot y yo, sorprendidos, giramos nuestros cuerpos para poder mirar. Alcanzamos a ver los cuerpos de Romeo y de Luchito que comenzaban a desplomarse, cada uno con un balazo que les agujereó las sienes. Un alarido que no encontró su forma en ninguna de las palabras existentes brotó de nuestras gargantas, mientras ambos nos retorcíamos y pateábamos el aire en un vano intento por soltarnos.

Todos los precursores orgánicos y psíquicos de la rabia, el dolor, el odio puro y el miedo, aunados al asfixiante alud de la impotencia, nos invadieron. Sé que Lotario se sentía igual o peor que yo. Ateniéndose a una pura rutina profesional, los dos verdugos se inclinaron a constatar la eficacia de su ejecutoria. Los examinaron brevemente y, satisfechos de no hallarles pulso, se apartaron de los cuerpos exánimes de nuestros amigos. Sin siquiera mirarnos pasaron frente a nosotros, le hicieron una ligera venia al hombre del traje gris, que este no les respondió, y se dirigieron hasta la puerta. En sus manos las subametralladoras aún humeaban. Una vez parados bajo el marco, la dupla de asesinos, tal como si tuviera ensayada una coreografía, encendió sendos cigarrillos. Observamos el chispazo

de los encendedores, las flamas que los iluminaban, las jetas que chupaban con avidez y la nubecilla de humo al ser expulsada. Los rostros de ambos no delataban ninguna emoción. Para ellos su acto no significaba nada, a lo sumo un bono extra en su cheque mensual.

Nuestro captor nos observó con interés. Respiró y pareció pensar, como si estuviera sopesando una difícil decisión. Miró su reloj de pulsera y caminó renqueando hasta pararse frente a mí.

—Traté de estirarlo, pero tal parece que el tiempo se nos acabó, señor Reina. Los voy a dejar en las peores manos posibles, lo sé. Yo me tengo que ir de aquí. No se preocupen de más, que mis hombres se quedarán a verificar que mis órdenes se cumplan al pie de la letra.

—No lastime a esa niña. Ella no sabe nada y su abuela ni tiene, ni ha visto esas fotos. Así que suéltela, si es que algún pedazo de humanidad subsiste adentro de usted.

El hombre del traje gris no respondió, se dio la vuelta y se largó. Al parecer iba molesto, como quien se ve obligado a hacer algo con lo que no está de acuerdo. Un par de sus hombres lo siguió. A través de la puerta vimos cómo se los tragaba la oscuridad. Los otros pistoleros se quedaron a verificar que la orden se cumpliera. Ambos aguardaron a que el tipo se alejara y le hicieron una señal de entendimiento a la pareja de asesinas. Hecho lo cual se retiraron a esperar en el patio.

Mientras todo eso pasaba, una tropilla de grandes roedores azuzada y envalentonada por el irresistible aroma metálico y dulzón que emanaba la sangre que corría se había acercado a merodear. Tras unos primeros instantes de duda fueron venciendo toda precaución y comenzaron a trepar encima de los cadáveres de nuestros compañeros. Husmearon entre sus zapatos y olfatearon sus ropas. La rata enorme y oscura que comandaba se paró en las patas traseras y lanzó un chillido, con la alegría de un animal victorioso, invitando a compartir el banquete al resto de la plaga. Vimos con horror que los más avanzados comenzaban a remojar sus asquerosas lengüitas y a frotar sus hocicos en la inmensa laguna roja que se expandía por el suelo.

63.
La multiplicación de las trampas, unas se abren y otras se cierran

A ninguno de nosotros, simples mortales, nos es posible rememorar todos los pormenores de uno cualquiera de los eventos que hemos vivido. Somos criaturas diseñadas para flotar sobre el olvido. Dos horas, dos días, dos meses o dos años del mayor dolor concebible o de la más grande felicidad posible quedan reducidos a unas cuantas imágenes. Muchas veces esto es una pérdida, otras una ganancia. Unas veces lo lamentamos, otras lo agradecemos y las más solo lo olvidamos.

Hay episodios de nuestra vida que uno quisiera y, a la vez, no quisiera recordar nunca y, por tanto, eso nos incrementa la dificultad de narrarlos con meridiana claridad. Lo cierto es que tampoco se nos permite elegir lo que queremos olvidar. Abrimos el almacén de los recuerdos sin saber qué podremos encontrar y qué tanto habremos perdido para siempre. Lo doloroso y lo dichoso es que recordar es hacer transitar por nuestro corazón los residuos palpitantes de eso que nos parece haber vivido y que solo tiene la posibilidad de sobrevivir como relato fragmentado.

¿Alguno de ustedes ha rogado y luchado, durante años, para que se le cumpla el más grande anhelo de su ser y, de repente, de la manera más inesperada este se le cumple, pero lo hace de una forma que jamás imaginó? Desconozco en qué zonas de mi masa cerebral se han enquistado estos recuerdos. Hay uno que conserva

los olores que flotaban en ese horrendo cuartucho. Otro, por alguna razón ajena a mi voluntad, me permite evocar a la perfección los tonos de las penumbras que nos envolvían. Soy capaz de recuperar la sensación de dolor en nuestros cuerpos colgantes. Puedo ver, como si los tuviera al frente, los cadáveres de Luchito y de Romeo. No puedo borrar a las ratas que, presurosas y caóticas, entraban y salían de las grietas. Puedo sentir aún la presencia cercana e invisible de la muerte y sus extraños juegos.

La Pequeña Lulú y la maldita a la que le dicen *Blue* gastaron unos minutos discutiendo entre ellas, no sé cuántos, antes de acercarse hasta nosotros. Aunque no lo quiera, recuerdo la opacidad vital que enturbiaba sus miradas. Eran miradas de acero helado, en ojos que debían haber sido de simples muchachas y no de psicóticas sicarias. ¿Qué les habrían hecho esta ciudad y este mundo para convertirlas en eso? Una suprema ignorancia de lo humano habitaba en sus corazones. Era obvio que ninguna duda las asaltaría, que su pulso no les fallaría. Ambas estaban dispuestas a disparar contra nosotros. Tenían la costumbre ya adquirida y no era nada difícil para ellas. Si dilataban el tiempo era solo para disfrutarlo.

—Nos dieron la orden de zamparles un tiro y nada más. Lástima. Nos hubiéramos pajeado el gallito mientras los hacíamos sufrir. Pero sembraron a ese par de cocos en la entrada para echarnos ojo. Así que se ganaron el Baloto, porque la flaca les va a dar el premio rapidito. Quizás con un par de pepazos y ya. ¿Quiere decirnos algo, Gotardo?

—Acaben de pudrirse, par de arpías.

Aún oigo sus risas. También recuerdo que la pareja de sicarias jugaba con nuestros cuchillos y exhibía nuestras pistolas en sus manos. La Glock que había portado Lotario y mi Beretta. Les parecía divertido asesinarnos con ellas. Puedo contemplar en la pantalla en que se convierte mi mente que esas manos ni siquiera les temblaban. Con pulso firme, ambas apuntaban a distintas partes de nuestros cuerpos, como si estuvieran decidiendo el peor lugar para hacer blanco y con cuál arma llevarlo a cabo. Seguramente gozaban

tramando herirnos donde nos lastimara más y la forma en que podrían hacernos un daño que hiciera muy lentas nuestras agonías.

Mi última súplica interior fue que me mataran primero, que no me tocara presenciar la muerte de Lotario. Cuando percibí que estaban a punto de tomar la decisión, pensé en nuestra madre, Regina, y le pedí perdón. Cerré los ojos y miré, vi un universo entero adentro de mí. No sé si lo que sentía era temor. Lo único que pensé fue: para allá voy.

Cuando ya solo esperaba el impacto de las balas y que lo terrible nos ocurriera, un gran ruido sobre los techos, seguido de una salva de gritos, interrumpe la escena en mi mente, le cambia el final. Aún no logro entender o recordar qué es lo que decían esas voces, pero sonaban como ordenanzas de guerra. Apenas se redujo el bullicio, escuché pasos en carrera, más ruidos y más voces. Abrí los ojos y vi un grupo de sombras que entraban al cuartucho a gran velocidad. ¿Qué pasa? ¿Quiénes llegaron? ¿Ocurrirá un milagro?

Ahora mismo las vuelvo a ver con toda claridad, se han quedado indeleblemente tatuadas en mis redes neuronales. Veo que las sombras se lanzan sobre la dupla de asesinas, las desarman, las someten, las golpean y las sacan a rastras del cuartucho. Son tres hombres encapuchados, están armados y se comportan como milicianos profesionales. Por unos instantes todo es confusión. Lotario y yo nos miramos de reojo, ambos respiramos. Solo respiramos.

Una vez las sombras redujeron a los dos guardianes de la puerta y controlaron la situación, sucede aquello que nadie podría haber previsto. Acontece eso que ni en la más enloquecida de mis fantasías hubiera sido capaz de concebir; eso que sigo sin comprender y que quizás nunca lograré entender. Como si de una alucinación se tratara, distingo, a contraluz, la espigada silueta de una mujer que se detiene en la puerta. Ante su presencia todos guardan silencio. Nadie y nada se mueve ya. Un piquete de ratas vigila desde la entrada de sus madrigueras. Las sombras han dejado de moverse. Ninguno dice nada. Entonces, la silueta da unos pasos adentro del cuartucho. Los pistoleros le dan vía. La mujer se detiene

a unos metros de donde estamos colgados Lotario y yo. En mi recuerdo veo que ella dedica un breve instante a contemplarnos. Y, luego, ordena con voz seca.

—Bájenlos ya mismo y suéltenlos.

Las sombras le obedecen con presteza. Se acercan a Lotario y a mí, nos aflojan las cuerdas y nos desatan de la viga. Sueltan los nudos, pero no nos ayudan más. No nos sostienen. Simplemente nos liberan, se apartan y nos dejan caer al piso con todo nuestro peso. Apenas logro bajar los brazos la sangre vuelve a circular y en mis hombros y muñecas una colonia de hormigas pica con furia. Miro a Lotario. Está tan desconcertado como yo, pero a su estilo. Incluso capto que ha adoptado una posición de combate que le conozco bien. Cuando ambos comenzamos a incorporarnos las sombras nos apuntan; lo hacen sin decir palabra, pero sin limitar nuestros movimientos. Nos vigilan, pero nos otorgan el tiempo necesario para recuperarnos y terminar de librarnos de las cuerdas. Una vez logramos ponernos en pie, la mujer se nos acerca y, muy lentamente, se despoja de la capucha que le cubre la parte superior del rostro.

Un sol de oro ha comenzado a ocultarse tras esta gran roca que habitamos y prepara su zambullida en la mar, pero esa imagen no impide que, ahora mismo, pueda ver exactamente la cara de la mujer que vi. La repaso en mi memoria. Es bella, alta y atlética, tiene la piel oscura y lleva suelta su larga y ensortijada cabellera. Como si estuviera midiendo los pasos, se aproxima hasta donde podemos verla. Le miro el rostro con toda la atención y noto una delgada cicatriz que le cruza una mejilla. Vuelvo a ver cómo es que ella nos mira de frente y cómo nos busca la mirada. Tiene los ojos azules. Muy azules. Son, nada menos, los mismos ojos azul pirata del viejo Markus Archibold.

—Hola, Got… Hola, Lot.

Mi hermano y yo la miramos sin poder aceptar que vemos lo que estamos mirando; sin siquiera pestañear, sin lograr cerrar las bocas y sintiendo que nuestros corazones emprenden la más loca de sus carreras. ¿Habremos muerto y aún no lo sabemos? A pesar de todos

los cambios que el tiempo talla en la carne de todos nosotros, ambos sentimos el fogonazo del reconocimiento. No logramos creer, pero ni siquiera dudamos. Esa mujer es alguien imposible. Ella es nadie menos que Amarilis. Sí, ella es Amarilis. Amarilis, nuestra adorada y pequeña hermana. La dulcísima niña que durante quince largos años hemos estado buscando… Amarilis… Amarilis… ¿Eres tú? ¿Cómo puede ser esto posible?

64.
La luz puede enceguecernos aún más que la completa oscuridad

Antes de continuar debo explicarles que he dado un salto de diez días y casi mil kilómetros. Hace tan solo veinticuatro horas logré salir de la alta y fría ciudad de Bogotá; lo hice, eso sí, dejando atrás y sin resolver una multitud de problemas. Salvo que le expliqué la situación a Mu y acordamos que ella se quedaría con Myriam, nuestra vecina. Hecho esto me eché la tula al hombro y me fui para El Dorado. Ya no aguantaba más. Sé que se ha tratado casi que de una huida, pero necesitaba venirme a conversar con la mar. Mi vieja amiga, mi sanadora y confidente.

He regresado a esta playa de arenas blancas porque sé que solo frente a la inmensidad del gran Caribe puedo intentar recolectar y ensamblar las nuevas piezas de mi antiguo rompecabezas mental, en el que he perdido los moldes que me definían. Necesito fundir mi mirada en la doble frontera de los azules y horadar una grieta entre sus luces, un espacio donde pueda acallar mi mente y alcanzar un silencio tal que vuelva a ser capaz de oírme.

Requiero la mineralidad de sus aguas saladas para lavarme de toda la mugre, para limpiarme las heridas y tallarme sus costras. Preciso el espectáculo de los pájaros remontando las cálidas corrientes de aire e inventariando en cada uno de sus aleteos las cuentas del tiempo. Necesito escuchar el mensaje que repite con fuerza incesante la danza del oleaje, cada vez que golpea los bordes

sedientos de la tierra, para volver a acoplarme a mis propios latidos y poder recordarme a mí mismo. Me es preciso esperar la llegada de la noche para mirar el firmamento y sus estrellas madres e intentar reunir mis fragmentos y admitir sin reservas la insignificancia de mi absoluta pequeñez.

El universo es la infinita mansión que aloja la vida y esta es puro misterio, fluye y cambia sin cesar. Ese perpetuo movimiento es parte de su encantamiento, su gran ofrecimiento y su tentación. Sé que no se vive para salir indemnes o intocados, tampoco para triunfar o para resultar vencidos. Simplemente se vive y eso implica que debemos vivir todo lo que nos viene. Si la vida diera respuestas hechas y no encerrara un gran misterio, nada nos convencería de que vale la pena seguir. La vida siempre te pregunta. No conocer y no hacer son una gracia difícil de obtener.

La noche aquella, la que no alcanzo a digerir ni a recordar por completo, desmoronó las columnas en que apoyaba mi vida y su desplome dejó hondas huellas en mí. Y no solo en mí, sino en mis dos hermanos. Tuvimos poco tiempo y se nos quedaron por fuera no solo miles de preguntas, sino las principales respuestas. Sin poder sacudirnos el pasmo que sufríamos, Lotario y yo seguimos a Amarilis hasta la explanada. Con incredulidad vimos que allí habían aterrizado dos helicópteros ligeros, Rotorway A600, Talon, cada uno con cupo para dos pasajeros.

No alcanzamos a indagar respecto a los aparatos. Amarilis nos advirtió que teníamos pocos minutos. Para ella era evidente que nosotros le lanzaríamos una avalancha de preguntas. Eso lo esperaba y algunas respondió. Presionados por la escasez de tiempo y aún aturdidos por todo cuanto acabábamos de pasar, nos concentramos en lo que Amarilis intentaba decirnos.

Ambos la mirábamos estupefactos y ni siquiera nos habíamos atrevido a tocarla. Con una voz grave de mujer, nueva para nosotros, y en cuyo fondo había ecos de acentos muy lejanos, nos explicó que apenas tuvo noticias de que nos habíamos inmiscuido en un asunto que podría costarnos la vida decidió venir a Colombia e intervenir, pese al gran riesgo que eso significaba para ella. Preguntamos el

porqué. Ella, sucintamente, respondió que no era una mujer libre, que para poder sobrevivir había hecho mil cosas que calificó de horribles y que ahora formaba parte de una corporación ilegal, muy grande, poderosa y peligrosa, de la que no se podía salir. "Una asociación de compañías criminales".

Tras una pausa, en la que uno de sus escoltas nos entregó un par de botellas de agua, ella relató que apenas logró escapar de los infiernos y de la esclavitud que padeció durante los ocho años seguidos a su rapto, procuró saber de nosotros. Nos reveló que sabía que Regina aún vivía en La Catleya, rodeada de sus animales, y que una vez que había estado en San Andrés, por una cuestión de negocios, había perseguido durante once cuadras a Mark sin que él la viera. Sabía que Lotario, tras coronarse como campeón de *full contact* en Europa y Estados Unidos, por fin había sentado cabeza, incursionado en el mundo de los negocios y casado con una mujer bellísima, de nombre Katia Carabalí, con quien tenía dos preciosas hijitas, cuyos nombres no sabía. Sonrió de oreja a oreja cuando se los dijimos. También estaba muy bien enterada de que yo no había cesado de buscarla y que entendía y lamentaba que eso me hubiera convertido en "un investigador privado que ayuda, aunque se meta en una cantidad de líos".

Insistimos en que nos explicara por qué no había aparecido o, al menos, dado señales de que estaba viva. Respiró, lo meditó unos instantes y nos dijo que si estaba viva era gracias a un hombre. Un hombre para nada bueno. Uno muy poderoso y peligroso, al que ella le debía mucho más que la vida. Ambos la miramos haciendo un esfuerzo por entender.

— Él es un hombre sin el cual hace mucho estaría muerta y, probablemente, ustedes dos también.

Continuó diciendo que su relación con dicho sujeto era la única opción que había encontrado para sobrevivir y que esto le había permitido ser aceptada en la tal corporación; pero que había tenido que aceptar sus normas y, sobre todo, la prohibición de establecer contacto con nosotros y la de nunca volver a ser Amarilis Archibold Simmel.

No explicó el porqué, pero sí que la gran amenaza que le hicieron fue la de liquidar a toda su familia, en caso de que ella incumpliera la condición. Quizás para tranquilizarnos, no lo sé, justificó ese hecho argumentando que eso se debía a los requerimientos de seguridad de la organización y a la relación que tenía con el hombre. Ante la mirada preocupada que ambos teníamos nos aclaró que esa relación era voluntaria y amorosa. Sostuvo que estaba con él porque lo quería y, además… Hizo una pausa y un rayo de luz pasó por su mirada… Solo nos dijo que tenían una hijita de siete años y que se llamaba Regina.

—Después de todos estos años no voy a mentirles. Él es lo que cualquiera definiría como un tipo malo. Pero es bueno conmigo y acepté convertirme en su compañera y aliada… ¿Me entienden?

El relato de Amarilis despejaba algunas incógnitas y, a la vez, nos plagaba de preguntas irresueltas. A cada minuto que transcurría se incrementaba su ansiedad y nos recordaba que disponíamos de poco tiempo. Según nos explicó, le habían comprado una ventana corta de tiempo para volar, "sin alerta de radares", sobre los cielos de la ciudad.

Finalmente, nos rogó que nos mantuviéramos en calma y que, por favor, no la buscáramos nunca más. Que, sobre todo, nos olvidáramos de investigar acerca de esa organización multicriminal. Sostuvo que mucho le había costado llegar a estar en condiciones de negociar y poder conseguir que nos dejaran en paz. Remarcó que haría lo que fuera necesario para protegernos, pero que nosotros debíamos mantenernos alejados. Encima de todo, nos hizo prometerle que no le contaríamos nada a Regina y a Mark. Nos aseguró que no solo era porque su aparición nos pondría a todos en peligro de muerte, sino porque no se sentía capaz de volverse a mirar en los ojos de sus padres, después de todo lo que ella había estado haciendo los últimos años.

—Es cruel, lo sé. Prefiero que sigan pensando que estoy desaparecida o que crean que debo estar muerta, a que sepan la clase de mujer que me he vuelto.

—Ambos te adoran, te extrañan y sabrán comprenderte.

—Ellos pueden comprender lo que hice, pero sé que nunca aprobarán lo que hago ahora.

—Tú has sido una víctima, nada más.

—La gente apoya a las víctimas mientras se mantengan como tales.

—Son tus padres y necesitan saber la verdad.

—Si yo vivo es gracias a ellos. Recordarlos fue lo que me mantuvo viva. Llegué a un punto de dolor y desesperación tal que solo quería morirme. Hasta que un buen día sentí un deseo enorme de estar viva y decidí hacer todo lo que fuera para lograrlo.

—¿Qué es lo que haces?

—Tengo a mi cargo gestionar y administrar las carteras de un gran fondo de inversiones oscuras… Un *Dark Bank*… Un fondo secreto donde aterrizan, se lavan, se invierten y se mantienen a salvo las inmensas fortunas que van acaparando los principales jefes de las más poderosas mafias de este planeta.

No valieron nuestras protestas, Amarilis se sostuvo con firmeza y nos sacó la promesa de que ambos seguiríamos al pie de la letra todas sus instrucciones.

—Si alguna vez encuentro una oportunidad segura para comunicarme, les haré saber.

—Debes encontrarla pronto. El dolor de no saber de ti ha hecho que Mark esté envejeciendo muy rápido y es posible que Regina esté muy enferma.

A pesar de la evidente fuerza que había desarrollado en ella, los labios de Amarilis temblaron, sus ojos se humedecieron y sus pupilas centellearon en medio de esa noche oscura como si fueran faros.

—¿Qué le pasa a la Gran Mater?

—Ella y Mark están esperando resultados para saber si tiene cáncer.

Amarilis no logró sofocar un gemido, llevó su mano al pecho, nos dio la espalda y se alejó unos cuantos pasos, seguramente buscando

calma. Ese momento lo aprovechó uno de sus escoltas para decirle algo. Así que tras escucharlo regresó hasta nosotros.

—Tengo forma de mantenerme informada de la salud de nuestra madre y les aseguro que estaré pendiente. Si necesitan dinero se lo puedo hacer llegar.

—Ella lo que necesita es verte.

—A su tiempo, lo prometo. Todo tiene que ser a su debido tiempo.

65.
Respuestas que no responden

Hicimos una nueva pausa. Necesitábamos recomponernos para continuar. Amarilis sacó un paquete de cigarrillos y ofreció. Acepté uno, el primero de la noche. Uno de sus escoltas nos lo encendió. Miré la cajetilla, *turkish cigarettes*, marca Fátima. Leí el letrero *Sigara içmek öldürür.* "Fumar cigarrillos mata", como averigüé después. La observé a través de la cortina de humo y le pregunté por qué había aparecido justo esa noche y en ese lugar inmundo. Ella me explicó que se había puesto en estado de alerta cuando, casi por casualidad, se enteró de que yo estaba buscando a la hermana de Silvana Montejo. Tenía razones de peso para pensar que eso me conduciría por unos caminos demasiado peligrosos para mí. "Tal como tú mismo has podido comprobar". Aproveché y le pregunté qué sabía de ella. Su rostro entristeció y nos contó que ellas se habían conocido "en un mal país, en el peor de los lugares y en las condiciones más terribles en las que puede vivir una mujer", y que como descubrieron que eran colombianas se habían hecho amigas. Hizo una pausa y nos miró. Lotario y yo esperamos.

—Las dos fuimos vendidas a la mafia rumana. Esa es la que maneja la más cruel red de tráfico de mujeres en toda Europa.

Dijo después que durante un buen tiempo las esclavizaron juntas, hasta que un mal día las separaron. Resultó que unos narcos mexicanos habían comprado a Silvana por catálogo. No volvió a verla. Pero justo poco después de eso, Amarilis conoció al hombre que la sacó de esos infiernos y la rescató para llevársela a vivir con

él en un país lejano, que no especificó. Explicó que porque ella se lo pidió, este hombre utilizó sus contactos y averiguó lo que le había pasado a su amiga. A Silvana la habían recluido, casi tres meses, en una de las haciendas del hijo del capo de un cartel que se encaprichó con ella. Pero después de un allanamiento que les hizo la policía mexicana, los pinches narcos se pusieron paranoicos y decidieron asesinarla. "La mataron en una espantosa masacre silenciosa, junto a todas las demás mujeres que habían comprado". Amarilis hizo una pausa y luego dijo que el cuerpo de Silvana y los de muchas otras que habían corrido similar suerte estaban enterrados bajo las arenas de un desierto cercano a la frontera con los Estados Unidos.

De manera inexorable y paulatina los incipientes brillos del amanecer avisaron la inminente llegada del día. El padre Tiempo, indiferente a las necesidades de sus hijos, había seguido su curso. Uno de los encapuchados se acercó a Amarilis, la apartó unos metros y le habló en un idioma que ni Lot ni yo habíamos oído en nuestros viajes. Vimos que Amarilis le recibía un teléfono satelital y hablaba. Tras un par de minutos devolvió el aparato y regresó con nosotros.

—Se nos acabó el tiempo. Me gustaría verlos más y hablarles sin parar, pero no es posible. Debemos despegar de aquí lo más pronto posible.

—¿Qué va a pasar con nosotros, Amarilis?

—No se preocupen, yo ya lo resolví todo. Los van a dejar libres, Lothar.

La inminencia de la despedida y el espontáneo intercambio de nombres surtió efecto. Ambos sintieron el perturbador impacto de oír sus nombres pronunciados por la boca del otro hermano después de tan largo tiempo. Los grandes ojos de Lotario, que se había mantenido a la escucha e inmerso en la protección del silencio, se anegaron de un repentino e incontrolable torrente de lágrimas y Amarilis, que hasta ese instante se había reprimido, se lanzó a abrazarlo. Ambos se fundieron en un abrazo fortísimo, cuya imagen siempre será una estampa sagrada para mí.

—Tengo una gran inquietud, Amarilis.

—Creo saber cuál es.

—Estamos buscando una niña. Se llama Cristina y ella es la hijita de tu amiga Silvana.

—Lo sé, Gothar… Está sana y salva… Ya la mandé traer para que te la entreguen.

—Muchas gracias, *liebe jüngere Schwester*.

—Danke an dich, lieber groBer Bruder.

El idioma de la casa materna en nuestras voces me estremeció. El tiempo se cerraba sin clemencia. Ella y yo nos miramos y la estreché entre mis brazos. Como si se tratara de un milagro mil veces pedido, la volví a sentir temblar contra mi pecho, como quien tiene abrazada a una paloma.

—Perdón, hermanita —le susurré, luchando por detener mis lágrimas.

—¿Por qué, querido Got?

—Por haberte dejado sola ese día y no haber sabido cuidarte.

—No tienes por qué. Ese día te mentí a ti y a todo el mundo. Nunca llegué a ese cine, ni fui a verme con las amigas que te dije.

—¿Entonces?

—Caí en una trampa. ¿Te acuerdas que yo cantaba?

—Por supuesto…

—Un muchacho que me oyó cantar un día, me citó esa tarde. Me convenció diciendo que me iba a presentar al productor de una disquera. Dijo que le había enseñado una grabación mía y quería oírme en persona. Me tramó con el cuento de que el tipo podría convertirme en una cantante famosa. Me sentí feliz como una idiota. No quise contarle nada a nadie porque quería darles una sorpresa y que se sintieran orgullosos de mí… Lo demás es historia, Got… Tú no tuviste culpa de nada.

66.
¿Despedirse es de mal agüero?

Antes de que Lot y yo lográramos preguntarle algo más, se nos disparó la adrenalina al observar que las sombras de guardia se colocaban en evidente posición de combate. El ambiente se tensó. Un momento después vimos llegar al hombre del traje gris y a la pequeña Cristina, que caminaba a su lado, suelta y sin mordaza. Vi sus ojos abrirse por la sorpresa de verme. Me le acerqué y ella corrió y se lanzó a mis brazos.

—¿Estás bien, pequeña?

— Sí, no me hicieron nada malo…

—Qué bien.

—Me hicieron creer que estabas muerto, Gotardo Reina… Eso me dijeron… Me alegra muchísimo que no sea cierto.

El hombre del vestido gris me miró y su rostro se contrajo en un esfuerzo inútil por sonreír. Luego, se aproximó a Amarilis y la saludó con una reverencia. Noté que su actitud hacia ella denotaba devoción.

—Volvemos a vernos, señor Reina.

—Volvemos, señor de gris.

Vi que Amarilis se había colocado de nuevo la capucha, alejado unos metros y que miraba, desde esa distancia y solo por un breve instante, a Cristina. Luego, sin decir palabra, comenzó a trotar hacia uno de los helicópteros. Le hice una señal a la pequeña para que me esperara y corrí a alcanzarla. Lotario hizo lo mismo.

—Gothar, ese que tú llamas "señor de gris" es el único miembro de la Compañía local al que le tengo suficiente confianza. Él mismo se encargará de llevarlos a Bogotá y dejarlos libres en alguna calle. Si alguna vez necesito comunicarte algo, lo haré a través de él y de nadie más. Él será mi mensajero, pero jamás te confíes de él. Es un perro que responde al silbido de muchos amos.

De pie junto a las pequeñas aeronaves, Amarilis se acercó, nos abrazó y nos besó por última vez. Cuando quisimos decirle algo más nos tapó las bocas con sus manos.

—Sin despedidas, por favor. No sé por qué, pero las detesto. Las creo aves de mal agüero.

Dicho eso, se trepó a uno de los helicópteros. Se acomodó junto a uno de sus guardaespaldas, cerró la portezuela y, para nuestra sorpresa, ella misma tomó los controles, encendió motores y nos dejó ver su sonrisa. Únicamente cuando las aspas comenzaron a rotar, Lotario y yo fuimos capaces de alejarnos. Un par de minutos después la vimos despegar, elevarse por encima de los techos de la cementera, corregir el rumbo, dirigirse hacia el norte y fundirse con el cielo. Instantes después, el otro helicóptero persiguió la estela que Amarilis iba dejando.

Cuando mi hermano y yo bajamos nuestras cabezas descubrimos que, a nuestro alrededor, solo estaban el hombre del traje gris, uno de sus matones y la pequeña Cristina.

67.
Dando un solo paso a la vez se llega al final de cualquier camino

No estaría sentado sobre la blancura tibia de esta arena y mirando sin parpadear el horizonte marítimo, intentando inútilmente comprender todo lo ocurrido, si el hombre del traje gris no hubiese cumplido a cabalidad con las instrucciones de Amarilis. Y sé que no fue porque los bandidos tengan palabra, sino porque entienden cuándo les conviene acatar órdenes.

Media hora después de haber visto a los helicópteros elevarse, nos subimos a bordo de una camioneta Volkswagen y nos alejamos a toda la velocidad posible de la cementera. Demoramos un poco porque Lotario se había rehusado a abandonar los cadáveres de sus amigos. Sin embargo, luego de una sensata negociación, tuvimos que aceptar la promesa que nos hicieron. El hombre de gris nos aseguró que iba a dar la orden de dejarlos, ese mismo día, en un sitio fácil de encontrar y que no nos comprometería a nosotros, ni a ellos. Además, nos explicó que "al tipo que ustedes dejaron vigilando" lo habían espantado ileso y que a las muchachas de las motos las habían tenido que ahuyentar "a punta de pistola", pero insistió en que ninguna había resultado herida. "Eso que eran unas perras muy bravas".

A pocas cuadras del barrio obrero y apenas recorrido un tramo de una de las avenidas principales de la ciudad, el hombre de gris hizo parar la camioneta. Sacó unos binoculares, de los nuestros, y

observó la cima de la montaña donde estaba la cementera. En ese momento ya se elevaban cinco columnas negras de humo. El hombre del traje gris sonrió para sí. Evidentemente había dado la orden de incinerarlo todo, de borrar los rastros, de producir un gran incendio que, literalmente, convirtiera al Pequeño Mundo en un montón de cenizas del mismísimo infierno. Total, a quién puede importarle que se carbonice una ruina abandonada.

Mientras recorríamos la parte oriental de la Zona Rosa, el hombre del traje gris ordenó detener el vehículo. Volteó a vernos, rebuscó en un bolsillo de su traje y me devolvió mi vieja Beretta. Dijo que suponía que era un recuerdo personal muy preciado, pues de esas ya no se conseguían. La agarré con gusto. Luego, nos pidió bajarnos y perdernos, pero antes de que yo descendiera me sujetó del antebrazo para decirme que tenía un último consejo para mí.

—Señor Reina, si usted quiere que este feo asunto finalice de la manera más segura, encontraríamos muy conveniente que consiga esas fotos y me las entregue. Ojalá lo haga pronto. Ya sabe con quién dejarme la invitación.

Prometí que lo intentaría, pero lo hice pensando que esas fotos estaban perdidas. Aunque no fue así. Apenas nos quedamos parados sobre un andén de la carrera séptima, como es de presumir atascada de carros, motos y buses, Cristina, que tiene largas las orejas, enlazó su mano a la mía y me preguntó que a qué fotos se referían. Le expliqué y, con gran sorpresa, oí su respuesta.

—Ah, esas fotos… Yo sé dónde están escondidas… Si quieres, te las puedo dar.

— Tú sabías dónde están…¿Y por qué no se lo dijiste a ellos?

—Porque nunca me preguntaron. Creían que yo era una niña estúpida. Ni siquiera me explicaron por qué me tenían secuestrada. Solo repetían que si mi abuela les entregaba algo, nada malo me pasaría. Pero nunca me dijeron qué.

Muy sonriente me subí al taxi que había parado Lotario, pues esas fotos disiparían los peligros que aún pudieran existir sobre Lorenza y Cristina. Apenas el vehículo cruzó la esquina comprendí

hacia dónde nos dirigíamos. No era el lugar que yo hubiera elegido, pero lo escogió Lotario.

Y, por supuesto, quien nos abrió la puerta del apartamento fue Kat. No demostró sorpresa y con mucha gentileza nos invitó a pasar. Temía una reprimenda, pero, una vez cerró, besó y abrazó a Lotario con auténtica alegría de verlo sano. Luego me miró sin hostilidad y, muy querida, saludó a Cristina.

—Hola, yo soy Katia y tú debes ser Cristina. Me alegra mucho conocerte.

—Gracias, señora.

—Lo primero que hay que hacer es avisarle a tu abuela que ya estás bien. Ella ha estado muy preocupada por ti.

Lotario y yo intercambiamos un sutil gesto de alivio. Al parecer el correo de las suegras había funcionado activamente.

68.
¿Qué y cuánto es lo que de verdad sabemos al conocer la verdad?

Una de las grandes alegrías que mi trabajo me dispensa es la que sentí en el maravilloso momento en el que se reencontraron Cristina y Lorenza. Ya desayunados, bañados y con ropa decente subimos en la Range Rover de Lotario para irnos a La Catleya. Kat había avisado la hora en la que llegaríamos porque Lorenza, Regina y Mark llamaban a preguntar cada dos minutos. La pequeña Cristina y yo habíamos sostenido una charla privada, finalmente ella era la clienta que me había contratado inicialmente. Para ella, gracias al rescate, yo había pasado de pobre fracasado a héroe. Y aunque me importaba sanar mi relación con la pequeña, necesitaba interrogarla, saber todo lo que le había pasado y establecer cómo se encontraba. Su relato era el esperado. Días atrás, cuando acudió a la cita que le dieron, se encontró con esas dos tipas horrorosas. "La que es casi enanita y la que se pinta las mechas de azul". Ellas la habían atrapado y trasladado directamente hasta el Pequeño Mundo. No la habían maltratado mucho, pero sí le habían hecho muchas amenazas horribles. Sin embargo, todo el tiempo la habían mantenido encerrada y ella no se había enterado de nada de lo que pasaba hasta que yo llegué. En ese punto del relato me gané un abrazo, un montón de excusas innecesarias y una mirada de felicidad capaz de pagarme con creces todas las dificultades por las que pasamos.

O casi todas. Pues, mientras conversaba con Cristina, Lotario tuvo que enfrentar el duro interrogatorio que le hacía Kat. Lo más grueso del asunto fue contarle que Romeo, a quien Kat tenía en gran estima, y el gran Luchito habían sido vilmente asesinados. Ese relato le sirvió a Kat para entender lo cerca que había estado de haber quedado viuda. Pero lo más tortuoso para él —y luego para mí— fue darle una explicación creíble de cómo diablos habíamos logrado rescatar a la niña. No podíamos contar ni dar pistas acerca de la providencial intervención de Amarilis, puesto que los tres habíamos acordado guardar su aparición como un secreto entre hermanos.

Sin esperar a que la camioneta se detuviera por completo, Lorenza se lanzó a abrir la puerta y jaló a su nieta hacia sus brazos. Las dos lloraron, se miraron a los ojos, se acariciaron, se peinaron una a la otra, sonrieron y se besaron. Cuando al fin se detuvieron, Lorenza se acercó a Lotario y a mí y nos abrazó. Luego, Mark y Regina, con una alegría enorme en sus corazones, hicieron lo propio.

Entramos a la casa y nos sentamos a conversar. Todos querían saber lo más posible de lo sucedido. Así que Lotario y yo —que no nos habíamos puesto de acuerdo en la versión que debíamos dar— incurrimos en varias contradicciones que disculpamos por el cansancio, pero que varias veces le hicieron subir las cejas a Kat y mirarnos de una forma peligrosamente inquisitiva. Yo no me preocupé por eso, pues ese es asunto de Lot.

Como Lorenza y Cristina aceptaron la invitación de Regina para quedarse unos días, mientras se despejaba un poco todo el embrollo, Lotario y yo notificamos que teníamos que irnos, pues yo debía informarle a Chitiva que habíamos rescatado a la niña. (Además de tener que acordar qué iba a contarle a la perspicaz capitán de todo lo sucedido y dedicarnos a averiguar si ya habían aparecido los cadáveres de nuestros compañeros). Pero no llegamos a ponernos de pie.

A veces los dioses, si es que los hay, aunque se diviertan mandándonoslos en racha, se llegan a compadecer de nuestros infortunios y deciden ser buenos con los pobres hijos de la Tierra y,

en especial, con los de Regina. Con una sonrisa que hace años no le veíamos, Mark nos dijo.

—Listen to me, children, I've another piece of good news for all of you.

—Si vas a dar la buena noticia tú, Mark, hazlo en *spanish, please*… para que entiendan nuestras invitadas.

La gran noticia que Mark quería darnos era que recién habían entregado los resultados de los exámenes hechos a Regina y que le habían encontrado un cáncer de piel.

—Se trata de un carcinoma basocelular, no se preocupen. Ese tiene muy poco riesgo de hacer metástasis y se puede tratar mediante una pequeña cirugía.

—No fue tanto que los médicos encontraran que de resto estaba bien, pero al menos no encontraron un cáncer de los terribles, sino puras dolencias de vieja. Al paso que voy, un día de estos me les muero en perfecto estado de salud.

A pesar de que entendimos que algo por resolver aún había, un peso enorme se nos quitó de encima. Abrazamos, besamos y regañamos a la Gran Mater por no usar sombrero y protector solar. Ella nos abrazó a su vez, prometiendo "portarse bien, a partir de ahora" y por unos minutos disfrutamos de ese breve paréntesis. Había problemas, sí, pero tenían solución.

69.
El regreso del sueño sin sueños

Desperté, otra vez, sin que los sueños me hubieran dejado huella alguna. Aunque en estos días pienso que menos mal no me visitan. El hecho es que me acosté al filo del amanecer y dormí tan profundamente que solo la voz obstinada de mi tía Lola pudo extraerme de ese abismo silencioso y oscuro en el que todo mi ser reposaba de la obligación de ser. El caso era que ella, feliz como estaba de que hubiera ido en busca de su compañía, me había permitido dormir hasta más allá del mediodía y ahora quería que la acompañara a almorzar. No en vano se había pasado media mañana dirigiendo la cocina y quería que yo me bañara y bajara a disfrutar todo lo que me habían preparado.

—Levántate ya, sobrino mío. Has dormido tanto que me tiene preocupada que te vaya a dar algo… Ningún cachaco puede dormir de esa manera, a cuarenta grados de temperatura y con el sol dándole en plena cara.

—Lola, ¿sabes que te quiero mucho?

—Mira, mijo, yo a los hombres aprendí a no creerles nada desde que estaba chiquitica.

—Pero yo no soy un hombre, tía. Yo lo que soy es tu sobrino.

—Salte ya de ese chinchorro y deja de meterme tanta bulla. Anda, pues… Pégate un duchazo de agua fría y despabílate, que yo abajo te espero. No sabes las delicias que te tengo.

En semejante calor el agua de la ducha salía tibia y pese al soplo de los abanicos, puestos a *full*, con el solo esfuerzo de secarme y vestirme comencé a sudar. No obstante, cumplí con todos los rituales higiénicos, al punto que decidí rasurarme. Al bajar al comedor encontré la mesa servida de manjares que no les describiré para que no me odien. Lola, que conoce mis peculiaridades alimenticias, había dispuesto un banquete a mi medida. Uno en el que ninguna criatura con sistema nervioso había tenido que sufrir.

—Tenías hambre, ¿no? Acabaste con todos los bollos. ¿Quieres algo más?

—Café.

—Ya te lo sirvo… ¿Qué piensas hacer hoy?

—Lo mismo de ayer.

—Está bien, mijo. Tú verás cuánto te quieres demorar en esa playa tratando de que la mar te lave lo que traes adentro de la cabeza.

Antes de que Lola regresara a la cocina, la atrapé. La acaricié y la besé. Ella aguantó mi cariño unos instantes y se soltó. Salí hasta el porche de la casa y la esperé, balanceándome en su mecedora favorita. Aproveché para mirar las casas de la parentela, donde me esperaban, pues aún no había pasado a saludar. Observé la casa del tal Leonidas, como aún le digo a mi padre. Contemplé los jardines, los árboles frutales, las palmeras. Y allá, a lo lejos, la choza del abuelo. Hacía un calor húmedo y tremendo para un hombre de montaña, pero sentí que me hacía bien sudar todas mis toxinas. Ese era, sin duda, un lugar en el que podría comenzar a rearmar mi cuento y a aclarar qué esperaba de mi vida.

Lola entró cargando una bandejita con dos tazas grandes. La colocó al tacto y con impresionante precisión sobre una mesita de centro y se sentó en un butaco. Volteó su rostro hacía mí y pareció mirarme. Tal vez lo hacía. Luego, me pasó una taza y me ofreció una de sus calillas. Recibí el café y acepté la oferta. Disfruté de verla sonreírme. Bebimos un sorbo de café y encendimos los tabaquitos.

Una suave nube de humo nos cobijó. Permanecimos así un buen rato, sin hablar.

—Gotardo, cuando te sientas listo, puedes contarme qué es lo que te tiene así. No te preocupes que lo que a esta anciana le sobra es paciencia.

Lola se paró, apagó la colilla en un cenicero y abandonó la terracita. Seguro iría a echarse una siesta. Por mi parte, hice lo que había dicho y caminé hasta la playa. Cuando llegué al sitio donde me gusta sentarme a mirar encontré un coco de agua recién pelado y un tabaco. Regalos del abuelo. El viejo sabio había deducido que yo aún no estaba listo para visitarlo, con lo que le gusta que lo haga. La actitud de Lola y el gesto de Odiseo me conmovieron.

70.
Preámbulos a una confesión de delitos varios

A pesar de los afanes de mi precipitada huida, antes de salir de Bogotá no pude evitar darles la cara a unos asuntos espinosos. El más complicado fue inventar qué decirle a la capitán Ángela Chitiva. Desde mucho tiempo atrás nos habíamos hecho amigos, es cierto, habíamos compartido varios casos, nos habíamos ayudado y nos guardábamos respeto. Pero ambos sabíamos que vivíamos en distintos lados de la raya. Ella podía brincársela un poquito, eso lo ha probado, pero yo suelo brincármela sin pensarlo y de continuo. Me refiero a la raya de la ley. Ella es algo en lo que cree y defiende. Para mí es solo la marca de una ausencia.

Pese al cansancio que yo tenía, ya que pasamos la noche en vela y habíamos sido sometidos a un desgaste energético enorme, consideré que debía actuar antes de que ciertos eventos se manifestaran en lo público y Chitiva dedujera, correctamente, que yo debía estar metido en el asunto. Me despedí de Lot y de Kat que debían ir a recoger a Andrómeda al colegio. Lamenté mucho no verla. Luego tomé un taxi y en el camino llamé a H y le pedí que nos encontráramos en mi apartamento.

Mi decisión fue buena. Encontré a la Señorita Mu contenta y bien alimentada. Nos saludamos sin sospechas ni reclamos. Luego me serví un trago doble de ron, me derrumbé sobre el sofá y dejé que mi gata se sentara a acicalarse sobre mi pecho. Oyéndola ronronear

me quedé dormido. Al despertar, era de noche. Mu se había movido y se encontraba sentada en los muslos de H.

—¡H! ¿Por qué está todo tan oscuro?

—Lo encontré tan profundo que me dio cosa encenderle una luz.

—Prende una, por favor. Qué bueno que viniste.

—Le cuento, don Got, que si usted no ha dormido, yo tampoco he podido pegar el ojo. He pasado una de las noches más angustiadas de mi vida y casi me vuelvo loca de no saber qué hacer para ayudarlo. Cuando Violeta y las Mujerciélagas me contaron que unos tipos superbién armados las habían obligado a irse y que a ustedes los iban a atrapar adentro de esa fábrica…

—No te preocupes más. Todo lo hiciste bien. Lo único que debes pensar es que todo salió casi bien.

—¿Casi?

—Sí, casi… Romeo y Luchito fueron asesinados vilmente. Estamos a la espera de que aparezcan sus cadáveres.

—Lo siento mucho, don Got. Ellos dos eran muy buenas personas. Ahora necesito que me cuente qué les pasó allá adentro.

—Voy a contarte todo porque necesito armar la historia que tendré que contarle a la Policía.

—Como quien dice… A ellos no puede contarles toda la verdad… ¿A mí sí?

71.
Un ejemplar ejercicio de honestidad

De muy poco me sirvió planear con H cuál debería ser la versión de la realidad que debía contarle a Ángela Chitiva. Como puede suponer cualquiera que haya visto alguno de los noticieros de este país, los de esa noche comenzaron con el habitual reporte de los hechos escabrosos ocurridos en las últimas horas. Y, por supuesto, el hallazgo de los cadáveres del señor Romeo Díaz y del señor Luis Buriticá, víctimas de una posible *vendetta* y plenamente identificados, ocupó los suficientes minutos como para llamar la atención de la capitán. Eso, sumado a la extraña conflagración que había consumido las ruinas de la antigua fábrica de cementos La Cruz, no le dejó opción distinta a la de presentarse en mi casa esa misma noche.

Sentados frente a frente comencé a recitarle el relato que con tanto cuidado había preparado con H, a quien le había dicho casi toda la verdad, excepto lo que ustedes se imaginan. La descripción de los hechos ocurridos que habíamos planeado, nos pareció convincente, con algunas lagunas, es cierto, las cuales yo podría sortear con evasivas. No obstante, quizás por el cansancio acumulado y el comprensible alboroto emocional en que me hallaba, al estar bajo el escrutinio visual de Chitiva comprendí que no sería capaz de mentirle ni de decirle la verdad. La opción más recomendable en esos casos es el silencio. Pero esa salida estaba sellada para mí. Razón por la que decidí estrenar una vía y sincerarme con ella.

—Mire, Ángela, entiendo sus sospechas sobre mí y acepto que sus deducciones apuntan en la dirección correcta, pero…

—Sin peros, Gotardo, sea honesto conmigo y dígame toda la verdad.

—Toda la verdad no la sabe nadie.

—Sin subterfugios, por favor.

—Está bien, voy a ser totalmente honesto con usted.

—Listo, lo escucho.

—La pura verdad es que como no me es posible contarle toda la verdad, le pido el favor de que no me obligue a decirle una mentira.

Chitiva me observó, pensativa y con absoluta seriedad, durante todo el tiempo que fui capaz de resistir su mirada y tuve que bajarle la cabeza. Ella había compilado una información, parcial y dispersa, que le permitía conectar ciertos eventos, pero sobre los cuales no podía obtener una explicación. Sabía que se había incendiado la cementera, donde ella y yo sabíamos que se refugiaba cierta banda. Sabía que yo le había manifestado mi intención de ir hasta allí, porque presumía que allí tenían retenida a una menor, de la que la policía no tenía la menor notificación de que había sido secuestrada, puesto que su familia no había instaurado denuncia alguna. Porque yo se lo había dicho, sabía que esa niña ya se encontraba en perfecto estado y en compañía de su señora abuela. Sabía que habían encontrado un par de cadáveres con un balazo en la cien. ¿Por qué razón? Había varias hipótesis, pero habría que comprobarlas. ¿Robo? ¿Ajuste de cuentas? ¿Errores del hampa? Cualquiera podía ser. Lo más extraño de esto es que esos hombres trabajaban para el señor Lotario Sierra. ¿Relación de coincidencia o de causa?

—Sé que con todos esos datos usted puede inventarse una historia, Ángela. Aunque en ellos no haya nada que me involucre directamente a mí. Le puedo asegurar que no encontrará evidencia alguna que me vincule con esos hechos.

—Siga reflexionando así y terminará de abogado, Gotardo.

—No se enoje conmigo, por favor. Créame…

—Sé que algo pasó y que usted sabe qué fue, porque estuvo metido hasta las cachas. Confío en usted y sé que si tiene alguna información que crea que yo debo saber me la dirá.

—Tal vez, capitán…

—Le voy a decir algo que me dijo una vez mi madre, a quien usted ya conoce, cuando me ofusqué ante una pregunta directa que me hizo.

—¿Qué le dijo su señora madre?

—Me dijo que debía entender que, muchas veces, una no pregunta porque esté esperando que le digan la verdad, sino porque espera una respuesta… ¿Me hago entender?

—Me asegura usted que esta conversación es absolutamente privada.

—Así es, Gotardo… Cuénteme lo que pueda y ya.

Después de ese acuerdo, hablé con más comodidad con mi amiga Ángela Chitiva y le narré cuanto podía de lo sucedido. Al final le insistí en que la banda del Pequeño Mundo seguiría actuando y que la muchacha a la que le dicen *Blue* era una muy peligrosa asesina en serie que odiaba a las mujeres y que estaba suelta. También le reiteré que creía tener evidencias no tangibles de que se estaba fraguando, a nivel internacional, una gran corporación que pretendía agrupar y liderar a todos los actores de la delincuencia organizada y que dicha organización ya contaba con una franquicia colombiana, a la que yo había bautizado como la Compañía de las Bestias. Sin embargo, le oculté todo lo que contenía una información muy personal para mí.

72.
Postrarse ante el altar de Jano

Solo tres días después volví a enfrentar una serie de dilemas. Al parecer, me he especializado en topar con disyuntivas. Resolver un dilema suele ser espiritualmente agotador. La inmersión en el pantanal de la duda nos obliga a revisar la solidez de las premisas en las que apalancamos nuestra ética. En caso de que se tenga una, por supuesto. ¿Ética social o personal? ¿Debo o no debo? ¿Bien o mal? ¿Eloim o Lucifer? ¿Yo o los otros? ¿Sí o no? ¿Hablar o callar? ¿Mirar de frente o voltear la cabeza? ¿Aceptar o rechazar? ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? Pese a ese ajetreo mental, algunos optimistas aseguran que hallarles solución a los dilemas nos da la posibilidad de progresar. Ojalá.

Tal como lo habíamos convenido previamente, la pequeña Cristina accedió a reunirse conmigo en su casa para entregarme los rollos y el sobre que contenía las fotografías que había ocultado Mariana y que la Compañía de las Bestias deseaba obtener a cualquier precio.

Por esa razón nos encontrábamos bebiendo un buen café y cómodamente sentados en la sala, Lorenza y yo, mientras aguardábamos a que Cristina hurgara en el escondite secreto de su tía. La tatuadora y yo habíamos conversado acerca del estado de la pequeña y, en especial, sobre si yo creía que, por razones de seguridad de ambas, les convenía irse del país. A esto contesté que no me consideraba quién para evaluar la situación; pero que esperaba que una vez hubiésemos accedido a sus peticiones las

bestias las dejarían en paz. Para ella no era claro de dónde extraía yo tal seguridad y, por el contrario, temía que hubiera una retaliación. Le pedí que confiara en mí y le insistí en que me habían asegurado que, una vez les entregáramos las fotos, ellos cesarían cualquier persecución.

—Confiaría mi vida en usted, Gotardo. ¿Cómo no? Me devolvió a mi nieta. Pero confiar en esa gentuza, jamás. Ellos asesinaron a mis dos hijas y sé que nunca pagarán por sus crímenes. La justicia de este país solo existe como farsa. Viví el horror de ver el cadáver destrozado de mi Mariana y aunque no he visto ni siquiera los huesos de mi Silvana, sé que me la mataron hace mucho tiempo. Cada una de las células de mi carne de madre lo sabe.

Miré a Lorenza, pensé en lo que me había contado Amarilis sobre el destino final de Silvana, enterrada en un desierto mexicano. ¿Qué decir? ¿Qué no decir? ¿Cuál era el momento de contarle que su intuición de madre era acertada? Un ruido de pasos nos avisó que Cristina se aproximaba y me sacó de mis divagaciones. La pequeña traía en sus manos lo que me había prometido y me lo dio.

—Tiene que ser esto, Gotardo. Son las únicas fotos raras. El resto son cosas personales de mi tía.

—Gracias.

Recibí el sobre con las fotografías impresas y los rollos de cinta revelados. Apenas lo abrí, Lorenza me pidió que las viera en otra parte. Ella no quería verlas y prefería que me las llevara conmigo e hiciera con ellas lo que considerara conveniente. Acepté sus razones y me despedí. Les prometí avisarles del resultado de mi gestión, así como mantenerme en contacto. Nos abrazamos y me fui.

Un taxi que detuve en la calle me llevó a mi oficina. Entré como un bólido, le hice señal a H de que me siguiera. Sin poder aguantar más, abrí el sobre y desparramé las fotografías sobre mi escritorio. H y yo nos dimos a la tarea de revisarlas. Una vez hecho eso nos sentamos, anonadados, y por unos largos minutos nos mantuvimos pensativos. Ambos entendíamos la papa bomba que teníamos en las manos. ¿Hacerla estallar o desactivarla?

Esas fotografías guardaban el registro de varios momentos muy comprometedores y de muchos oscuros personajes que, era factible deducir, parecían haber asistido a una especie de cumbre internacional de miembros del crimen organizado, es decir hampones de primer nivel y de toda laya. Se bajaban de automóviles de lujo, se abrazaban y se saludaban, conversaban paseando en los jardines y, uno a uno, cruzaban la puerta de la Mansión. En otras más se los veía sentados en uno de los salones, en medio de lo que parecía ser un proceso deliberatorio. ¿Cómo hizo Mariana para infiltrarse en esa reunión? Ese será un misterio que jamás resolveremos.

Contamos una treintena de invitados y solo descartamos a las mujeres de servicio. Eran tantos que ni siquiera intentamos identificarlos. Nos resultaba fácil deducir, por sus rasgos, que la mayoría de ellos eran extranjeros. Había europeos, latinoamericanos, gringos, asiáticos y, por supuesto, integrantes de la comitiva nacional. Algunos quizás habían mojado prensa y por eso nos resultaban conocidos. H hizo una búsqueda y vimos que uno que otro figuraba en circulares rojas de la Interpol. Otros, regordetos y ahorcados por corbatas, muy factiblemente, eran funcionarios de algún Estado. Otros lucían como asesores de políticos, exmilitares, abogados de postín y hombres de negocios. Es decir, toda la variada y exclusiva gentuza que es preciso reunir para impulsar una empresa delictiva como esa.

Al observar ese material me quedó claro el porqué de los afanes de la Compañía de las Bestias y la razón por la que habían secuestrado a Mariana Montejo. Un complejo entramado criminal de vasto alcance podría verse comprometido y los principales responsables del tropiezo serían los ineptos mafiosos colombianos que habían organizado la cumbre.

Encendí, con la brasa del anterior, un cigarrillo tras otro. ¿Cómo reprimirme en un momento así? Ya les he explicado que las volutas de humo me ayudan a despejar mi mente. Por un momento pensé en Mariana Montejo, a ella, como me pasaba a mí, la búsqueda de su hermana la había llevado a toparse con un enemigo que la

superaba en fuerzas. ¿Qué hacer? ¿Qué no hacer? ¿Entregar o no entregar esas fotografías? ¿Dárselas a estos o a los otros? Esa era la faz de Jano que me presentaba mi dilema. Jano, el señor de las puertas y las dos caras. El inmisericorde dios de los indecisos.

Por una parte, entendía que al entregárselas al señor del traje gris podría evitarme a mí, a los míos y a Lorenza y su nieta grandísimos problemas. Por otra, recelaba de que entregárselas a las autoridades colombianas e internacionales era jugarme un completo albur. ¿Qué harían con ellas? ¿Qué no harían? ¿Qué pasaría con nosotros, única posible fuente de esa información? ¿Esa información haría o no haría alguna diferencia? ¿Había en esas fotos alguna información que las agencias encargadas de combatir el crimen no supieran ya? ¿Las darían a conocer o las guardarían por razones de seguridad? En la prensa ni pensar, su publicación en medios sería nuestra sentencia de muerte.

Busqué el apoyo de H y le pregunté qué creía ella que debíamos hacer. Sobra decir que ella entendía la importancia y el peligro que había en semejante información y su mente veloz procesaba las consecuencias de tomar uno u otro camino. Y eso que ella no tenía manera de saber que, en muchas de esas fotografías, la poderosa mujer que aparecía conversando con unos y con otros era Amarilis.

73.
Balance de los riesgos de cumplir o no cumplir con la palabra acordada

A las gentes que laboran en el bajo mundo les place moverse en las horas más oscuras, por calles de la ciudad que solo conocen los peligros de la soledad y en medio de los espacios más dudosos. Ese es su hábitat, esos son los aires en los que mejor funcionan sus agallas. Fuera de allí boquearían hasta morir.

Por fin había arribado a una decisión. No acertada, sino una. Hice un balance y mucho me costó tomarla. Era optar por una de esas alternativas que uno sabe que no pueden ser perfectas ni correctas, que contienen amplios márgenes de error y de las que uno puede llegar a renegar en un futuro. Pero su contrapeso está en considerar que el camino contrario nos presenta las mismas desventajas. Hay muchas maneras de equivocarse.

Había decidido hacer lo que el hombre del traje gris me había sugerido que hiciera. Antes de moverme, por supuesto, le había comunicado a H cuál era la ruta que tomaría y un par de horas después también se la había explicado a Lotario. No obstante, mi hermano se encontraba implicado en resolver el asunto de los funerales de Luchito y de Romeo. Él había pasado una mala tarde respondiendo el interrogatorio de la policía y le había tocado reunirse con los dolidos familiares de sus dos empleados. No había sido nada fácil para él guardarse la verdad. Además, tenía que lidiar con la culpa que lo corroía por haberlos arrastrado a seguirlo esa

noche infame. Y, encima de todo, Medicina Legal aún tenía retenidos los cuerpos y no se sabía cuándo los entregarían.

Como vi a Lotario soportando semejante carga y yo no quería asumir más responsabilidades con otras personas, simple y llanamente, sin decirle nada a nadie, metí las fotos y los rollos en un sobre, pedí un taxi y me presenté pasada la medianoche en el bar Pekadora's.

Tal vez era un viernes y de quincena. Lo digo porque el sitio estaba repleto y a esa hora ya los índices alcohólicos y toxicológicos habían disparado las espumas de la rumba. Las mesas rebosaban de botellas a medio consumir y sus respectivas heladeras. Algunas parejas perreaban en la pista. En las jaulas esquineras cuatro bailarinas en bikini animaban la clientela. La cantidad de mujeres en oferta se había multiplicado desde mi última visita. Sin embargo, apenas me asomé a la barra, doña Lady se acercó a saludarme sin prevención alguna. Le expliqué que requería entrevistarme con el hombre del vestido gris. Ella mandó despejar una mesa para mí y me dijo que haría la llamada.

Una cerveza después, uno de los escoltas del hombre que yo estaba buscando llegó hasta la mesa y me pidió acompañarlo. Salí con él. Afuera estaba estacionada una Van. Adentro, el señor del traje gris rata. La puerta se abrió. Yo, sin pensarlo mucho, me subí. La camioneta arrancó.

—Señor Reina, vine porque tuve la corazonada de que me trae lo que ando buscando.

—Así es… En este sobre están las fotografías y el rollo con todos los negativos. Eso era todo lo que había.

A pesar de su pose, siempre rígida y distante, el hombre del traje gris no pudo reprimir un suspiro de alivio e inmediatamente se apoderó del sobre. Lo abrió, revisó por encima el contenido, sacó una tira de negativos, encendió la lamparita del techo y los miró a contraluz. Luego, los guardó.

—¿Eso era todo, señor Reina?

—Sí, todo.

—¿Las vio?

—Muy por encima.

—¿Vio a alguien que le pareciera conocido?

—No, a nadie. Bueno, excepto a usted que es muy fotogénico.

—Muy bien. Ahora olvide para siempre todo lo que vio.

—Lo haré. Y espero que ustedes cumplan con su palabra, tal como hice yo.

—Delo por hecho, señor Reina. La niña y su abuela ya no existen para nosotros. Y nadie más tendrá nada que lamentar, mientras usted no muestre las copias que sacó.

—No saqué copias.

—¿No? Entonces, es usted mucho más estúpido de lo que me han contado. Pero sepa que yo no lo soy. Así que tenga mucho cuidado con ese material. De conocerse, le haría el peor de los daños a alguien que usted y yo conocemos bien.

Sin necesidad de una orden, el conductor de la camioneta parqueó en una esquina tenebrosa de la avenida Caracas. Apenas se detuvo, los seguros saltaron. Sin que me lo pidieran abrí la puerta, me bajé y la cerré. La camioneta se alejó. La noche estaba fría y las calles lucían mugrientas y solitarias. Como no tenía más alternativa, me puse a caminar. Sonreí. El hombre de gris era listo. Por supuesto que yo había seguido el consejo de H y habíamos hecho copia de todo ese material. Lo tomamos como una especie de seguro. Uno nunca sabe en qué momento esas cosas se pueden llegar a necesitar.

74.
La vida es así: apenas se llega a un final arranca un comienzo

El soplo fresco de la brisa que arreciaba desde el norte más que refrescar tenía un efecto acariciante sobre las ruinas de mi espíritu. La enorme moneda del sol aceleraba su descenso. El oleaje de la mar se batía con lentitud. El lomo de las olas se iba dorando y la línea final del horizonte semejaba un espejo de oro. En bulliciosas bandadas, las aves de la tarde regresaban a los nidos. Los pájaros diurnos se ubicaban en las copas de los árboles. Varios cangrejos corrían por el borde de la playa con sus tenazas levantadas tal como si jugaran con los encajes de la espuma que allí se forma. Una pareja de flamencos rosados realizaba su vuelo de retorno a los manglares.

Me había bebido el agua del coco. Me había fumado el tabaco que Odiseo había dejado para mí. Me había zambullido varias veces en las aguas y había dejado que el viento y el sol me secaran. Había logrado pensar. Había logrado no pensar. Había recordado. Había olvidado. Había acariciado mi soledad. Había odiado mi soledad. Poco a poco iba colando mis recuerdos. No había prisa que sirviera. Mis adentros se acomodarían con el paso de los días. Mis pulmones se llenaban de aire y mi corazón latía. Estaba vivo. Estaba aquí y ahora. ¿Qué más se puede pedir?

Me puse de pie y abrí mis brazos en cruz para saludar el sol del atardecer. Al hacerlo escuché unos pasos tras de mí. Volteé a mirar.

Entonces la vi. Venía directo hacia donde estaba yo. Vestía de blanco, traía sus sandalias en la mano y se había dejado el cabello suelto. Cuando estuvo frente a mí sonrió. Una sonrisa que parecía haber estado guardada durante años en un cofre, esperando que yo apareciera. Caminé hasta ella y la abracé. Era Matilde.

—¿Viniste?

—Eso parece, ¿no crees? A menos que los dos estemos soñando.

—Me hace feliz verte.

—Cuando nos despedimos en Bogotá y me dijiste que ibas a buscar la playa, creí que era mejor dejarte solo. Pero…

—¿Qué pasó?

—No sé. Sentí la necesidad de venir a verte. Averigüé con Hortensia tu paradero.

—Hiciste bien.

—Tu tía Lola me explicó que estabas aquí. Dijo que desde que llegaste querías estar solo y que andabas "como un cachorro abandonado".

—Qué bueno que ya conociste a Lola. Es maravillosa.

—Dime, Got, ¿hice bien en venir?

—Hiciste bien.

—Me dejé llevar por el impulso. Nunca había hecho algo así. Y te advierto que no tengo expectativas sobre lo que pueda pasar.

—Mejor.

—¿En serio?

—Sí, odio las expectativas. Lo peor que te puede pasar es que te broncees un poco y te aburras de estar conmigo. Y si eso pasa, no tienes por qué preocuparte. Descubrirás que soy un tipo fácil de dejar.

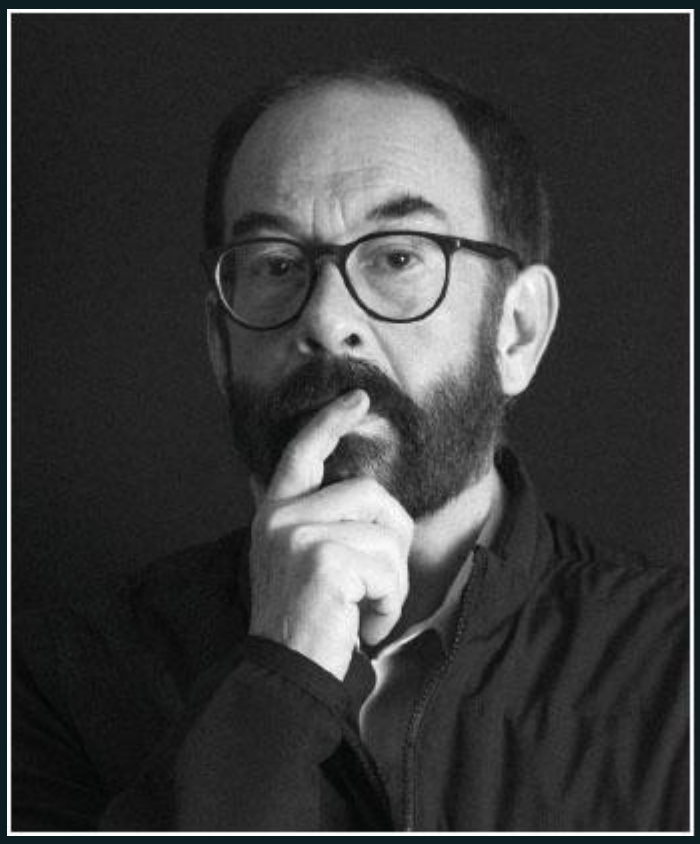
—¿Eso crees?

—A estas alturas no lo creo, Matilde, sino que lo sé.

—Si tú lo dices, Gotardo Reina. Tú podrás ser un tipo muy fácil de dejar, pero yo estoy segura de que eres un hombre muy difícil de olvidar.

SANTA MARTA, MAYO, 2021. BOGOTÁ, ENERO, 2025.

FELIPE AGUDELO TENORIO



Poeta, narrador y guionista. Nació en Bogotá. Ha publicado cuatro novelas, *Las Raíces de los Cielos*, (Planeta, 1993); *El Vuelo Negro del Pelícano*, (Sílaba Editores, 2016); *Búsqueda Incesante*, (Planeta, 2019) y *Murallas Infinitas* (Editorial Tusquets, 2021). Dos libros de cuento, *Las noches del Búho*, (Colcultura, 1986) y *Cosecha de Verdugos*, (Ediciones Sin Nombre, México, 1999). Así como tres libros de poemas, *Señales de Humo*, (Editorial Oasis, México,1986); *Oráculos Ausentes*, (Colección Viernes de Poesía de la Universidad Nacional, 2004) y *La Balanza Encantada*, (Ediciones Catapulta, 2005). En el año 2021 publicó el libro *Nidos de Viento*, en la Colección Respirando el Verano, que reúne un conjunto de poemas, cuentos y ensayos. Ha colaborado con periódicos y revistas culturales en varios países. Poemas, cuentos y ensayos suyos figuran

en diversas antologías. En el año 2016 fue finalista del Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura. También ha escrito, para la televisión nacional, dos producciones *La Hija del Mariachi* y *La Ley del Corazón* (Temporada Uno), por las que fue nominado a los Premios India Catalina.

colección andanzas

Y si acaso yo muero en la guerra
Juan Diego Mejía

Rituales de apareamiento
Margarita Borrero

Santa Rita
Gonazalo Mallarino

La voz de las piedras
Nobara Hayakawa

www.planetadelibros.com.co

TUSQUETS EDITORES

La compañía de las bestias



Foto de la cubierta:
El hombre de las tres sombras
© Susana Carrié

En esta tercera entrega de la saga de Gotardo Reina, iniciada con *Búsqueda Incesante* y *Murallas Infinitas*, el investigador persiste en su tarea de buscar mujeres desaparecidas. Sin embargo, lo que más le importa —encontrar el rastro de su hermana perdida hace años— sigue siendo esquivo.

Cuando una adolescente singular, llamada Cristina, lo contacta para que busque a su tía recientemente desaparecida, Gotardo se verá obligado a enfrentarse con una peligrosa organización criminal. carente de límites y sin escrúpulos. Esta es una gran fábrica del mal que opera en las profundidades de una Bogotá oscura, despiadada, y a la que se la conoce en el bajo mundo con el nombre de La Compañía. Una vez que trata con algunos de sus peores integrantes y vislumbra el horror del que son capaces, Gotardo no dudará en llamarla La Compañía de las Bestias.

En el duro camino que recorrerá, Gotardo Reina encontrará algunas respuestas a búsquedas y preguntas de su pasado; sin embargo, no serán las respuestas que tanto tiempo ha esperado.

eBook
DISPONIBLE

Table of Contents

Página del título
Copyright
Sumario
Primera parte. Contrato irresponsable con una niña herida
1. No solo se extraña aquello que nos hace falta
2. El centro es mi destino
3. ¿Existe una normalidad para que se pueda regresar a ella?
4. Es fácil establecer cuándo comenzó algo, no lo es saber dónde puede terminar
5. Si la montaña no viene hasta ti, tú debes ir a la montaña
6. Los silencios explican muchas cosas
7. La lentitud actual de un proceso nada augura sobre la velocidad posterior
8. La curiosidad hizo que el gato viviera una vida menos, pero fuera más feliz
9. La guarida, el saludo de Mu, la cama propia y los velos del insomnio
10. Visita interesada y felicitación sincera, pero tardía
11. Aparentemente la línea del tiempo lleva una sola dirección. ¿Cierto o falso?
12. Mi vida sin H sería muy complicada
13. Pequeñas sorpresas en una lóbrega esquina bogotana
14. Devaneos eróticos que quizás no tengan que ver directamente con el caso que se investiga, pero que a corto plazo influirán en el ánimo del investigador
15. ¿Habrá días verdaderamente nuevos?
16. Nudos familiares 1
17. Nudos familiares 2
18. De Bruder a Bruder: entre copas
19. Descenso a submundos irrecomendables
20. ¿Tocan fondo los peores fondos?

21. Regresar del sueño a la caída de un atardecer azul
22. Ejemplo de autoexplotación, mal llamada responsabilidad laboral
23. Sin tiempo que perder, así el mundo se pueda detener
24. ¿Todo porque amanece siendo un lunes?
25. Un encuentro con sabor a emboscada y la sospecha de un filón que quizás se podrá explotar más adelante
26. Un sex-shop llamado Wet Dreams y la mirada esfíngica de la Geisha
27. Un breve paseo ayuda a aplacar el acelerado ritmo del pulso
28. Datos y vacíos en la historia de una confidente
29. ¿Perder el tiempo puede ser una forma perversa de ganarlo?
30. La danza de Medusa
Segunda parte. Una ley escrita dice que todo lo que puede empeorar siempre empeora
31. La revisión de errores cometidos está sobrevalorada, hacerla no corrige el pasado y mucho menos garantiza aciertos futuros
32. Acceso VIP al último piso
33. La hipótesis de las cabezas de Hidra
34. Uno intenta dormir, a pesar de saber que el mundo jamás duerme
35. El tiempo jamás elude los malos recodos
36. La banda del Pequeño Mundo
37. Mundo asqueroso
38. Cuando se avizora lo peor, a nadie lo sorprende que termine llegando
39. Mensajeros que nadie quisiera recibir en su casa
40. Antes de la tempestad conviene buscar refugio
41. ¿Dónde estoy?
42. ¿Cooperar o no cooperar?
43. Nada más difícil de traicionar que los malos hábitos bien constituidos
44. ¿Qué respuesta busca el que mucho pregunta?

45. A veces siento que la realidad me persigue
46. Trajeado de azabache desde la suela de los zapatos hasta la corona del sombrero
47. ¿Llegarán a huir de lo que huyen los que huyen?
48. Estampa cotidiana de un comienzo de día
49. Tantas vueltas que da la vida y acaba uno en la casa de su madre
50. Cuéntales tus planes a los dioses y escucha cómo se burlan de ti
Tercera parte. Un laberinto trenzado en un sinfín de laberintos
51. ¿Las circunstancias proponen y el carácter dispone?
52. Para conservar viejas alianzas hay que hablar claro
53. Antes de moverse hay que saber cómo y adónde
54. ¿Cómo me gusta que me lleguen los problemas? Como los amores: uno por uno
55. Con cuál pie pisar para no atorarlo en una trampa
56. El hombre del traje color rata
57. Cómplices o conspiradores
58. La transparencia nocturna parecía ser aliada nuestra
59. Pasadizos plagados de gatos
60. ¿Reirá de último el que quede vivo?
61. Se puede caer sin siquiera haber estado arriba
62. Colgados sobre nidos de roedores hambrientos
63. La multiplicación de las trampas, unas se abren y otras se cierran
64. La luz puede enceguecernos aún más que la completa oscuridad
65. Respuestas que no responden
66. ¿Despedirse es de mal agüero?
67. Dando un solo paso a la vez se llega al final de cualquier camino
68. ¿Qué y cuánto es lo que de verdad sabemos al conocer la verdad?
69. El regreso del sueño sin sueños
70. Preámbulos a una confesión de delitos varios
71. Un ejemplar ejercicio de honestidad

72. Postrarse ante el altar de Jano
73. Balance de los riesgos de cumplir o no cumplir con la palabra acordada
74. La vida es así: apenas se llega a un final arranca un comienzo
Contraportada